

CONJETURAS SOBRE EROPHILIA
LA AMANTE DE LA SABIDURÍA Y EL AMOR

Biografía Novelada de
Manuela Espejo
Carlos Paladines

CONJETURAS SOBRE EROPHILIA
LA AMANTE DE LA SABIDURÍA Y EL AMOR

Biografía Novelada de
Manuela Espejo
Carlos Paladines

CONJETURAS SOBRE EROPHILIA
LA AMANTE DE LA SABIDURÍA Y EL AMOR
Biografía novelada de Manuela Espejo
Carlos Paladines

2da. Edición Ediciones Abya-Yala
Av. 12 de Octubre 14-30 y Wilson
Telfs.: 506-267 / 562-633
Fax: 506-255 / 506-267
Casilla 17-12-719
E-mail: editorial@abyayala.org
www.abyayala.org
Quito-Ecuador

Autoedición: Ediciones Abya-Yala
Quito-Ecuador

ISBN: 9978-04-719-0

Impresión: Producciones digitales Abya-Yala
Quito-Ecuador

Impreso en Quito-Ecuador, junio del 2004

ÍNDICE

PRÓLOGO: El “olvido” de Manuela.....	7
<i>Capítulo I</i>	
Manuela y Erophilia	13
Un primer plano de Erophilia.....	13
Retratos y autoretratos de Manuela.....	21
<i>Capítulo II</i>	
El escenario.....	25
Las décadas perdidas.....	25
Los “sueños” de Manuela.....	30
¿Qué era ser ilustrada?.....	33
La primacía del futuro	34
<i>Capítulo III</i>	
Los actores.....	39
El torbellino de los acontecimientos.....	39
El 10 de Agosto de 1809	51
La masacre del 2 de Agosto de 1810.....	53
La suerte de los amigos y amigas, de las conocidas y los conocidos	59
La suerte de los justos	68
La crisis de los fundamentos y de la metafísica.....	70
De la verdad.....	71
La crisis de disolución.....	74
Del tiempo y los instantes	77
De las diferencias.....	79
<i>Capítulo IV</i>	
De los encuentros y desencuentros de Manuela	83
El desencuentro con Eugenio Espejo	83
El encuentro con José Mejía	87
El encuentro con Jeremías Bentham	100

La inseguridad	113
El método	118
<i>Capítulo V</i>	
Realidades claves	123
Del trabajo	123
De la ciudad	129
De la naturaleza humana	133
De los conceptos de filosofía	137
De la ciencia	143
De la nueva física	146
De las ciencias de la naturaleza	153
<i>Capítulo VI</i>	
La vida cotidiana	159
Las bodas	159
El matrimonio y sus dilemas	163
La belleza	169
La correspondencia	174
Los indios	187
Los velorios	195
La palabra y los discursos	198
La cocina	200
El juego	202
<i>Capítulo VII</i>	
De la sobrevivencia	209
Del ultimo y primer día	209

PRÓLOGO

El “olvido” de Manuela

He gastado días, semanas y años, páginas e ilusiones, en descubrir los tesoros que esconde el Movimiento Ilustrado Ecuatoriano y tardé bastante tiempo en dar con uno de ellos, por supuesto deslumbrante y, a su vez, “olvidado” u oculto: “La Mujer Ilustrada”, piedra clave del edificio y del trajinar de los días, “sueños” y sucesos de aquel entonces, que dieron pie no solo a un movimiento literario y político sino también a una erótica y a algo más que una estética y una filosofía: a una manera de pensar, sentir, enamorarse, combatir y viajar. A una manera de vivir y a una manera de morir.¹

Algunas mujeres ilustradas vivieron en carne propia su tiempo y tal vez haya sido Manuela Espejo o Erophilia, “amante de la sabiduría y el amor”, quien sufrió y disfrutó con mayor intensidad la crisis y la tragedia que se hizo presente en la Audiencia de Quito a finales del XVIII y comienzos del XIX.

A ella le tocó padecer en carne propia una imagen y modelo de mujer, expresión de debilidad y pasividad, dentro de una estructura de dominación, propia del estado patriarcal sobre el que se organizó la eticidad en la Audiencia, en la República y que perdura aún hasta nuestros días. Ella se atrevió a criticar a su tiempo y a vislumbrar incluso más allá del mayor ojo avizor de ese entonces, el de su hermano, el Precursor de la Independencia de la Audiencia de Quito: Eugenio Espejo, lo cual, a su vez, la transformó en una de las mujeres más conflictuadas de aquella época, en una de las voces más autorizadas y en el referente principal, en la figura emblemática más rica, sea por la visión de futuro que a ella le tocó construir, sea por la protesta que ella capitaneó no solo contra el sistema colonial sino incluso contra las limitaciones que encerraba la nueva propuesta ilustrada, sea por la tragedia en que se vieron envueltos gran parte de sus familiares y amigos o por el cúmulo de calamidades que envolvió a su querida Audiencia, al desmoronarse el sistema colonial y darse la ruptura con la Madre Patria y los primeros pasos balbucientes del nuevo sistema republicano.

Esta mujer, Manuela, una de las más representativas de su tiempo, apuntó hacia un horizonte inédito, cargado de ilusiones de cambio, de caminos aún no trajinados, de perspectivas novedosas y problemas palpitantes; sin embargo dejó pocos vestigios. En gran medida su figura quedó en la penumbra, salvo uno que otro elemento clave, como el que dejó esculpido en los primeros números, del primer periódico de la Audiencia: *Primicias de la Cultura de Quito*. A partir de esos elementos y de una serie de conjeturas y suposiciones, algunas con bases históricas y otros más, fruto de la imaginación, hemos querido reconstruir, la figura de Manuela y la de “*Erophilia*”, seudónimo que utilizó quien fuera la primera mujer que se atrevió a expresar sus criterios a través de la prensa.

Expresado en otras palabras, se trata de reconstruir múltiples facetas y batallas de Manuela: en primer lugar, la referente a la crisis generalizada de la Audiencia, vivida y padecida con máxima intensidad y extensión por ella, quien sobrevivió a sus hermanos, a los próceres y amigos del 10 de Agosto de 1809 e incluso a muchos actores de la independencia definitiva de España, allá por 1820. Manuela fue testigo y acompañó a uno de los procesos más grandiosos de la historia del país, desde su gestación hasta sus últimos días. En segundo lugar, a ella le tocó padecer, por el mero hecho de ser mujer, la minusvaloración, el “olvido” y la opresión propia de una sociedad autoritaria, vertical y machista, y además, ella fue parte de la compleja tarea de crear nuevos términos o conceptos y bautizar frescas realidades que hasta su llegada carecían de nombre propio.

No hubiera sido posible descubrir la grandeza de estas batallas y de esta mujer y las conquistas generadas por Manuela y los “sueños” de *Erophilia*, sin el aporte de otras mujeres de su entorno: Manuela Sáenz, Manuela Cañizares, María de la Vega, Josefa Tinajero, Manuela Quesada, Rosa Zárate, Rosa Campuzano, María Arrieta, María Ontaneda,...

También aportaron a esta tarea Eugenio Espejo uno de los principales historiadores de la época, y José Mejía una de las más jóvenes y renovadas mentalidades de aquellos tiempos, cuyas acciones, obras y cartas encierran y expresan, en algunos casos veladamente, la problemática de la mujer a finales del siglo XVIII y comienzos del XIX.

El primero, Precursor de la Independencia de España, también precursor en otras áreas: jurídica, estética, educativa, social o política, y con extensa

producción en cada una de ellas, anunció la muerte de los principales parámetros propios de la vida colonial y diseñó los cauces por donde transitaría a futuro la Audiencia, pero expuso muy poco sobre el drama de la mujer en ese entonces. Las referencias no son abundantes, pero son importantes para aquilatar la crisis que afectó a la mujer al concluir ese siglo.²

El segundo, el primer profesor de Botánica de la universidad, José Mejía Lequerica, dejó algunos vestigios, experiencias y vivencias intensas y una que otra carta, que se constituyeron en hitos en la vida de Manuela.

También ha enriquecido la comprensión de aquel entonces, la tensa situación por la que atraviesa la mujer hoy en día, al desplomarse el mundo moderno y emerger uno nuevo que, al momento, a falta de una denominación más exacta, ha terminado por llamársele post-moderno. En buena medida estas páginas, de la mano de *Erophilia*, “la amante de la sabiduría y el amor”, también quieren recoger esta experiencia contemporánea y formular “conjeturas” sobre lo que debió suceder y sobre lo que está aconteciendo. En tal sentido, la obra pretende reflejar una doble crisis, la de finales del XVIII y comienzos del XIX y la de finales de XX y comienzos del siglo XXI. Por este motivo se cruzan y confunden a veces personajes, escenarios, problemáticas, tiempos y lugares. Pero ambas experiencias: la pasada y la presente, se alimentan mutuamente: por una parte, el pasado ilustrado ilumina la comprensión del presente; por la otra: el presente post-moderno, a su vez, sirve para reconstruir lo acontecido hace ya cerca de dos siglos.

Ambos universos, con sus respectivos discursos, imágenes y símbolos tienen mucho en común, ya que en ambos escenarios, aunque el tiempo los separe, “la mujer” vivió y vive, en múltiples aspectos, un drama similar, conflictivo y profundamente enriquecedor. Por eso en esta obra los personajes y los discurso, en más de una ocasión, se entremezclan y deambulan en escenarios y tiempos diferentes pero parecidos.

Pero al no tratarse de un estudio histórico riguroso sino más bien de “conjeturas”, algunas de ellas fruto de la imaginación y la fantasía, pero con cierto fundamento, especialmente en lo que se refiere a Manuela Espejo, la obra termina por ser una especie de ensayo o de notas sobre el colapso de la cosmovisión medieval - colonial, a finales del siglo XVIII, parecido al presagio de “muerte” o crisis del mundo moderno, que vivimos en vísperas de este ter-

cer milenio. También puede ser vista como un relato a filosofado, en el que viejos y nuevos temas de la filosofía son tejidos a través de un hilo conductor común: la personalidad de una mujer ilustrada: Erophilia, en algunos aspectos parecida a una mujer contemporánea, tal vez ya postmoderna. También es una biografía histórica, con las referencias, notas, fuentes y acotaciones bibliográficas abundantes, y hasta podría pasar por una obra didáctica, que presenta al movimiento ilustrado de modo ágil y sin la aridez y complicaciones de las publicaciones académicas.

Pero a pesar de estas y otras perspectivas, en medio de un escenario cargado de amargos y dulces recuerdos, de años de triunfos, avances y retrocesos, nunca sabré describir o definir la figura de Manuela, en todas sus dimensiones, pese a las innumerables lecturas e investigaciones que realicé, a la escasa documentación existente y a los aportes de su hermano, esposo y amigos. Para mí ella pasó desapercibida demasiado tiempo. Los problemas de género también se reflejan en los académicos e historiadores, inconsciente y hasta conscientemente.

Quién creyera, su resplandor y su fuerza, no fueron reconocidos en vida, ni años o décadas después. Los historiadores se ocuparon poco de ella. En los archivos quedaron una serie de críticas y reparos que ella habría suscitado y nada más. Seguramente, la egregia figura de su hermano también hizo que pase a segundo plano su figura. Y si bien para E. Espejo, fue Erophilia la amiga de la sabiduría y el amor, nombre con que solía tratarla en privado, para el resto de personas no fue más que la hermana del Precursor, la encargada de sus escritos y sobrevivencia, y tal vez por eso quedó en la penumbra, pasó a segundo plano y terminó desconocida, pese a su grandeza. Quién creyera, su resplandor y su fuerza, no fueron reconocidos en vida ni años o décadas después. Los historiadores se ocuparon poco de ella. Manuela, en el "olvido" ha sido el símbolo de la mujer pospuesta y de sus dramas desatendidos.

Por todo ello, cuando recuerdo borrosamente algunos de sus rasgos o cuando asigno a ella otros, no sé si reflejo de verdad a Manuela o más bien adscribo a ella cualidades de otras protagonistas de su tiempo e incluso del actual. Entonces confundo e integro a ella, caracteres o rasgos que pertenecían a otras mujeres célebres en ese período y en el actual. Igual sucede con sus historiadores que confunden datos y hechos que sin lugar a dudas corres-

ponden a otras mujeres. Tal vez podría hablarse de un personaje prototipo, más que de un individuo; de una figura histórica, que condensaba las aspiraciones más sentidas de algunas mujeres de la época. En Manuela, al igual que en las grandes figuras de la historia se mezclan y confunden sus propios intereses con los generales, superando de esta forma sus limitaciones individuales.

En definitiva, su figura, más que real, parece ser la construcción y los “sueños” que por décadas se empeñaron en hacer realidad en sí mismas y en su país, cientos de mujeres y algunos ilusos varones, próceres, literatos e historiadores. El mismo Juan Montalvo, uno de los máximos teóricos de la etapa liberal, bajo la misma perspectiva que Manuela, contrastó años más tarde, por ejemplo, las virtudes y heroínas paganas con las virtudes y santas cristianas, a fin de mostrar que también fuera de la Iglesia las mujeres habían cultivado las cualidades humanas más eximias. Junto al santoral católico, Montalvo hizo desfilar un santoral laico, con figuras egregias como Lucrecia, Livia, Agripina, Pelagia.³

10 de Agosto del 2000.

Capítulo I

MANUELA Y EROPHILIA

Un primer plano de Erophilia

No recuerdo con exactitud como di con Manuela. Incluso ahora, luego de tantos años de investigación y lectura sobre el Movimiento Ilustrado Ecuatoriano, no puedo describir al detalle ni siquiera el primer momento en que ella acaparó mi atención o las principales historias o referencias que sobre ella me fascinaron. Recuerdo que despertó mi interés la descripción que hacían de su rostro, de sus ojos de miel y de sus labios más finos que carnosos, y en alguna ocasión, de su perfil, especialmente de su hermosa nariz. La belleza no fue su problema, si bien fue testigo, en más de una de sus amigas, de cómo los hombres no podían ir más allá de ese primer plano o nivel a que suele reducirse las manifestaciones de la hermosura.

En cuanto a su cuerpo, este parece que no tenía nada de especial; era espigada sin ser delgada y no era ni alta ni pequeña. Miraba y sonreía con frescura y cuando sus labios delgados se doblaban levemente y sus ojos resplandecían se podía percibir que alguna intensa emoción le atravesaba. Estaba rodeada de una especie de halo o distinción que la separaba del grupo y le daba cierta primacía o superioridad y si sobresalía en cualquier reunión de hombres o mujeres no era tanto por su estatura como por una especie de impronta que brillaba frecuentemente en sus acciones y, especialmente, cuando expresaba sus siempre desconcertantes criterios.

Pero lo que más me llamó la atención fue que no se ajustaba a la definición o modelo de mujer vigente en aquellos tiempos. Ella era diferente. Llevaba en su frente una marca de rebeldía, arrogancia y orgullo; y, por su misma luminosidad, no permitía que le definan los límites o fronteras que sobre lo bueno o lo malo, lo plausible o lo prohibido se habían consagrado por la

fuerza de los usos y las costumbres vigentes. Ella reconocía la luz y las tinieblas de modo diverso al común de los mortales, así como la fuerza que arrasaba a la Audiencia hacia el futuro y por todo ello se la percibía lanzada hacia un torbellino que para la mayoría aún resultaba incomprensible.

Sus amigos, próceres de la independencia: Ante, Morales, Quijano Quiroga, Caycedo, Rodríguez, Bustamante,...e incluso los historiadores más connotados de la Audiencia y que no pudieron sustraerse a su presencia, dieron versiones diferentes, un tanto contradictorias, sobre tan compleja mujer y ninguno logró entregar, por lo que he podido revisar, una descripción pormenorizada y satisfactoria. Tampoco su esposo, José Mejía Lequerica, ni sus hermanos: Juan Pablo y Eugenio, dejaron mayor rastro, salvo una que otra referencia, carta o informe.

Manuela, (1757 - 1829?⁴), pertenecía a esos estratos medios que a finales de siglo se fueron afincando en los límites de la ciudad, en los predios menos costosos, en medio de la depresión, el relegamiento y las limitaciones que la crisis les obligó a llevar. Su niñez, como la de sus hermanos Juan Pablo (1752) y Francisco Eugenio (1747), se desarrolló a pocos metros de la plaza de Santo Domingo, en la Maldonado, entre Rocafuerte y Morales, en la cuarta casa, de dos pisos, que su padre adquirió en 1758, en unos 11.000 pesos. La casa no tenía mucho fondo, pero se subsanó esta limitación cuando se levantó un segundo piso, que permitió disponer de más cuartos, conservando el patio, el horno, la huerta y tres tiendas. Al frente, cruzando la calle, estaba la casa de Mejía y entre sus vecinos inmediatos, en la casa del lado derecho, vivió Antonio Ante.⁵

En los límites de una ciudad empobrecida, franciscana y provinciana, Manuela tuvo la suerte de nacer en una casa que transpiraba preocupación por la lectura, las ciencias y la educación. Su padre, Luis Santa Cruz y Espejo, actuó como ayudante de un médico betlemita, fray José del Rosario, quien fue llamado a Quito para dirigir el único hospital de la ciudad, el de La Misericordia. Sus hermanos: Francisco Eugenio y Juan Pablo fueron hombres de letras e incluso de acendrada lectura, hasta de libros prohibidos y crecieron en medio de misiones científicas, contactos con profesores de la universidad, conversaciones y disputas sobre filosofía, medicina, ciencias naturales, física, literatura y política.

De Juan Pablo contaba Manuela que estudió con los dominicos, que fue párroco en varias partes de la Real Audiencia de Quito, que marchó hacia Oriente en 1780 y que allí sirvió en Andóas, entre otros pueblos; que dominaba el quichua y alguna otra lengua de esas regiones; que en 1784 fue cura de Cotacachi, el 86 interino de Cusubamba, el 87 de Balzar, cargo que abandonó en 1788 para acompañar a su hermano Eugenio a Santa Fe, por motivo de un juicio que se instauró en su contra; que fue capellán de Popayán y a su regreso ayudó a su hermano en la publicación del primer periódico de la Audiencia de Quito: *Primicias de la Cultura de Quito*; que en 1793 entró a la cárcel por el bullado asunto de las “banderitas” y pasó encerrado 14 meses; que fue confinado al Cuzco; que para 1794 fungía de comisionado de la inquisición para revisar libros y de Capellán de la Real Audiencia, beneficio que ostentaba todavía en 1805.⁶

De su hermano Eugenio narraba innumerables trabajos y anécdotas. Por ejemplo, que fue custodio de más de 10.000 libros por su calidad de responsable de la primera biblioteca pública que tuvo la Audiencia de Quito y su biblioteca personal la calculaba en cerca de 4.000 obras. Decía que el su hermano Eugenio pasó gran parte de su vida devorando y escribiendo libros. “En su biblioteca hubo muchas joyas, no pocas perdidas; otras, aún se pueden apreciar en la actualidad: “Historia de la antigüedad griega y romana”, en quince enormes tomos, hoy en la Biblioteca Jacinto y Jijón; “Botánica” (...); un libro en francés en el que Espejo escribió en la pasta que pertenece a “monsieur Miroir”, porque no se resistió a jugar con su apellido en ese idioma. Además, hay 16 libros de la biblioteca Espejo en la Curia, 5 en la Biblioteca Nacional, 9 en la Universidad Central, 6 en poder de los agustinos, 2 en la Biblioteca Aurelio Espinosa Pólit, uno donde los dominicos y otro en la Biblioteca Jijón. Sin embargo y por fortuna, en esta última biblioteca, el Archivo Histórico del Banco Central encontró 23 libros de Espejo, además de la primera edición de *Primicias de la Cultura de Quito*. También reposan manuscritos de *El Nuevo Luciano de Quito*, en el Fondo Carlos Manuel Larrea y un segundo ejemplar de la famosa *Defensa de los Curas de Riobamba* que, a decir de algunos, debió llamarse: *Defensa de los Indios de América*”.⁷

Según Morales, su abogado defensor y testigo de honor de su matrimonio, entre las pasiones de Manuela se destacaban varias: el trabajo, la lec-

tura y una acendrada devoción filial hacia sus hermanos Pablo y Eugenio, y en todas ellas su dedicación era casi obsesiva. Sometida a transcribir y preparar los informes y manuscritos de su hermano y posteriormente de su esposo, bajo la tensión y premura del tiempo y los acontecimientos, laboraba hasta altas horas de la noche y podía sacrificar el descanso del sábado o domingo por concluir con la responsabilidad que había asumido. Disfrutaba del trabajo, se comprometía y se apasionaba en todos y cada uno de ellos y con la misma intensidad disfrutaba del descanso. En cuanto a la lectura, sus propias palabras son suficientes. En alguna ocasión Manuela dijo: “En efecto, tengo mis libros, que leo apasionadamente, y pido prestados los otros que no poseo.”⁸

Para Rodríguez, hijo de un compañero de estudios de su hermano Eugenio, ella hacía honor a su apellido y ese era su fuerte. Ella, decía Miguel Antonio, es un “**espejo**” en el que las personas se sienten reflejadas y aprenden a reconocerse. En el rostro, en los gestos, en las facciones, en el movimiento de las manos, en la inclinación del cuerpo o en el balanceo de las piernas, en el brillo de los ojos y en los poros de la piel las personas permiten ver, percibir la aceptación o el rechazo a quien está al frente, la aprobación o la reprobación a sus propuestas, el aplauso o el desacuerdo con sus ideas, el gusto o la insatisfacción por sus acciones, la duda o la incertidumbre ante sus comportamientos y sus actos. En el rostro de los otros aprendemos a percibirnos como valiosos o mediocres, inferiores o superiores, triunfadores o fracasados,... El rostro de los otros es un juez benevolente o adusto, pero cual espejo hace que en él descubramos lo mejor o lo más bajo que llevamos dentro.

Manuela fue extraordinaria en este aspecto, una especie de espejo de muchas líneas, de gran pureza o transparencia como para no distorsionar la figura de quien se le ponía al frente y permitir que fácilmente y de inmediato ella o él se sientan valorados en su justa medida, reconocidos en sus méritos e inteligencia, dignos de ser queridos y estimados,... Bajo el calor de su mirada, sus amigas y amigos, sus amores, se percibían capaces de las más grandes aventuras y propósitos. En ella, en el fondo de sus ojos pardos, lograban encontrar lo mejor de cada uno de ellos; en su sonrisa y su rostro, a través del brillo de su pupila, se descubrían a sí mismo y tomaban conciencia de su fuerza y de lo que podían alcanzar; rejuvenecían y recobraban el vigor, la audacia y la osadía que el tiempo les había robado. Era la magia especial de ese Espe-

jo femenino que en sus narraciones, en su conversación, en sus anécdotas, en sus cuentos e historias lograba que ellos se sienta identificados con sus sueños y se dieran cuenta que ella reflejaba o trasmitía lo que ellos ya llevaban dentro, aunque sea en semilla. Ella no hacía más ni hacía menos que condensar los deseos y aspiraciones de todos ellos. En ella, decía Rodríguez, pero solía corroborarlo Morales, Antonio Ante, Manuela Sáenz, Manuela Cañizares,... aprendimos a identificar y a sentir reverberar, tanto los impulsos que llevábamos dentro, como las fuerzas que estaban por desatarse y estallar. En las palmas de sus manos y en los chispazos de sus ojos hemos visto resplandecer lo maravilloso de nuestras ilusiones y hasta la fuerza de nuestras pasiones, como también lo mejor de lo que somos. En ese espejo, en ella, se probaba, reverberaba, se construía y se reflejaba una parte de cada uno y la lozanía y la vitalidad de los nuevos tiempos.

Con una habilidad sorprendente y sutil, Manuela logró que en sus gestos y palabras se perciba insertado y aceptado e incluso aplaudido lo que estaba por venir, en una especie de contra imagen en la que se reconocían las personas y el futuro, pero bajo su luz y propio estilo. Incluso, en las ocasiones en que ridiculizaba temores o equivocaciones, su ironía fue tal que permitió asimilar la crítica sin resentimientos. El humor y la ironía eran también parte de ella y de su juego.

En otras palabras, a lo que apostábamos y a lo que ella apostaba, como en un juego de espejos, era a la conquista de una forma diferente de fundamentar y vivir el presente y el futuro, con la mayor intensidad posible. Era una especie de curiosa identificación, sobre la base de una contraposición entre lo antiguo y lo nuevo; entre lo nuestro que a la vez sentíamos que también era lo suyo: entre una retórica pomposa y vana y una nueva forma de expresarse, organizada sobre lo directo y lo sólido que se reflejaba en sus conversaciones; entre una estética moralista y de mal gusto y otra, la del “buen gusto”, propia de los “bellos espíritus”, como lo explicó Manuela en uno de sus artículos;⁹ entre una filosofía de corte escolástico y otra centrada en la autonomía y libertad humana, que ella defendía como su principal tesoro; entre dos físicas: la aristotélica – tomista y la física moderna; entre dos morales: una débil y ascética y otra cuyo norte era la felicidad, contraposiciones todas ellas que tenían como trasfondo la muerte del sistema colonial y el anuncio de nuevos re-

ferentes y diferentes fuerzas, sujetos y formas de organizar la Audiencia de Quito. En definitiva, ella era el espejo, el emblema, en que reverberaba un nuevo mundo, en pleno proceso de gestación, en cada uno de nosotros.¹⁰

Esta compleja apuesta a la vida, pero a la vida en este mundo, no descansaba solo en su inteligencia, sin lugar a dudas brillante, ni en su belleza o en su cuerpo que no dejaba de llamar la atención; también lo espectacular de ella era **la seguridad en sí misma** a pesar del ambiente de incertidumbre que reinaba. Sin esfuerzo mayor solía transmitir seguridad que se alimentaba del aprecio de sus propias dotes, sueños y cualidades y también en la valoración de su gente, de su entorno, de su país. Manuela era consciente, no tenía reparos en pregonarlo en público y no mostraba ridícula humildad cuando afirmaba que “la naturaleza no había andado avara con ella” y que más bien le había dado “con mano franca muchas buenas cualidades”¹¹ Tampoco guardaba modestia cuando se trataba de hablar de la Audiencia, por ejemplo: del “horizonte más risueño, clima más benigno, campos más verdes y fecundos, cielo más claro y sereno que el de Quito”¹²

Le fascinaba las cosas maravillosas que sus hermanos y amigos planificaban, ideaban, expresaban, escribían y diseñaban. Como que el fuego de su cerebro y las excitaciones mentales que provocaban las discusiones o las controversias le apasionaban más que otras cosas. Amaba la nueva ciencia, sus diversos enfoques; ansiaba información sobre los más insólitos temas; consumía su tiempo en la lectura y fue de las pocas mujeres que aplaudió la iniciativa de Miguel Jijón y León de conducir a Quito nueva maquinaria para las manufacturas y varios molinos de nueva invención con el fin de beneficiar minas de plata y lavaderos de oro; y la iniciativa de establecer dos loterías anuales, en Quito, durante 16 años, con el fin de promover la industria en esta Provincia.¹³ También solía aplaudir las creaciones de los pintores, herreros, sombrereros, escultores, zapateros, que daban muestras de conocimiento y producción artística y que presentaban a los ojos de los quiteños preciosidades, que la frecuencia de verlas, les había inducido a la injusticia de no admirarlas. “Familiarizados, decía Erophilia, con la hermosura y delicadeza de sus artefactos, no nos dignamos siquiera a prestar un tibio elogio a la energía de sus manos, al numen de invención, que preside en sus espíritus, a la abundancia de genio que enciende y anima sus fantasías. Todos y cada uno de ellos, sin lápiz, sin

buril, sin compás, en una palabra, sin sus respectivos instrumentos, iguala sin saberlo, y a veces aventaja al europeo industrioso de Roma, Milán, Bruselas, Dublín, Amsterdam, Venecia, París y Londres”.¹⁴

Juzgaba que la inteligencia, y el “genio quiteño que lo abraza todo, todo lo penetra, a todo lo alcanza”, había dado muestras más que suficientes de grandeza. Citaba reiteradamente las glorias de la Audiencia de Quito. Por ejemplo, la laboriosidad de los quiteños, la belleza de su arte, de sus edificaciones, de sus artesanías y de su ingenio, que constituían para ella motivo de sano orgullo. Con entusiasmo exaltaba las obras de Miguel de Santiago: las luces y las sombras, los colores y las líneas de perspectiva, en sus primorosos cuadros; de Cortez, por su habilidad en la tabla y el lienzo, de Caspicara, insuperable escultor sobre el mármol y la madera, de Nicolás Javier de Goríbar y sus profetas de la Compañía, de Fernando Rivera o Hernando de la Cruz, famoso por sus lienzos sobre el infierno y la resurrección.¹⁵ En los años dorados, decía, entre 1779 y 1787, se exportaron, sólo por el puerto de Guayaquil, 264 cajones de cuadros y estatuas de la Escuela Quiteña de pintura y escultura, lo cual permitió brillar fuera de las fronteras de la Audiencia, en Bogotá, Panamá, Lima, México y España. Para *Erophilia*, hasta las obras de autores menores como Francisco Albán, Antonio Astudillo, los Cortés y Alcocer, eran dignas de reconocimiento. A estas glorias, posteriormente, ya entrado el siglo XVIII se sumó Manuel Samaniego.¹⁶

Además, *Erophilia* contaba que su hermano Eugenio, en febrero de 1792, cuando ella cumplió 35 años, en el discurso que diera para la erección de una Sociedad Patriótica, también había resaltado el “genio quiteño” en las figuras de Pedro Maldonado, los Dávalos, Chiribogas, Argandoñas, Villarroelles, Zuritas. Eugenio supo rescatar al intrépido Mariano Villalobos, quien descubrió la canela, la acopió, la hizo conocer y estimar; penetró las montañas de Canelos y sin los aplausos de un Fontenelle, logró ser, en su línea superior a Tournefort, porque su invención, más ventajosa al estado hará su memoria sempiterna.¹⁷

Pero, al mismo tiempo, nada le hería más que la minusvaloración de las cualidades de la mujer y especialmente de su nivel intelectual. A nadie le fue permitido, ante ella, hacer una broma o contar una burla sobre las limitaciones de la mujer, pese a que en Quito era de lo más común amenizar las tertu-

lias con ese tipo de cuentos. Para eso no había ni perdón ni olvido. Relegar los méritos intelectuales de la mujer era la peor de las ofensas que ellas venían padeciendo. No reconocer sus valores condujo al fracaso a más de uno que intentó acercarse a Manuela.¹⁸

La alta valoración de sí misma de que daba muestra Manuela, sobre la maledicencia, comentarios y rumores de la gente, sin falsas humildades, soberbias o vanidades de mal gusto, junto al orgullo que sentía por su país, eran las dos caras de una misma moneda y en este doble reconocimiento de lo propio, de las cualidades y fortalezas como también de las limitaciones y defectos, afincaba la felicidad de las personas y de los pueblos.

Tardé mucho tiempo en darme cuenta de la importancia que para Manuela y para sus hermanos y amigos tenía este “imperativo” de afirmarse a sí mismos como valiosos, imperativo que regía de modo claro las páginas de Primicias y otros escritos de su hermano Eugenio, las mismas que reiteradamente aluden al enunciado que funcionaba para la generación ilustrada como un axioma: “El conocimiento propio es el origen de la felicidad”. Este orgullo propio, a nivel individual y el orgullo nacional, a nivel general, era “la segunda fuente de la pública felicidad”.¹⁹

Por este profundo “orgullo nacional” le resultó a su generación insultante la visión que sobre los americanos formularon algunos europeos, para quienes no éramos más que hombres “rústicos y feroces, montaraces e indolentes, estúpidos y negados a la cultura”, Más aún, no faltó algún temerario extranjero, como Mr. Paw, Robertson, Raynal y otros más que tejieron una “leyenda negra” sobre América, sobre su geografía, sobre su clima, sobre sus plantas y animales e incluso sobre la debilidad e impotencia de su gente. Algunos de ellos se atrevieron a decir, “que son los americanos incapaces de las ciencias, aduciendo por prueba, que desde hacía dos siglos acá, la universidad (...) no había producido hasta ahora un hombre sabio”.²⁰

Es importante notar, que incluso la célebre fórmula cartesiana: “Cogito ergo sum”, tal como aparece citada por Espejo, en Primicias de la Cultura de Quito: “Yo pienso: luego existo, luego tengo ser”, posee un matiz especial. El “Yo pienso” no es el que caracterizaría a un sujeto universal, atemporal. Se trata, en Espejo, de un sujeto concreto, histórico: el hombre quiteño, que se afirmaba a sí mismo como valioso.²¹

Pero de todas las facetas de Manuela hay una poco considerada, “olvidada”. Ella, la primera periodista de la Audiencia de Quito, la primera mujer que se atrevió a escribir en público, la primera que enfrentó a su medio con la palabra, que trató de pasar de lo oral a lo escrito, que marcó una ruptura con la tradición verbalista de ese entonces, a su vez fue de las primeras víctimas del silencio de la prensa. Su columna no pudo mantenerse mucho tiempo y al igual que el primer periódico de la Audiencia, a sus palabras se las llevó el viento.

Retratos y autoretratos de Manuela

Existe una descripción en *Primicias de la Cultura de Quito* y una carta que dirigiera Manuela a su madre, unos dicen a la edad de 16 años, otros juzgan que ya tenía 18. Son una especie de retrato, que transmiten la fuerza de su personalidad y de su sino. Muy joven ella intuyó lo que a la larga sería su talante: su tendencia e inclinación al amor y a la sabiduría. A su madre le decía: “Me has hecho de silencio y de soledad; con temor a los personajes de ese siniestro circo de afuera, en donde tú no existes más, en el lugar donde te borras completamente para comenzar yo, mi vida clandestina. Me has fabricado una mente muy volátil, un corazón con enormes alas y sin nido y una melancolía extraña y furiosa. Me has dado un brillo opaco en unos ojos tristes; un par de manos frías y feroces y una forma de hablar corta y violenta. Por último, me has heredado gran parte de tu orgullo inexorable, tu letra inentendible y rebelde y tus comentarios crueles y directos. Y es bueno saber que no he nacido sola, que llevo gran parte de tu sangre en mis venas, aunque en este lugar tomemos distintos caminos y nos separemos. Es bueno encontrar más vínculos entre tú y yo mientras sigo caminando sin ti. Es tranquilizador pensar que las heridas que vendrán las sabré sanar”. Terminaba esta nota con las siguientes estrofas:

“Mamá, ¿por qué me siento tan sola
acostada en esta cama?
¿Por qué en este momento salen todos
los dolores de la infancia?

¿Mamá, por qué tu rostro se me vuelve
 obscuro y doloroso?
 ¿Será que comienzo a sentir los dolores
 de no pertenecer más a tu cuerpo?
 ¿Será que el tiempo de verte tranquila
 se está yendo o te lo estoy quitando?
 Será que mi cuerpo destroza
 ahora tus entrañas?
 ¿Será que hoy soy demasiado
 grande para caber en tu vientre?²²

El auto retrato que consta en *Primicias*, es más exacto. Manuela reconoce, sin falsas humildades, que la naturaleza no había andado avara con ella y que más bien le había dado con mano franca muchas cualidades. “Dios, por decir mejor, le había hecho nacer en seno de las virtudes. Sus padres, con su ejemplo, habían amoldado y dado durable consistencia a las suyas. Estas brillaban con el modesto resplandor de su cultura, de su educación feliz, de sus modales agradable y sensibles, de su gusto por el trabajo, la honestidad, el decoro y la amabilidad. Sus gracias se engarzaban en el oro de una vivacidad inocente, de una imaginación risueña, de un ingenio perspicaz. Todo anunciaba que a las flores brillantes de su edad alegre habían de suceder los frutos deliciosos de la madurez, la prudencia, el juicio”.²³

En lo que sí parece que no tuvo mayor éxito fue en los lances del amor. *Erophilia*, la amiga, la amante del amor, no hizo honor a su nombre. En 1792, a los treinta y cinco años, le carcomía la desesperación de no tener a quien amar y decía que “lloraba la desgracia de no tener quien le ame”. Pero no solo lloraba una carencia, al mismo tiempo se sentía al borde del “fuego devorador de crueles pasiones” y en los límites de sus defensas ante la falta de alguien que llenase ese vacío. “El centro de mis caricias, decía, acá en lo humano, debe ser un joven distante del abandono y el libertinaje, ajeno de la licencia, libre de la irreligión, desnudo de los vicios opuestos a la común prosperidad, sensible a los hechizos de la dicha futura. Ay de mí; ¿y estos objetos son comunes?; ¿los veo, los toco, los hallo, los puedo amar? Ay de mí vuelvo a decir. ¿Infeliz de mí. Yo no me puedo casar ¡pero hay!”.²⁴

Manuela permaneció soltera, bajo el manto de la soledad, hasta muy avanzada edad. Por supuesto, las posibilidades que se presentaron, en esos años, fueron suficientes, pero el dilema fue trágico, según sus propias palabras, al percatarse de “que al parecer era adorada de muchos, pero no era amada de ninguno”.

Al filo de la navaja, ante caminos que no lograban integrarse, “Y en el despecho a que le arrastraba este conocimiento”, manifestó: “Si la religión, si Dios, si su gracia, me faltan y me dejan a mi misma, yo perezco, yo me entrego ya, no al suave ardor de mi pasión favorita, sino al fuego devorador de mi cruel pasión;”²⁵

Tampoco me resultó fácil establecer fases o etapas en el desarrollo de su vida. Hasta su matrimonio, 1795, vivió en un ambiente familiar, rodeada de sus hermanos y de la historia de ellos, arrastrada por los acontecimientos que a ellos les afectaron, como parte indisoluble de su suerte y destino. Así, por ejemplo, en 1786, Manuela tenía 29 años y se refugió en Riobamba a fin de acompañar a su hermano Eugenio de quien no se separaría hasta su muerte, excepto los dos años que pasó este en Santa Fe. En un segundo momento, predomina la presencia del esposo y los amigos, en sus momentos de éxito y limitaciones, de triunfos y fracasos. Esta segunda etapa se extiende de 1795 a 1813 – 14 y estuvo marcada por el tropel de acontecimientos que rodearon al Primer Grito de Independencia de América. Los últimos años de su vida, pasados los 55, de 1814 hasta 1829, es más bien una etapa de recuerdos. Se realizó la segunda y definitiva Independencia y se dio inicio a la construcción de la naciente república. Manuela tenía ya más de 70 años.

Finalmente, aunque no era muy usual en esos tiempos, no faltó alguien que recurrió a la astrología y mitología china para describir a Manuela. No era un camino ortodoxo, más aún se presentaba enigmático y brumoso para nuestras costumbres racionalistas y cartesianas, amantes de la verificación y pruebas contundentes.

En todo caso, Manuela, según el calendario chino era cabra; es decir, “una artista, una enamorada de lo hermoso, minuciosa y perfeccionista. Le gustaban las artes y las cosas bien hechas, dice el horóscopo. Además, añade que este tipo de personas intuitivas, testarudas y desenvueltas, no reconocen jamás sus errores. En el amor son absolutamente volubles y consideran al ma-

trimonio más como una seguridad que como una entrega al otro. La Cabra también es madre del mundo, instrumento del herrero celeste, protectora y participa en el crecimiento del grano y en el desarrollo del vegetal. La Cabra es un animal difícil de cercar, pero con el que habrá que contar. Es la nodriza de Zeus, amamantando a los guerreros de Odin, desencadenando tormentas; señora del rayo y del trueno, hacedora de la lluvia, símbolo del relámpago”²⁶.

El recurso a la mitología china y a los signos del zodiaco, daba esta descripción de la Cabra – Capricornio. “Más seria y reflexiva que la mayoría de ellas, a esta Cabra le encanta el arte como a todas sus hermanas, pero sus creaciones estarán marcadas con el sello de la autenticidad. De preferencia, no hablará extensamente sobre un tema que no conozca. Sus gestaciones son largas, y sus aplicaciones, a menudo difíciles. Relativamente segura de su talento, la Cabra –Capricornio es una mina inagotable. Además, es discreta, tiene sentido del humor y se muestra relajada en un círculo íntimo; pero en público puede parecer orgullosa y hostil, cuando lo que ocurre es que es simplemente tímida”.²⁷

¡Quién creyera!, gran parte de estos atributos coincidían, sin lugar a dudas, con los de Manuela.

Capítulo II EL ESCENARIO

Las décadas perdidas

Los más antiguos pobladores de la Audiencia no recordaban años más difíciles y décadas tan llenas de pesadillas, como aquellas en que le tocó vivir a Manuela a finales del siglo XVIII y comienzos del XIX y, especialmente, el último año de ese siglo. Además, los ochenta y los noventa, las décadas perdidas, parecían no tener fin. En forma parecida a lo que acontece hoy, todos se quejaban y sufrían o decían padecer la más amarga y profunda de las crisis.

En aquellos tiempos infames terminaron por hacerse pedazos y volar por el aire la mayoría de los componentes del sistema colonial; en días tan deprimentes como aquellos, no solo las condiciones sociales, económicas, financieras, educativas o políticas destruían todo género de esperanza, sino que hasta los elementos naturales: terremotos, incendios, epidemias, erupciones e inundaciones hicieron su agosto a lo largo y ancho de toda la Provincia.

En las esquinas de la Audiencia se multiplicaban los mendigos, pordioseros y los que trataban de huir a otros lares. No había como transitar sin que alguien no pidiese limosna y la ciudad llegó a tal grado de inseguridad, que el asalto, los súbitos estallidos de violencia, el robo e incluso los asesinatos eran incontables e incontrolables. Fue un final de siglo lleno de polvo y ceniza.

También la corrupción e hipocresía igualmente llegaron a niveles sorprendentes, parecidos a los de este tiempo, tanto en lo público como en lo privado, especialmente a nivel de la Casa de la Moneda y de los centros de recaudación de impuestos, en manos de administradores de tributos, corregidores, encomenderos, comisionados y funcionarios codiciosos y brutales que defraudaban en miles de millones al Real Erario. Se impuso la moda, en altos administradores, de darse por quebrados o huir muy lejos llevándose consigo

gruesos caudales pertenecientes al Erario²⁸, bajo la mirada cómplice de jueces, abogados y autoridades que también llevaban vela en esa inmisericorde expoliación a los escasos recursos de la Provincia. Además, los protagonistas de la corrupción, contaban con la protección y cobertura de las autoridades al más alto nivel y con el mayor descaro.

La última década del siglo colmó toda medida. En palabras de su hermano Eugenio, la Corona recogió vía impuestos como nunca antes lo había hecho hasta dejar esquilmada de recursos a la Provincia. Así, por ejemplo: “se permitió que se remitieran a Cartagena, con nombre de situado, - especie de deuda externa - caudales inmensos, respecto de los que antes se despachaban, y que aún se remiten hoy. Este producto, fue el efecto de la que se puede llamar, con toda prolijidad, última diligencia. En adelante, todos los esfuerzos de acopiarlos, serán frustráneos, y una triste y fatal verdad, hará ver en lo posterior, la miseria postrimera de esta Provincia”.²⁹

Todo ello afectó tan seriamente a las arcas fiscales que se quedaron sin fondo alguno para los pagos mínimos. La moneda prácticamente desapareció. “La Provincia de Quito se veía sin sangre, esto es sin moneda que es el espíritu que conserva la vida de las repúblicas”. Su hermano Eugenio contaba que “Quince o diez y seis años hace que en la casa de la moneda se mudó el cuño al de cordoncillo, y en tanto tiempo se hallarán en el distrito de la Real Audiencia mil pesos de este sello; lo que hace ver demostrativamente la carencia de la moneda. (...) Terminó por imponerse “el trueque de mercancías, ante la fuga de monedas a otros centros de negocios”.³⁰

El último zarpazo a los ya escuálidos fondos de que disponían las personas, lo dio el Presidente, Don José García de León y Pizarro, que en el lapso de cuatro años “tuvo la satisfacción de remitir a Cartagena un millón, diez y siete mil trescientos cincuenta pesos, suma enorme, comparada con la que había enviado su predecesor; pues en once años Diguja no había alcanzado a enviar por el “situado” más que setecientos trece mil cincuenta y un pesos”³¹ García de León y Pizarro fue la autoridad más hábil, de que se tenga memoria, para meter la mano en los ya escuálidos bolsillos de los quiteños. Hasta sus últimos ahorros, sus fondos para la vejez, supo sacárselos.

Con justa razón su hermano Eugenio se preguntaba, “(...) ¿qué sucede? Que un País, o un Reino interior como este de Quito, a quien se le ha sacado

todo el jugo nutricio; que no tiene ya minas descubiertas de actual utilidad; que no puede adelantar ni en la agricultura, ni en la industria, ni en las manufacturas, ni en el juego político, ni en las poblaciones internas, ni en la apertura de caminos útiles y propios para el comercio, ni en las bellas artes, y no puede, por consiguiente fomentar la negociación general activa, y en una palabra, el comercio; ya es un cuerpo muerto, o pronto a morir, exhausto de fuerzas, y sin esto se vuelve inútil al Estado y, lo que es aún más lamentable, se le vuelve gravoso; (o) y velar en su conservación, seguridad y buen orden, requerirá la administración de la justicia y residencia de algún cuerpo de tropas militares".³²

Los informes de los entendidos y de algunos conocidos de Manuela, como Selva Alegre, Juan Romualdo Navarro, Juan Antonio y Velarde, Mariano Villalobos, Javier Ascázubi, Miguel Jijón y León, Miguel Álvarez Cortez, del Barón de Carondelet, de Miguel Ponce, de los periodistas de El Nuevo Luciano o de El Quiteño Libre y hasta del Obispo de Quito coincidían en sus quejas y lamentaciones sobre la decadencia de la Provincia.

Tan dramática era la situación que solo se la puede comparar con la presente, en la que se manifiestan similares problemas: "Esta fatal providencia acabó de agobiar y desalentar estas Provincias; el numerario desapareció de ellas, la más espantosa miseria a la que dio la última mano el terremoto destructivo de 1797, reina por todas partes; no se ven más que ruinas y despoblación en las Provincias, anteriormente tan florecientes de Riobamba, Guaranda, Ambato, Latacunga, Ybarra, etc. Las haciendas no mantienen a sus dueños porque sus frutos no tienen salida; no tienen valor, ni hallan compradores porque no hay dinero para pagarlas: la Real Hacienda encuentra cada día más dificultades para cobrar los impuestos corrientes y rezagados, supuesto que si se ejecutan los deudores, los compradores se hallan tan insolventes como aquellos: el jornal que gana la plebe se halla tan reducido que no basta para su sustento: la mujer más laboriosa, no puede hilar en todo el día por más del valor de la mitad de su alimento diario: De aquí el deshonor, el desaliento, la pereza, el juego, el hurto, la cárcel, la mala fe en los contratos, los pleitos, apercibimientos, embargos, que afligen a estas pobres Provincias".³³

En definitiva, cumplidos 33 años de vida, en su Provincia, languidecían y cayeron en el estancamiento todas las ramas de la producción, desde la agri-

cultura, pasando por las manufacturas e industrias, el comercio interno y externo, la Casa de la Moneda vio cerrarse sus puertas, con el consiguiente desbarajuste y pánico que suelen ocasionar este tipo de quiebras. Se postergó la educación, la salud, la nutrición, la investigación; se debilitaron las instituciones, la familia, el gobierno municipal, las milicias y hasta la iglesia, y los causantes del desbarajuste y de la corrupción iban y venía impunes, ya que nadie era capaz de someter ni siquiera a uno de ellos. Las autoridades y la corrupción terminaron por eliminar toda esperanza.

A todo esto siguió un descontento popular generalizado y una desconfianza sistemática. Los estratos medios de la sociedad colonial: abogados, burocratas, profesores, artesanos, pequeños comerciantes, vendedores de frutas, de aves, de legumbres y de granos vieron afectadas sus posibilidades de vida y trabajo. Indios sueltos, mitayos, conciertos, empleados y empleadas de servicio, desocupados e informales cayeron hasta en la mendicidad. Muchos de ellos limosneaban a gritos, insistentemente: “Ángeles somos, del cielo venimos, y pan pedimos”.³⁴

También como efecto de la crisis, las grandes y pequeñas ciudades comenzaron a despoblarse, a convertirse en pueblos fantasmas, y lo mejor de su juventud a emigrar en busca de días mejores. A lo largo y ancho de la sierra norte se hizo famosa una canción que la tarareaban los jóvenes entre trago y trago:

“Yo ya no puedo vivir en este Carpuela
 por que lo que yo tenía se llevó el río (bis)
 Ya me voy, ya me voy
 Ya no hay donde trabajar
 Ya me voy, ya me voy al Oriente a trabajar (bis)
 Te dejo mi corazón Carpuela mía
 Te juro olvidarte jamás podría (bis)
 Ya me voy, ya me voy al Oriente a trabajar
 Pues ya no quiero vivir en este Carpuela
 Por que lo que yo tenía se llevó el río (bis)
 Ya no quiero vivir en este Carpuela
 Porque lo que yo tenía se llevó el río
 Ya me voy, ya me voy al oriente a trabajar (bis).³⁵

Para colmo de males, terminó por rematar la situación, el exterminio de una juventud lozana y bien constituida, a causa de las epidemias de 1757, 1764, 1783, los terremotos de 1764, 1787 y, especialmente el de 1797, conocido por la cantidad de víctimas que causó, los destrozos en las cúpulas, torres, claustros, cubiertas y muros de los templos y conventos que afectó, y la amplia destrucción que produjo en las zonas de Chimborazo e Imbabura.³⁶ La Audiencia quedó reducida a polvo y ceniza. Muchos recogieron sus despojos, lo poco que les quedaba y huyeron por los cuatro costados.

Comprensible, en este ambiente, fue la tónica general de desaliento, desconfianza y pesimismo que llegó a tal grado de desesperanza, que era rara la voz que juzgaba que vendrían días mejores en un futuro inmediato. Nadie sabía cuándo se detendría una caída que avanzaba a vista y paciencia de todos. Tampoco nadie sabía si era posible revertir la situación. La enfermedad y la peste se presentaban incurables, irremediables. La mayoría creía que en el siguiente año, comienzo de un nuevo siglo, se agravarían aún más las cosas. Al igual que Edgar en el *Rey Lear*, el pronóstico de la gente era:

“Y puedo estar peor aún: lo peor
No dura tanto que podamos decir “Esto es lo peor”.³⁷

Pese al estado deprimente de la Audiencia o gracias a él y a las aburridas y largas semanas de tedio, sin sentido y malas noticias, el sueño que deambulaba por las cabezas de algunos mortales era salir a otras tierras; caer en algún lance, aventura o romance; romper la monotonía y la rutina gracias a alguna novedad.

Humboldt que visitó la Audiencia en esos precisos años, describió con maestría la contraposición entre esa ciudad triste, nublada, lluviosa y deprimida y ese deseo generalizado por divertirse. A comienzos de siglo, él dijo que “La ciudad de Quito, es bella, pero el cielo es allí triste y nublado, las montañas vecinas ofrecen poca verdura y el frío es más considerable. El gran terremoto del 4 de febrero de 1797, que conmovió la provincia y mató en un momento de 35 a 40.000 personas fue también funesto a este respecto para los habitantes,... A pesar de estos horrores y peligros de que les ha rodeado la naturaleza, los habitantes de Quito son alegres, vivos, amables. Su ciudad respira voluptuosidad y lujo, y quizás en ninguna parte reina un deseo más decidi-

do y general de divertirse. Así es como el hombre se acostumbra a dormirse apaciblemente al borde de un precipicio".³⁸

Los "sueños" de Manuela

Mas el tráfigo de estos años de dolor, desconfianza, crisis y pesimismo, no impidió a Manuela ver su entorno de modo diferente al común de los mortales e incluso de sus familiares y amigos. Sin desconocer lo lúgubre y crítico de esa hora, su perspectiva era especial.

Alguno de sus amigos y familiares se preguntó sobre qué mismo reverberaba en Manuela y estaba en plena ebullición, en medio de los días más negros, ¿Cuál era el volcán de fuerzas, de vida, de esperanza, de futuro que estaba por encima de las circunstancias? Se dieron las más diversas interpretaciones.

Con razón o sin razón, uno de los testigos de su matrimonio, Juan de Dios Morales, decía que su secreto era esa forma sorprendente y asombrosa de ver a las personas, a los acontecimientos y hasta a las cosas, al revés de lo que comúnmente lo hacían la mayoría, a tal grado que sus palabras producían una radical inversión de las tesis y del pesimismo vigente. Ella decía no cuando la mayoría se inclinaba por el sí; criticaba cuando otros aplaudían y explicaba los acontecimientos y trastocaba los criterios de modo tan inusitado que sorprendía hasta a los sabios y ancianos experimentados de la Audiencia. Su fuerza era la crítica y la sospecha, una especie de **admiración y escepticismo**, ante todo lo que se le ponía al frente, sean instituciones, sean personas, sean libros o amigos. Admiraba y sospechaba de todo.

Para Morales ella, debido a esa actitud de escepticismo y sospecha, vivía llena de asombro, admiración y perplejidad, y ese era su secreto y su encanto; veía el mundo al revés. Recuerden, decía, que al igual que su hermano Eugenio, ella aprendió a dudar, sistemáticamente, de los criterios, normas y consejos establecidos, no solo en el orden social o político, que ella aprendió a cuestionar desde niña, junto a sus hermanos Juan Pablo y Eugenio, sino incluso en el ético, moral y religioso. También en su vida cotidiana, en su trabajo diario, en la vinculación con sus amigas y amigos, con sus familiares e incluso con sus hermanos, desconcertaba ya que ella concebía el día a día en for-

ma diversa a la usual; al revés del común de los mortales. Hasta en el trato con las personas sus normas fueron siempre diversas, para algunos un poco especiales, ya que rompían los usos y costumbres tradicionales. Las “malas” compañías, por ejemplo, para ella eran buenas y quienes representaban “lo bueno” eran más bien vistos por ella como peligrosos, especialmente para la juventud.

Esta lectura especial de la realidad la recordaba Morales a través de un conflictivo caso. En pleno proceso independentista, algunos integrantes de las juntas revolucionarias se sintieron incómodos ante la presencia de figuras como la del Marqués de Selva Alegre, el Marqués de Orellana, el Conde de Casa Guerrero, el Marqués de Miraflores y más Caballeros como Don Manuel Zambrano, Don Manuel Matheu y Don Pedro Montúfar, de la rancia aristocracia pero algunos de ellos cargados de deudas y contribuciones a la Corona. En cuanto “señores de la tierra”, eran de los mayores hacendados de la Audiencia, que comenzaban a interesarse también por la actividad comercial, por el remate del situado y por romper las trabas comerciales y aduaneras impuestas desde Lima. Representaban intereses un tanto contrarios al grupo goddo o español. Pero la nobleza terrateniente no se empeñaba en corregir la defectuosa forma de tenencia vigente, ni en mejorar los sistemas de trabajo y explotación de los indígenas, ni en poner término a otras oprobiosas realidades sociales. El ala radical pedía la expulsión de este grupo y era muy recelosa en cuanto escuchaba hablar de marqueses, condes u obispos. Manuela con suma prudencia se opuso a la tesis de ruptura con los “señores de la tierra”, al señalar la necesidad de su apoyo para acumular fuerzas en la difícil lucha contra los realistas y godos. Quien está seguro de sí mismo, decía, no teme ni a los “marqueses” ni a los representantes del Rey.

Pero el haber vivido y sobrevivido en medio de la peor crisis de fin de siglo, en horas de triunfos y de fracasos, pero siempre bajo sus propios criterios, la convirtió en una persona libre, pero también diferente. Era un juego excitante y riesgoso en más de un caso, pero que conducía inevitablemente a la soledad. Además, ella representó la defensa más cerrada de la libertad de la mujer de aquellos tiempos y abrió surcos por los que algunas mujeres audaces transitarían posteriormente.

Su amigo, Antonio Ante, testigo de su matrimonio, vecino muy cercano, a pocas casas de la suya, más bien juzgaba que la explicación más acerta-

da sobre la fuerza que alimentaba a Manuela, era considerar sus esmeros por mantenerse siempre **libre**, que a criterio de ella: “era el tesoro más grandioso que podía custodiar una mujer”.

Era tan acendrada la defensa de su espacio de libertad, autonomía y privacidad, que en misiva que dirigiera Erophilia a una de sus amigas, le decía: “Los “principios”, en el buen sentido del término, especialmente la protección de la libertad, obliga a la mujer, no a correr sino a enfrentar todo “instante”, “evento”, coyuntura u oportunidad que ofrece la Vida. Defender siempre la propia autonomía, ese reducto último, que define la identidad, el vigor y la fuerza de una persona es insoslayable. Las personas libres y por eso valientes son inconfundibles y por desgracia son pocas. En eso radica su tesoro, su fuerza, su personalidad, su hermosura y su grandeza. Por eso sobresalen y hay como distinguirlas en medio de la multitud. Ellas, sin esfuerzo, son inconfundibles. Por eso se puede aplaudir sus hazañas y pueden ser vistas y comprendidas sin temor y con alegría. Ellas despiertan una solidaridad especial. Incluso pueden ser amadas, porque detrás de todo eso está su capacidad y sus batallas por ser libres, no ser como el común de las mortales y esclavas que abundan en este mundo. Por eso ellas pueden enseñar a vivir, a juzgar, a discernir lo que vale de lo falso, no tanto con palabras sino con su práctica, con los hechos. Por eso diariamente son sorprendentes, vitales y hermosas y la vida les depara sorpresa tras sorpresa”.³⁹

Para Manuela, era una exigencia de la hora y una ilusión, empujar el proceso de emancipación de la mujer no solo en la esfera subjetiva sino también en la institucional. Según ella, hacía falta que algunas de ellas penetren y copen diversas actividades de la vida pública y política; se alejen de los formulismos tan propios de los grupos aristocratizantes, tan densos y pesados en el clima social de aquel entonces; no reduzcan su actividad a los quehaceres de la casa; no sometan el propio juicio al ajeno, aunque sea el del esposo; no rechacen su cuerpo y sus sentidos y reformulen lo erótico y la estética de una Audiencia aun signada en estos campos por lo moral y religioso.

En la sociedad colonial de aquel entonces esto fue un paso significativo y supuso una forma de acceder a campos que habían sido vedados a la mujer y, por supuesto, iniciar un proceso que en alguna forma y a largo plazo permitiría igualar las oportunidades, el trato y los conocimientos entre ambos sexos. En esa larga batalla estaba Manuela. Había que nivelar la balanza que

por siglos se había inclinado a favor solo de los varones, guste a quien guste y choque contra quien choque, especialmente el clero que veía perderse parte de su poder e intereses.

Pedía, por ejemplo, que la pintura centrada en cuadros de mártires y santos se secularice y pase a dibujar o esculpir el cuerpo humano y las actividades diarias de las mujeres. El teatro también pedía que se abra al drama humano que vivían cientos de mujeres, mas que a los reiterados temas moralistas y religiosos. Aplaudió cuando en octubre de 1808, se presentaron en Quito obras de teatro como “Catón”, “Andromaca”, “Zoraida” y “La Araucana”, “todas ellas tendientes en su diseño y argumento a inculcar un espíritu de independencia, de amor a la libertad ya los principios del republicanismo”. Corrió el rumor de que esas obras fueron escogidas para Morales y su amigo Quiroga.⁴⁰

En definitiva, desde muy joven aprendió, junto a sus hermanos, a caminar al filo de la navaja, a desplazarse por terrenos baldíos, en los límites de las lomas y montañas, al borde de las quebradas y precipicios que rodeaban a Quito. Con la frente en alto se desplazó tanto en medio de la pugna entre los valores y principios ligados a la sociedad colonial y los que comenzaban a emerger marcados por la novedad como entre las complejas, ambiguas y conflictivas relaciones con los representantes del antiguo orden y las novatas figuras que iniciaban la construcción del futuro. Sin amilanarse atravesó entre disyuntivas, aporías y antinomias al parecer irreconciliables; dio la cara a agudos desequilibrios que presentaba la Audiencia y a las nacientes esperanzas que solo lograron hacerse realidad décadas después. No reprodujo ni la conducta ni los usos y costumbres reinantes por el peso de los años; tampoco se dejó llevar por los rumores, las conversaciones en voz baja y los chismes que no faltaban en el conventual Quito de ese entonces; mas bien defendió frescos valores e ideales; inclinó su asentimiento y argumentó a favor de las fuerzas, las personas, los cantos y los sueños que anunciaban días mejores.

¿Qué era ser ilustrada?

Pero en lo que no tuvo éxito fue en franquear las puertas de la universidad. Para ella siempre estuvieron cerradas. En parte por eso su reacción y su forma especial de entender **la ilustración** de las personas. Según ella, no se era

ilustrada tanto por los estudios, libros y títulos, cuanto por la capacidad de reflexionar y decidir por cuenta propia. Manuela insistía en que un trabajador agrícola, un peón, un indígena o un artesano y ponía nombres concretos como los de Diego de Robles, Caspicara, Cortez, Miguel de Santiago, Manuel Samaniego, etc. eran tanto o más ilustrados que muchos de los catedráticos de la Universidad de San Gregorio. La ilustración, según ella, no estaba ni en los títulos ni en las carreras, sino en la madurez y autonomía de las personas. Quien decide por sí mismo, quien no depende ni en su reflexión o análisis ni en su comportamiento o acciones de lo que dictaminan otros, ese sería tanto o más ilustrado que el más profundo conocedor de libros. Quien opta por algo o alguien, no tanto por el qué dirán, sino por que es su criterio, ese valía. Quien no reverencia el pasado o la tradición tan solo por el peso de los años y el polvo de los siglos, ese era ilustrado.

Según Manuela, los cartones y títulos no eran más que mecanismos de ascenso y poder, que desdecían de los principios ilustrados tal cual ella los entendía. La fanfarria, los discursos, los brindis, los grados, los ingentes gastos en que incurría la gente, eran una buena prueba hasta del ridículo a que se prestaban tales fiestas y solemnidades. En la Audiencia se tributaba una veneración, rayana en servilismo, a los títulos y más formalidades.

Tardó mucho la Audiencia en superar el régimen colonial, y el marco conventual excluyente de las mujeres y dar paso a la universidad pública, lucha en la que varias mujeres se comprometieron con tesón hasta lograr derribar los códigos y cortapisas que les oponía el sistema universitario vigente. Varios decanos y muchos docentes de la universidad de San Gregorio, se resistieron y tardaron décadas en aceptar que las faldas, como solían decir ellos, entren a los patios universitarios.

La primacía del futuro

Para otros que se preguntaron de dónde brotaba esa fuerza que hacía que Manuela no caiga en el pesimismo y sus conversaciones no bordeen el rosario de quejas sobre los malos tiempos o en retóricos ataques a la corrupción en que terminaban la mayoría de las reuniones y charlas de ese entonces, el secreto estaba en su valoración del futuro. Tal vez, en los momentos más dramáticos o deprimentes de la Audiencia ella supo presentir lo que se

venía. “Estamos, solía decir, ante la presencia de nuevos tiempos, y solía concluir, afirmando que “ya no estábamos en la Colonia”.

Para Josefa Tinajero, madrina de su matrimonio, su fuerte era precisamente eso: saber construir parámetros y sueños diferentes a los vigentes y saber mantenerlos con una voluntad inquebrantable. Su hermano Pablo decía que ella era una “adelantada” de los nuevos tiempos, que disponía de las semillas del porvenir.⁴¹

Manuela presintió que se incoaban cambios de fondo. Por eso es que no perdía la esperanza y pese al pesimismo que se vivió en esas horas, ella supo imponer su porfiada voluntad de salir adelante. Avizoraba los años inmediatos como un progresivo proceso hacia días mejores, llenos de emancipación, como de realizaciones, cada vez más cercanas a la construcción de un “Nación culta” y una sociedad diferente; como una marcha ascendente hacia días mejores que los marcados por el absurdo sistema colonial. La idea de Manuela era que tarde o temprano los quiteños transformarían radicalmente a su magra realidad; más tarde que nunca ellos lograrían liberarse de tantas trabas y estructuras coloniales, superarían días tan dramáticos como los vividos en ese final de siglo, gracias, especialmente, al peso de la razón y a la dinámica propia de la ciencia y la ilustración.

Con entusiasmo, diría juvenil, ella tenía la esperanza, de que la expansión y difusión de las artes y las ciencias no solo promoverían el control de las fuerzas naturales, sino que también fomentarían la comprensión entre los quiteños, el progreso de la Audiencia, el desarrollo de la industria y la producción; una nueva moral, la justicia en las instituciones e incluso la felicidad y el bienestar de los quiteños.⁴²

Por eso apoyó con entusiasmo a su hermano Eugenio, cuando este gastaba días y noches en describir diversas instituciones y situaciones que reclamaban reformas. El sistema de salubridad estaba quebrado y requería una revisión a fondo. Similar situación atravesaba la agricultura de la Audiencia, los obrajes, las manufacturas, el sistema judicial, la Iglesia,... No quedaba hueso sano en aquellos años. La universidad, por ejemplo, estaba necesitada de urgentes reformas. Manuela creía que había que dar el paso hacia una universidad pública y enterrar la universidad conventual; expandir las escuelas de primeras letras, la instrucción de adultos, la difusión de las luces por obra de la imprenta y los periódicos, la conformación de Sociedades de Amigos del país

para la aplicación de ciencias útiles, el desarrollo de los telares y otras pequeñas artesanías e industrias, que juzgaba traerían aparejado automáticamente no solo el cultivo del intelecto y de los mejores sentimientos en el individuo sino también, en último término, mejores días para la sociedad entera. En otras palabras, el progreso moral y político era precisamente eso: la transferencia a la vida pública de los elementos dinámicos de la razón y la ciencia cultivadas por los ciudadanos.

Este optimismo o pretencioso ideal por alcanzar días mejores para la Audiencia, a través de la razón y la ciencia, le hizo creer que los elementos o conquistas que querían implementar sus dos hermanos y sus amigos y su esposo, se trasladarían directa y fácilmente al campo de las mejoras económicas y sociales, a corto tiempo. ¿Quién podría oponerse a la razón, decía ella? ¿Qué podría detener el avance de las luces de la ciencia?

Aspectos o "sueños" como el de que la Audiencia disponga de un periódico - en el que ella fue la única mujer que participó - para difundir las luces, para explicar la necesidad de ampliar la libertad de pensamiento, de cultos, de comercio, la igualdad de derechos, la soberanía popular, la educación para todos, el desarrollo de las ciencias útiles, eran sus banderas, que a ratos la hacían olvidar lo duro de esa hora. Juzgaba que al extender el método científico a nuevos ámbitos de estudio, se alcanzaría no solo determinados intereses cognoscitivos, sino también transformaciones directas y radicales de la sociedad toda.⁴³

En definitiva, a ella, al igual que a sus hermanos Pablo y Eugenio, a su esposo y a sus amigos, les tocó vivir al filo de la navaja, en la bisagra de dos tiempos, uno que desfallecía y otro que comenzaba a dar los primeros pasos. En esto radicó su éxito y su tragedia, lo complejo de sus tesis y comportamientos, ya que desde la perspectiva colonial o tradicional ella veía el mundo al revés y desde la nueva perspectiva ella iniciaba la construcción de un edificio bajo parámetros diferentes a los que hasta entonces se habían utilizado. En tal sentido su figura es actual o trascendente, ya que también hoy muchas mujeres se ven abocadas a la ingrata tarea de vivir al revés de los criterios, prejuicios y valores vigentes. En síntesis, estaba inmersa en una trasmutación profunda de valores y percepciones, que afectaba hondamente a su sensibilidad. Para ese entonces, Manuela había ya cumplido 40 años.

Mas su frescura para caminar por zonas nuevas y prohibidas, de ade-

lantar el futuro a través de la apertura a lo nuevo e inédito, no solo fue cuestión de discursos. En el día a día era amante de la novedad, de las calles y caminos por los que no se transitaba usualmente, de la innovación en las modas del vestir, de los paseos a lugares diferentes, de los contactos imprevistos,... Ella vivía volcada hacia el cambio, hacia la ruptura y contraposición con el pasado, el repudio a costumbres y formalidades que habían perdurado por décadas, a la negación de lo consagrado por la venia de los mayores,... Lo “nuevo” no solo le fascinaba sino que a ratos parecía constituir para ella un valor en sí y las cargas del pasado, en sus mil formas, se le presentaban como una rémora, un elemento pasivo que frenaba la marcha de la historia. Fácilmente surgía en su rostro un dejo de prevención y reparo ante lo que reiterativamente se hacía y decía en el diario trajinar de esos tiempos. Los hombres, a su criterio, se habían acostumbrado a la seguridad, a lo permanente, estable, repetitivo y rutinario y tenían miedo a lo pasajero, imprevisto, diferente y transitorio. Por el contrario, la vida de Manuela transcurrió en medio del riesgo, la novedad, los libros desconocidos, las pérdidas incluso irreparables, elementos todos propios de una combinación inevitable de alegrías y penas, suspendida entre lo nuevo y lo reiterativo.

No sé si a Manuela le tocó la peor o la mejor de las épocas, pero a mi parecer, tan dramático fue su escenario como el actual, aunque tal vez por la cercanía de estos tiempos y los pavorosos sentimientos que se han despertado en estos terribles días de fin de siglo y de milenio, uno tiende a juzgar que no ha habido ni crisis mayor, en este territorio, que la presente; ni anhelos más vivos de cambio que los actuales. En todo caso, tal vez, como en ninguna otra época de nuestra historia, salvo las reformas que se implementaron en el país a raíz del triunfo de la revolución liberal, se vivió un cambio tan radical, en todos los órdenes, incluso en el de la mujer, como en tiempos de Manuela.⁴⁴

Capítulo III

LOS ACTORES

El torbellino de los acontecimientos

Armada y apertrechada de tantos sueños de futuro, de ideales e ilusiones de reforma, con un temperamento cargado de rebeldía, ímpetu y orgullo, ella, al igual que muchos de sus amigos, se sintieron cerca de la victoria. Parecía que el reino de las tinieblas y la obscuridad estaba por llegar a su final; que la noche quedaba atrás y que estaba garantizado el rápido curso hacia los nuevos tiempos.

Las esperanzas de cambio en la Audiencia, en la década de los ochenta y parte de los noventa, crecieron significativamente, gracias a los intentos de modernización que trató de implementar el gobierno ilustrado y progresista de Carlos III y sus célebres reformas administrativas de 1778 – 1782.

Este optimismo se agigantó aún más gracias a los triunfos y avances de las misiones científicas y los múltiples resultados e inventos generados por las ciencias, especialmente de las ciencias naturales, que hacían de lo humano objeto de conocimiento riguroso, útil, verificable y exitoso. La visita de los geodésicos franceses (1736 – 1743); la Real Expedición Botánica que arribó a Quito, a finales del siglo XVIII; la visita de Francisco José de Caldas en 1801 y de Humboldt y Bonpland en 1802, y el trabajo sostenido, por varios años, del botánico español, Anastasio de Guzmán llenaron de entusiasmo y esperanza a más de uno. Los connotados visitantes eran representantes de nuevos tiempos y aventuras y pensaban diferente a los trasnochados profesores y hombres “beneméritos” de Quito. Ellos parecían los depositarios de un “fuego sagrado” y desataron una controversia de proporciones en múltiples campos.

A Manuela, a sus hermanos y, especialmente, a su esposo y a un buen número de sus amigos: Vicente Alvarez, Mariano Ontaneda, Manuel de la Ga-

la, Miguel Ponce, Agustín Bustamante,... les tocó vivir en carne propia la maravillosa introducción de las ciencias en la Audiencia de Quito. Ese “fuego sagrado” alimentó horas de trabajo y se concretó, por ejemplo, en el caso de su esposo, en la primera descripción pormenorizada sobre la riqueza de nuestra flora: “Plantas Quiteñas” y en una serie de investigaciones y trabajos sobre la Mineralogía, la Zoología y la Botánica de la Audiencia. Todos hablaban de las reformas de la educación, de la universidad, de la industria, del comercio, de las mimas que de inmediato iban a florecer y que Eugenio había estudiado muy al detalle.⁴⁵

Mas los vientos de renovación chocaban con ancestrales estructuras e intereses. Mientras unas medidas parecían favorecer el avance otras generaban retrocesos. Audaces pasos en el campo económico y administrativo afectaron al social y político y mientras crecían los ingresos en las Cajas reales debido a los nuevos y ágiles administradores, el estado a que había decaído la mayoría de población era grave y de total ruina por la falta de comercio y circulante, por la quiebra de su industria textil dada la apertura a los registros y navíos mercantes procedentes de Europa, por el abandono de la industria minera,... La Audiencia era como una carreta atrapada en medio del lodo, que no lograba avanzar.⁴⁶

Hasta las más simples propuestas de avance no conseguían cuajar. La Sociedad de Amigos del país, cuyo propósito era congregar a los espíritus más clarividentes y a las voluntades más decididas, a fin de fomentar todo lo correspondiente a los ramos de la agricultura y economía rústica; ampliar la enseñanza de las ciencias y artes instructivas y análogas a los oficios de nuestros artesanos, especialmente los dedicados a la agricultura, metalurgia, fábrica de telas de lana y algodón, pintura y escultura, y velar por los ramos principales de la industria, el comercio del reino, los obrajes,... “solo tuvo dos reuniones: el 29 de febrero y el 10 de marzo de 1792, no encontró mayor eco en la población quiteña y fue finalmente suspendida por la Real Orden del 11 de noviembre de 1793”⁴⁷. Primicias de la Cultura de Quito, periódico llamado a superar “la noche y las tinieblas, la ignorancia y la barbarie”, no se mantuvo en pie más de seis meses, solo logró editar siete números y a finales de marzo de 1792 cerró sus puertas.

Demasiado pronto la primavera llegó a su final. El régimen de los Borbones entró en crisis y la Monarquía Española tan mal representada por Car-

los IV alteró bruscamente su orientación modernizante e incluso persiguió y encarceló a los representantes del ala progresista ilustrada de Carlos III, a pesar de que habían manejado el timón del gobierno durante treinta años seguidos.

Carlos IV desencadenó la reacción anti - ilustrada y tomó una serie de medidas para precautelar a sus Colonias del contagio revolucionario: prohibición a los oficiales de que hablen de Francia, control de prensa, revisión de los paquetes de correo, expulsión de individuos “dudosos”, requisa de libros, cartas y otros documentos, etc. El endurecimiento se hizo aún mayor a partir de 1793, a raíz de la caída de la monarquía francesa, el avance de la revolución de París y la ejecución de Luis XVI y María Antonieta y sobre todo por la Declaración de Guerra contra España hecha por la Convención.

A partir de la última prisión de su hermano Eugenio, 30 de Enero de 1795, Manuela, ya de 38 años, se dio cuenta de que todos los canales que se habían tratado de abrir para la renovación de la Provincia se iban cerrando herméticamente, uno tras otro. El optimismo ilustrado de los años anteriores decaía y no se veía otra puerta de salvación que la subversión por el medio que fuese.

A lo largo de 1808 los acontecimientos se precipitaron. A finales de ese año, un puñado de quiteños, iniciaron las primeras reuniones secretas, en el obraje de Chillo, propiedad de Juan Pío Montúfar, Marqués de Selva Alegre, para examinar el futuro de la Audiencia, dada la crisis que atravesó la corona española, a raíz de la prisión y abdicación del rey ante el ejército francés y el consiguiente ascenso al poder español de Luis Bonaparte, Pepe Botellas, hermano del emperador francés, gota que derramó el vaso. Las noticias de España: la abdicación de Carlos, la ascensión de Fernando, el encarcelamiento nada menos que del Rey y la invasión del país por los franceses eran el tema de todos los días y todas las conversaciones y que daban para hablar e imaginar.⁴⁸

“En marzo fueron presos y llevados al convento de la Merced, el Marqués de Selva Alegre, don Juan de Dios Morales, Salinas, el doctor Manuel Quiroga, el presbítero don José Riofrío y don Nicolás de la Peña. Se les mantuvo incomunicados y tuvieron estorbos y dilaciones para su defensa”. Ya no se podía tapar con el dedo las tentativas de emancipación que cobraban cada vez más fuerza. ⁴⁹

En todo caso, la tensión causada por la escisión entre lo viejo y lo nuevo, entre los ideales tradicionales y los nuevos dilemas, entre la ciencia, política, ética antigua y nueva, se agudizaba, cobraba mayor vida en Manuela y en muchos de sus conocidos. En la sociedad colonial se vivía una especie de esquizofrenia entre el presente odiado y rechazado y el futuro anhelado; entre los valores de esta tierra y los del cielo; entre la moral de principios trascendentes, eternos y permanentes y los de la autonomía humana; entre la “madre patria” y la “peor de las madrastras”, entre los defensores, de carne y hueso, de uno u otro bando y posición.

A Erophilia le impacientaba los discursos y sermones, por ejemplo, de Mons. Andrés Quintián y de clérigos realistas como Arias, Mosquera, Araujo, Villamagán. En una ocasión le pidió a su hermano no pasar por alto tanta impertinencia como la mostrada por la oratoria sagrada de Sancho de Escobar, Juan de Arauz y Mesía, Ramón Yépez, Sebastián Solano,... Eugenio escribió, en uno de los capítulos de *El Nuevo Luciano*, en la “conversación novena”, una de las ridiculizaciones y críticas contra los dueños de los púlpitos, más brillantes, de que se tenga memoria.

Sin embargo, Erophilia, al igual que Simón Rodríguez, matizaban su entusiasmo dado el peso de la tradición y su fuerza. En la entrevista de Erophilia con el Maestro de Bolívar, por 1845, cuando ella se acercaba ya a los 90 años y cuando él iba camino de Latacunga, invitado por Rafael Quevedo, el rector del Colegio de San Vicente (actualmente Vicente León), de esa pequeña ciudad, coincidieron en la necesidad de siempre ser cautos y no inclinarse ni hacia el negro pesimismo que parecía imponer esa hora ni hacia un ingenuo optimismo. Más bien había que manejar con cuidado la persistencia y el endurecimiento de las personas y estructuras vigentes y su inconmensurable oposición a los más mínimos cambios, lo cual obligaba a redoblar esfuerzos.

En la Audiencia y en el País, según ella, especialmente en la universidad, en los juzgados y en los conventos se heredaba y se vivía demasiado del pasado. Los godos parecían intocables y procreaban seguidores a buen número, la mujer seguía relegada y la crisis económica no hallaba componte. Según Rodríguez, como consta en sus célebres “Consejos de Amigo dados al Colegio de Latacunga, la sociedad colonial reproducía y mantenía incólumes sus principales pilares, gracias al secreto poder “testamentario” que los hom-

bres habían consolidado en sus costumbres, leyes y tradiciones. La tierra, el capital y otros bienes; las leyes, la profesión, el trabajo y las propiedades se trasmitían por herencia. ¡Qué no se trasmitía por herencia! Hasta los momentos fundamentales de la vida humana estaban signados por lo testamentario. Desde el nacimiento, pasando por el matrimonio y hasta la muerte eran momentos marcados u organizados por lo dictado en un testamento.

En palabras de Simón Rodríguez, que las recitaba reiteradamente Erophilia, se decía: “Haber criado a un niño hasta cierta edad es un derecho para impedirle que tome el estado o profesión que le conviene o agrada o para forzarlo a tomar (sin decir por qué) el que no le conviene o repugna. Moribundo que tiene algo, por poco que sea, es legislador, y los vivos le han de obedecer: si es grande el caudal, dispone que su heredero viva ocioso, y manda que se le aguanten todas sus impertinencias, (...) y si poco antes de morir, la enfermedad no le ha hecho perder el juicio, las leyes le mandan que hable como un loco, diciendo que lleva lo que no puede llevarse”. De este modo, “la potestad Paterna influye en la educación y en la elección de estado o profesión y las leyes conceden y protegen tal facultad de Testar”.⁵⁰

La resistencia al cambio y la venganza de quienes controlaban los altos tribunales de diversas instituciones, detenía las transformaciones. Manuela recordaba, con precisión de días y horas, cuando en vísperas de retornar a la Capital, desde Riobamba, el 17 de Septiembre de 1787, fue tomado preso su hermano Eugenio por un comisionado especial del Presidente, el corregidor de Latacunga, Baltazar Mazorra Carriedo, quien secuestró todos sus papeles, buscó en los baúles de Manuela, y con un par de grillos lo condujo a Eugenio a Quito, a las doce del día del miércoles 19 de septiembre, a vista de mucha gente. Al llegar a Quito, intencionalmente fue llevado a la cárcel de corte, a la una de la tarde del domingo 23 de septiembre.⁵¹

Si doloroso fue para Manuela ver a su hermano encadenado, igualmente duro fue para ella la invasión a su cuarto por la policía, sentir en carne propia el irrespeto a su privacidad y a sus tesoros tan celosamente resguardados por años. Sus documentos fueron abiertos, rasgados y arrojados a la basura; sus cartas leídas, sus secretos destapados y esparcidos. Fue una violación y a lo más profundo, a aquello que está incluso más allá de lo físico.

Igualmente traumática fue la orden de prisión contra su hermano Pablo, quien “... cometió la indiscreción de revelar a su amante, Francisca Nava-

rrere, ciertos planes e ideas políticas de Eugenio. Le habló de la expulsión de todos los extranjeros; del gobierno de América para los criollos; de la vida en común del clero sometido en adelante a obispos americanos, no españoles y, finalmente, del contacto con ciertos individuos de Quito con otros de Bogotá. La damisela se lo comunicó a su madre; ésta a su vez se lo confió a Fray Vicente, franciscano y hermano de la Francisca. Fray Vicente informó a las autoridades y Juan Pablo fue detenido. En el juicio oral contra el sacerdote, Francisca, aconsejada por su abogado, denunció la conversación sediciosa al presidente Muñoz de Guzmán. El abogado de Juan Pablo, Juan de Dios Morales, amigo de Eugenio Espejo, le aconsejó negarlo todo y, a su vez, acusar a Francisca y a Fray Vicente de fraude y calumnia. Todo culminó en declarar culpable al acusado y sentenciarle a dos años de reclusión en el monasterio franciscano de Popayán".⁵²

Se conserva un diálogo vivido en esos días:

Juan Pablo: Echaremos de la tierra a todos los extranjeros y nos mandarán los nacidos aquí.

Francisca Navarrete: Eso es herejía, según nos predicán en los sermones; eso es cosa de los franceses impíos.

Juan Pablo: Los franceses, cuando guillotinaron a su rey, no cometieron pecado ni siquiera leve contra la fe; cometieron pecado muy grave en otra materia.

Francisca Navarrete: ¿Cuándo se vayan los chapetones habrá religión?

Juan Pablo: ¡Y más que ahora!

Francisca Navarrete: ¿Y habrá Obispo?

Juan Pablo: Sí; pero nacido en Quito y no venido de fuera,...

Francisca Navarrete: ¿Y habrá Conventos?

Juan Pablo: Sí los habrá; y entonces los meteremos a los frailes en vida común y les quitaremos los curatos, para que vivan en sus conventos.

Francisca Navarrete: ¡Jesús si llega a saber el Sr. Presidente lo que está usted diciendo,...

Juan Pablo: Cállate, que el Presidente está cagándose de miedo y nosotros tenemos ya relaciones con Bogotá.

Francisca Navarrete: ¿Y lo que el Padre Ontaneda está predicando en las misiones?,...

Juan Pablo: Ese fraile no sabe de estas cosas y debía dejar de predicar tantas misiones antes de la Cuaresma".⁵³

Más de una contrariedad le arrancaron a Erophilia esas décadas infames; más de una vez se contrajo su corazón ante la suerte de muchos de sus compañeros y amigos de juventud. En el tránsito de aquellos años unos quedaron a la vera del camino, otros alcanzaron lugares preeminentes, pero ninguno, salvo uno de ellos, logró ver realizados sus sueños de juventud. Y si bien, la mayoría de sus amigos, nunca traicionaron o declinaron los ideales de su juventud y a esto Erophilia lo consideraba de máxima importancia, porque entendía que eso era lo mejor que cada uno de ellos atesoraba, la mayoría o en su conjunto, la generación de finales de siglo, no tuvo, quién creyera, ni tiempo ni espacio para el logro de sus sueños.

Fue una generación frustrada, igual que la que siguió. Entre el país que ellos recibieron y el que entregaron a sus hijos, coincidían todos en que el saldo era negativo. Se vivía en un permanente estado de emergencia o de virtual guerra interna. Casi no había rubro en el que la Audiencia hubiese progresado. Al menos en la década de los ochenta y de los noventa todos los resultados fueron magros. Por otra parte, los cambios anhelados, las mejoras no terminaban de cuajar y las antiguas instituciones de resquebrajarse y morir. El peso de la “madre patria” aún sobrevivía.

En situación tan deprimente no faltaron las fórmulas de salvación. Dada la depresión económica generalizada a lo largo y ancho de toda la Audiencia, un buen número de comerciantes, abogados y, especialmente, de religiosos y amigos de los religiosos, juzgaron que la crisis vigente se debía al “olvido” de los principios y valores básicos de la sociedad. La audiencia había perdido su norte, las metas últimas no eran respetadas, su vocación por lo heroico y por el sacrificio había menguado y se había caído en el juego más descarado de todo tipo de intereses individuales que terminaron por imponerse. Presidentes, oidores, ministros, cobradores de impuestos, comerciantes, abogados,... eran arrastrados por la vorágine de la corrupción que se infiltró por todos los poros y tejidos del cuerpo social.

El llamado a restaurar los valores y principios morales y éticos no se hizo esperar, al igual que el llamado a que los individuos pongan lo mejor de sí, con la mayor intensidad posible, para salir de la crisis. El alma nacional estaba adormecida, apática, se había enrarecido.⁵⁴ La salvación de la Audiencia terminó por hacerse depender de una profunda conversión personal y moral.

Solo de renovarse la vida interior, el respeto a los principios y valores, la Provincia volvería a caminar. Europa, peroraban algunos, era tal y daba muestras de progreso por su acendrada dedicación al cultivo del mundo de los valores y a su inquebrantable fe religiosa.

Para Manuela, la mezcla y confusión del plano moral con el ético y de la esfera personal y privada con la pública constituyó una simplona forma de pretender resolver problemas complejos, que no dependían exclusivamente de la buena o mala voluntad de las personas. La exacerbación de los sentimientos era caldo de cultivo de la irracionalidad; los problemas de carácter estructural, como los que vivía la Audiencia, en prácticamente todas las áreas, no se corregirían con golpes de pecho. Eran insuficientes los reclamos por avivar la espiritualidad del pueblo, por retomar la enseñanza de los valores y la moral cristiana en las escuelas a fin de resucitar valores como los de honradez, templanza, pobreza, laboriosidad, obediencia o espiritualidad, tan venidos a menos, según el decir de los representantes del orden.

Este recurso a los principios y valores, en medio de su exacerbación, e incluso de un cierto rigorismo moral, alcanzó su grado máximo a inicios del nuevo siglo. Exitosos terratenientes y hombres de negocios se transformaron en sumos sacerdotes, que peroraban, en cualquier oportunidad que se les brindase, sobre la crisis de los valores como fundamento de la crisis de la Audiencia.

Uno de ellos, propietario de las más grandes haciendas de la Audiencia, por activa y por pasiva, repetía a sus trabajadores y a sus “queridos” indios, sobre el efecto sorprendente del trabajo para el desarrollo de la Audiencia, cuando todos sabían asumir valores como los de laboriosidad, compañerismo, templanza y eficiencia. Con suprema ingenuidad hacía un llamado a los empleados al máximo sacrificio y rendimiento, en la época en que sus jornales estaban por los suelos.

También, en alguna de las universidades de la Audiencia, la más ligada a los “señores de la tierra”, el discurso moralista prendió en todas las aulas y facultades. Entonces proliferaron seminarios y conferencias sobre la corrupción y sobre ¿cómo manejar con ética los fondos reales y los privados?; sobre técnicas y métodos para la procuración ética de recursos; sobre manejo ético de los impuestos y los presupuestos, etc. Hasta se llegó a elaborar el listado

de “filántropos” y organizaciones interesadas en invertir en el “progreso” de la Audiencia.⁵⁵

Más que ciencia los alumnos recibían moral, que la quebraban obviamente a la vuelta de la esquina en el primer balance que les tocaba elaborar sobre los bienes y propiedades de la familia. El rector “eximio” de esta universidad, ataviado de las togas del caso, junto a un séquito de angelicales decanos se preguntaba “¿Cuándo vamos a acabar con la manía de esclavizar la creatividad, la bondad, la belleza, el amor, la riqueza y las posibilidades? Somos hijos de la mentira. Por eso estamos retrasados en el país más rico de América del Sur”.⁵⁶

La Audiencia se inflamó de una a otra frontera con una cruzada de fervor y de crítica a la corrupción galopante, como también de apelación a los sentimientos de honradez, honestidad, unidad y trabajo. Algunos de sus adalides hasta se ufanaban y solazaban indicando que nos habían catalogado como una de las Provincias más corruptas del Reino.

En este dantesco escenario, en medio de fórmulas de retorno al pasado y propuestas de avance, en que se incoaban cambios profundos y se hacían presente odiosas resistencias, brillaba *Erophilia*, tanto por su capacidad para desarticular o desenmascarar las normas, estructuras y “discursos” tan propios de la sociedad colonial y cuya vigencia era sólidamente resguardada por los “señores de la tierra” y por el peso de la tradición, cuanto por su capacidad para cautivar a los hombres por su vitalidad, conversación y atractivo, unidos a una inteligente e intensa dedicación al trabajo. Estos recursos, el de su cabeza, su vitalidad y su corazón se fundieron en esa forma de ser especial, que ella supo utilizar con maestría, para enfrentar ese dantesco escenario de finales de siglo, en que la disolución de los valores era vertiginosa, un mundo de tradiciones perdía vigencia y las paredes y el techo del edificio colonial se derrumbaban y otro siglo abría sus puertas.

Esta valentía de Manuela para enfrentar y vivir la vida y no desmayar ni en las peores condiciones alcanzó su grado máximo una vez sepultado su hermano Eugenio, diciembre de 1795, hecho que no la doblegó y permitió más bien que vuelva a irrumpir con más bríos que antes, frente, en palabras suyas, a la “pérdida irreparable y las funestas consecuencias” que le produjo la prisión, enfermedad y muerte de su hermano Eugenio.

Manuela, sin el más mínimo temor a la máxima autoridad y a sus poderes, inició un juicio contra Luis Muñoz de Guzmán, Presidente de la Audiencia. En palabras suyas: “Por los enormes agravios, escandalosas y reiteradas violencias e insufribles padecimientos que le causó a su hermano, en una causa criminal y calumniosa que de oficio le siguió, sin prueba ni fundamentos bastantes para procesarle, con notoria injusticia y trasgresión monstruosa de todas las leyes y defensas que resguardan su inocencia”.⁵⁷

En esta querrela le acompañó su esposo, quien firma junto a ella, pues le amparaba en este asunto. Fungió como abogado Luis Quijano, quien en un primer momento se excusó, pero ante quien Manuela insistió, por el conocimiento que tenía de la hombría de bien de este abogado.⁵⁸

El resultado final del juicio fue adverso para Manuela. El Nuevo Presidente, el Barón de Carondelet, falló a favor del acusado y no solo en esta sino en todas las querellas que le siguieron. El 19 de diciembre de 1800,⁵⁹ el escribano Joaquín Rodríguez informaba que varios de los litigantes contra Muñoz de Guzmán no habían pagado las costas: Vicente Molina, Corregidor de Riobamba; José del Corral, Agente Fiscal de lo Criminal de la Audiencia y Protector interino de Naturales; el Cap. Feliz de Miranda y Manuela Espejo.

Mas lo maravilloso en esta mujer, no fue solo la defensa de su hermano, la defensa de su sangre, sino también la perspectiva con que supo asumir la lucha por su hermano. “Mi dolor, dijo, sería menos sensible y mis quejas menos clamorosas, si solo hubiera padecido la inocencia y la libertad de mi hermano; pero lo que me es insufrible y lo que provoca mi justa venganza en la presente demanda, es el daño irreparable y la funesta consecuencia que produjo esta causa infausta y ruinosa, y la violenta y dilatada prisión cuyos fatales rigores me privaron de una vida preciosa”.⁶⁰

Esta rica, polémica y conflictiva forma de ser, que nunca escondió sus sentimientos o los adornó de sacrificios o abnegaciones por “nobles causas” o “sacrosantos ideales” dio mucho de que hablar y la crítica y el odio terminaron por cebarse en grado superlativo e inmisericorde sobre Manuela que, hasta por las referencias del seudónimo que utilizó en sus escritos: Erophilia, “amiga de la sabiduría y el amor”, despertó sospechas, envidias y resquemores. En todo caso, si ella fue motivo de vergüenza y temor para unos, sin lugar a dudas, también fue fuente de inspiración para muchas compañeras y amigos.

Los temores y prejuicios levantados en su contra, incluso condujeron a que ante el Tribunal del Santo Oficio de la Inquisición se haga llegar un listado de libros que Erophilia habría sacado de la Biblioteca Pública que dirigía su hermano y varios de los cuales no eran “recomendables” y otros constaban en el Índice de Libros Prohibidos. También se le acusó de visitar con frecuencia la pieza donde se guardaban dichos libros y hasta de retener y prestar obras como el “Plan de estudios del curso ecléctico de filosofía moderna” de Luis Quijano; “Crisis Política” de Juan Cabrera; “Las Empresas Políticas” de Saavedra; el “Testamento Político” del cardenal Richelieu; “La inquisición” de Erasmo; “La Historia Crítica” de Martineli; “El Socorro de los pobres” de Luis Vives; las obras de Luciano de Samosota o las de Luis de Granada.

Esta acusación la compartió desde su inicio hasta su final con su esposo, quien también fue acusado de tener libros prohibidos que constaba en el registro del Santo Oficio. Similar problema padeció Miguel Jijón y León, quien en 1786, fue acusado ante la Inquisición por expresar opiniones temerarias. En sus cartas se había mostrado muy crítico de los malos curas y de la falsa religión hecha de devociones superficiales y de mala conducta.⁶¹

El papel que, años más tarde, en 1813, en las Cortes de Cádiz, jugó Mejía en la abolición del Tribunal de la Inquisición, fue vivido, presentado y sufrido, años antes, en Quito, por Erophilia. Ninguno de los diputados americanos tomó parte en tan ardua cuestión, pero lo hizo a nombre de todos Mejía Lequerica, quien en las sesiones del 11, 12 y 13 de enero del 13, pronunció uno de los más admirables discursos jamás oídos en lengua española sobre la Inquisición. El proyecto de extinción fue presentado a las Cortes de Cádiz el 8 de diciembre de 1812, su discusión duró meses y recién el 22 de febrero de 1813 se firmó el decreto de abolición que puso fin a una centenaria institución, fundada en 1204 y que dispuso de recursos, personal y sistemas de control, autos de fe, fórmulas de tormentos y los más variados suplicios y refinados métodos de crueldad.⁶²

La respuesta de Erophilia, al ser acusada por tenencia de libros, fue simple y directa: ¿Quién dio el mal ejemplo? ¿Acaso el Obispo Pérez Calama no se empeñó, personalmente, en traer un número considerable de libros de autores modernos?⁶³ ¿No obsequió el Obispo, de su propio peculio, alrededor de quinientos títulos, tanto a la Universidad como al Colegio de San Fernan-

do? ¿No se renovaron los estudios gracias a la presencia de autores modernos y no consta que en Quito se dispone de varios ejemplares de las obras del Pdr. Feijóo: “Teatro Crítico Universal y Cartas Eruditas y Curiosas, del trabajo del sacerdote lusitano Luis Antonio Verney, el “Barbadiño”, sobre el “Verdadero Método de estudiar para ser útil a la República y a la Iglesia”, e incluso de obras como las de Jacquier, Condillac, Linneo, Voltaire, Malebranche, Montesquieu, Rousseau, Bouhours y Descartes? ⁶⁴

Además, contó que en alguna ocasión, el Presidente de la Audiencia, el Barón de Carondelet, pocos años antes de estas inculpaciones, fue quien abogó por nuevos autores, lamentó la pobreza de fondos o rentas para libros, y ordenó superar las lógicas, físicas y metafísicas tradicionales.⁶⁵ También en la Sociedad de Amigos del País y en su órgano de expresión, el periódico *Primicias de la Cultura de Quito*, se había inculcado, muchas veces, “esta primera verdad: que leer bien, hablar bien y escribir bien, son las tres bases y columnas fundamentales del templo de Minerva”. También se había criticado ese “... enunciado vicio capital, el que a las escuelas lleven los muchachos los peores libros. Unos llevan los fabulosos, como la historia de los Doce Pares de Francia; otros llevan unos devocionarios llenos de supersticiones, con el agregado de elocución muy tosca y grosera. Estos pestíferos perfumes y olores duran de por vida en los muchachos, pues sabida es aquella sentencia experimental, de que el primer olor que perciben los barros, lo conservan siempre aunque se quiebren”.⁶⁶

Además, en los Estatutos de la Sociedad se mencionaba la falta de libros sobre agricultura, minería y comercio y se recomendaba adquirirlos, a la brevedad posible y traducir aquellos que no estuviesen en español. Si algún socio compraba algún libro sobre esos temas debía adquirir uno adicional para la biblioteca.⁶⁷

Pero si bien el paso de un mundo a otro para ella fue conflictivo, ya que le tocó vivir al filo de la navaja, escindida o dividida entre la disolución de los valores, el juego de los intereses y la caída de los criterios reinantes sobre la verdad, la naturaleza, el matrimonio, la educación, Dios o el hombre, esto no fue óbice para que viviera y disfrutara de los momentos de esplendor del movimiento ilustrado, cuando sus planteamientos parecían convencer y se difundían, con relativa facilidad, por todos los costados de la Audiencia, a través del

principal periódico de aquel entonces: *Primicias de la Cultura de Quito*. Fue la década de oro del movimiento que había liderado su hermano, quien falleció acusado de “crímenes contra el gobierno de su majestad, crímenes contra la seguridad pública, crímenes contra el rey, y crímenes contra la religión católica. Además, él había soñado la emancipación de las Indias; aspiraba también a una forma republicana de gobierno que sería demócrata. Por eso llegó a ser la primera víctima sacrificada en aras de la libertad”.⁶⁸

En esos días Erophilia juzgaba que muy pronto, todos ellos, tocarían las estrellas, alcanzarían victorias definitivas contra la enfermedad, dispondrían de recursos e instrumentos suficientes para acabar con la pobreza, la ignorancia y el atraso en que vivían la mayoría de sus hermanos de la Audiencia; incluso juzgaba que ganarían batallas decisivas en el dominio de la justicia, la moral, de los derechos del hombre, de la paz, de la solidaridad. ¡Qué sueños de progreso! Parecía que concluían los días de barbarie, miseria y salvajismo. Era una apuesta de ingenuo optimismo y hasta medio de fe, en la razón y el conocimiento como armas de progreso y salud para la humanidad futura.

El 10 de Agosto de 1809

Manuela, cumplidos ya sus 50 años, fue una de las personas más cercana a la hora del triunfo, cuando amigos, compañeros y discípulos de su hermano, como Antonio Ante, Juan de Salinas, Antonio Pineda, Juan Ante y Miguel Donoso, un 10 de Agosto de 1809, tuvieron la valentía de irrumpir en la casa del Presidente de la Audiencia y destituirlo, a base de organización y sin disparar un solo tiro.

Por Antonio Ante y también por Morales se enteró Manuela, con lujo de detalles, sobre los pormenores y precipitados acontecimientos de esa noche y esos días; sobre la forma como accedieron al palacio de gobierno y derribaron un poder centenario, en medio de escaramuzas, reuniones clandestinas, discursos, bandas de música y abrazos.

Según ellos, todo comenzó a cobrar forma en las reuniones del Valle de los Chillos, en la hacienda del Marqués de Selva Alegre, especialmente en la sesión que se desarrolló a finales de 1808, el 25 de Diciembre. Posteriormente hubo una corta reunión de trabajo en la casa de Javier de Ascázubi,

ubicada en San Marcos, por la Flores y Junín, en el ángulo sur – oriental; ⁶⁹ y, finalmente, la noche del 9 de Agosto, en la calle de Las Siete Cruces, hoy García Moreno, en la casa de Manuela Cañizares, “quiteña hermosa y joven”, a donde acudieron alrededor de 50 personas y resolvieron poner en marcha el proyecto independentista.⁷⁰

Más detalles le contó Caycedo, quien llevó registro meticuloso de los acontecimientos y años más tarde escribió la crónica más hermosa de esos días y además le dio un título maravilloso: “Viaje imaginario por las provincias limítrofes de Quito, y regreso a esta Capital”. Allí reposan las “hazañas y méritos” contraídos en el tiempo de la revolución del diez de agosto de mil ochocientos nueve, decía Manuela, cuando recomendaba la lectura de esas páginas. También en esta obra se puede apreciar decía: “ (de) cuántos enemigos está rodeada Quito, verás sus padecimientos, y mezclarás tus lágrimas con las suyas. Entonces verás que no cabiendo en tan pocas páginas, como las que componen la relación de mi viaje, todos los hechos; ni todos los habitantes de las provincias de que hablo, hay todavía más desgracias que llorar, más héroes que detestar. Entonces finalmente, verás los efectos que causa el odio, los males que produce la ambición y la codicia y los estragos que ha ocasionado el despotismo español”.⁷¹

Manuela también contaba que le llamó la atención la crónica de Caycedo, porque en ella se apreciaba el asombro del Obispo ante acontecimientos que variaron “enteramente el gobierno, sin que se observase alteración en el pueblo que seguía tranquilo en sus acostumbrados ejercicios”. Además, Caycedo contaba que él quedó “pasmado al conocer que los pocos individuos que habían ejecutado aquella grande obra mandaban lo que querían, obedecidos, y no insultaban a los magistrados, de cuyas injusticias y desconfianzas se valieron para autorizar su empresa”. “Me parecía, añadía Caycedo, imposible que una novedad tan escandalosa se hubiera ejecutado sin efusión de sangre, y que al mismo tiempo que se declaraba en los papeles públicos contra la arbitrariedad y despotismo de los jueces que se habían degradado, se respetase sus personas, sus propiedades y papeles, sin pensar más que en la seguridad de sus individuos. (...) Este orden y política me hacía sospechar buenos fines y sanas intenciones en lo que se había hecho”.⁷²

Manuela, bajo los recuerdos aún frescos de sus hermanos, el uno perseguido por el poder real y conducido a la cárcel en varias ocasiones: una primera en 1783, otra en 1787 y una última, la de 1795, de la cual salió días antes para morir, víctima de la pésima alimentación y la disentería, y el otro desterrado de la Audiencia en 1794, compartió con entusiasmo los festejos de una victoria inaudita, mágica e increíble. Era el Primer grito de Independencia de América.

La masacre del 2 de Agosto de 1810

Mas esa primavera, como la suerte del pobre, duró poco, prácticamente menos de un año. Los realistas, no solo por el poder de las armas y los recursos sino también por el peso de la tradición, la burla y la sátira, fueron minando y debilitando a la nueva y juvenil fuerza.

Antonio Ante, el vecino, él de las continuas visitas a Manuela, le presentó pasquines que ridiculizaban a los miembros de la Primera Junta de Gobierno y más autoridades brotadas de la revolución:

“¿Qué es la junta? Un nombre vano
Que ha inventado la pasión
Por ocultar la traición
Y perseguir al cristiano.
¿Qué es el pueblo soberano?
Es un sueño, una quimera,
Es una porción ratera
De gente sin Dios ni rey.
!Viva, pues, viva la ley,
Y todo canalla muera!

De toda esta gran ciudad
Los traidores serán ciento,
Los demás son sentimiento
Sufren la calamidad.
En tal oportunidad
Un hombre de la nobleza

Que preste con entereza
A todos su protección.
Cortará fiel la traición
Cortando a tres la cabeza.

¿Quién ha causado los males?

Morales

¿Quién los defiende y obliga?

Quiroga

¿Quién perpetuarlos desea

Larrea

Es menester que así sea
Para lograr ser mandones
Estos desnudos ladrones
Morales, Quiroga y Rea

.....

¿Quién mis desdicha fraguó?

Tudó.

¿Quién aumenta mis pesares?

Cañizares

Y ¿Quién mi ruina desea?

Larrea

Y porque así se desea
Querría verlas ahorcadas
A estas tres tristes peladas
Tudó, Cañizares, Rea.

.....

¿Quién a angustiarte destina?

Salina.

Y ¿quién quiere que seáis bobos?

Villalobos.

Ya se aumentaron los robos
En aquesta infeliz Quito, Pues protegen el delito
Salinas y Villalobos.⁷³

En otra ocasión fue Morales quien le llevó este tipo de pasquines. Uno de ellos hacía alusión a su esposo que a pesar de estar distante no dejaban de criticarlo.

“Para escuchar tus versos, oh Mejía,
Los dioses del Olimpo se reunieron;
A la primera estrofa bostezaron,
A la segunda estrofa se durmieron”.

De la revolución se burlaban así:

“Ya no quiero insurrección,
Pues he visto lo que pasa:
Yo juzgaré que era melón
Lo que ha sido calabaza.
“Juzgué que con reflexión
Amor a la patria había;
Pero solo hay picardía;
Ya no quiero insurrección.
¡Cada uno para su casa
Todas las líneas tiraba:
“No me engaño: me engañaba,
Pues he visto lo que pasa.

¡De lejos sin atención,
Vi la flor, las hojas vi;
Como bien no conocí,
Yo juzgué que era melón.
“Me acerqué más, vi la traza
De la planta y el color:
Probé el fruto, busqué olor,
Y había sido calabaza.
“El rey de plata había sido,
La patria todo de cobre;
Su Gobierno loco y pobre,
Y de Ladrones tejido”.⁷⁴

También sus amigos le llevaron algunas versos de respuesta, que mostraban el entusiasmo por la libertad y el disgusto contra personas que se aliaron más bien con los realistas.

Albricias, albricias,
Patriotas amados,
Que van siendo libres
Los americanos.

Albricias, señores!
Feliz insurgente.
Felicísimo año
De ochocientos veinte

Llegará por fin
El tiempo esperado,
En que el insurgente
Ya no será esclavo.

No faltaron versos en que estallaba el enojo contra quienes permanecían en la indecisión o en la colaboración:

Paisano, ¿no es un primor
Que quien fino sirvió al rey,
Hoy nos quiera dar la ley,
Metido a gobernador?
¿Que con banda tricolor
Se muestre al público, ufano,
Quien con un sable en la mano
Entró a Quito tan orondo,
Acompañado de Arredondo,
Nuestro opresor inhumano?⁷⁵

A partir del año diez, Manuela se vio obligada a contemplar y padecer el colapso de las esperanzas revolucionarias. Muchos de sus amigos, que de-

safiaron con entereza al poder real, fueron víctimas del escarnio y la burla y terminaron en la cárcel, en el destierro, la persecución e incluso el asesinato.

Después del 2 de diciembre de 1809, en que llegaron de Lima y Guayaquil tropas auxiliares, compuestas por 500 soldados de infantería y 50 de artillería, bajo el mando del coronel Arredondo, Comandante de las “Tropas Pacificadoras”, y de su brutal arremetida, como también luego de la llegada de 200 soldados más provenientes de Santa Fe de Bogotá, Manuela vio desangrarse al movimiento ilustrado en mil batallas y lentamente recibió noticias sobre como seres muy queridos para ella, compañeros de sus hermanos, testigos y padrinos de su matrimonio, sus abogados defensores, vecinos y familiares tuvieron que pasar por la persecución, el destierro, la cárcel y hasta el sacrificio de sus vidas.

El Fiscal, Tomás Arrechaga, aconsejó a Manuel Arredondo que solicitara al depuesto Presidente de la Audiencia, una orden para la aprehensión de todas las personas que habían tomado parte en la revuelta de Agosto. El 12 de diciembre, más de cincuenta ciudadanos fueron sacados de sus casas y encerrados en el Cuartel. El Juez Felipe Fuertes Amar fue designado para instruir el proceso criminal.

Manuela recibía, cada día que transcurría, noticias sobre nuevas víctimas que eran conducidas a prisión, pues no solo fueron aprehendidos aquellos que directamente estuvieron comprometidos con la revolución, sino también quienes habían recibido cartas, libros, proclamas y más informes de los insurgentes, e incluso quienes no se habían declarado opuestos al gobierno revolucionario. Ante, Morales, Quiroga, Larrea, Albán, Arenas, Quijano, Selva Alegre, Salinas, Matheu, Zambrano, Villalobos, Riofrío, Ascásubi, Castelo, Correa, Saa, Bustamante, Nicolás de la Peña, Montufar, Salinas, por citar algunos nombres de amigos y conocidos de Manuela, en una u otra forma, fueron diezmados a partir de 1810.⁷⁶ Hasta su esposo, ausente ya varios años, fue inculgado, recriminado.

Los realistas se cebaron, en forma inmisericorde sobre una de las más brillantes y coherentes elites culturales de que se tenga memoria. Uno a uno fueron cayendo los lugartenientes de la ilustración. El primero fue su mismo hermano Eugenio, que luego de casi un año de cárcel fue sacado prácticamente exánime; su otro hermano Juan Pablo, corrió suerte parecida, nunca le

faltó la persecución, la reclusión temporal y el desprestigio; Morales, su abogado defensor en la causa que por el honor de E. Espejo ella siguió contra el Presidente de la Audiencia, corrió suerte trágica el 2 de agosto de 1809, junto con Salinas, Quiroga, Arenas, Melo, Riofrío, Ascásubi, Aguilera, Perna, Vinuesa, Larrea, Guerrero, Cajías, Villalobos, Olea, Tovar,... El expresidente Juan Pío Montufar, Antonio Ante y otros lograron escapar. Posteriormente, al destierro pasaron “Pedro Montufar, Nicolás Vélez, el presbítero Castelo, don Manuel Angulo y el joven Castillo, que fueron los únicos presos que, de los que ocupaban los calabozos altos, lograron escapar”, en esa fatídica noche del 2 de Agosto de 1810.(...) De los calabozos bajos lograron salvarse Landáburu y los Pazmiños”.⁷⁷ En las calles de Quito perecieron como trescientas personas y en el Cuartel, el número de prisioneros confinados en las celdas, - muchos de los cuales estaban asegurados con grillos - y que fueron sacrificados por la insubordinación de la soldadesca y la imbecilidad de los oficiales, era de setenta y dos”.⁷⁸ Quito pasó a ser un cementerio de silencio, espanto, lágrimas y coraje e incluso de frustración ya que sueños y los reclamos y hasta las súplicas estaban por los suelos.

Los años inmediatamente posteriores a la masacre de 1810 tampoco fueron de lo mejor. Las noticias que circulaban por las calles y las tiendas de Quito, cada semana, no eran más que para informar sobre la persecución que padecía los pocos que quedaban, el destierro al que había partido algún conocido, la nueva captura e incluso la inmolación de alguno de los principales protagonistas de la rebelión.

Al golpe que le ocasionó la separación de tantos amigos hubo que sumar la desesperación y los tormentos que sufrió su esposo al recibir, muy lejos de la patria, la noticia de la muerte y asesinato de sus más queridos amigos: Morales, Quiroga, Manuel Zambrano, Juan Pablo Arenas, el presbítero José Riofrío, José Javier Ascásubi,... En carta dirigida a Manuela le contaba sus angustias y la defensa que hizo de ellos en las Cortes de Cádiz, como tributo a su memoria.

La suerte de las amigas, de los amigos, de las conocidas y los conocidos

Dos y tres décadas después, avanzada Manuela en años, había cumplido ya 70, cuando los amigos y especialmente los hijos de sus amigos, le pedían, como testigo privilegiada que había sido, que rememore los acontecimientos, solía presentar la figura de algunos de ellos, con tal entusiasmo, que más que hombres parecían dioses. Sus ojos, su rostro, sus manos cobraban tal fuerza al relatar los hechos que parecía transportada fuera de este mundo, a otros tiempos, hermosos e impercederos, mágicos, bajo la compañía de tales gigantes. Hasta su voz, pese a los años, se volvía más sonora cuando empezaba a hablar de ellos.

A Manuela le fascinaba hablar de **Antonio Ante**, (1771 - 1836), para ella "el invencible", como solía llamarlo. Antonio, casado con Mariana Olais, era vecino del barrio del Sagrario y discípulo de su hermano Eugenio. Manuela contaba que "estuvo en todas las situaciones difíciles, no conoció desmayos y, fracasado un intento, volvía a planear una nueva empresa con el mismo entusiasmo".⁷⁹ Según Manuela, desde 1798 Antonio ya habría estado predicando la insurrección. Antonio, decía, que padeció la crítica, el destierro, la prisión, la cárcel, fue herido en el pecho, escapó de ser decapitado en Bogotá por el cobarde Sámano y al final le destinaron por 10 años al presidio de Ceuta, en un rincón del norte de África, de donde logró salir para retornar a la Audiencia, luego de una odisea de 12 años de padecimientos y servicios a una causa que en su corazón nunca declinó ni en los peores o más amargos momentos.

Manuela guardaba de Antonio Ante varios de sus escritos, célebres y claves para el proceso independentista. Un folleto titulado "Clamores de Fernando VII", un "Catecismo", una "Proclama" y más textos elaborados, al fragor de la lucha, y que a ella le gustaba mostrarlos. Antonio los hizo circular por América acompañados de una Proclama. Estas páginas, decía ella, al tiempo que las mostraba y sacudía, fueron capitales, esos días, para iniciar el proceso de independencia de América, ya que permitieron argumentar sobre la oportunidad de los disturbios europeos y de la crisis de la monarquía española para aprovechando esa debilidad cobrar fuerza nosotros.⁸⁰

Manuela también solía contar que Antonio participó activamente en todo los principales acontecimientos y padecimientos de esa época. Planeó, decía, junto con el Luis Saa, marchar hacia Lima para ponerse de acuerdo con los patriotas que también en esa ciudad trabajaban en igual sentido. Iniciado el movimiento revolucionario del 10 de agosto, la noche del nueve sorprendió a la guardia del Presidente Conde Ruiz de Castilla y fue el encargado de enfrentarlo y capturarlo. Fue tan osado, decía ella, que le bastó le acompañaran tres o cuatro personas: Juan Salinas, Antonio Pineda, Juan Ante, y Miguel Donoso, para dar una vuelta a la historia y descabezar el centro del poder. Reunido el 16 de ese mismo glorioso mes, el Pueblo Soberano, fue nombrado Tnte. Crnel. y Comandante del 2do. Batallón del ejército de la revolución.

Inmediatamente que en las Provincias del Sur, Cuenca y Guayaquil, se reagruparon los realistas y recibieron auxilio de las fuerzas que llegaron de Lima, fue nombrado para mandar en calidad de Jefe al bisoño ejército rebelde y cuando triunfó la contrarrevolución fue el último hombre que dejó la espada.

Logró ocultarse a tiempo de la persecución a los próceres, que terminó con el asesinato de varios de ellos y una vez organizada la segunda Junta Superior de Gobierno, en octubre de 1810, se presentó a ofrecer sus servicios. Resguardó los desfiladeros de Guaranda para que no pasen las tropas realistas provenientes de Guayaquil y Lima; en julio del doce atacó a la división española que tomaba la vuelta de Chimbo y la derrotó; unido al Crnl. Checa combatió en Mocha y en toda la retirada, hasta Yahuarcocha, en calidad de Secretario del Jefe del Ejército, logrando a última hora fugar y trasladarse hacia Ambato. Después de permanecer dos años oculto, regresó a las inmediaciones de Quito, pues había proyectado liberar a Nariño, el precursor granadino, que camino del destierro pasó por la Capital. Fue apuñalado en una celada, de donde se lo llevaron moribundo directamente a la cárcel; mal curado de la herida se le condenó al destierro y a la prisión de Ceuta. Avanzó a regresar a su patria después de la batalla de Pichincha, 1820. Al regresar de Europa, aprovechó la primera ocasión que se le brindó para ponerse nuevamente a órdenes del ejército libertador y observar la fuerza española que aún dominaba en buena parte de Colombia. Sus informes sirvieron para reanimar a las fuerzas independentistas para su último asalto.⁸¹

De Miguel Antonio Rodríguez, (1769 -1817), contaba Manuela que fue hijo de Joaquín Rodríguez, compañero de Manuel Carvajal y de Eugenio Espejo, en el célebre curso de filosofía dictado por Juan de Hospital, en 1760, en que se introdujo la física moderna en las aulas universitarias; que tradujo la “Declaración de los Derechos del Hombre”; que mantuvo vinculación con el grupo de criollos insurgentes que solían reunirse a preparar la Independencia, en el Valle de los Chillos, en la Hacienda de Juan Pío Montufar; que se mostró implacable el 5 de Agosto de 1810, en la condena de los asesinatos perpetrados tres días antes, y que concretó su repulsa, en forma imperecedera, en la oración fúnebre que pronunció al cumplirse el primer aniversario de tan fatídico acto. Además, decía que él fue quien dictó en 1811 la respuesta que la Junta Superior de Gobierno dio a la intimidación del Gral. Montes, en el sentido de que el Gobierno de Quito no podía reconocer una misión que emanaba de los “mercaderes de Cádiz” - Consejo de Regencia -; que también fue quien presentó al Congreso de 1812 los “Artículos del Pacto Solemne de Sociedad y Unión entre las Provincias que forman el Estado de Quito, también conocida como la Constitución Quiteña de 1812.

En la memoria de Manuela no se escapó el hecho de que Miguel Antonio fue uno de los principales herederos de los planes ilustrados de la Sociedad de Amigos del País, tanto de los de carácter académico como de los políticos y que le tocó correr, a él y a su familia, suerte similar a la de muchos de sus amigos. En 1812, el gobierno de Toribio Montes, multó a su padre en más de mil pesos, suma considerable para aquella época, y le expatrió al año siguiente, primero a Panamá y luego a Filipinas. Camino del destierro fue acompañado por el Dr. José Cuero y Caycedo, ex - rector de la Universidad y autor del “Viaje imaginario a las provincias limítrofes de Quito”, obra que para Manuela constituía y por eso la recomendaba reiteradamente, “el mejor y más directo testimonio de que se disponía en ese entonces para rememorar tan gloriosa gesta”.

Pero “la cabeza verdaderamente firme y segura de la revolución de Agosto”, según ella, había sido **Juan Manuel Rodríguez de Quiroga** (1771 - 1810), quien vivió en la Guayaquil, entre Manabí y Olmedo, muy cerca del Teatro Sucre.⁸² Quiroga se desempeñó como Secretario y Catedrático de Derecho de la Universidad cuando Miguel Antonio Rodríguez fue Profesor de fi-

lososfía, llegando a ocupar el vicerrectorado, años antes de su asesinato. El reemplazó a Antonio Ante en el cargo de abogado defensor de pobres en 1806; había sido compañero de estudios de Juan de Dios Morales y con él aprendido y encerrado en el convento de La Merced, en marzo de 1809, en compañía además de Juan Pío Montufar, el capitán Salinas, don Nicolás de la Peña y el presbítero José Riofrío. En su calidad de Ministro de Gobierno de la Primera Junta Suprema de América, dirigió a los habitantes de estas zonas una “proclama” exponiendo las causas que habían impulsado la conformación del Nuevo Gobierno e invitándoles a unirse.

Juan Manuel Rodríguez de Quiroga, “la cabeza verdaderamente firme y segura de la revolución de Agosto”, fue quien bautizó, en forma premonitoria, a Antonio Ante como “el invencible”, no tanto porque adivinase o intuyese que él estaría en todas las situaciones difíciles, no conocería desmayos y, fracasado un intento, volvía a planear una nueva empresa con el mismo entusiasmo, cuanto por su pérdida de toda esperanza en el sistema español y su pérdida de fe en los valores y principios que sustentaban a las instituciones y personas que había entronizado el imperio español. Según Quiroga, sólo a Ante no se le había podido vender la idea de que había salida dentro de las reglas de juego impuestas por España; que en un futuro próximo se reimplantaría la armonía, belleza, equilibrio y racionalidad de tiempos pasados; que la Audiencia y las mejoras del gobierno permitirían muy pronto evitar la incertidumbre, la tensión, la ambigüedad, la excitación y el caos vigentes. Ante repudiaba un mundo seguro y estable, un “mundo verdadero”, que en el fondo no era más que el reflejo del miedo y el temor a cambiar radicalmente a la Audiencia de Quito, a luchar contra una cultura debilitada y decadente, que prefería acogerse a la necesidad de seguridad a costa del debilitamiento de la fuerza y el ímpetu de la vida.

También con mucho afecto solía referirse a **Juan de Dios Morales** (1736-1836), amigo de su esposo, testigo de honor de su matrimonio, abogado defensor de su hermano Francisco y posteriormente de su hermano Eugenio, cuando se procesó al Precursor so pretexto de haber encontrado en su poder un pasquín subversivo, el “Retrato de la Golilla”, que ridiculizaba a uno de los grandes de la Corona. Pese a los años, Manuela recordaba muy bien que Morales fue Secretario de la Superintendencia en tiempos de Muñoz de

Guzmán y Secretario de la Subdelegación de la Real Hacienda y Comandancia General, cargos de los que fue suspendido en 1806, al arribar el nuevo Presidente de la Audiencia. En causa reservada se ordenó su arraigo en Guayaquil y recién en los primeros meses de 1808 pudo volver a las inmediaciones de la Capital, trasladándose el pueblo de Píntag, en donde se hallaba de párroco el presbítero Riofrío, amigo de su hermano Francisco.

También Morales, al igual que la mayoría de complotados, era un librepensador que aspiraba a la independencia política y a la independencia religiosa y suya, según Manuela, fue una emblemática frase que se repetía en Quito: “Ni Madrid ni Roma” y que el entonces joven Rocafuerte la regó en Guayaquil.⁸³ Además mérito de Morales fue desilucionar a todos aquellos ilusos que aún tenían fe en la Corona, en su capacidad de gobernar y mejorar las cosas. Para Morales era más claro que el agua que el gobierno español nada, absolutamente nada, podía ya resolver; que la Audiencia se dirigía inevitablemente a un callejón sin salida, a su autodestrucción y ante tan inexorable fin, nunca faltaban quienes reaccionaban aferrándose a alguna esperanza. Ese breve relámpago de vida que constituye la existencia de cada uno, que es lo único que tenemos, es precisamente lo que nos induce a creer, hasta en las peores circunstancias, que todavía algo o alguien nos puede salvar.⁸⁴

En la noche del 9 de Agosto, contaba Manuela quienes estuvieron en la casa de Manuela Cañizares, frente a la Universidad, en la calle de las siete cruces (García Moreno), entre la calle del Algodón (Sucre) y la Casa de la Moneda: Pedro Montufar, el capitán Salinas, quien nació en la hacienda Tena, cercana a Conocoto, Juan de Dios Morales, Manuel Quiroga, Antonio Ante, Manuel Zambrano, Juan Pablo Arenas, el presbítero José Riofrío, natural de Loja, José Javier Ascázubi, el comandante Feliciano Checa, Correa, Vélez y otros más.⁸⁵

Solía Manuela insistir en que todos ellos fueron hombre ilustrados, a carta cabal, no tanto por su saber enciclopédico, sus títulos universitarios o sus libros y lecturas, cuanto por su capacidad para conservar, proteger y defender su libertad de pensar y obrar por cuenta propia, de seguir los dictados de su razón con independencia del peso de la tradición o de cualquier otro tipo de autoridad. También para Morales, según *Erophilia*, la libertad era el tesoro más grandioso que podía custodiar una persona.⁸⁶

Otra fascinante figura, que emergía de vez en cuando en sus relatos fue la de **José Cuero y Caicedo**, de quien decía que a pesar de ser cura y obispo, tomó parte activa en la revolución de 1809. Fue nativo de Cali, ciudad que entonces pertenecía a la Presidencia de Quito y en aquellos años resultaba más cercana a Quito que a Santa Fe de Bogotá, por lo cual muchos padres de familia caleños enviaban a sus hijos a Quito a estudiar.

Caycedo, decía Manuela que también padeció mil sinsabores, a pesar de ser clérigo y haber ocupado funciones como las de Rector de la Universidad de Santo Tomás, Obispo de Cuenca, Popayán y Quito y haber pertenecido a la célebre Sociedad Escuela de la Concordia. Según Manuela, el obispo se vio arrastrado por las circunstancias a prestar sus servicios a la revolución y hasta a ponerse al frente de ella. Cuando el 10 de Agosto de 1809 se constituyó la Junta Soberana, uno de los primeros actos, al procederse a la elección del personal de gobierno, fue el designar al Ilmo. Cuero y Caycedo para Vicepresidente de la Junta. El Obispo se hallaba en una quinta de Pomasqui, fue traído rápidamente y no dudó en brindar su aporte.⁸⁷ Cuando el 2 de Agosto de 1810 se produjo la matanza de los próceres, el Obispo salió de su Palacio, con santa indignación recriminó a las autoridades españolas por las tropelías, desmanes y asesinatos que se habían cometido y exigió la salida de las tropas de Lima y su reemplazo por nativas.

Al instalarse la segunda Junta Soberana, luego del arribo del Comisario Regio, Carlos Montúfar, hijo del Marqués de Selva Alegre, Caycedo aceptó la Presidencia y posteriormente, en diciembre de 1810, organizó la defensa de Quito ante el avance de las fuerzas españolas que amenazaban atacar la ciudad. Nada pudo detener el avance del ejército realista que copó Quito en noviembre de 1812. Los restos del ejército patriota se retiraron al Norte y con él también Cuero y Caycedo. En la dispersión que siguió a la derrota, Caycedo se ocultó en una hacienda cercana a las selvas de Malbucho. En junio de 1813 consiguieron arrestarlo. “Camino del destierro llegó a Lima, no pudiendo pasar de allí: anciano y sumido en la más terrible miseria y sin recurso para lo más preciso de su subsistencia y curación, falleció en 1815”.⁸⁸

Pero lo más importante del aporte de Caycedo fue, según Manuela, su famoso “Viaje imaginario a las provincias limítrofes de Quito”. Cuando a Manuela le fallaba la memoria sobre algunos acontecimientos de aquel entonces, recurría a Viaje Imaginario y subsanaba sus lagunas.

También, un año luctuoso para Manuela fue el de 1812. Contaba que “**Carlos Montufar** fue apresado y remitido con fuerte escolta a Panamá; que fue calzado de grillos, ese “monstruo de iniquidad”, según lo calificara Montes; que pudo fugarse en Panamá y llegar hasta el valle del Cauca, desde donde se puso en comunicación con el ejército de Bolívar, con quien entró triunfante en Bogotá en 1814; que trabajó arduosamente en la organización de un pequeño regimiento con el que se puso en campaña y que triunfó en Palo en 1815; que fue derrotado en 1816 en Cuchilla de Tambo; que después de este desastre trató de llegar a Buenaventura para dirigirse al territorio de Quito; que fue apresado en Buga, se lo juzgó y condenó a muerte; que murió fusilado el 31 de Julio de 1815. Su padre, “el Marqués de Selva Alegre, fue primero confinado a Loja, cargado de grillos, y enviado al fin a Cádiz, bajo partida de registro, condenado a exilio perpetuo y no tardó en morir”.⁸⁹

Además a Manuela le gustaba contar sobre algunos curas que colaboraron en tan aciagos días y varios de los cuales sufrieron condena y muerte, como fue el caso de **Caycedo, Correa, Castelo, Rodríguez, Riofrío**. Para los jóvenes que le escuchaban esa participación llamaba la atención dada la fortísima vinculación de la Iglesia con la defensa del sistema colonial. De Rodríguez, sacerdote secular, Manuela recordaba el discurso vehemente y elocuente, que duró más de una hora, sobre los sucesos del 2 de Agosto. En esa ocasión manifestó “que la gente de Quito ya no podía considerar su vida y propiedad seguras, a menos que las personas que hace poco habían tergiversado su título de “pacificadores” fueran “expulsados del país”. Me refiero, dijo, a los oficiales y tropa que han hecho de más de trescientos inofensivos congéneres –cristianos tan fieles y súbditos tan leales como ellos mismos – tranquilos moradores de las tumbas, y que, si no son detenidos en su carrera de carniceros, pronto convertirán una de las más fértiles regiones de la corona española en un desierto, y futuros viajeros, execrando su memoria, exclamarán: “¡Una vez aquí fue Quito!”.⁹⁰

Pero a tropel salían las palabras y los gestos, las emociones y la voz cuando le llegaba el turno en la narración a las mujeres. Ellas habían roto la imagen centenaria que hacía de la mujer un ser débil, llamado a llevar a cuestas su carga de feminidad y llamado también a esperar del varón su rescate y su fecundación. *Erophilia* contaba que ellas no fueron expresión de pasividad

dentro de la estructura de dominación propia de esos tiempos; que por el contrario dieron muestras de autoafirmación y de independencia, de grandeza.⁹¹

Contaba cómo se cebó la maledicencia en **Manuela Cañizares**. Por ejemplo, decía, que se le dio el sobrenombre de “mujer fuerte” y se la pintó como tal, tanto por el influjo que habría ejercido con los principales corifeos, especialmente con Quiroga, como por la serenidad de su ánimo, y por el “varonil” esfuerzo con que animaba a la empresa a los que manifestaban algún temor o desconfianza. También se terminó haciéndola amante de alguno de los insurrectos, mecanismo conocido y muy trillado de desprestigiar a las mujeres.⁹²

De **Rosa Zárate**, compañera de Nicolás de la Peña, contaba que corrió suerte por demás trágica. De ellos, marido y mujer, cuenta la historia que el Gral. Español Montes, “mandó escolta para que los aprehendiesen o matasen en los bosques. Los infortunados esposos y compañeros hubieron de luchar en uno que otro punto, y sumergirse en seguida en la floresta. Arribaron al río Telembí que, unido con el Patía desemboca en la rada de Tumaco: violes un negro esclavo, llevó el denuncia a la autoridad de esta isla, fueron aprehendidos y llevados a ella, acto continuo. Un calabozo en Tumaco, fue el término de una travesía heroica, emprendida por un grupo de patriotas, entre ellos una mujer bella, desde el lejano valle interandino. Súpolo Montes en Quito, y el 14 de Junio de 1813 ordenó a un tal Fábrega:... “Proceda Ud. a poner en capilla, pasándolos por las armas por la espalda, cortándoles las cabezas que, con brevedad, remitirá Ud. del mejor modo posible, para que se conserven; y vengan ocultas, a fin de ponerlas en la plaza de esta Capital”. (...) Fábrega contestó el 17 de Julio:... “pasé a la prisión donde se hallaban Dn. Nicolás de la Peña y su mujer, a quien tomé la declaración que adjunto, en seguida los hice poner en capilla, y el 17 del presente fue ejecutada la sentencia,... Siguen dos cabezas en dos pequeños cajones, bien acomodadas; y es el único modo de que pueden llegar en el mejor estado”. Las cabezas de ambos fueron expuestas, en las jaulas que se fijaron en lo alto de un par de columnas levantadas en una de las esquinas de la Plaza Grande.

También horas difíciles pasó **María Ontaneda y Larraín**, en aquel período sangriento y lagrimoso. “De Quito salieron hasta las monjas, en el momen-

to de la victoria de Montes: no es extraño que haya salido también esta joven distinguida. Cuando los patriotas huyeron de Ibarra, ella huyó con ellos; pero fue alcanzada en las orillas del río Llurimagua,... "herida a consecuencia de la caída de un caballo, la condujeron de pie y casi desnuda, para que guardara prisión en el monasterio de la Concepción de la villa. Más tarde fue trasladada a Quito, por influencia de su padre; pero ella prefirió el confinamiento en la valle de Chillo. Afortunadamente, no se derramó la sangre de esta víctima".⁹³

Suerte un tanto diversa pero no menos trágica contaba que padeció **Manuela Sáenz**, en quien también se cebó la maledicencia y la hizo víctima de los más diversos desenfoces a lo largo de la historia y no han faltado quienes a partir de criterios moralistas han tratado de disminuir su figura, de llenarla de agravios, de recortar su dimensión histórica y reducirla a una mera amante del Libertador.

Sobre **María de la Vega**, esposa de Juan de Salinas, contaba que fue llevada hasta la horca, en la Plaza Grande. La tarima se levantó precipitadamente el 2 de Agosto, y allí oyó su sentencia de muerte y la noticia de que su marido había sido ya victimado, poco antes, en el Cuartel Real de Lima.⁹⁴

A pesar de tan sombrías noticias sobre amigas y amigos, conocidas y conocidos; a pesar de los golpes que cayeron sobre sus hermanos, Manuela, no transmitía amargura en sus recuerdos ni sus oyentes se llenaban de pesimismo. Por el contrario, parecía recordar con entusiasmo a esas figuras claves y muchas más, mujeres "olvidadas" pero que merecían un puesto en sus narraciones. ¿Quiénes, solía preguntar Manuela, prepararon el rancho, repartieron la comida, arreglaron los uniformes, recogieron el agua? ¿Quiénes entraron primero a los poblados y prepararon las acciones de San Miguel, Mocha, el Panecillo, San Antonio, o la expedición hacia Tulcán, Túquerres y Pasto? ¿No fueron mujeres las primeras en llegar, antes de que lo hicieran las tropas independentistas, a fin de observar la disposición del ejército realista, sus pertrechos, el número de cañones, la cantidad de alimentos, de acémilas, de fusiles,...? ¿Quiénes escucharon, quiénes espionaron, conversaron y transmitieron información invaluable para los combates de Verdeloma, Mocha, Ambato y para las batallas del Tambo, Huachi, Tanizagua y, especialmente, para la batalla del Pichincha? ¿Quiénes, en momentos decisivos pasaban el parque, carga-

ban y recargaban las escopetas y los fusiles? ¿Que rostros y qué figuras impidieron, en más de una ocasión, el desbande, la retirada? ¿Quiénes, con su mera presencia, lograron que no se retroceda, que la cobardía se disipe? Los historiadores habían sido mezquinos con ellas, algunos de ellos, tontos de capirote, proclives a minusvalorarlas, habían reducido su papel al de “guarichas”.

La suerte de los justos

La prisión, el secuestro, el destierro, las violaciones, los asesinatos y más condenas de tantos queridos amigos y conocidas de Manuela fue un hecho injusto y descomunal. Fue desesperante ver a una heroica y bien preparada generación caminar, en forma inexorable, hacia el matadero. Algunas personas, incluido un buen número de padres de familia, presintieron que en la Audiencia de Quito, en esos años, sus hijos no tenían futuro, que tarde o temprano serían víctimas de un fatal destino.

Pero lo desesperante para Manuela era explicar y explicarse ¿cómo hombres tan justos como sus hermanos, amigos fieles y sinceros, la mayoría de ellos entregados a las mejores causas, con la más amplia generosidad, algunos soñadores cargados de ilusiones, pudieron haber sido castigados tan cruelmente por jueces inicuos y perversos, al grado de merecer la condena y la muerte?

Aunque resulte paradójico, decía ella, está entre las posibilidades del hombre justo sufrir la máxima injuria. Porque una vida justiciera no es una decisión de paz, aun cuando en lo más hondo del corazón se ansíe la paz, se ame la paz y se la predique. El hombre justo bordea los linderos de la contradicción y la guerra, de una nueva racionalidad en pugna por abrirse camino en medio de un mundo desequilibrado.

Para Erophilia, sus amigos y familiares vivieron de modo eximio una quiebra profunda de los valores vigentes, que incluso sirvió para presentarles como “peligrosos”, nocivos y falsos. Según ella, fue en este mar de contradicciones que nació la vocación política de ellos, su capacidad de insurgencia, su búsqueda desesperada por alcanzar una nueva sociedad, en la que impere una ética y moralidad distinta, que permitiese vivir el desarrollo pleno de la vida humana y aprovechar la riqueza que los quiteños, en cuanto tales, llevaban

dentro. Vidas encomiables y justicieras como las de sus amigos y familiares eran portadoras de un estado espiritual exigente, que el terror apagó brutalmente. Como en la justicia arcaica, la muerte del reo debía despertar temor. Y así se hizo. El pretexto de acabar con los insurrectos sirvió para retrasar el impulso de liberación de los pueblos de la Audiencia, por más de una década.⁹⁵

Seguramente, quien mejor ha interpretado los sentimientos de la generación ilustrada sacrificada y quien mejor comprendió la repercusión que estos acontecimientos habían de generar en el plano político fue Simón Bolívar. Para el Libertador, la "Madre Patria" había terminado convirtiéndose en la más "desnaturalizada madrastra", de quien solo se podía recibir lo peor. Para las Colonias no cabía ya esperar de la Madre Patria benevolencia alguna. En palabras suyas: "lo que antes las enlazaba, ya las divide; más grande es el odio que nos ha inspirado la Península, que el mar que nos separa de ella; menos difícil es unir los dos continentes que reconciliar los espíritus de ambos países. El hábito a la obediencia; un comercio de intereses, de luces, de religión; una recíproca benevolencia; una tierna solicitud por la cuna y la gloria de nuestros padres; en fin, todo lo que formaba nuestra esperanza nos venía de España. De aquí nacía un principio de adhesión que parecía eterno, no obstante esta simpatía, o por mejor decir, este apego forzado por el imperio de la dominación. Al presente sucede lo contrario: muerte, deshonor, cuanto es nocivo y nos amenaza y tememos: todo lo sufrimos de esta desnaturalizada madrastra".⁹⁶

Pero lo especial de Manuela fue la lectura que realizó de acontecimientos tan injustos y de una tragedia de dimensiones tan descomunales como fue la prisión, el secuestro, el destierro, los asesinatos y más condenas de tantos queridos amigos, familiares y conocidos. Para ella no se trataba de convertirse en plañideras, de sufrir y lamentar los hechos, de despertar compasión. La muerte o la destrucción, la pérdida de todo e incluso de los seres queridos había que transformar en un peldaño hacia la vida. "Quien no tiene nada que perder, decía, no teme ni a la vida ni a la muerte; más bien las disfruta y las vive con la mayor intensidad posible, porque sabe que el mañana no depara nada seguro".⁹⁷

La crisis de los fundamentos y de la metafísica

Pero la crisis, a criterio de Manuela, no tenía vinculaciones solo con la depresión económica que atravesaba el país o con la errática conducción política o con el destape de intereses y corrupción de los grupos privilegiados, o la presencia escandalosa de chapetones, y especialmente de los enviados reales.

Tampoco la raíz última estaba en lo social, aunque las desigualdades de toda índole se agudizaban aún más por el elemento racial que creaba un régimen de castas, jurídicamente sancionado y reconocido por las leyes y por el Estado. En la cúspide estaban los “peninsulares” y los hijos de peninsulares nacidos en América, los “blancos”; luego los “criollos” y mestizos y por último los “indios” y “negros”, con una serie de subdivisiones entre ellos: caciques, mitayos, gañanes, conciertos, redimidos, indios sueltos,... La casta española gobernante gozaban de privilegios, de pureza de “sangre” o raza, mientras que los de abajo no eran más que siervos o vasallos, de segundo rango frente al poder.⁹⁸

Tampoco la crisis era exclusivamente militar, si bien los batallones realistas que esos años gozaban de prestigio, Erophilia los vio como carcomidos por divisiones intestinas, ya que mientras la tropa y los oficiales jóvenes soñaban en cambios y mejoras, las cúpulas y generales aún defendían una autoridad que a nombre del Rey no hacía más que lucrar, impedir los cambios y mantener las cosas tal cual. Se generó un desfase al interior de las fuerzas realistas entre el idealismo de los jóvenes que se sentían obligados bajo la “naturaleza de su función” a ser cómplices y encubridores de la corrupción, del robo, de la injusticia y arbitrariedad del sistema español o colonial, y los intereses y acomodos de las cúpulas chapetonas. Los jóvenes y criollos militares hundían raíces en el sector campesino y en la clase media venida a menos.

Para Erophilia la crisis era global, afectaba a todas y cada una de las estructuras, por regla general colapsadas, desde la judicial, pasando por la educativa, la política, la monetaria, la universitaria, la moral y la religiosa, hasta dar contra los fundamentos de la sociedad colonial, en buena medida, ya inservibles.

Según ella, junto a la crítica a la vida agobiante y pesada que en todos los órdenes: político, educativo, militar, social, artístico,... se vivía en la Audiencia, también había que situar la crisis de los fundamentos y el sentido de la realidad toda. En otras palabras, junto a las reflexiones de tipo moralista, a la crítica cultural, al análisis de los prejuicios vigentes, a la obsolescencia de las estructuras e instituciones carcomidas y quebradas, al develamiento de los tradicionales discursos de civiles o de religiosos, que no eran más que una manifestación del juego del poder y de protervos intereses, ella situaba enunciados relativos al sentido de la vida, del ser y de la verdad, según la más propia vocación filosófica.⁹⁹

Para Erophilia, se había perdido el piso, se habían caído las fórmulas de legitimación de la realidad y hasta la fundamentación de la vida, del tiempo y del espacio se había alterado. Eran tiempos en que no había como resolver nada. Ya no se sabía qué era vivir y mucho menos cómo vivir; tampoco se sabía qué era lo importante. La Audiencia y cada uno parecían dirigirse fatalmente hacia su propia aniquilación, pero en el camino hacia ese inexorable fin estaban todos, con sus breves relámpagos de vida que, aunque imperceptibles, existían y eran lo único que tenían, y era precisamente eso lo que les inducía a actuar y el único capital que tenían: creer que todavía algo se podía hacer que permita perennizarse y superar la hora más negra de la historia. Por supuesto, aceptar esta perspectiva ineluctable de la mortalidad era ya bastante, aunque no fácil.¹⁰⁰

Por eso mismo, había, urgentemente, que descubrir nuevos referentes, pero tomando en cuenta que no se trataba tanto de remplazar unos por otros, aunque los nuevos fuesen de más brillo o consistentes, cuanto de alterar radicalmente el enfoque, suprimiendo esa centenaria y a momentos casi invencible búsqueda de tablas de salvación en un “mundo verdadero”, al cual habría que “adecuarse”, a fin de superar el “mundo aparente” en que se movía la gente.¹⁰¹

De la verdad

La idea de que hay un “mundo verdadero”, unos “principios” y “valores” trascendentes, absolutos, que rigen la realidad y que el pensamiento de-

bería aprehender para fundar ahí sus certezas y sus normas de acción, era, según Erophilia, una trampa mortal, propia de una escolástica carga de siglos. Los valores o principios considerados “superiores” no podían venir de lo alto, de una misteriosa realidad celestial. El sometimiento de la vida a valores trascendentes tenía su raíz, quién lo creyera, en la vida misma, en el hecho de que el hombre hace todo lo que hace, llevado por el instinto de conservación o, más exactamente, por la intención de procurarse el placer y de evitar el dolor, de vivir y sobrevivir de la mejor forma.¹⁰²

Además, ese “mundo superior” no era más que un mecanismo difícil de abandonar por el peso del tiempo y la costumbre y sus implicaciones eran por demás nefastas. Los hombres se habían acostumbrado, desde tiempos inmemoriales, a suponer que en lo profundo, debajo de todo juicio o de todo texto, apariencia u opinión, debía haber algo que no sea simplemente otro juicio o texto más, una veleidad más. Tarde o temprano se debía llegar a un fundamento o piso, tocar aquello a lo cual los juicios y los hechos remitían, dar con su base o justificación, última y segura.¹⁰³

Por eso el apego de Erophilia a Rousseau y Voltaire, quienes no solo arrojaron una sombra de sospecha sobre las grandes verdades: Dios, iglesia, alma, libertad, ser, unas ya más “muertas” que otras, sino también sobre la idea misma de organización racional de la realidad y sobre la idea de un mundo verdadero, no importa cómo se lo conciba. La verdad, la racionalidad de los principios metafísicos, la seguridad en estructuras esenciales o asimismo la verdad de las leyes y los tribunales coloniales, eran ingenuo tomar en serio. La desconfianza en todo y en todo, hacía tiempo que había minado los espíritus. “No tenemos ya, solía decir, necesidad de la creencia en el valor decisivo de la verdad o de los “principios” e “ideales” del sistema colonial; la vida es de ahora en adelante, al menos en principio, nuestro mejor norte y reaseguro.”¹⁰⁴

Bajo esa perspectiva, hasta el mismo concepto de “verdad” quedó desfondado. Erophilia se oponía a la noción de verdad como correspondencia de algo con la realidad; como adecuación de una proposición al estado de las cosas, célebre y clásica forma de definición de la verdad como *adaequatio intellectus et rei*, en que solían explayarse los profesores de la universidad. En el mejor de los casos esta noción, tan propia y clave del programa escolástico,

para ella no servía más que para entenderse con los objetos de la vida cotidiana o del mundo de la ciencia, pero no más.

Por otra parte, en esta concepción vigente de la verdad, el lugar de la verdad se reducía al juicio puntual o atomizado sobre una cosa o persona, y su esencia residía en su concordancia con los objetos y su posible verificación. Según Manuela, “No deberíamos decir que la verdad es una correspondencia, coherencia, afirmabilidad garantizada”. El fenómeno humano requería otros parámetros, atender a otras dimensiones olvidadas, construir una concepción de la verdad en términos de proyecto; una idea de verdad que tomase en cuenta el proyecto existencial de cada uno y de cada época. El mundo humano no es un espectáculo a registrar “objetivamente” y a explicar. Comprender el hecho humano es más complejo y solo entonces, decía, cabe hablar de autenticidad e integridad de las personas y superar las habladurías, la curiosidad o los equívocos con que muchas veces las juzgamos. Solo eligiendo la posibilidad más propia, decía, que se puede ser auténtico.¹⁰⁵

Esta concepción sui generis de la verdad, también la supo aplicar al campo de **las ciencias** y le sirvió para dar al traste con la concepción aristotélica – tomista, concepción más parecida o cercana a un credo religioso que a la ciencia misma. En la universidad se vendía una visión idílica de la ciencia; se suponían que la actividad y la producción científica no eran más que la aplicación estricta de los principios de la razón y del encomiable afán de búsqueda de la verdad. Los hombres de ciencia y los profesores de la universidad eran una especie de dioses, que aplicaban desapasionada y desinteresadamente sus conocimientos y se servían del método e instrumentos de la ciencia para asegurar el inevitable despliegue y el triunfo de la Razón.

Igualmente deleznable era el concepto de ciencia válido para todas las ciencias. Para Erophilia, lo plausible era adoptar una concepción no unitaria, que implicaba abandonar las teorías aristotélica – tomistas que sustentaban la mayoría de profesores de la universidad de ese entonces, por una parte; y, por otra, proponer, aunque sea provisionalmente, una nueva visión de la verdad y una nueva teoría del conocimiento, del lenguaje y de la relación de las teorías científicas, con elementos extrateóricos, distintos de los de la concepción tradicional.

Tamaño concepción de la verdad y de la ciencia terminó por escandalizar. Hasta entre sus amigas y amigos hubo incompreensión. Sus frases rom-

pían certidumbres, hábitos, significados preestablecidos y seguridades. A una de sus amigas transmitió Erophilia esta forma especial de entender la verdad. A una de ellas, cargada por los años, soltera, con profundos deseos de tener un hijo y con un temor radical a la soledad, sin ambages la animó a superar los prejuicios y a no esperar matrimonio ni civil ni eclesiástico. ¿Qué importancia, le dijo, tienen los contactos ocasionales, especialmente los contactos sexuales? Lo que importa, le dijo, es lo que perdura a lo largo de la vida de uno; mi propia vida es lo que me importa, en lo que tiene de continuidad dilatada y de desarrollo. Piensa en cómo te verás tú dentro de unos años. Los contactos sexuales, si no se los exagera ridículamente, se esfuman como el apareamiento de los pájaros. Es la compañía de un hijo, toda una vida, lo que importa.. (...) Al fin y al cabo, ¿qué importancia tienen estas conmociones esporádicas? ¿Acaso el problema fundamental de la vida no es crear una personalidad íntegra a lo largo de los años? Carece de interés una vida inauténtica y desintegrada. Si la falta de sexo va a desintegrarte ve entonces y búscate un matrimonio. Si la falta de un niño va a desintegrarte, ten entonces un niño como puedas".¹⁰⁶

Pero como ejemplo máximo de autenticidad e integridad solía recurrir más bien a la egregia figura de Antonio Ante, "el invencible", a quien no pudo doblegar ni en su juventud ni en su madurez ni en la vejez, fuerza alguna que no fuese la que provenía de sus propios valores y vigor, de su confianza en la vida, de la seguridad del poder de sus sueños. Antonio "estuvo en todas las situaciones difíciles, no conoció desmayos y, fracasado un intento, volvía a planear una nueva empresa con el mismo entusiasmo".¹⁰⁷

La crisis de disolución

¿Pero qué mismo era lo más grave en este mar encrespado de finales de siglo?, se solía y le solían preguntar a Manuela. Según ella, las últimas décadas de vida de la Audiencia estaban marcadas por la disolución absoluta e insalvable de todos los órdenes e instituciones. El sistema vigente estaba marcado por la incapacidad para superar la división, la escisión, el desgarramiento y la desintegración e inauténtica que asaltaba a las personas y a la sociedad de parte de una serie de fuerzas de compleja integración.

Así, por ejemplo, la división campeaba no solo en el político o social que era lo más visible sino en mil manifestaciones, que eran el pan de cada día y no se encontraba cura para esta experiencia de exclusión y desgarramiento. Criollos y chapetones, indígenas y mestizos, funcionarios y civiles, mulatos y negros, conservadores y progresistas, hombre y mujeres, hacendados y concertos, ricos y pobres se encontraban distanciados por diferencias aún más profundas que las que surgían del dinero, del sistema de castas y de las diferencias étnicas y culturales. Se había perdido la unidad que produjo la cruz y la espada e imperó por siglos y dimensiones básicas como la ciencia, la cultura, la moralidad o el arte deambulaban sin nexo alguno, sin norte seguro.¹⁰⁸

¿Quién de nosotros no ha vivido, decía Erophilia, los desgarramientos que causa la vida cuando ella se escinde entre las inclinaciones del corazón y las de la cabeza, entre los principios y los intereses, entre el ocio y el trabajo, entre la casa y la profesión? ¿Quién de nosotros no ha deseado la fusión de los seres, la abolición de toda frontera y de toda exterioridad entre los amantes y quién de nosotros no ha vivido el efecto inverso a lo deseado? El yo al pretender desaparecer en el tú y el tú al perderse en el yo, en la unión más profunda, generan al mismo tiempo una separación insalvable y como solución se suele recurrir a matar las diferencias, gracias a procesos de domesticación y violencia.¹⁰⁹ En otras palabras, el hombre y el país, al igual que Tupac Amaru, yacía descoyuntado y descuartizado por fuerzas que corrían cual caballos desbocados en direcciones diferentes.

Además, los sistemas religiosos, morales, educativos y culturales habían agudizado aún más el desgarramiento, al proponer el “desdoblamiento” como solución, al pedir que se escoja entre uno u otro campo, entre lo ideal o lo real, entre lo sensible y material o lo intelectual y espiritual, entre la forma o el contenido, entre lo concreto o lo abstracto, entre lo público o lo privado, entre lo bueno o lo malo, entre lo esencial y lo aparente o superfluo. En todas estas alternativas tocaba escindirse a sí mismo y sacrificar una parte de sí a favor de la otra. La esquizofrenia era el resultado final y la búsqueda de unidad no daba ni sosiego ni resolución definitiva.¹¹⁰ Prisioneros de una tradición platónica – cristiana; bajo los barrotes de una estructura lineal del tiempo, de la moral y de la verdad, se había terminado por hacer imposible la felicidad ple-

na y el vigor integral de la vida. No habíamos sido capaces de suprimir la oposición entre un mundo verdadero y un mundo aparente, y todas las estructuras morales y metafísicas que se derivaban de dicha dicotomía, entre ellas, por ejemplo, la concepción lineal y progresiva del tiempo, la explicaciones causales y esencialistas no servían más que para arrebatarnos al instante, al presente, su verdadero significado.

En otras palabras, cuando se vive el conflicto entre realidades que quisiéramos alejar de nuestro lado, pero cuya permanencia es inevitable, como puede ser el caso de la violencia, del dolor, la incertidumbre, la injusticia o de nuestros inconfesables deseos o cualquier género de contradicciones o antinomias, se nos ha propuesto como solución extirpar o abandonar uno de los polos y correr hacia el otro a fin de resguardarnos en él. Entonces el cielo o las utopías se tornan en alivio ante las desgracias de este mundo. Nos cuesta aceptar y mantener la cara en alto frente a la existencia de contrarios; la armonía se nos escapa permanentemente de las manos. Querer que todo tenga que ser blanco o todo tenga que ser negro, es querer solo sueños irrealizables y tal tipo de sueños son frágiles e irreales; soñar con un mundo solo gobernado por el amor o el bien, el orden y la racionalidad, es dejarse tragar por un cielo aburrido, en que las fuerzas creativas decaen, se debilitan. “(o) Los contrarios, vida y muerte, amor y odio, están unidos en la increíble dialéctica del devenir. Estos contrarios viven profundamente enraizados en la psiquis humana”.¹¹¹

Según Erophilia, la lógica de la anulación de uno de los polos, para que sobreviva el otro, habría sido uno de los caminos, por supuesto infructuoso, pero además peligroso, ya que “En la negación de la diferencia duerme el dragón de la violencia y de gran parte de nuestros males”.¹¹²

En otras ocasiones, ante los conflictos de la vida, la receta habría sido tratar de integrar o superar ambos polos de la antinomia a través de una nueva o tercera entidad o síntesis. Ya no se condena ni se estigmatiza o excluye a ningún polo, se acepta lo que de útil o bueno tenga cada uno de ellos. El rechazo sectario desaparece en una especie de sano eclecticismo que diluye las diferencias. Se impone, entonces, una lógica de homogenización, una unidad indiferenciada, una especie de armonía. El monoteísmo y la monogamia, las explicaciones monocausales, el concepto único de verdad y de ciencia, la

idea de la historia como progreso sucesivo, lineal e irrepetible, la familia nuclear, la moral tradicional, entre otras tantas realidades, eran un buen ejemplo del fracaso de las recetas únicas y absolutas, que se habían aceptado por siglos, que seguían aún con vitalidad y que tarde o temprano colapsarían y mostrarían a flor de piel sus nocivos efectos.

En definitiva, según Erophilia, se vivía la crisis más aguda de fundamentos y presupuestos de que se tenía memoria. Las ideas y las creencias básicas que habían movido a los hombres desde hace siglos, habrían enmudecido y cada vez nos decían menos. Una tras otra esas ideas y creencias estaban siendo abandonadas, "olvidadas", superadas. Y en consecuencia, la cosmovisión vigente sobre el tiempo, la historia, la familia, el progreso y sobre nosotros mismos; nuestra forma de ser y mirar el mundo, así como nuestra manera de vivir, relacionarnos con los otros y operar en la existencia, agonizaban. Asistimos, decía, al crepúsculo de los presupuestos fundamentales. Ha caído el telón de fondo de una serie de principios y supuestos sobre los cuales se basaba nuestro comportamiento cotidiano y nuestro sentido común actual.¹¹³

Del tiempo y los instantes

En este trágico y radical examen de visiones y cosmovisiones de final de siglo se desarrolló Erophilia. Pero sería incompleta su figura de no rescatarse otra faceta más, que impresionó especialmente a su hermano Pablo, quien rescataba de Erophilia su intensa entrega a lo diverso, a lo particular, cercano, efímero, coyuntural; su respeto a los eventos, las coyunturas, los instantes, personas, amores y dioses del día a día. Esta era la forma, según Pablo, como Erophilia se acercaba a la vida y reconocía la esencia de las cosas; no las transfiguraciones o mutaciones discursivas, racionalistas, sean culturales, éticas o morales que a su criterio más bien anulaban hasta el sentido común y el instinto básico de conservación, anulación que según ella debilitaba al hombre o a la mujer convirtiéndoles en seres timoratos, arribistas y acomodaticios, en pocas palabras: débiles y mediocres.

Le molestaba ver personas atadas a concepciones que, por siglos, habían constituido el transfondo cultural de la Colonia y del ser humano en su operar, en su forma de preguntar y en su forma de dar sentido a la vida, pero que al presente más traía males que bienes.

Su defensa del vivir intensamente el “momento”, disfrutar con profundidad el día a día, de no dejarse dominar por el control de las normas o del qué dirán e incluso aislarse y cerrarse a lo calculado y planificado, y más bien arriesgarse, por lo mismo que la vida es corta, deleznable y efímera, fue el mejor entrenamiento para lo que había de venir, cuando hubo que romper con todo el sistema colonial, con sus normas y autoridades, con sus tradiciones y costumbres, con su discurso y recomendaciones, con su poder y amenazas.

Este rescate del presente, de los momentos o instantes intensos no tanto por el tiempo medido en minutos u horas, cuanto por la explosión de vida que encerraban, hizo patente esa supresión de oposiciones que Erophilia vivía con la mayor simplicidad, sin desdoblamientos. Como que ella había logrado suprimir la oposición entre mundo verdadero y mundo aparente, entre lo bueno y lo malo, entre tiempo trascendente e instantes anodinos; había logrado vivir el sentido de los acontecimientos en perfecta armonía o coincidencia con el sentido de su propia vida.¹¹⁴

Para Manuela, como para muchas de las mujeres de este tiempo, los principios, normas y discursos vigentes dejaron de tener sentido; la imagen de un mundo o realidad ordenada naturalmente, por el peso de la tradición o la religión, sobre la base de un fundamento objetivo y de “principios” estables y permanentes, no era más que un mecanismo tranquilizador, un “mito” asegurador propio de una humanidad aún primitiva y bárbara, de personalidades cobardes, que se refugiaban en filosofías trascendentales, en “principios” o “ideales” ante su incapacidad para enfrentar lo fortuito y los eventos que por nuevos tienden a presentarse como peligrosos e inseguros.

En este escenario conflictivo se torna comprensible la violenta crítica de una mujer de clase media, como Manuela, al sistema jurídico y político y a la universidad y otras instituciones sociales, que ocasionaban más males que bienes y generaban la pérdida de la libertad, el conflicto interior y hasta una especie de náusea, mediocridad y sin sentido general. Esta crítica se volvía más ácida y corrosiva al tratarse de la moral cristiana, que la concebía como un producto en descomposición, tóxico y mortal. La moral vigente era una especie de fuerza generadora de culpabilidad, de enfermedad, de desgracia interior y malestar; fuente de neurosis, desgarramientos y resentimientos.

En la época actual, sus palabras se han extendido y no son pocas las mujeres a quienes he escuchado tesis parecidas ante la quiebra del mundo y

su desconfianza de los valores modernos y el surgimiento de nuevos parámetros de acción. Erophilia, decía, por ejemplo, que había que abandonarse al juego de la multiplicidad, al placer de los momentos e instantes, a la riqueza de las diferencias, al presente y al disfrute de los “eventos”, a lo que “es”, más que al “deber ser”, a lo fortuito más que a las seguridades de la razón y lo planificado o calculado.

De las diferencias

Por otra parte, apelaba a reconocer **las diferencias** y peculiaridades, y a no generalizar ni absolutizar. Había que guiarse por los elementos simples de las cosas, por su variedad y multiplicidad; había que aprender a escuchar los mensajes que provienen de los otros, de los postergados de siempre cuyos gestos y lenguajes emergían, cada vez con más fuerza;¹¹⁵ había que abrir los ojos a las nuevas realidades que acompañaban al nuevo siglo, a las necesidades de reforma por las que clamaban tantas voces y rostros jóvenes, desconocidos. Por eso es que ella no mostraba nostalgia ni apego a la metafísica, las filosofías, los absolutos o las propuestas sociales o religiosas, si bien en su juventud había apoyado y depositado sus esperanzas en los “sueños” de los amigos insurgentes que solían reunirse con sus hermanos.

En forma reiterada afirmaba que la vida no se podía determinar por medio de normas o principios a temporales, de cualquier credo o naturaleza; que los reconocidos principios de fundamentación de la realidad, los criterios de verdad o de eticidad y todo tipo de macro – discurso, al igual que los grandes relatos, no eran más que una ilusión vacía, una especie de fábula. No juzgaba necesario esforzarse buscando estructuras estables, fundamentos absolutos o eternos, leyes o normas inmutables, ni nada semejante. Más aún, presentía que detrás de quienes peroraban sobre los más bellos principios e ideas, propuestas de salvación y resolución mágica de los problemas se escondían intereses rastreros, una secreta impotencia y un afán por defender a la Corona y su sistema. Lo planificado desde Madrid, en más de un caso, conducía a la parálisis, y hasta a la violencia que suelen encerrar tal tipo de medidas y palabras.

Según ella, al hombre se le había puesto cadenas, se le había construido un rígido orden a fin de que olvide comportarse libremente, se someta fá-

cilmente a los dictados de la “Madre Patria” y deje de vivir el presente, disfrutar los eventos y las circunstancias, y a eso le habían dado por nombre: educación. Así se le había privado de aire sano y libre movimiento. Las ideas religiosas, las realistas, las morales, políticas o metafísicas eran pesados e inútiles fardos, que le habían hecho perder lo mejor de sí mismo: su vitalidad, su rebeldía, su voz.

Su conclusión era sencilla: no era posible construir y reconstruir una Audiencia, tan pobre en entusiasmo y valentía, sujeta a tanta desigualdad, injusticia, pobreza e inseguridad, y a un sin número de inequidades, que al igual que las plagas de Egipto se difundieron a lo largo y ancho de ese siglo, a través de sermones y discursos, disciplina y creencias que por siglos no habían conseguido más que conducir a un callejón sin salida y a un larvado sometimiento. El producto final del “programa metafísico” vigente, de sus presupuestos fundamentales, era una sociedad de borregos, chapetones, encomendados y débiles que aceptaban sus “destinos” o los confiaban a la autoridad, a los confesores y a los jueces, a los manipuladores de la corona y del poder.

Solo cuando a ese mundo de “absolutos” se le pierda el miedo, a ese caduco programa se de la vuelta y sea desarmado y hasta se vuelva innecesario, mejorarían las cosas, la Audiencia tendría otros días. Había que perder el miedo a hablar; había que franquear las puertas de nuevos mundos y experiencias; había que permitir que emerjan otros tipos de racionalidad, como aquella que portaban las nuevas minorías étnicas, sociales, culturales o estéticas que emergieron en esas últimas décadas del siglo; esas nuevas visiones propuestas y esos nuevos sujetos históricos que a finales del siglo ya no podían ser silenciados o reprimidos; había que dejar expresarse a la vida: “Bueno es todo lo que sirve a la vida y malo y todo lo que sirve a la muerte. La alegría es virtuosa y la tristeza es pecaminosa, solía repetir”;¹¹⁶ había que derrumbar los ideales que representaba la Corona, la nobleza y su entorno, como la verdadera forma de realizar la humanidad, en menoscabo; era la “hora” de todas las individualidades limitadas, efímeras, secundarias, puestas de lado, que emergían y exigían un puesto en un nuevo orden.

Para graficar su enfoque Manuela recurría al águila y a la serpiente, como símbolos de una doble e integral visión de la realidad. Por una parte, desde las alturas para el águila era posible avisorar la inmensidad del paisaje, pe-

ro en tierra había tal diversidad de circunstancias y seres que la visión del águila perdía los detalles. La serpiente, por el contrario, al arrastrarse y reptar en medio de los seres y sus circunstancias podía captar mejor las peculiaridades y diferencias. Solo el concurso de una y otra perspectiva era capaz de aprisionar la realidad en su totalidad y en las múltiples manifestaciones de su riqueza. Ni las visiones generales ni los absolutos; ni lo indivinual y relativo eran suficientes.

Capítulo IV

DE LOS ENCUENTROS Y DESENCUENTROS DE MANUELA

El desencuentro con Eugenio

Las relaciones entre los hermanos Espejo habían sido siempre cálidas y cordiales hasta aquel 19 de enero de 1792, día en que Eugenio permitió se publique, en el número 2 de Primicias de la Cultura de Quito, en la sección dedicada a las Ciencias y Arte, un “Ensayo sobre determinar los caracteres de la sensibilidad”.

Manuela, al corregir las primeras pruebas llamó la atención a su hermano sobre las serias limitaciones que, según su criterio, tenía el artículo, sin desconocer algunos méritos. El defecto principal de los papeles que se habían dado a luz era el “olvido”, la exclusión de la mujer. “El artículo, decía Manuela, hecha fuera de sus consideraciones filosóficas el ser y la naturaleza de la mujer. Ud. empieza a explicar el talento de observación sin mi: quiero decir, el bello sexo no figura delante de su entendimiento, y este se ha vuelto de bronce, apático y enteramente ajeno de la sensibilidad respecto de aquel. Ah! Que funesto linaje de indolencia!, qué cúmulo vergonzoso de errores y desaciertos! “¹¹⁷

En algún momento en que subió de tono la discusión le dijo a Eugenio: “El segundo defecto trascendental a los papeles que vas a publicar es que concentran en sí todos los defectos imaginables, pasados, presentes y futuros” (...) No son más “qué un cúmulo vergonzoso de errores y desaciertos!”.¹¹⁸ Eugenio no dio importancia a los reparos formulados por su hermana y pese a que ella le había dicho enérgicamente: “Por favor, corrige, no edites un artículo cargado de errores; tú ni conoces ni dominas esa materia”, Eugenio llevado de prepotencia y necedad no le hizo caso.

Los hermanos Espejo no daban su brazo a torcer muy fácilmente. Se habían curtido en el enfrentamiento y les habían educado para que sepan dar la cara y hablar directo, sin timidez ni rodeos, caiga quien caiga. Además, para Manuela era cuestión de principios, porque estaba en juego la valoración de la mujer, asunto sobre el cual ella nunca dejaba pasar la más leve insinuación. Se vio obligada a pronunciarse y replicar ya que no solo se trataba de una clara minusvaloración de la mujer sino además de una solapada exclusión del mundo de las ciencias y el arte; se les cerraba las puertas de acceso al conocimiento por el mero hecho de ser mujer. “En Quito, decía Erophilia, no alcanza la mujer a descubrir la sublimidad de las ciencias y todos sus misterios y solo los hombres son los que penetran y manejan ese ámbito”.¹¹⁹

En la defensa de la mujer contaba a sus espaldas con una pesada y centenaria desventaja. Las recién abiertas puertas de la prensa estaban cerradas para ella. En Primicias podía ser atacada pero no podía defenderse. La estrategia que utilizó fue brillante: un seudónimo, que la marcó para la eternidad.

Para mostrar a su hermano el trato discriminatorio en que había caído el artículo en referencia se sirvió previamente de una anécdota. Narró que: “En la vida de Federico Segundo, Rey de Prusia viene por cierto el chasco que este soberano dio al famoso Voltaire, a este corifeo de la literatura francesa. Cuando estuvo asegurado Federico de la prodigiosa memoria de un inglés, que se le presentó en Postdam a hacerle manifestación de que la tenía., concurre Voltaire, como de propósito a ver al Rey, con el fin de leerle unos versos que acababa de componer; y entonces fue que Federico mandó al inglés que se ocultase en un gabinete inmediato, encargándole aprendiese palabra por palabra lo que leyese el poeta. Este bello espíritu luego que entró, recitó sus versos. Pero el augusto personaje, que le escuchó con frialdad, le dijo: a la verdad querido Voltaire, que no os conozco: de cierto tiempo a esta parte habéis dado en tomar los versos de otros para atribuíroslos. Juró Voltaire que los versos eran suyos, y que acababa de hacerlos en aquel instante. Pues bien, dijo el Rey, ahora mismo acaba de ver a un inglés, que me los ha recitado como propios; y diciendo esto, mandole llamar, igual que repetir los versos, suponiéndolos visto, o manifestados por la mañana. El inglés los reprodujo sin alterar ni una sola sílaba; de donde nació en Voltaire la furiosa réplica de decir que aquel hombre era el demonio”.¹²⁰

Posteriormente, a partir de la anécdota, de este chasco que hizo pasar a Voltaire, Federico Segundo, Rey de Prusia, trató de hacer ver a Eugenio lo injusto del comportamiento de los hombres, que en forma diaria y reiterada someten a la mujer a un tratamiento discriminatorio; no son capaces de reconocer sus méritos.

Su argumentación contra el machismo imperante se desarrolló de la siguiente manera. Si “Un espíritu como Voltaire, tenido como un milagro de la naturaleza en punto de ingenio, como por un monstruo de abominación en materia de piedad, no es capaz de imaginar que otro hombre mortal, por el camino ya sabido, pudiese puntualizar su composición poética, y luego recurrir a conceder este privilegio a inteligencia de orden superior a la nuestra”, ¿qué se puede esperar de la mayoría de ellos! Según Erophilia, “la debilidad de los hombres radicaba en medir a los de su sexo con la medida de sus propios alcances, con esa vara infiel por la que cada uno se dice a sí mismo: yo no pude hacer aquella proeza literaria, o propia de las fuerzas del espíritu; luego ninguno la hace”. En conclusión: “si esta es la debilidad del hombre respecto del hombre, esta es, con más fuerte razón, la injusticia del varón respecto de la mujer; y una injusticia, aunque clamorosa, de todos los días y de todos los instantes”.¹²¹

Además, como nota final añadió que la publicación “olvidaba y echaba fuera de sus consideraciones el ser y la naturaleza de la mujer”; que “explicaba el talento de observación sin tomarla en cuenta”; que “el bello sexo no figuraba delante de su entendimiento, y éste se ha vuelto de bronce, apático y enteramente ajeno de la sensibilidad respecto de aquel”. “Ah! qué funesto linaje de indolencia!”.¹²²

Con el correr de los años este texto se convirtió en una especie de “Carta Magna”, no solo por ser la primera publicación en que se mostraba al público, sin tapujos, la desigualdad que se vivía en las relaciones entre hombre y mujer, sino también por la fundamentación o argumentación que se hacía a favor de relaciones de equidad de género y, al mismo tiempo, por el radical repudio a ese mundo de discriminación y minusvaloración vigente en el medio. A partir de este documento que desarrolla el “modo de pensar” de Erophilia, su enfoque sobre aspectos de género, disponen las mujeres de una serie de conceptos sobre su dignidad, equidad, autoestima y autovaloración, como también de argumentos para la lucha, de casos y ejemplos claros de dis-

crimen, de conceptos de contraposición y protesta por la exclusión de la mujer, como de palabras y tesis que reivindican sus dotes y cualidades.

Nunca antes, en la Audiencia, una mujer había osado señalar que los hombres ejercían constantemente un trato discriminatorio, que minusvaloraban a tal grado a la mujer que no podían imaginarse que ellas estuviesen también dotadas de cualidades similares e incluso superiores en algunos aspectos a las de los hombres. Así llegó la hora de poner punto final a ese cúmulo de vergonzosos errores y desaciertos; rebelarse contra esa “servil timidez de las quiteñas”.

Desde entonces, en un proceso por demás lento, casi interminable, algunas mujeres iniciaron la conquista de nuevos días y horizontes en el mundo del trabajo, de la educación, de la prensa, las profesiones, el hogar,... Manuela mismo, como forma de testimonio se dedicó con tal vehemencia y apasionamiento al estudio de la botánica, a la clasificación de las plantas de los alrededores de Quito, a rescatar sus usos, señalar sus cualidades curativas, sugerir su cultivo, que se convirtió en la persona más entendida, en toda la Audiencia, sobre esa nueva ciencia a pesar de que el medio era poco propicio para las mujeres que intentaban conquistar esos dominios. La universidad colonial les había cerrado las puertas, pero ella supo encontrar en el maestro español Anastasio Guzmán y Abreu la persona que supo despertar la afición de Manuela y la de su esposo: José Mejía por las ciencias naturales. Años después, Guzmán y Abreu señaló que nadie alcanzó los niveles de logro de Manuela, ni siquiera José Mejía, quien dictó por vez primera en la universidad colonial la cátedra de Botánica y ha sido considerado como el iniciador de esta ciencia en el Ecuador.¹²³

Pero esta Carta Magna escondía un mérito más, elaboraba una nueva perspectiva del amor contraria a la visión tradicional, que insistía más bien en aspectos ideales, en su pintura luminosa, romántica. “Nadie podrá negar, explicaba Erophilia, que Platón y numerosos filósofos han transformado al amor en un atributo divino, le llaman el Dios de la amistad, de la libertad, de la paz, de la concordia, de la felicidad, de la consolidación, de la sabiduría y la virtud. Generalmente le suponen una divinidad singularmente benéfica y poderosa; cuya suavísima autoridad propende a hacer reinar el bien por todas partes. El amor, dicen, mantiene la paz entre los hombres, muda la rusticidad en cultura, apacigua las discordias, une los corazones, inspira la dulzura, aplaca la

crueledad, consuela a los afligidos, restituye las fuerzas a las almas fatigadas y, en fin, vuelve la vida perfectamente feliz".¹²⁴

Contra esa visión o descripción tan optimista, ante exaltación tan eximia del amor, Manuela no llamaba ni a contradecirla ni a criticarla. Lo que pedía era por demás simple, contrastarla con la realidad; "volver la vista a casa: venga hacia ésta el talento de observación, ¿y qué se halla? La enemistad, la esclavitud, la guerra, la discordia, la desdicha, el despecho, la ignorancia, el vicio: luego no hay amor".¹²⁵

Diferencia tan fácilmente perceptible y mucho más en esos días; desfase tan patético y clamoroso entre el mundo ideal y el real, según ella, era una prueba irrefutable de la esclavitud y de la dominación que padecía la mujer. Por eso solía repetir: "Mientras los hombres no nos dominen y al mismo tiempo nos sirvan por el amor, tampoco nosotras podremos imperar legítimamente en el reino de la naturaleza, ni servir a la sociedad. Es menester que el amor nos saque de la esclavitud; que sea más activo que pasivo; que se respete nuestro sexo y se observe las diversas situaciones de nuestra vida".¹²⁶

El encuentro con José Mejía

Los encuentros y desencuentros de Manuela dieron de que hablar en la Provincia. Su matrimonio, en 1798, con José Mejía, personaje excepcional, en múltiples aspectos, no pudo quedar fuera de la polémica en una sociedad tan conventual como la de Quito. Más aún, si se toma en cuenta que ese matrimonio tuvo corta vida, en los términos de medida de aquel entonces, no más de ocho años. En los últimos meses de 1805 o en los primeros de 1806 Mejía abandonó Quito rumbo a España.

La Audiencia en aquel entonces era un reino del temor, del miedo a preguntar o a debatir; era una sociedad dominada por el autoritarismo, las normas, las jerarquías y los títulos, que alcanzaban muy pocos. Además, los individuos, en una sociedad tan estratificada, tenían marcado su puesto y función, que en el caso de las mujeres y los indios era permanecer al margen de todo puesto, al arbitrio del poder que lo presidía todo y dejaba todo supeditado a sus intereses. En el mejor de los casos la gente y especialmente las mujeres preguntaban tímidamente, hablando siempre en diminutivos y, ante esa debilidad, no faltaban las respuestas insolentes y altaneras de los de siempre.¹²⁷

La misma Manuela vivió la tensión de ese clima perverso de encuentros y desencuentros, en carne propia. Al editor de *Primicias* le decía: “Ud., pues, que me ve, al aparecer adornada de muchos, no soy amada de ninguno. ¡Extraña situación, pero muy cierta! Ve Ud a Apreto, joven el más rendido y el más frecuente en mi casa?; pues este a nada otra cosa aspira más que a corromper mis costumbres: nada de amor, nada de aquellas ternuras deliciosas y honestas contenidas en su deber, o dirigidas a anudar el lazo conyugal. Me avergüenzo de decir lo que intenta, y lo que expresa torpemente por sus ojos, por su lengua, por su gesto, por sus acciones. Si me amase, si por casualidad me hablase el idioma del amor sensible, yo le correspondería, le amaría, y de esta recíproca sensibilidad, resultaría que algún día fuésemos juntos al pie de los altares, a celebrar los triunfos de nuestro amor”.¹²⁸

En el comentado matrimonio de Manuela, corrieron los rumores y las conversaciones en corrillos, por lo de su edad. Se casó en junio de 1798, de 44 años, mientras Mejía recién cumplía los 23. Fue un día de verano y como testigos participaron Juan Bautista Chaves, M. Ortiz y Antonio Ante. Los padrinos fueron Juan de Dios Morales y Josefa Tinajero. Ante y Morales, años más tarde, integraron la Primera Junta de Gobierno de la Audiencia y de América Latina.¹²⁹ Josefa había escandalizado a la ciudad poco antes, al abandonar su hogar y pasar a convivir públicamente con Juan de Dios, en una de las casas de las Cuatro Esquinas, actualmente Guayaquil y Espejo.

Pero lo grave no era tanto la diferencia de edad, el encono también provino de los mismos méritos de una figura de la talla de Mejía, polémica frente a cada uno de los valores y criterios acuñados por la sociedad tradicional.

Mejía, para Manuela, pese a su corta edad, era una de las mayores lumbreras de la Audiencia. Disfrutaba contando que él y sólo él cursó estudios en el campo de las artes, de la filosofía, de la teología, el derecho y la medicina, consiguiendo en todos ellos el título respectivo, con las más altas calificaciones. En alguna de sus defensas de grado, decía que alcanzó cuatro As y en otras tres. Fue tan brillante su grado de filosofía, diciembre de 1794, que el tribunal, por unanimidad, le exoneró del pago de los derechos de grado.¹³⁰

Manuela también ponderaba el ritmo de estudio de Mejía, quien en 1792 logró el Bachillerato en Artes y en 1794 el Grado de Maestro en Filoso-

fía; en junio de 1798 rindió las pruebas de grado correspondientes a la Licenciatura en Teología; en mayo de 1803 obtuvo el título de Licenciado y Abogado en derecho; en marzo de 1805, con una tesis de botánica, el grado de Bachiller en Medicina. En 1796, por concurso, obtuvo la Cátedra de Gramática; también obtuvo el cargo de Catedrático propietario de Filosofía, y en los últimos años de su permanencia en Quito dictó la cátedra de Ciencias Naturales, cátedra que por vez primera constó en el pensum de la universidad.¹³¹ Mejía, decía ella, que a lo largo de una década conquistó el conocimiento enciclopédico más sobresaliente de toda la Provincia y con justa razón es suya y se puede aplicar a él esta divisa: “Es que nací para el trabajo, como todos los hombres, y que mi suerte personal y el ingrato carácter de Quito me condenan a trabajos extraordinarios”.¹³²

Pero lo más sorprendente de Mejía, según Manuela, no era tanto su saber enciclopédico, sus títulos en las principales ciencias de aquel entonces o la lectura y recopilación de libros, de lo cual daba testimonio su biblioteca, una de las mejor dotadas de la Audiencia, cuanto su capacidad para conservar, proteger y defender su libertad de pensar y obrar por cuenta propia, exigir respeto a su privacidad, seguir los dictados de su razón con independencia del peso y las opiniones de las autoridades, de los años y costumbres o de cualquier otro tipo de presión. Para Manuela, su esposo tenía como el que más el coraje y la audacia de pensar y obrar por sí mismo; era un ser autónomo. Pese a su juventud él fue siempre una persona adulta, con mayor madurez y valentía que muchos ancianos que temblaban ante los representantes del rey o de la Iglesia o se allanaban fácilmente a los dictados de determinadas doctrinas u otro tipo de imposiciones. En definitiva, para Mejía, la libertad era el tesoro más grandioso que podía custodiar una persona.

Junto al matrimonio con un joven veintiún años menor a ella, libre y valiente, en sociedad tan cerrada como la colonial, también atentó el hecho de ser su esposo hijo natural y que al fallecer, de modo muy repentino, su padre no hubiese quedado ningún documento jurídico que lo ampare.

Por sus ideas, conocimientos y títulos; por su quehacer al interior de la universidad; por el equipo de colegas, amigos y compañeros de sueños e ilusiones; por su calidad de hijo natural,... la encopetada sociedad quiteña trató de darle las espaldas, causó problemas al reconocimiento de sus estudios y tí-

tulos y dificultó su actividad docente. Para algunos padres de familia Mejía hizo perder el tiempo a sus hijos al enseñarles a conocer la col, el apio, el orégano, etc., y desatender el ergo, el ente de razón y las categorías.¹³³

En agosto de 1803, la oposición arreció aún más y la capitaneó, esta vez, nada menos que el rector de la universidad que regentaban los dominicos, quien recusó a Mejía que había sido designado para presidir un acto de oposición para llenar una de las cátedras vacantes. Se adujo que él “era declaradamente enemigo no solo del Colegio sino de la Orden Dominicana”.¹³⁴

También obscureció el panorama las tensiones entre Caldas y Mejía. En carta a José Celestino Mutis, Caldas presentó varias quejas. “He observado, decía, que Mejía, ha tomado muy de veras los consejos que usted le dio en su última; desde ese día no piensa, no habla, no respira sino botánica, hace frecuentes salidas a los alrededores, se oculta de mí, pues tema con fundamento que yo posea las yerbas de estas cercanías. Yo le hablé positivamente diciéndole que tenía, sino todo, lo más, que no duplicase, que corriese más lejos, que todas las plantas que remite las tengo en mi herbario, y que mi honor no me permite callar en este punto. Qué hará usted con esqueletos, con descripciones y diseños de una misma planta remitida por Mejía y por Caldas? Le añadí que yo avisaría a usted las que desde el año pasado poseía, no porque yo tengo interés en que vayan con mi nombre o con el suyo, sino para hacer ver a usted que he trabajado con honor y con actividad. Yo veo con dolor que él hecha mano de una mies que desfloré a más de un año. A pesar de esto conozco que es para el caso, que tiene un buen talento, más que medianos conocimientos botánicos, que sabe latín, con su tintura de griego, que es activo, constante, mozo, con salud, y sobre todo que ama a usted. Por otra parte, sus émulos, pues ha ninguno que tenga mérito le faltan ha dispuesto de tal modo las cosas que lo han privado de la Cátedra que poseía, lo han arruinado y reducido a la miseria, alegando que ha hecho perder el tiempo a los jóvenes enseñándoles a conocer la col, el apio, el orégano, etc. y olvidando el ergo, el ente de razón y las categorías. Creo, pues, muy útil a la Expedición que se le agregue, si usted lo tiene por conveniente, y fijarlo para recorrer Macas, Canelos, Mainas, etc. etc.”.¹³⁵

Mejía, en 1805, según algunos autores y en 1806, según otros,¹³⁶ abandonó la Audiencia de Quito rumbo a Guayaquil, Lima y España en compañía de José Matheu, heredero del Marquesado de Maenza, para transformarse,

en pocos años, en otros lares, en el tribuno que encabezó el grupo de diputados americanos y uno de los más afamados oradores de las Cortes de Cádiz.

Para Manuela lo doloroso no fue tanto la partida de él cuanto el hecho de que la Audiencia no era territorio ni espacio para hombres como su marido. A muchos quiteños no les quedaba otra alternativa que la de abandonar el país. Era la hora de los audaces recaudadores de impuestos, de los que ponían sus manos en los fondos reales, de los que llevaban el situado a Cartagena o Momposina y volvían con mercancías a revenderlas a precios exorbitantes, de los que prestaban su nombre para que prosigan los negocios, empresas y contratos turbios, de aquellos que “sabían” ganar como sea y levantar fortunas de la noche a la mañana utilizando el dinero acumulado por las defraudaciones y las estafas.

Sobre la Audiencia habían caído las siete plagas, desde la peste y las epidemias de viruelas, pasando por los terremotos y erupciones de sus volcanes, hasta las promesas bonitas y falsas de sus autoridades y la corrupción más generalizada de que se tenga memoria. Incluso las esperanzas que se despertaban al llegar una nueva autoridad, pronto se hacían humo, ya que el reemplazante resultaba más hábil y ladino que su antecesor. Hasta el remedio era peor que la enfermedad. No era la hora y no podían vivir ni permanecer en la Audiencia ni los maestros de ciencias naturales, ni aquellos con vocación política o social como su hermano Eugenio, ni aquellas que reclamaban una nueva eticidad, como su madrina de matrimonio o su amiga Manuela Cañizares. No tenía espacio, como no lo tiene ahora, una vida generosa y honrada. Lo mejor era abandonar el país. Quien nacía o vivía en la Audiencia estaba condenado a volverse corrupto so pena de aislarse, de emigrar o de suicidarse.¹³⁷

Sucedía como en los tiempos de Cambalache o los de ahora.

*“Hoy resulta que es lo mismo
ser derecho que traidor!
Ignorante, sabio o necio,
malandrín o estafador !
¡Todo es igual!
¡Nada es mejor!
Lo mismo es un burro
Que un gran profesor!*

*¡Qué falta de respeto, qué atropello,
a la razón!*¹³⁸

Para colmo de males, la corrupción se presentaba como una tupida red de personas e intereses que se apoyaban y se reemplazaban mutuamente. A un presidente, a un ministro, a un juez sucedía otro, tan corrupto o más que el anterior. Si alguien era descubierto, de inmediato otro, “amigo”, familiar o testaferro, ocupaba su lugar y terminaba por hacer lo mismo. Especialmente para la administración del Erario, de los impuestos, de los juicios, de las haciendas y de los indios nunca faltaban nombres, testaferros que a buena paga prestaban sus servicios y hasta lavaban el dinero mal habido. Era la época de los mutantes, de los camaleones, de esos seres que son unos y otros al mismo tiempo.¹³⁹

En definitiva, desde las más altas autoridades, civiles, religiosas y militares se irrespetaba todo tipo de norma o valor, se generaba la arbitrariedad, la demagogia, el doble discurso y hasta el cinismo, en definitiva la “anomia moral”, es decir, la incongruencia y contradicción generalizada de las normas básicas del convivir. El efecto inmediato de esta anomia fue el descenso en la credibilidad en las autoridades y en la legitimación de las autoridades españolas, e incluso, como planteaban algunos ilustrados, el cuestionamiento al gobierno monárquico en su totalidad. ¿Qué adhesión, qué fidelidad, qué confianza, por parte de los miembros de la Audiencia, se podía tener a autoridades y chapetones que infringían, ellos mismos, las reglas básicas del convivir ciudadano y del Código de Indias? Recuerden, decía Erophilia, ¡cómo los enemigos de ayer hoy son amigos, y los amigos de hoy los enemigos de mañana!; lo que se ofreció y se prometió respetar es motivo de “olvido”; lo que se defendió hace poco tiempo es luego criticado; los compromisos se establecen bajo la mesa y los favores recibidos se pagan con creces.

En este escenario decadente, desconsolador y gris; sin estrategias, políticas y proyectos alternativos, sin gobiernos que se orienten hacia el bien común, en medio de la inestabilidad y la carencia de legitimación del Estado, el país ha entrado al nuevo milenio. En este paso, hasta el discurso reformista ha quedado agotado. ¿Habremos llegado al punto de afirmar que el enfermo es incurable y no queda ya nada por hacer? Estamos ya en vísperas de la revolución.

En Guayaquil, hasta conseguir barco para Lima transcurrieron algunas semanas, lo que le dio tiempo a Mejía para escribirle a Manuela, que acababa de cumplir 49 años: “ (°) Me veo en la dolorosa necesidad de no mandarte más que expresiones amorosas; pero sabes, que son muy de corazón; pues, aunque siempre te he querido mucho parece que mi amor estaba dormido hasta que me separé de ti. ¡tal es el vivo ardor y profundo deseo de verte, que ahora ocupan mi pecho”. Pero esto no es de extrañar, hallándose mi alma hasta hoy totalmente libre de todo amor extraño. Si amada Manuela! No dudes que saldré de Guayaquil intacto, y con la conciencia y el honor sano y salvo; y nada querría tanto, como que esta salida fuese mañana,... ”.¹⁴⁰

También, desde Guayaquil, el 28 de Febrero de 1806, le escribió a su amigo, Agustín Bustamante, “!Cuánto viéramos, notáramos y riéramos, ya de gusto, ya de zumba, especialmente en las tertulias del bello sexo, es decir todas las agradables de este Puerto! No, amigo, no es posible que Ud. dejara de convenir conmigo, en que las guayaquileñas son bellas, amables e ingeniosas; pero, que coquetería, qué parure, qué ruses, qué gancho tan diabólico y solapado, ¡Ah! ¡Cuánto extraño esas conversacioncitas de la ventana, de la alameda y de Jerusalén! Un Bustamante, Un Bustamante es el que me falta!¹⁴¹

En Guayaquil, a los pocos días de su arribo, logró conseguir “El Viajero Universal”, la “Historia Universal” de Anquetil, los “poemas” de Gesner, los de Olavide, los de Young, etc. “Pasatiempo agradable, según sus palabras, con que adormecía la murria y una vez espantada ella, volvía a más serias tareas, al estudio de las ciencias verdaderamente útiles”. Devoró en las pocas semanas que pasó en el puerto, Tratados de Medicina, que le causaron suma complacencia y las Nosologías de Cullen y Macbride y las obras de Briown y de Bel y revisó mapas de diversas regiones.¹⁴²

Robándole tiempo al tiempo se dedicó a la historia natural, a su “amada historia natural”. Hizo de ella su principal “embeleso y ocupación, pues (aunque no puedo consultar con la franqueza y frecuencia que quisiera, y que no me permiten mil circunstancias locales y personales, el mejor libro, el de la Naturaleza), he logrado largas y amenísimas conversaciones sobre todas sus ramas con el Ilmo. Sr. Arzobispo de La Plata, D. Benito Monso, Catedrático que fue en la Universidad de Cervera, su patria (...) Prelado de una lectura inmensa en todo género, pero señaladamente en las antigüedades americanas

(habiendo ya publicado una preciosa obra sobre las de Méjico (donde corrija no solo a Lorenzana, pero aún a Clavigero y Botturini), de las que posee un exquisito y cuantioso museo; como también en la Botánica y demás ramos físico – históricos de que ha escrito varios preciosos opúsculos, entre ellos uno contra D. Hipólito Ruiz; y prepara no pocos contra Humboldt, de quien me aseguró que ya tenía impreso el primer tomo del viaje, donde decía pestes contra España y América; pero va a imprimir las mismas cartas encomiásticas de dicho Barón, y mostrar sus contradicciones, el enunciado Arzobispo".¹⁴³

De Guayaquil Mejía pasó a Lima. De Lima se encaminó hacia al centro de la tormenta, hacia el corazón de un imperio que atravesaba por una de las horas más conflictivas de su historia moderna. La descomposición del dominio español se manifestaba en todos los campos: su territorio fue invadido por el ejército francés, la realeza se humilló y dio muestras no solo de debilidad sino hasta de mediocridad; la iglesia corrió suerte similar y a una de sus instituciones claves y centenaria: la Inquisición, se le dio un puntillazo final. El tropel de los acontecimientos, en esos años, no daba respiro; uno tras otro los hechos cedían espacio al último sobresalto y era tal el sucederse de medidas y reacciones que unas se quedaban a medio camino, pese a su importancia, ante el surgimiento y precipitación de otras.

En este caótico ambiente Mejía arribó a España y de los pocos años que pasó en la Madre Patria, nada más que siete, cinco estuvieron marcados por la guerra, por un clima de encarnizada lucha contra la invasión del ejército francés que intentaba penetrar desde diferentes frentes y copar toda la península. La constante repulsa española por impedir el yugo napoleónico tal vez fue el gesto de mayor orgullo de esos tiempos de errores y miseria.

En los primeros meses de 1809, escribió a Manuela sobre las vicisitudes de esos días. " Voy a contarte muy de prisa las aventuras que he corrido, pues por extenso sería de nunca acabar. A últimos de Noviembre de 1808, supimos que los franceses habían derrotado las tropas que teníamos en Somosierra y se habían apoderado de aquel paso preciso para Madrid. Esta villa conoció al instante que no tardaría en dejarse ver el enemigo, y en efecto, el 1.º de Diciembre ya estaban sobre ella cincuenta mil hombres de tropa escogida, mandados por el mismo Emperador en persona. Sin embargo, el pueblo quiso resistir; y con mucho valor y patriotismo, aunque con poco orden y sin preparativos, se puso todo el mundo sobre las armas para defender las puertas y

tapias, que llaman murallas, malísimamente fortificadas. Entonces tomé mi fusil y fui a ocupar mi puesto en una puerta, el cual no desamparé ni de día ni de noche, hasta que se rindió la villa por capitulación, que fue el 4 de Diciembre. Quiso la casualidad que en aquella puerta no fuesen tan vivos los ataques, como en otras, y así no recibí daño, sino una contusión en el pie, en ocasión que el Comandante me había mandado ir a saber lo que pasaba en la puerta de los Pozos, donde parecía reproducirse el infierno. Pero, de resultas del frío, vigilia y falta de sustento, pues no estábamos para comer, enfermé algunos días... Viendo yo que cada día se agravaban mis cadenas, y que quizá llegaría a faltarme el valor, y vencido del hambre me rendiría a las ofertas de los franceses, atropellé por todo, abandoné un empleo regular que el Gobierno español acababa de darme en el Hospital general de Madrid, y fugueme de esta corte el día 14 de Marzo. ¿Cómo te pintaré mis necesidades, fatigas, aventuras peligrosas en aquel viaje? A más de las penalidades y riesgos que yo había previsto, cuando tomé el disfraz de carbonero, para salir de Madrid y pasar por Toledo y otras poblaciones ocupadas por los franceses, me sobrevinieron males impensados e insoportables; porque apenas llegué a la Mancha, se trabaron allí escaramuzas entre el ejército francés y el español, que, por nuestra parte, pararon en la más vergonzosa dispersión y en no cesar de huir hasta Sierra Morena. Yo, infeliz, me hallaba despeado y a pie, tan presto atropellado de los españoles, tan presto envuelto por los franceses, cuyos sables no dejaban de repartir buenos tajos. En fin, tantos peligros, y el verme en cada pueblo de los nuestros mirado como sospechoso y casi asesinado como espía francés, cuando el detestar tan infame canalla me traía de aquella manera, te aseguro, esposa mía, que no son cosas para contarlas y que quisiera borrarlas de mi memoria. Estas aventuras me obligaron a detenciones y extra-víos continuos; de suerte que tardé 25 días en llegar a Sevilla... Por lo demás, si llega a verificarse de esta hecha mi restitución a la Patria, entraré en ella sin ningún empleo ni condecoración; pero sí con el honor de haber dado indudables pruebas de hombre de bien y buen amigo. Entonces me verás volver pobre, viejo y calvo; pero cargado de experiencia, rico de desengaños y armado para todo evento de una sana e imperturbable filosofía, precioso fruto de mis viajes, lecturas y meditaciones!... Pero baste hablar de mí, que no es conversación que me agrada, y solo por complacerte me he detenido en ciertas particularidades. En grandes riesgos hemos estado todos los habitantes de

Madrid, y yo mismo corrí mucho peligro el día 2 de Mayo próximo pasado, día tristemente memorable por el valor y lealtad de los españoles y por la sangrienta barbaridad de los franceses, nuestros tiranos. Parece que el Cielo quiere libertarnos de sus cadenas; a lo menos, habiendo salido ellos de aquí ahora 18 días, ya respiramos un poco y tenemos proporción y tiempo de armarlos. Yo estoy alistado voluntariamente, como también el Conde de Puñonrostro. Si perecemos en algún combate, tendrás tú el envidiable honor de que a tu esposo haya cabido una muerte gloriosa; y si salgo con vida y honra, como lo espero de Dios, tendrás en tu compañía un hombre que habrá demostrado no estar por demás en el mundo...¹⁴⁴

En 1810 Mejía entró en las Cortes, entre los Diputados de la Nueva Granada y Panamá, junto a Juan Matheu, Domingo Caicedo, José Joaquín Ortiz, Juan José Cabareas, y José Joaquín Olmedo, quien se integró posteriormente.

Las Cortes nacieron para estructurar un gobierno que representara a la nación y organizara la resistencia que a partir del 2 de Mayo de 1810, gracias al ejemplo del alzamiento de Madrid, paulatinamente, levantó a toda España. En Sevilla se reunieron Las Cortes, en Junio de 1810, y cuando la ciudad no se vio segura ante el ataque del invasor, Las Cortes se trasladaron a la isla de León, en Sept. de 1810.¹⁴⁵ Posteriormente, en Feb. de 1811, Las Cortes se trasladaron a Cádiz.

En Cádiz, en octubre o noviembre de 1809, Mejía recibió noticias sobre los acontecimientos de Quito, sobre el Primer grito de Independencia de las Colonias, sobre sus actores principales, sueños y realizaciones; y aunque los efectos de esa explosión fueron pronto reprimidos, sintió que se rasgó el velo y se sentaron los fundamentos de libertad de que gozan ahora todas las hasta entonces esclavizadas naciones del Nuevo Mundo.¹⁴⁶

En octubre o noviembre de 1810 llegaron noticias sobre la persecución y muerte que se extendía sobre los dirigentes y amigos. Nubarrones oscuros cubrieron su ánimo. En largas sesiones, que se declararon secretas, los defendió y no contento con ello trató de regresar, lastimosamente los obstáculos fueron mayúsculos. El coraje, el despecho, la impotencia se impusieron y calaron hasta los pliegues más profundos del alma. Ante tan dramática situación le escribió a Manuela en estos términos: "Mi muy amada esposa: en el correo anterior llegó al último punto mi melancolía, y despecho al considerarte de-

samparada, y verme sin arbitrios para socorrerte, ni modo de restituirme a una Patria tan ingrata. Hoy crece la dificultad de esto último, pues se nos ha escrito que han prolongado al Sr. Barón la Presidencia hasta la paz; y las gestiones de este caballero, aún en estas distancias acreditan que cada día se inflama más y más “.¹⁴⁷

A pesar de que había obscurecido en la mitad del día, sus batallas no cesaron. En las Cortes defendió el principio de “representatividad”, especialmente la representación paritaria de las provincias de ultramar ante las Cortes; la abolición de la Inquisición; la soberanía popular, la libertad de prensa; la tolerancia religiosa, la libertad de comercio y más banderas necesarias para el desarrollo de las Colonias.¹⁴⁸

A mediados de 1813, las Cortes, ante el apareamiento de la fiebre amarilla en Cádiz, resolvieron trasladarse a otro lugar para continuar sus actividades. En Septiembre de 1813 se cerraron las Cortes Generales y posteriormente las Extraordinarias y pasaron a la Isla de León, siempre huyendo de los males de la peste. Mejía se negó a partir, porque estimaba que las Cortes no debían abandonar ciudad tan importante como Cádiz y porque creía que la alarma era exagerada.

Mejía falleció a las ocho de la noche del 27 de octubre de 1813, contaminado de fiebre amarilla. Entre las disposiciones últimas de su testamento, la 6ta, consta su voluntad expresa de hacer “legado del tercio y remanente del quinto de los bienes, derechos y acciones que por cualquier legítimo título pertenezcan y puedan pertenecer, así en esta península como en Quito y su provincia al nominado Don José Mexia y Lequerica a favor de la enunciada consorte Doña Manuela Santa Cruz y Espejo para que todo lo que así fuere y se liquidare por testamentaria, lo haya, lleve y herede en propiedad y usufructo.”¹⁴⁹ Manuela quedó viuda a la edad de 56 años.

La otra heredera fue Gertrudis Salanova, su compañera en España, a quien dejó su biblioteca, con muchos libros, algunos incluidos en el Índice. En la cláusula 8va. del testamento fue nombrada como heredera única universal de todos los bienes que tenía en España. “8a. Y en fuerza de lo que dispuso el textador por la cláusula sexta del preinserto poder para textar, en el remanente que después de cumplido y pagado lo que en el dejó ordenado y comprende este textamento, instituyo y nombro en su representación por heredera única universal del referido Don José Mexia y Lequerica, a Doña Gertrudiz

Salanova y Benito, de estado soltera, y residente en esta Ciudad de Cádiz, para que todo lo que así fuese e importase, lo haya llevado y herede la referida, en propiedad y usufructo con la bendición de Dios nuestro señor".¹⁵⁰

Su compañera y heredera, la bella gaditana, Gertrudis Salanova y Benito, años antes, al igual que Mejía, también había sido procesada, en Madrid, por la Inquisición.¹⁵¹ Sobre Gertrudis se cierne un manto de desconocimiento y complicaciones, a partir de la cláusula quinta del testamento. "5.a Igualmente declaro que aunque el nominado Don José Mexia y Lequerica manifestó en dicho poder para textar, ser de estado soltero; esto fue por ciertos motivos reservados que para ello le asistieron, y que no quiso declarar por si no se verificaba su fallecimiento; pero expresa y determinadamente me comunicó y me consta por carta de correspondencia que he visto, y reconocido era de estado casado con Doña Manuela Santa Cruz y Espejo, natural de la ciudad de Quito, en la que había celebrado su matrimonio legítimo, según orden de Nuestra Santa Madre Iglesia y disposición del Santo Concilio de Trento, por el pasado año de mil setecientos noventa y seis, siendo padrinos Don Juan de Dios Morales y Doña Josefina Tinajero, lo que así manifiesto para que quede desecha aquella equivocación o reserva y que la citada esposa quede viuda del mismo con el honor y decoro que corresponde a su clase, y con la acción competente para requerir de su testamentaría los intereses, derechos y acciones que deba haber como su legítima consorte".¹⁵²

José Joaquín de Olmedo, compatriota y colega en las Cortes de Cádiz, hizo escribir en su tumba este epitafio "A Dios glorificador, Aquí espera la resurrección de la carne el polvo de D. José Mejía, Diputado a Cortes por Santa Fe de Bogotá. Poseyó todos los talentos, amó y cultivó todas las ciencias; pero, sobre todo, amó a su patria y defendió los derechos del pueblo español, con la firmeza de la virtud, con las armas del ingenio y de la elocuencia, y con la libertad de un Representante del Pueblo. Nació en Quito: murió en Cádiz en Octubre de 1813, a los 36 años de edad. Sus paisanos y amigos escriben llorando estas letras a la posteridad"¹⁵³

Sin lugar a dudas la vida afectiva de Manuela quedó marcada por el encuentro fulgurante con José Mejía; marcada en un antes y en un después de él, con perfiles definidos. Ella sabía muy bien que su esposo y ella eran especiales, a momentos sin espacio y aire para vivir en la Audiencia. Ella supo ex-

poner, incluso en público, sus criterios sobre el matrimonio, que tampoco eran los comunes en ese entonces.

En célebre carta publicada en *Primicias de la Cultura de Quito*, el segundo día de febrero de 1792, seis años antes de su matrimonio, ella visualizó muy bien las dificultades. “Ay de mí!, decía, (...) Yo no me puede casar!pero hay! Y en el despecho a que me arrastra este conocimiento. Si la religión, si Dios, si su gracia, me faltan y me dejan a mi misma, yo perezco, yo me entrego ya, no al suave ardor de mi pasión favorita, sino al fuego devorador de mi cruel pasión!... No, no, yo no estoy en este caso por las misericordias del Todopoderoso que me protege; pero he menester moderar ya aún las ligeras reliquias del pequeño amor que yo alimento; debo ya extinguir aún las virtuosas semillas de mi reproducción en mis hijos. Sí, porque además de que no tengo a quien amar, lloro la desgracia de no tener quien me ame. ¿Me dice Ud. que sueño? No, señor mío, hablo despierta, y en el punto en que estoy más asistida de la perspicacia de mis sentidos, y más alumbrada de las luces de mi razón”.¹⁵⁴

Mejía tampoco escondió ni sus gustos ni sus criterios. En Febrero de 1806, en carta dirigida desde Guayaquil a su amigo Agustín Bustamante, contrastaba, el humor tétrico de Quito, que produce tedio y tristeza, con el cálido ambiente de Guayaquil, en donde primaba la risa, el gusto, la zumba, las tertulias con el bello sexo, las mujeres bellas, amables e ingeniosas y el gancho diabólico y solapado.¹⁵⁵

Pero antes de su encuentro con Mejía, Manuela desarrolló una serie de reparos sobre las concepciones tradicionales acerca del matrimonio, el papel de la mujer, el placer y más realidades cercanas al mundo femenino. De especial relevancia fue su concepción sobre la sensibilidad humana, base del conocimiento y del desarrollo de las personas.

Manuela tenía clara una teoría peculiar de la vida humana; ella fue consciente de cuáles eran sus propias premisas, los presupuestos de sus acciones y criterios. Pocas personas han logrado determinar con tanto detalle y fundamentación el exacto concepto que se habían formado de sí mismas y de la vida humana.

En su Manifiesto, en *Primicias*, por ejemplo, desde el primer párrafo Manuela protestó por la práctica de postergación de la mujer en que el periódico había incurrido. Estaba de por medio toda esa historia de dominación pa-

triarcal, de privilegio inmemorial de lo masculino, de apropiación de la mujer cual propiedad privada, de desigualdad de los sexos, de sobrevaloración del hombre, de postergación de la mujer, de insolente machismo. Por eso, de modo enfático no calló ante las limitaciones y errores en que había incurrido el periódico, a pesar de que el director de *Primicias* era su hermano.

Pero si la mujer era pospuesta y era una especie de objeto, si un “cúmulo vergonzoso de errores y desaciertos” era su herencia, en parte se debía a la debilidad de su protesta, a su falta de reclamo. Con firmeza manifestó que no eran los hombres los únicos que podían penetrar y manejar el mundo de las ciencias. “Soy mujer, dijo, y no puedo defenderme de declarárselas, ni por el encogimiento propio de nuestro sexo, ni por la servil timidez de una quiteña. Todo me hace atropellar mi sensibilidad. Dirán los hombres que en nuestra tierra no hay una Zilia que escriba a Aza las aventuras de su vida y los fueros del fiero conquistador: yo les respondo con Fedro, que tiene sus riesgos la credulidad; pero que quizá nos expone a peligros sin recurso el capricho de no creer. Dirán mis amigas y paisanas, que una mujer en Quito no alcanza a descubrir la sublimidad de las ciencias y que todos sus misterios son los hombres solos los que los penetran y manejan; yo las compadezco y digo que su error es excusable; pues, que los mismos hombres le incurren frecuentemente. A estos señores, y a mis amigas, quiero dar un desengaño que no tiene réplica”.¹⁵⁶

El encuentro con Jeremías Bentham

Pero, ¿cuál era esa teoría de la vida?, ¿cuál era el eje que organizaba sus acciones? ¿Qué vida deseaba llevar y qué deseaba ser? ¿Pretendía seguir algún modelo? ¿Cómo vivir del mejor modo posible? La valoración de la vida, de la libertad y de la felicidad, fue para Manuela el criterio básico para la evaluación de los actos humanos y el fundamento de su comportamiento, ya que todos los valores morales y especialmente los éticos, provenían, según ella, de esa ansia de autoafirmación de la vida, de la libertad y la búsqueda de la felicidad que impele a obrar al ser humano.¹⁵⁷ Decía, al igual que Bentham, que la persona humana la concebía como un ser susceptible de placeres y dolores, y gobernado en todas sus acciones y conducta, en parte por las diferen-

tes modalidades del propio interés; en parte por las pasiones que por lo común en los medios quiteños calificaban de egoístas y eran temidas, y en parte por las simpatías y antipatías hacia otros seres. Y esta, al parecer sencilla forma de concebir al ser humano, era su secreto y su fuerte.¹⁵⁸

Mas esta orientación hacia la vida, hacia la alegría, hacia los bienes que proporcionan la felicidad, a sentirse bien, al disfrute, a maximizar el placer y a disminuir el dolor, a conservar y proteger la existencia, la cueva de cada uno, a buscar la felicidad y el bienestar personal nunca separó ella de la felicidad, la alegría y el bienestar de los demás. Ambas dimensiones de la felicidad, la individual y la social, para ella eran imposibles de separar. Por eso es que nunca se creyó exenta de preocupaciones éticas. En ella, la batalla por su felicidad personal estaba emparejada a la búsqueda de fines o virtudes como la excelencia, el autorespeto, la valentía, el hablar directo y sin hipocresía y, a su vez, la solidaridad, mediante la empatía que nos mueve a participar en la búsqueda de la felicidad ajena.

En esto compartía similar criterio al de su hermano Eugenio, para quien también la felicidad y el bienestar de la mayoría debían ser la primera preocupación de las autoridades. En *Primicias* él escribió: “Vamos en derechura a nuestro objeto, que es insinuar que no puede llamarse adulta en la literatura, ni menos sabia una Nación, mientras generalmente no esté desposeída de preocupaciones, de errores, de caprichos; mientras no conozca y admita los medios de encontrar la verdad; no examine y adapte los caminos que llegar a su grandeza; no mire en fin, con celo, y se entregue apasionadamente al incremento y felicidad de sí misma, esto es del Estado y de la sociedad”.¹⁵⁹

Se podría decir que ella, en su vida diaria, en sus luchas cotidianas, había logrado hacer suya, encarnar y vivir, hasta en los momentos más anodinos o difíciles, la divisa de su hermano: “Mirar con celo y entregarse apasionadamente a la felicidad de sí misma”. Para ella también había que aferrarse a la felicidad intensamente; más aún, cuando no se sabe lo que sucederá mañana. “Nuestra naturaleza, decía Eugenio, ama lo delectable y huye de las adversidades y de los tormentos. El dolor es un mal, que no puede producir decisivamente un bien”.¹⁶⁰

Parecida era la propuesta de Bentham: “Crea toda la felicidad de que seas capaz; suprime todas las desgracias que puedas”. “Cada día te permitirá

-te invitará- a añadir algo a los placeres de los demás, a aminorar parte de sus dolores. Y por cada grano de gozo que siembres en el corazón de los demás encontrarás toda una cosecha en tu propio corazón, al tiempo que cada tristeza que arranques de los pensamientos y sentimientos de tus prójimos será reemplazada por hermosas flores de paz y gozo en el santuario de tu alma"¹⁶¹

Esta especie de "ética de la alegría y de la felicidad", aparecía estrechamente ligada a una curiosa "moral utilitaria" y hasta se confundía con ella. Parecía como si el hombre debiese hacer todo llevado por el instinto de conservación o, más exactamente, por la intención y la fuerza de procurarse el placer y evitar el dolor. Todo debía estar en función de la felicidad, del sentirse bien, del labrarse una vida mejor; todo debía servir de sostén y promoción de la vida.¹⁶² A sus amigas les repetía constantemente: "La persona pasa a una mayor perfección gracias a la alegría y a través de la tristeza a una menor perfección". "Nada, ciertamente, sino una sombría y triste superstición, prohíbe deleitarse. Pues, ¿por qué ha de ser más decoroso saciar el hambre y la sed, que desechar la melancolía? Tal es mi norma y tal es mi convicción. Ninguna divinidad, ni nadie sino un envidioso, puede deleitarse con mi impotencia y mi desgracia, ni computaremos como virtud las lágrimas, los sollozos, el miedo y otras cosas semejantes que son signo de un ánimo impotente; si no que al contrario, cuanto mayor es la alegría por la que somos afectados, tanto mayor es la perfección a la que pasamos. (°) Usar, pues, de las cosas y deleitarse cuanto es posible con ellas es propio del varón sabio"¹⁶³

Tardé mucho en descubrir que esta orientación hacia la felicidad y la euforia tan propia de la vida era en Manuela lo que hilvanaba esa serie de episodios que caracterizaba a su existencia; tardé tiempo en mirar por encima de los detalles, para darme cuenta sobre lo que daba sentido a su existencia y totalidad unitaria a su conducta. Lo decisivo no fueron esos encuentros o acciones aisladas sino el sentido y la fuerza de su proyecto existencial que alimentaba a cada uno de dichos elementos.

Este descubrimiento fue insólito, sorprendente. Partió de la constatación de su dedicación a la lectura, pasión a la cual dedicó mucho tiempo, como ya se ha señalado. Además, Manuela heredó la Biblioteca de su hermano Eugenio, una de las bibliotecas privadas mejor surtidas de Quito y la de su es-

poso, que también era significativa. En todo caso, fue en la Biblioteca Pública, de la guía de su primer director, quien creyera, que encontré la explicación largamente perseguida. Le había preguntado a Eugenio Espejo sobre el rumor que corría acerca de ese conflictivo matrimonio de su hermana, que se prestó a tantos comentarios y rumores. No hubo una respuesta directa a favor o en contra. Su recomendación fue de que consultara algunas de las obras de los utilitaristas ingleses. Sugerirme leer ética utilitarista, me pareció una especie de acertijo o rompe cabezas y hasta llegué a creer que se había salido por la tangente.

Al regreso a mi trabajo, cavilando sobre la sugerencia que Espejo me formulara, tampoco se hizo luz alguna por un buen tiempo. Su sabia respuesta comenzó a ser comprendida, meses después, cuando él me reveló una serie de secretos descubiertos en su diario trabajo de bibliotecario. Espejo disponía de fascinantes datos. Como bibliotecario él conocía lo que se leía en Quito, ya que dirigía el más importante centro de información de aquel entonces. Más aún, él se había tomado la molestia de llevar un registro completo de los clientes permanentes y nuevos y de anotar las obras escogidas por cada uno de los principales lectores de la Audiencia. Pude apreciar, con nombre y apellido, quienes llevaban a su casa, especialmente, obras de política e historia, que en esos días era tensa y explosiva, como fue el caso de Morales, Quiroga, Ante, Ascázubi y el mismo obispo Calama; quienes se movían predominantemente en el campo literario, como el caso de Rodríguez, Caycedo, Bustamante, y quienes habían concentrado su interés en las obras de carácter científico, especialmente en la física, piedra de escándalo, en las clases de ciencias de aquel entonces: Ramón Yépez, Juan José Boniche y el mismo Mejía.

La biblioteca era una de los lugares más bellos y lujosos de la ciudad. Era un tipo de institución totalmente nueva para la época y años más tarde se denominó "biblioteca pública". El traspaso no fue fácil. Según González Suárez, la biblioteca que fue de la Universidad jesuítica de San Gregorio, pasó a ser propiedad de la Real Universidad de Santo Tomás; mientras que la biblioteca que había pertenecido al Colegio "Máximo de los mismos jesuitas, fue erigida en "pública". Al dejar de ser un bien conventual y al convertirse en un bien público, se abrieron sus puertas y se dio acceso a nuevas manos y a ojos diferentes.¹⁶⁴

Manuel José Caicedo, amigo de Manuela, la describió en estos términos: “La pieza donde se hallan colocados los libros, que componen más de diez mil volúmenes (algunos han calculado en 40.000), es la más magnífica que hay en toda la América. Estanterías de buena madera pintadas a chinesca con perfiles de oro, estatuas colocadas sobre el famoso barandillaje dorado que circunda esta hermosa sala, las cuales denotan las facultades a que corresponden los libros de aquellos cánones, un pavimento de madera sólida y sobre todo una biblioteca digna de una ciudad ilustrada”.¹⁶⁵

Me llamó la atención que Erophilia, en diversas ocasiones había reservado obras referentes al utilitarismo inglés y que había leído no solo a los principales autores de esa escuela sino también a sus principales comentaristas y detractores. Por otra parte, Manuela era una profunda conocedora de las tesis sobre el desarrollo del conocimiento humano que plantearon los empiristas y defendió la concepción del conocimiento, a partir del aporte de la sensibilidad y la observación, ideas revolucionarias para el medio escolástico de Quito y expuestas en el Primer número de *Primicias*, que ella comentó en extenso en el número tres.

En el Nro. 1, se decía, por ejemplo, que “De un momento a otro puede el hombre dejar el estado de la infancia y dar los primeros pasos en la región vastísima de los conocimientos. (...) cuando a las impresiones que recibe por los sentidos les desenvuelve, las califica, las designa por lo que valen, en una palabra, las discierne y clasifica en un orden y grado que hagan constar, que él les dio acogida señalada en su espíritu, y lugar preeminente en su observación. Así es que de la serie y sucesión metódica de las observaciones, dimana una colección, diremos así, orgánica de conocimientos y de ellos el sistema magnífico y brillante de ciencias y artes”.¹⁶⁶

A nivel individual, los efectos de la observación y la entrega al conocimiento sensible, también eran vistos muy positivamente. En *Primicias* se decía: “Si el hombre fortifica con rapidez sus órganos; si hace uso de sus facultades; si a la consistencia, solidez y vigor de sus sentidos, de sus ideas, de sus comparaciones, da aquel tono y elasticidad que debe comunicarlas un espíritu de temple enérgico; ver allí, que puede el hombre llegar a la pubertad, y también a la madurez de su ilustración en breve tiempo, y quizá en aquel en que menos se esperaba”.¹⁶⁷

Entonces recordé el enorme peso que tuvo a finales de la Colonia e inicios de la Independencia, especialmente en Bogotá y Quito, la presencia de los discípulos de Bentham, el benthamismo y el antibenthamismo que se despertó en estas tierras, las visitas que realizaron y la correspondencia que sostuvieron con el maestro, en su residencia de Londres, personalidades latinoamericanas como Bernardino Rivadavía, presidente de Argentina (1826-27), generales como Bolívar y Santander o la proficua lectura del utilitarismo que realizaron intelectuales como Camilo Torres y Antonio Nariño en Bogotá y Eugenio Espejo y su cuñado José Mejía, en Quito. “Ningún pensador europeo como el filósofo y moralista inglés cultivó en su época tantas relaciones, directa o indirectamente, con los prohombres de estas tierras”.¹⁶⁸

En el nivel de difusión de las obras de Bentham, el impacto en ese entonces también fue enorme. “Hacia 1830 se habían vendido en París, para el mercado sudamericano, cuarenta mil ejemplares” de los Tratados de legislación civil y penal”.¹⁶⁹

La vigencia de Bentham, en la Audiencia de Quito, alcanzó su clímax en el grupo de “El Quiteño Libre”, a inicios de la vida republicana. Entre sus principales integrantes valga recordar al Crnl. Francis Hall, “quien vino a América portando una recomendación para Simón Bolívar de parte de su maestro: el filósofo utilitarista inglés Jeremías Bentham, de quien cabe recordar que Nariño publicó por 1811 un extracto de sus doctrinas, que Bolívar ordenó traducir y editar bajo el nombre de “Catecismo de Economía”, que Sucre, en Bolivia, decretó de enseñanza obligatoria en los colegios de ciencias y artes “las doctrinas formuladas por Bentham”, que en el gobierno de Rocafuerte, los profesores de la universidad podían recomendar a sus alumnos los textos de Bentham sobre legislación”.¹⁷⁰

El grupo de El Quiteño Libre fue una amalgama de antigua y nueva sangre; era la tercera generación ilustrada, también decapitada. Se confundían en sus reuniones viejos luchadores que habían participado en el proceso pre independentista, con jóvenes que no habían más que escuchado, siendo niños, sobre esos egregios acontecimientos y que con ojos desmesurados comenzaban a vivir los ajetreos que implicaba conformar la nueva república. Un buen número de ellos, desgraciadamente, fueron víctimas de la persecución y el asesinato, en forma parecida a la suerte que sufrieron sus padres y abuelos.

La tragedia sufrida por esta tercera generación ilustrada, cuando Manuela estaba próxima a cumplir los 80 años, ha sido narrada en estos escuetos términos: “En la sesión secreta del 16 de septiembre de 1833 se declaró la destitución de Vicente Rocafuerte de la Representación que le había confiado el Pueblo, se le puso a disposición de un Tribunal “competente” y luego se procedió a su arresto y expulsión del país. Junto a él salieron presos hacia Guayaquil Pedro Moncayo, Roberto Ascázubi, el Cmdte. Muñoz, el Crnel, Machuca, el Dr. Landa, ° Tres días después, el 12 de octubre, estalló la revolución de los Chicahuas, en Guayaquil; en Quito, el 19 de octubre, una vez que Juan José Flores, el Presidente, como de costumbre, abandonó el escenario, pero habiendo dejado todo preparado para el acto que debía cumplirse esa noche: la masacre de Francisco Hall, Pacífico Chiriboga, Nicolás Albán, José Conde, Camilo Echanique, Manuel Matheu, José María Sáenz, José Miguel Murgueytio”.¹⁷¹

Frente a ellos se ubicó también un grupo compacto, que se aglutinó alrededor de la figura de Juan José Flores y contó entre sus lugartenientes a ministros de Estado como García del Río, conocido en América por su posición absolutista y José Félix Valdivieso, Ministro de lo Interior y de Hacienda respectivamente, quienes dispusieron de sus propios órganos de expresión a través de los periódicos: “El amigo del orden”, “Las armas de la razón” y la “Gaceta del Ecuador”.¹⁷²

Estos y otros acontecimientos investigados hacía mucho tiempo y al final de la lectura de algunas obras del utilitarismo inglés, especialmente de los trabajos de Jeremías Bentham, me permitieron desatar el nudo gordiano.

Según esta escuela - uno de los sistemas éticos que mayor impacto ha causado históricamente, no solo en Inglaterra sino incluso en América Latina, especialmente en tiempos de la Independencia - para el hombre la felicidad, en el ámbito personal y social, es el valor más importante, y en consecuencia, el principio que formulara Bentham sobre “la mayor felicidad para el mayor número” debía ser la guía de la vida pública como de la privada. En otras palabras, la razón por la que uno debe o no debe hacer ciertas cosas es siempre, en última instancia, una cuestión ligada con la promoción, mayor o menor, de la felicidad.¹⁷³ “El hombre hace todo lo que hace llevado “por el instinto de conservación o, más exactamente, por la intención de procurarse el

placer y de evitar el dolor".¹⁷⁴ "Es la vida lo que vale... incluso para quien llega a la conclusión de que no vale la pena vivir".¹⁷⁵

Detrás de esta tesis estaría el convencimiento de que el hombre es constitutivamente un ser que tiende a la felicidad, que proyecta necesaria, aunque problemáticamente, su propia felicidad y la realización de sus intereses. "El hombre, cualquiera que sea el idioma que hable, el clima que habite, o la religión que profese, halla en el fondo de su corazón un impulso irresistible hacia su felicidad"¹⁷⁶ En otros términos, la felicidad, aquel concepto venerable ya desde Aristóteles e incluso el placer en sentido amplio de bienestar o felicidad, constituiría el fin último de la vida humana y hasta el principio básico de la actividad ética, moral y hasta de la legislación. ¡Cómo iba a comparar estos criterios una ciudad franciscana!

Erophilia, más que adherir a estos principios básicos del utilitarismo, supo vivirlos incluso antes de leerlos o estudiarlos. La teoría, en el caso de ella, no hizo más que avalar y consolidar su práctica. Desde muy joven decía que "la felicidad" es la clave de bóveda de su edificio y de sus diarios afanes; la guía de su comportamiento y de su vida pública y privada. Todos los humanos, decía ella, persiguen siempre, inexorablemente, su propio bien, sus especiales intereses y tienden, por instinto primario, a proteger y conservar su existencia. El fin de la vida es la felicidad o como decía Bentham: "la mayor felicidad para el mayor número". Todo cuanto hacemos, lo hacemos con vistas a algún bien. Lo hacemos porque, dentro de la concreta situación en que nos encontramos, nos parece "lo mejor". Quizá no lo mejor en absoluto, pero sí lo mejor aquí y ahora, "para mí".¹⁷⁷ "La naturaleza humana ha puesto al hombre bajo el imperio del "placer" y del "dolor": a esto debemos todas nuestras ideas: de ellos nos vienen todos nuestros juicios y todas las determinaciones de nuestra vida. Hasta en el que pretende substraerse de esta sujeción no sabe lo que dice, y en el momento mismo en que se priva del mayor deleite y abraza las penas más vivas, su objeto último es buscar el "placer" y evitar el "dolor". Estos sentimientos eternos e irresistibles, deben ser el grande estudio del moralista y del legislador. El principio de la utilidad lo subordina todo a estos dos móviles".¹⁷⁸

Ahora bien, la centenaria fórmula, que consta ya al principio de la *Ética* a Nicómaco de Aristóteles, y que enuncia como fundamento último del

obrar humano: la felicidad y el bienestar encontró en aquellos tiempos terrible oposición, sea entre abogados o juristas como entre religiosos y devotos. No faltaron las disputas y agrias discusiones dadas las acepciones y malos entendidos a que se prestaban términos claves del utilitarismo como observación, sensibilidad, placer, instinto, felicidad, bienestar, utilidad, intereses, señalados como principios peligrosos del obrar humano. Para unos era intolerable que lo “útil” o el “placer”, términos que hacían, según ellos, mención a lo material y a lo groseramente sensible e instintivo, determinen el obrar humano, mientras que lo referente a los bienes más nobles y preciosos: la virtud, el altruismo, los principios, los ideales,... sean pospuestos.

En las clases de moral y ética de la universidad de San Gregorio, en los cursos que dieron Marco de la Vega, 1745 – 1748; Joaquín Alvarez, 1747 – 1750; Pedro Garrido, 1750 – 1753, más bien se enseñaba el enorme peso que tenían o debían tener para normar la conducta humana, los “ideales” y los “principios”, especialmente los de carácter religioso. Según ellos: “¿Quién podía menospreciar o considerar el enorme peso que tiene la persecución de cualquier ideal, por el ideal mismo”. “El sentido, decían, del honor y de la dignidad personal, ese sentimiento de exaltación y de degradación personal que actúa con independencia de la opinión que tengan los demás, o incluso en contra de ella; el amor a la belleza, la pasión del artista, el amor a los “principios” e “ideales”, al orden, a la congruencia, a la armonía en todas las cosas y a la conformidad con sus fines; el amor al poder, no en la limitada forma de un poder sobre otros seres humanos, sino al poder abstracto, al poder de hacer que se efectúen nuestras voliciones; el amor a la acción, la sed por el movimiento y la actividad; el altruismo, concluían enfatizando que estos eran los poderosos elementos, resortes o fuerzas constitutivas de la naturaleza humana”.¹⁷⁹

Por otra parte, los textos de ética simplificaban la posición utilitarista a una búsqueda hedonista e individualista de los placeres sensibles e incluso de aquellos, a criterios de ellos, más toscos, rudimentarios o grotescos. Algunos opositores se mostraron escandalizados porque, según ellos, se reducía la felicidad al placer y este a su vez, se rebajaba al nivel de disfrute similar al de los animales más simples. Como si el disfrute de lo sensible fuese digno de reparo por sí mismo; como si la felicidad pudiese llevar a actos perniciosos, y el placer no pudiese conducirnos al equilibrio.

Pero la oposición más recalcitrante provino de las filas clericales, ya que el utilitarismo atacaba directamente a la cosmovisión religiosa, que no solo era ascética, exaltaba el dolor, el sacrificio y la abstinencia sino que llegaba hasta a despreciar al cuerpo y a la vida humana, ya que la felicidad no debía tener asiento en la tierra sino en el cielo. Por el contrario, para Erophilia, el hombre no estaba condenado de por sí al dolor, para después obtener la felicidad, sino que estaba llamado a la felicidad ya desde aquí y ahora. Además, “el atender a una inclinación natural hacia la felicidad no tenía porque ser un crimen a los ojos de la divinidad; ni el ceder a su impulso una muestra de debilidad”.¹⁸⁰

En cierta ocasión, sacó de casillas, incluso a José Riofrío, presbítero progresista, al darle a entender que su recurso a los principios y valores, su esfuerzo por someter la vida a valores trascendentes, hundía sus raíces en la vida misma. Lo que designamos como valores trascendentes, no es más que el producto, por sublimación, de lo humano; no es más que un mecanismo que utilizamos para sostener, proteger y promover la vida misma. La moral ha inventado y propuesto valores para la utilidad de la vida misma; ha pretendido imponer valores fundados en la verdad, ocultando su fuente última, que no es más ni menos que la vida misma.¹⁸¹ Hasta la maldad no representaba más que un mecanismo, una creencia para proteger la vida. Con palabras de Eugenio le dijo: “Es verdad innegable que interesa a todas las naciones estos conocimientos; porque desde luego, la civilización, la policía, los progresos del entendimiento humano, el soberano influjo de la filosofía, puede crear la sensibilidad moral, domando o destruyendo, hasta ciertos términos, la indolencia física de los hombres”¹⁸²

En una sociedad organizada bajo el principio del ascetismo como era la colonial, en que se aplaudía el ayuno y la abstinencia, el sufrimiento y el dolor, la penitencia y el flagelamiento, el pesimismo y la queja permanente, la propuesta de reorganizar el comportamiento individual y el social bajo el principio de la felicidad y el bienestar general resultaba irritante. No había oídos para la sugerencia de aferrarse a la felicidad intensamente; más aún, si no sabemos lo que sucederá mañana.

El contraste entre una y otra perspectiva era mayor en tiempos de la Semana Santa, especialmente en las procesiones del Viernes Santo en que se hacía derroche de humildad, remordimiento, flagelamiento, miedo, sumisión y

arrepentimiento. En medio de silicios, clavos, cruces y sangre, desde San Francisco, avanzando por la calle de S. Buenaventura, la procesión atravesaba la calle de las 7 Cruces (García Moreno), para continuar por la calle de Los Agachados (Bolívar), pasar las calles de Solanda (Venezuela) y del Comercio Bajo (Guayaquil), hasta llegar a la Plaza de Santo Domingo, donde se descansaba unos minutos. Luego se tomaba la calle de las Herrerías (Flores) y se atravesaba las calles de San Marcos (Junín), la calle de Santa Catalina (Espejo) y San Agustín (Chile), que hacían honor a los conventos de esa zona. Finalmente, se subía por la calle de La Merced hasta dar con la calle Angosta (Benalcazar) y desembocar nuevamente en la Plaza de San Francisco. En total eran entre doce y trece cuadras, unas más largas que otras, que en medio de cantos, rezos, lamentos y exclamaciones exigían como tres horas de procesión. Era un alarde de disciplina y hasta de castigo al cuerpo, como forma de reafirmar el repudio y el “horror a los placeres y todo lo que podía adular a los sentidos”.

Los clérigos y sus cofradías, especialmente las de San Francisco, habían fundado la moral sobre las privaciones y la virtud sobre el renunciamiento a sí mismo. En una palabra, al revés de los partidarios de la felicidad y la utilidad, aprobaban todo lo que disminuye los goces, y reprobaban todo lo que los aumenta” (°) El hombre era a su vista un ente degenerado que debe castigarse sin cesar a sí mismo por el delito de haber nacido, y no apartar jamás su pensamiento de la sima eterna de miserias que está abierta bajo sus pies. (°) Las sectas religiosas han impuesto al hombre la obligación de sufrir el dolor y mortificarse”.¹⁸³

La crítica al ascetismo, a su columna vertebral, se dio al profundizar y develar el mecanismo usado por los enemigos del placer, para reprobalo radicalmente. Según los benthamistas, el temor a los abusos los había conducido prácticamente a cerrar las puertas a todo tipo de alegría y por el temor a los excesos habían terminado de enemigos hasta de los más mínimos placeres de este mundo. Erophilia no negó que el atractivo de los placeres sensibles podía ser seductor en ciertas circunstancias y hasta conducir a excesos y actos perniciosos, incluso para la salud, como puede ser el caso de quien abuse de la comida o el deporte. Pero ante los abusos lo sensato no era prohibir su disfrute o uso sino controlar sus excesos. En palabras de Bentham: “Prohibir estos placeres en consideración de estos malos efectos es el objeto de la sa-

na moral y de las buenas leyes; pero los ascéticos han cometido un error, han atacado el placer mismo, lo han condenado en general, le han hecho objeto de prohibición universal, el signo de una naturaleza reprobada, y solamente por condescendencia con la flaqueza humana han tenido la indulgencia de permitir algunas excepciones particulares”.¹⁸⁴

También estaba de por medio el rechazo de Erophilia a cualquier tipo de dios o maestro religioso, a las creencias metafísicas y a los grandes relatos o macro discursos, que apartaban al hombre del cuidado de sí mismo y de los demás y escondían más violencia e intereses de lo que uno suele suponer. Los valores considerados como “superiores” no podían venir de lo alto, de una misteriosa “cosa en sí”, como pretendía hacernos creer la moral y la metafísica tradicional.

El rechazo a los absolutismos propios de las sectas religiosas y de las escuelas filosóficas, era aún más necesario, según Manuela, en el campo de la educación. En las aulas, en más de una ocasión reinaba la intolerancia y hasta el castigo físico, so pretexto de defender principios. Decía ella, siguiendo a su hermano Eugenio, que: “un grito horrible, una cara de condenado que respira furor y saña, con el agregado de un azote siempre levantado para descargarlo con tiranía sobre unas carnes tiernas y delicadas, entorpece a los niños, los amedrenta, aborrecen el estudio, hasta huyen de la casa de sus padres, que los obligan a ir a su enemigo y comienzan a aprovechar en la carrera de los vicios”¹⁸⁵ En pocas palabras: el maltrato, el golpe, la amenaza, la violencia no educan; hacen daño.

Al referirse a esta especie de “Nerones” que fungían de maestros decía: “¿Qué ojos sensatos verán sin tedio a uno de esos que llaman maestros, entre un montón de chiquillos llenos de susto, pasear con aire majestuoso, con la ceja arrugada, buscando como un furioso y cual cómitre de galera, dando golpes de ciego a una y a otra parte? No es solo en Quito, sino en toda la América, en donde se quita a los niños la vergüenza por modo tan extraño. La letra, dicen estos crueles, con sangre entra; bien que lo digan porque aprendieron ellos a formar tales, cuales caracteres entre amarguras, temores y angustias; pero, hasta cuando tendrán perturbado el sentido? ¿Cuándo se desprenderán del capricho que les imprimió la bárbara costumbre de sus padres y maestros que no acertaron a pensar que nuestra naturaleza ama lo delecta-

ble, y huye de las adversidades y de los tormentos? Y, finalmente, que el dolor es un mal y que no puede producir decisivamente un bien?¹⁸⁶

Las consecuencias del ascetismo afectaban no solo a las personas sino a la comunidad toda. "(...) obligar los maestros a los jóvenes, a aprender con sus vapulaciones, les infunden un terror pánico, que los separa del amor a las letras, les hacen perder el pundonor, que según Tertuliano, es la trinchera del espíritu, acostumbándolos a mostrar a todos, y a cada instante, lo que la naturaleza quiere que esté oculto, y los vuelve últimamente inútiles para la República".¹⁸⁷

Además, también había que auscultar la violencia escondida, "olvidada"; por ejemplo, aquella que guarda sutil relación con el deseo, con el espacio físico y social, con el lenguaje, con el amor, la ciencia, la razón, e incluso aquella que se esconde en instituciones consagradas, que a primera vista parecen extrañas a cualquier tipo de violencia: piénsese en la justicia, en la universidad, en los hogares en que a veces anidan grandes cargas de violencia.

Bajo el mismo esquema ascético se habrían elaborado las teorías sobre el derecho natural, tanto las de corte clásico como moderno, tan de boga en aquel entonces en la explicación del obrar humano. Todas esas éticas, sin excepción, decía Erophilia: " tienen como el objeto primordial de su consideración un concepto pasivo de la naturaleza humana y con esa visión no es posible esclarecer el obrar de los hombres; todas ellas descansan en el error de apelar a la "naturaleza" del hombre, valga decir, a su ser natural y a sus consiguientes "derechos naturales" como fundamento explicativo de los fenómenos, normas y principios de un ser, que no es algo dado de una vez por todas e inmutable, sino más bien una "construcción", el resultado de un proceso activo más que pasivo de permanente hacerse y de interminable gestarse. Lo distintivo en el hombre es ese impulso que le permite crearse y recrearse a sí mismo y desde sí mismo. El hombre es un dios, que puede excederse a sí mismo; tiene una naturaleza tal que puede ponerse por debajo o por encima de ella."¹⁸⁸

En definitiva, las teorías vigentes, incluidas las de última hora, le parecían a Erophilia modos de oscurecer una realidad tan palmaria y sencilla como es la de la felicidad, el disfrute y el bienestar individual y social. Como ya se ha señalado, Manuela tenía alergia a los "entes de razón", a cualquier tipo

de “principios” e “ideales” o supuestos derechos naturales anteriores a las decisiones humanas y supo hacer suya la divisa de su hermano: “La naturaleza ama lo delectable, busca una vida mejor y huye de las adversidades y de los tormentos? Y, finalmente, que el dolor es un mal y que no puede producir decisivamente un bien?”¹⁸⁹

La inseguridad

En esa perspectiva también toca ubicar una lectura sutil que hacía Manuela de los temores y olvidos que escondían hábilmente las concepciones ascéticas o místicas de la vida e incluso la concepción laica sobre los valores, que arribó mucho después. Para ella, lo que las alimentaba era el miedo a la inestabilidad, el temor a perder el control y ser víctimas del cambio y el movimiento. Los hombres se habían acostumbrado a la seguridad, a lo permanente, estable, repetitivo y rutinario y tenían miedo a lo pasajero, imprevisto, diferente y transitorio. Por el contrario, la vida de Manuela transcurrió en medio del riesgo, de las pérdidas incluso irreparables, de la vida suspendida reiteradamente,...

De esta búsqueda de “seguridad”, de un punto firme en el que apoyarse, se derivarían, ¡quién creyera!, las nociones básicas de la filosofía: Dios, mundo, hombre y hasta las ideas de causalidad, de sustancia y verdad; nociones elementales, claves todas ellas y otras más, con las que tienden los humanos a organizar de modo estable las relaciones con el medio y las personas que los circundan.

Al Quito conventual le resultó difícil de digerir tales planteamientos y no pudo aceptar que los principios morales hundían su raíz y partían del solo instinto de conservación y del impulso de buscar el placer y huir del dolor, de los anhelos de seguridad. Los docentes y los “hombres de bien” de la Audiencia se habían “olvidado” que las acciones morales, en un primer momento, fueron inspiradas por el objetivo de la utilidad, si bien las generaciones siguientes las llevaron a cabo por otros motivos: “por miedo o por respeto a quienes las exigían o recomendaban, o por costumbre, ya que desde la infancia las habían visto a su alrededor, o por benevolencia, ya que cumplirlas creaba por todas partes alegría y rostros de asentimiento, o por vanidad, ya que eran elogiadas”.¹⁹⁰

En definitiva, no logró penetrar más que en unas cuantas cabezas el credo utilitarista. Se impuso más bien la idea de que todo actuar loable ha de permanecer lejos del actuar por amor de lo útil y por amor a la vida. Tampoco se logró comprender que la búsqueda de seguridad y de certezas a que nos empuja la vida, da lugar al surgimiento de las nociones básicas de la metafísica, de las que, por lo demás, como es el caso del principio de causalidad, nace también la ciencia. Tampoco se comprendió, que hunden sus raíces en el sentimiento del placer y del dolor nociones fundamentales como la idea de sustancia, la idea de verdad, la idea de libertad y que a la misma necesidad de seguridad responde el pensamiento abstracto y generalizador. No se aceptó que el esfuerzo de contemplar las cosas "objetivamente" y la idea de un saber "seguro" y la pretensión de captar las "esencias" de las cosas y los hechos respondía al afán de seguridad que ofrece una especie de punto firme sobre el que apoyarse.¹⁹¹

Acostumbrados a un tipo de placer que solo podía emerger al interior de un marco de "orden", "seguridad", "paz" y "control", que reflejaba la dinámica típica de una sociedad tradicional, pasiva y estable, fija y permanente, campesina y rural, habían elaborado una concepción similar también del placer y hasta de la naturaleza humana, también ella parecida y hecha a medida de tiempos sin ruptura y cambio. Y así como fisiológicamente el alcohólico tiende al licor, ellos corrían hacia lo que podía darles paz, seguridad y estabilidad. No eran capaces ni de imaginar ni de disfrutar del placer de la aventura, del movimiento y mucho menos de lo inseguro, espontáneo o coyuntural. El riesgo, el juego, lo desconocido, el frío y hasta la neblina o la oscuridad les provocaba miedo y hasta pánico, les paralizaba y asustaba. Desconocían el placer de esos submundos; habían "olvidado" que la tensión, el dolor, la lucha, lo inestable, lo sombrío, lo riesgoso y especialmente lo nuevo y diferente pueden también ser fuentes de placer y que no había por qué cerrarse al disfrute de esas realidades. Se habían "olvidado" que la felicidad y el placer de los grandes descubridores brotaba de la inseguridad, de la falta de certezas y de la temeridad; se habían olvidado que el dolor más profundo que puede padecer una mujer es al dar a luz, y éste está cercano a la más grande satisfacción, como es la de traer un hijo al mundo. ¿Acaso el vigor y la intensidad, la violencia y la fuerza que se despliega en las relaciones humanas, especialmen-

te en las de naturaleza sexual, no es paralelo al dolor y al placer que comparten dos seres? Rehuir el placer doloroso o el placentero dolor era dejar de vivir.

Pero romper esa visión "idílica" de la sensibilidad y del placer no era fácil. Según Manuela, en una ciudad conventual, en San Francisco de Quito, sus hijos estaban demasiado acostumbrados a bautizar como negativo e incluso como morboso, el encuentro con nuestra sensibilidad y con el placer y hasta las más mínimas manifestaciones de su cuerpo o el disfrute del riesgo, del juego, de la tensión o la fuerza y hasta la misma muerte eran vistos negativamente.

Hasta Luz Bel había sido simplificado y reducido por la simbología religiosa a formas grotescas y de caricatura, como lo reflejaba, a la entrada de la iglesia de la Compañía, a mano derecha, el famoso cuadro de Fernando de Rivera, más conocido como Hernando de la Cruz. Pocas representaciones de la debilidad y del dolor humano habían alcanzado tal grado de exaltación y devoción como las dibujadas en aquel mural. Allí desfilaban, bajo la fuerza del color rojo, en círculos infernales, la cobardía, la lujuria, la gula, la ira, la angustia, la violencia, el fraude y la traición. También la negligencia, la pereza, la soberbia, la envidia, la avaricia y el quebranto de la castidad.¹⁹² No disponía Quito de fresco más colosal que este para representar una visión ascética, negativa y dolorosa de la vida, que contrastaba con la propuesta optimista y el llamado a la felicidad que impulsaba *Erophilia*.

Bajo una representación tan dantesca, comprensible es que nadie quiera disfrutar del instante, ni del cuerpo, ni del comer o del beber. Lo efímero, lo más cercano a la vida y a la experiencia, bajo tales representaciones perdían valor y sentido. Llevaría mucho tiempo cambiar esos esquemas, esos negativos modelos, que se alimentaban del dolor, el temor y la angustia. La Audiencia no estaba preparada para "pensar que nuestra naturaleza ama lo delectable, y huye de la adversidad y de los tormentos; que el dolor es un mal y que no puede producir decisivamente un bien".

Además, en un contexto tan inestable, en años tan infernales y deprimentes, como fueron los de finales de ese siglo, correr más riesgos de los que ofrecía ya la realidad no encontraba piso o apoyo alguno, parecía una posición por demás temeraria, cuya suerte muy pocas personas se atrevieron a co-

rrer. Su mismo esposo fue víctima de ese ambiente de tedio, humor tétrico y aburrimiento que rodeaba a una ciudad conventual y que en parte influyó para que abandone Quito, en búsqueda de tierras y días mejores.

Pero no habría que olvidar que la concepción de la felicidad de Erophilia no era una concepción restringida ni de las motivaciones humanas ni de la misma concepción de la felicidad. “Cuando definiendo, decía apoyándose en Stuart Mill, que el objetivo humano por excelencia es la búsqueda de la “felicidad” o del placer, no hablo de un placer o una felicidad cualquiera, no cualificada, exclusivamente sensible, que pudiera ser disfrutada por igual por los animales más simples como por los humanos. La felicidad y el placer involucra una referencia a otras dimensiones y a todas las capacidades humanas, especialmente, como no puede ser de otro modo, a las capacidades propias del intelecto, o las que acompañan a la excelencia, a la valentía, a la honorabilidad de las personas y el desarrollo de todos los sentimientos armoniosos de amistad y cooperación entre los humanos”.¹⁹³

En la vida diaria de Erophilia resplandecía esto en múltiples formas. En el disfrute del comer, del paisaje de Quito, de sus alrededores y nevados; en su pasión por la poesía y el teatro; en el gusto por el baile y en el goce del amor, la amistad y la comunicación; en su dedicación al trabajo intenso y a la lectura.

En la vida diaria de Erophilia el amor a los libros fue siempre su fuerte, su descanso, su preocupación. Vivía recomendando la lectura de los clásicos y de los nuevos autores, y tenía un ojo especial para descubrir entre las últimas obras las de vigor y trascendencia. Compraba y regalaba libros pese a que sus fondos nunca fueron abundantes. “...tengo mis libros, solía repetir, que leo apasionadamente y pido prestados los otros que no poseo”.¹⁹⁴ Su esposo, también fue un hombre dedicado a los libros, con devoción superlativa. En Guayaquil, a los pocos días de su arribo, logró conseguir “El Viajero Universal”, la “Historia Universal” de Anquetil, los “poemas” de Gesner, los de Olavide, los de Young, etc. “Pasatiempo agradable, según sus palabras, con que adormecía la murria y una vez espantada ella, volvía a más serias tareas, al estudio de las ciencias verdaderamente útiles”.

Otro placer que hacía brillar los ojos de Erophilia y le arrancaba sonrisas y alegría era cuando se topaba con personas que lograban superar las fór-

mulas trilladas, las explicaciones de siempre, las garras de lo consabido y más bien presentaban algún proyecto inédito, proponía un camino diferente. El placer de lo nuevo, la alegría por hacer bien las cosas y resolver los problemas era su divisa. Según Erophilia, la humanidad no se había estancado, porque desde tiempos primitivos hasta el presente, nos había acompañado el secreto placer que produce el crear, innovar, fabricar, construir, imaginar, ° No fue, a su criterio, ni el temor ni el miedo el que hizo avanzar a la humanidad; más poderoso era el placer de crear y esa dimensión tan humana sería una de las que mejor definiría a los hombres.

También disfrutaba y sus ojos se iluminaban cuando alguien superaba la ciencia tradicional y se abría a la nueva ciencia, al método experimental y, especialmente a la formulación matemática de los fenómenos de la realidad. Había que aplaudir, decía, a Pitágoras que sustituyó la matemática tradicional o empírica de los egipcios, por la matemática racional o moderna. Gracias a ella la humanidad ha pasado de la mera utilidad inmediata a la construcción teórica, de los sentidos a la inteligencia, del mundo empírico al mundo de la ciencia.

Por otra parte, recalca la importancia que tenía para la construcción de un nuevo mundo, el uso intensivo del lenguaje matemático, ya que él pronto invadiría todo y no dejaría ámbito de la realidad que pudiese escapar a su control. La humanidad tarde o temprano mediría con precisión realidades que los escolásticos aún seguían describiendo con vaguedad, como lo había criticado, años antes, en la Universidad, Juan Magnin, para quien los peripatéticos recurrían a las palabras, a las distinciones de términos, a los adjetivos de que echaban mano, a trocha y mocha, a diestra y siniestra, como más les conviene, en sus cátedras: “realmente”, “formalmente”, “adjetivamente”, “sustantivamente”, “per se”, “per accidens”, cualitativamente, y otras más que no permiten penetrar en la realidad”. (...) “Todo lo reducen a unos cuantos términos para explicar los hechos: ellos, dicen, se debe al “instinto natural”, “al apetito innato”, “a la inclinación natural”, “a la “apetencia”, a las “cualidades”,... juzgan que tal procedimiento es más que suficiente y ya “no hay que andar investigando más”, “abandonado así todo esfuerzo por aclarar las cosas”.¹⁹⁵

El contrario, lo que hacía falta era verse libres de tantas especies puramente imaginarias, ininteligibles; cualidades vagas e inútiles, palabrerío y tro-

pel de términos pomposos, por lo cual había que pasar a un lenguaje más preciso, al uso de tablas con el aparato matemático y geométrico necesario para las mediciones y a la observación y experimentación más que la discusión silogística.

Estábamos ya en vísperas de aprender a medir la vista, la composición y la presión de la sangre, la temperatura del cuerpo, las distancias hacia los planetas y más constelaciones,... Medir todo tipo de realidades y expresarlas matemáticamente habría de ser la conquista del futuro.

El método

Pero no menos valioso que tener clara la meta: la felicidad, el desarrollo de la vida y la conquista del bienestar, privado y público, fue el hecho de que Erophilia tuvo claro los medios para alcanzarlo. Fue acierto de ella, no solo señalar los nuevos fundamentos del obrar humano, presentar una teoría de la vida o una concepción sobre la naturaleza de las personas, sino también mostrar cómo podía mejorarse, cuáles eran los medios e instrumentos para poder recorrer el camino y alcanzar la meta: "La mayor felicidad para el mayor número". Lo grande de algunas personalidades no es solo señalar el norte sino también entregar los instrumentos, describir los procesos, dar los primeros pasos, que permiten abrir el camino hacia el futuro y en esto Erophilia también fue una adelantada.

Según ella, no se trataba tanto de saber si es menester ser justos o buenos, si hay obligaciones o compromisos que es ineludible cumplir, derechos y obligaciones que respetar o máximas que es bueno practicar. Esto lo daba ella por sentado. Lo importante para Erophilia era determinar o "saber cuál es el método o instrumento para conocer eso que es justo, eso que es recto o eso que es bueno practicar".¹⁹⁶

La propuesta metodológica, muy acorde con el desarrollo de la época y especialmente de las ciencias naturales, que pasaban por un momento de esplendor, provino del camino seguido por las ciencias experimentales, centradas en el análisis e investigación empírica más que en la deducción apriorística. Su esposo, en el ámbito de las ciencias naturales había dado pruebas más que suficiente sobre los beneficios de un trabajo tesonero sobre lo empí-

rico. A partir de dicho método se produjo la primera obra sobre las plantas quiteñas, las primeras observaciones sobre su flora y fauna e incluso interesantes observaciones sobre nuestra historia, nuestro rico pasado y gestas gloriosas como sobre la diversidad de nuestras etnias y su riqueza cultural.

Según Bentham, criterio compartido por Manuela y por Mejía, incluso había que establecer una clara vinculación entre la nueva ciencia y una nueva moral, dados los sorprendentes resultados que las ciencias experimentales habían permitido conquistar a la humanidad. Con palabras de autores de la época, ella se preguntaba “¿Por qué método, o con ayuda de qué medios todas las ciencias naturales han progresado hasta el grado de perfección en que hoy se encuentran?, y respondía: “Por la aplicación del método analítico al examen de los hechos es que se ha llegado a tales resultados. Pero si la aplicación del análisis a los hechos físicos ha formado las ciencias naturales, ¿por qué la aplicación de este mismo método a los hechos morales no habría de producir y perfeccionar a las ciencias morales y políticas?”.

En la práctica, la aplicación del procedimiento de las ciencias experimentales, del “método del detalle”, la observación y el análisis minucioso, suponía tratar las totalidades pero separándolas en sus partes, las generalidades dividiéndolas en los individuos de los que están hechas; en definitiva, fragmentado en piezas toda cuestión antes de intentar resolverlas.¹⁹⁷ Según Bentham: “el error está siempre al acecho cuando manejamos generalidades, porque la mente humana no es capaz de abarcar un todo complejo, hasta que haya examinado y catalogado las partes de que ese todo está hecho; porque las abstracciones no son realidades per se, sino un modo abreviado de expresar hechos; y porque el único procedimiento práctico de tratar con las generalidades es separar, desmenuzar, descomponer y analizar”.¹⁹⁸

Trasladado el mecanismo metodológico al campo moral, esto supuso: “Analizar todos los bienes y todos los males de una acción; preferir lo que produce más bienes; entre distintos bienes o placeres, adoptar los mayores y más sólidos, y desechar los que sólo son aparentes o menores”. “Se trataba de calcular los efectos, de comparar los bienes y los males que se pueden producir: tantos bienes, tantos argumentos en favor suyo; tantos males, tantos argumentos en su contra”.¹⁹⁹

Además, este método contrastaba con las propuestas tradicionales, con las “declaraciones de principios” y “buenas intenciones”, de carácter de-

ductivo, especie de eslóganes que, tras su seria y respetable apariencia y altruismo, empobrecían el sano razonamiento ético o se orientaban al cultivo de virtudes ficticias, prácticas exageradas y máximas que enseñaban una absoluta indiferencia y abandono de todos los negocios y placeres de este mundo.²⁰⁰

En la tercera generación ilustrada, Pedro Moncayo abogó porque el estudio de la Jurisprudencia se combine juiciosamente con el de las ciencias sociales, tan necesarias para la marcha regular de los países civilizados. “Creía con mucha razón que los estudios universitarios eran deficientes y que los gastos que se hacían en estudios profesionales debían dedicarse a las ciencias exactas que abren el camino a la prosperidad nacional. La teología, agregaba, no es una ciencia, sino un fárrago de doctrinas extravagantes e incoherentes que fue combatido y ridiculizado por Lutero, el gran pensador del siglo XVI”.²⁰¹

La fundamentación última de este tipo de propuestas descansaba en un método de discernimiento del bien y del mal que se basaba en la hipótesis de una naturaleza humana propuesta como ideal y aprendida por la conciencia humana en forma a priori o por revelación. Método claramente deductivo y a-priorístico. Por el contrario, el método analítico no descansaba ni en principios ni en normas constitutivas; no era más ni menos que un método de conocimiento y formación de la conciencia moral a partir de la experiencia.

Aunque la propuesta benthamista sobre “la mayor felicidad para el mayor número” parece orientarse predominantemente al campo del comportamiento humano sea este ético o moral, en la práctica encontró también en el área legislativa un amplio espacio de aplicación. Bentham, en su Tratado de Legislación Civil y Penal, en la primera página, recomendaba para dar viabilidad a la propuesta de la felicidad como objeto básico de la existencia, el hallar los procedimientos de una “aritmética” moral, con la cual se pueda llegar a resultados uniformes. En la misma obra mantuvo la tesis de que “La felicidad pública debe ser el objeto del legislador: y la utilidad general el principio del razonamiento en legislación. Conocer el bien de la comunidad de cuyos intereses se trata, constituye la ciencia: hallar los medios de realizar esta bien, constituye el arte”.²⁰² En pocas palabras, “El legislador tiene el sagrado deber

de producir el mayor bien, para el mayor número, por medio de leyes".²⁰³

Este principio, estampado en las primeras líneas de una obra de más de seiscientas páginas, esta apertura frontal a la felicidad y al bienestar como base de la legislación y de la política, a primera vista parecía no ofrecer dificultad mayor. El mismo Bentham era consciente de que el principio, "enunciado vagamente", tiene pocos contradictores, y suele ser mirado como una especie de lugar común en moral y en política. Pero no había que engañarse, el consenso casi universal no era más que aparente. Por regla general, cuando se habla de felicidad, de bienestar, de intereses o de utilidad, no se aplican a estos principios las mismas ideas, los términos caen en polisemia, no se les da el mismo valor y así no resulta de ellos un molde de razones uniforme.

Para otorgarle toda la eficacia debida, debía tenerse en cuenta algunas condiciones insoslayables: La primera es formarse de esta palabra "utilidad" nociones claras y precisas, que puedan ser exactamente las mismas para todos los que se sirven de ella. La segunda es establecer la "unidad" y la soberanía de este principio, excluyendo rigurosamente todo lo que no es él: no basta subscribir a él en general; es necesario además no admitir excepción alguna. La tercera es hallar los procedimientos de una aritmética moral, por la cual se puede llegar a resultados uniformes". "Estos tres principios son como tres caminos que muchas veces se cruzan, y de los cuales uno solo conduce al término que se busca".²⁰⁴

Un campo de aplicación de las doctrinas de Bentham, que resultó sumamente útil, especialmente para las nacientes repúblicas americanas y sus flamantes congresos y cámaras de diputados, tuvo que ver con su "Tratado de los Sofismas Políticos", aspectos que no desarrolló Manuela, pero sí su esposo, quien en las Cortes de Cádiz hizo gala de conocimiento y dominio de las reglas, estrategias, tácticas y mecanismos que suele utilizarse en la vida parlamentaria y que en más de una ocasión se presta para la conducción inadecuada o para procedimientos equívocos de los cuerpos legislativos e incluso para la utilización de todo tipo de sofismas y engaños.²⁰⁵

Otro campo de aplicación, pero que no logró florecer fue el establecimiento del juicio por jurados, que se creyó serían rápidos y nada dispendiosos, el criminal sería castigado inmediatamente y el inocente no sufriría las penalidades de una larga prisión. En un comienzo, con sorpresa general se vio

que los pueblos, tanto en la Costa como en el Interior, aceptaron gustosas esta reforma, impulsada por Roca fuerte, y los ciudadanos se prestaron espontáneamente a desempeñar el papel de jurado. Con el tiempo, sin la preparación debida y los apoyos del caso, degeneró paulatinamente.²⁰⁶

En las obras de Bentham, Erophilia vio reflejarse la propuesta que años antes su hermano Eugenio había tratado de asentar, por activa y por pasiva, en Primicias y en otras obras suyas, lastimosamente con poco éxito. La Audiencia: sus legisladores, sus autoridades, sus profesores,... no estaban preparados, como solía repetir su hermano Eugenio, para una filosofía de la “vida armónica” y el “buen vivir”, para “entregarse apasionadamente al incremento y felicidad de sí mismo, del Estado y la sociedad”, ni para “El conocimiento de lo propio, origen de nuestra felicidad”.²⁰⁷ Estos eran aspectos que aún no se lograban concebir y admitir como básicos para alcanzar el ‘buen vivir’.

Lastimosamente, la vigencia del Benthamismo en la Audiencia de Quito como en el Virreynato de Santa Fe de Bogotá fue flor de un día, no fue ni logró calar más allá de la época independentista. En la primera década de vida republicana su presencia continuaba en Ecuador, en gran medida, gracias a la labor del Cnel. Francis Hall, inglés, discípulo de Bentham, fundador del diario *El Quiteño Libre* y quien se comprometió a redactarlo. El primer número salió a la luz el 12 de mayo de 1833 y su aparición causó gran impresión y todos los buenos patriotas se apresuraron a suscribirse. Pero también en este caso la primavera fue muy corta. Entre sus gestores y redactores constan: Antonio Ante, el “invencible”, Vicente Roca fuerte que fue expulsado del país en septiembre del 33, Hall, Conde, Echanique y Albán que fueron asesinados; posteriormente fueron muertos en un campo de Pesillo, al norte de Quito, el Gral. Sáenz y don Ignacio Zaldumbide.²⁰⁸ Así se puso término a la tercera generación ilustrada y no se dio chance a que la semilla de una nueva moral y la construcción de una “vida armónica” y el “buen vivir” logren echar raíces.

Capítulo V

CONCEPTOS CLAVES

En la compleja tarea de desmontar el sólido andamiaje colonial, de los diversos elementos que constituían su fuerza, algunos temas o conceptos acapararon la atención de Erophilia, quien asignaba a la tala de esos pilares teóricos un rol importante para la caída final del edificio aristotélico – tomista e incluso para el derrumbe del sistema colonial. Había que desarmar y desarticular conceptos tales como los de “trabajo”, “ciudad”, “naturaleza humana”, “hombre”, “ciencia”, “filosofía”, “vida” y “muerte”, que en su formulación tradicional eran más bien una rémora que aún jugaba en la Audiencia de Quito un papel protagónico.

Del trabajo

Es posible que haya sido esta problemática la que menor polémica levantó en la vida de Erophilia, si bien fue una de las que más acaparó su tiempo y atención. El país y su Capital vivían una de las mayores depresiones económicas de fin de siglo, de que se tenga memoria. En las ciudades, en los pueblos y en el campo la mayoría de la gente estaba con los brazos caídos o dedicada a entretener el tiempo vendiendo bagatelas e incluso pidiendo limosna. En las plazas, en los portales, a la entrada de las pulperías o en las caballerizas había manos extendidas, voces lacrimosas de niños, tragedias personales. En ese entonces, de cada cuatro ciudadanos, uno trabajaba, otro estaba en el desempleo y dos en el subempleo. La delincuencia se disparó y hacía su agosto en las calles y en los caminos de la Audiencia.

Pese a la gravedad del problema, en el mundo académico y en el político no lograba superar el nivel de los discursos o buenas intenciones, ya que en la práctica ni las autoridades ni los potentados hacía mayor cosa e incluso algún Presidente de la Audiencia aplicó medidas extremas de modernización,

al estilo de las recomendadas por la política borbónica, que agravaron aún más el desempleo que él había prometido combatir generando nuevos puestos de trabajo. El acatamiento de las medidas propuestas por la Capital del Imperio, se sabía, por experiencia sufrida una y mil veces, que traería efectos negativos, pero las autoridades habían jurado lealtad a la Corona y no lograban ver más allá de sus narices. Igual acontecía con los criollos, salvo excepciones, que viajaban a formarse en Europa, visitaban sus capitales y sus universidades y traían fórmulas que agravaban aún más la situación. Salvo excepciones eran más papistas que el Papa.

El proceso de modernización que inició Carlos III liquidó a la Audiencia en más de un aspecto. Erophilia contaba que “a finales del S. XVI, en Quito, hubo como cuatrocientas tiendas de mercaderías; en 1724, apenas sobrevivían sesenta”. Los obrajes de comunidad que llegaron a alcanzar algunos, como el de Otavalo, un número de 500 trabajadores; por efecto de la penetración de las manufacturas inglesas habían cerrado sus puertas y del vigoroso comercio activo con Lima, Popayán, Cali, Buga y las tierras del Alto Perú ya no quedaba más que el recuerdo.

La desarticulación de la vida económica de la Audiencia, por efecto del proceso de modernización y apertura a la producción inglesa, redujo el comercio textil con el Perú y el Alto Perú, de donde a su vez se traía productos como la harina de Chile y aguardiente de uva. La disminución del tráfico mercantil con el Perú, entre 1762 - 1788, supuso una baja total del 51, 2%. Solo la costa experimentó lo que fue el primer auge agroexportador de su historia: creció el cultivo de la caña de azúcar, del tabaco y a finales de siglo una explosión inusitada de cacao. Entre 1779 y 1783 pasaron sus transacciones comerciales de 1.2 millones de pesos a casi 5.5 millones, con lo que el mercado del litoral se convirtió en el más dinámico de la Real Audiencia, por encima del de la sierra centro, mucho más densamente poblada, pero deprimida en su actividad comercial, por décadas.²⁰⁹

El debate sobre el mundo del trabajo y sobre las infinitas vejaciones padecidas, especialmente por los indios, en las haciendas y en los obrajes, lo estableció Erophilia asumiendo del mundo de los mitos griegos dos figuras heroicas, que jugaron en los inicios de esa cultura un papel protagónico: Prometeo y Heracles. En alguna ocasión se lamentó Manuela por carecer de referen-

tes más cercanos a nuestro medio. Hubiera sido hermoso, decía, partir de los mitos indígenas Shuar, Ashuar, Aíwa o Quichua, para clarificar problemática tan decisiva para el mundo del futuro. Cuando llegó la independencia definitiva de España, allá por 1820, Manuela retomó sus ideas sobre el trabajo, ya que juzgó que los tiempos estaban maduros para enfrentar ese reto.

Según la leyenda, Prometeo y Heracles, dos de los héroes más connotados de la mitología griega, simbolizaban intentos osados por explicar la vida humana tomando en cuenta las dificultades y contradicciones que encierra el trabajo humano y su concepto mismo. Desde antiguos días, las múltiples facetas del trabajo habían generado una dicotómica interpretación, que oscilaba entre una comprensión optimista y positiva, idealizada del mismo, unida a la idea de “progreso” y la felicidad; y otra, negativa y pesimista, que ve en el trabajo una maldición, una necesidad inevitable, un peso para el desarrollo espontáneo de la vida.²¹⁰

Según la primera perspectiva, por el trabajo, decía *Erophilia*, los hombres logran dominar a la naturaleza y ponerla a su servicio, pero además, por su mediación, ellos conquistan mayores grados de autonomía y felicidad, al vencer una serie de barreras, amenazas y limitaciones que les opone ya sea la naturaleza o la sociedad y sus instituciones. Su hermano Eugenio, en *Primicias de la Cultura de Quito*, cuyas pruebas le tocó a ella revisar minuciosamente, enalteció esa capacidad de trabajo y creatividad de los quiteños: “... allí el pintor y el farolero, el herrero y el sombrerero, el franjero y el escultor, el latonero y el zapatero, el omniscio y universal artista presentan a vuestros ojos preciosidades, que la frecuencia de verlas, nos induce a la injusticia de no admirarlas. Familiarizados con la hermosura y delicadeza de sus artefactos, no nos dignamos siquiera a prestar un tibio elogio a la energía de sus manos, al numen de la invención, que preside en sus espíritus, a la abundancia de genio que enciende y anima su fantasía. Todos y cada uno de ellos, sin lápiz, sin buril, sin compás, en una palabra, sin sus respectivos instrumentos, igual sin saberlo, y a veces aventaja al europeo industrioso de Roma, Milán, Bruselas, Dublín, Amsterdam, Venecia, París y Londres”.²¹¹

También Manuela compartía esta visión optimista del trabajo e incluso escribió sobre el “gusto por el trabajo, la honestidad, el decoro y la amabilidad”.²¹² Quedaba, así, el trabajo ligado al desarrollo de las personas, a la feli-

cidad de los pueblos y de las civilizaciones y gracias a él construimos condiciones mejores de vida e inventamos tecnologías que nos dan comodidad, placer y confort. Tal sería el simbolismo y el papel del fuego prometéico, fuente de energía que nos permitió salir del salvajismo. En pocas palabras, por el trabajo y el fuego se construye la cultura humana, en oposición y superación de la naturaleza y de la vida animal o instintiva; se desarrolla nuestra creatividad e imaginación, y se construye nuestra felicidad.

Además, el trabajo podía estar ligado a su disfrute, haciendo que a uno le guste la actividad que emprende; y, a su vez, el trabajo le permita vivir cómodamente. Algunos autores, incluso han exaltado e idealizado el trabajo a tal grado, que lo ubican como parte de la esencia misma del hombre, como el medio de que dispone para potenciar lo mejor de sí mismo. “El trabajo se ha convertido, para el hombre moderno, en un elemento capital. Es haciendo cosas como el hombre realiza su tarea humana, que consiste en hacerse a sí mismo. El trabajo es el modo de inserción y realización del hombre en la realidad”²¹³

Sin desconocer las virtualidades y riqueza de este primer acercamiento positivo al mundo del trabajo, Erophilia solía presentar otra acepción o enfoque no muy optimista. En la segunda perspectiva, el trabajo es una carga, una necesidad y las consecuencias y los productos del trabajo, no siempre son favorables, a tal grado que este ha sido visto como una maldición y negación del desarrollo espontáneo de la vida, como una necesidad que nos obliga a comer el pan con el sudor de la frente y a padecer el peso excesivo de las instituciones que vamos creando y los sacrificios que ello demanda. Heracles, ante esta segunda alternativa, según Erophilia, expresaba más bien a los cientos y miles de hombres sin trabajo o en trabajos humillantes y hasta esclavizantes. En tamaña situación que vivía la Audiencia, el trabajo aunque sea mal remunerado se consideraba una bendición.

Por otra parte, las instituciones que se habían elvantado con tanto esfuerzo y trabajo, en su gran mayoría eran obsoletas, algunas estaban carcomidas por la ineficiencia y la corrupción y en general todas relamaban por su reforma. Caducas estructuras coloniales, aún con vigencia, en el campo educativo, en el jurídico, en el administrativo, en el judicial y otras más, reclamaban más bien liberarse de ellas, no eran más que parte de la pesada carga española.

Esta contraposición entre Prometeo y Heracles, entre “libertad” y “necesidad”, planteaba, según Erophilia, la necesidad de no renunciar a ninguna de las dos perspectivas sino más bien el de asumirlas en un nivel superior. No se trata de rechazar o posponer los productos, las técnicas y todo tipo de esfuerzos y fabricaciones que genera el esfuerzo del trabajo, pero también había que ver casa adentro, bajar la mirada a la realidad, en donde más bien reinaban procesos esclavizantes, como los que envolvían a muchos oficios, trabajos, empleos y más actividades, obras e instituciones.

En otras palabras, “Si nos atenemos a estos dos mitos griegos veremos que no es lo mismo el trabajo que ordena y crea, junto con el mundo de las técnicas, un Prometeo; que el trabajo de liberación de Heracles, quien habrá de “desatar” al propio Prometeo, quien pasará de este modo de su estado de sometimiento, “encadenado” al de “desatado” o liberado”.²¹⁴ Citando a uno de los más célebres pensadores de aquel entonces, contraponía Erophilia la “edad del hierro”, etapa del trabajo, el esfuerzo y el dolor, con la “edad de oro”, etapa del ocio y la felicidad; fase, esta segunda, que se alcanzaría gracias a la primera fase, por un lado; y, por otro, a través del desmontaje permanente de las instituciones opresivas, que incluso el mismo trabajo va sembrando a su alrededor.²¹⁵ Solo entonces serían los humanos dueños de sí mismos y se haría presente el reino de la libertad, ya que este empieza donde y cuando las penalidades del trabajo material han terminado.

No hay que olvidar, solía repetir Erophilia, que el trabajo niega el desarrollo espontáneo de la vida y que organizado a base de la división y descomposición de sus procesos, conforme al industrialismo que comenzaba a postularse como necesario para el desarrollo de Quito, hasta podría perder el sentido humano y convertirse en una forma nueva de esclavitud.

Su hermano Eugenio era más bien optimista. Para él, el trabajo debía estar cercano al placer, representado por Dionisios, símbolo de la fuerza de la creatividad, de que dan ejemplo el arte, los deportes, la música y el juego; actividades, todas ellas, que permiten vivir mejor y disfrutar de la existencia. Erophilia más bien se preguntaba: ¿Por qué el trabajo debía ser el reino del esfuerzo y el sudor? ¿Por qué el trabajo no podía potenciar mejor las cualidades de las personas? ¿Por qué trabajábamos obligados por la necesidad de ganar unas monedas para llevar el pan a la casa? ¿Por qué la mayoría de los brazos de la audiencia no se utilizaban y pasaban cruzados?

La crisis de las manufacturas y la desocupación en que se veía envuelta la Audiencia, podían vencerse, precisamente, gracias a las facilidades, al ahorro de energía y tiempo, a la ampliación de la producción que estaba generando la nueva ciencia y el avance tecnológico. La Audiencia, con excepción de las innovaciones que en este campo había traído el “generoso y humanísimo Jijón”, no había dado mayores pasos. Sin embargo, según, Espejo, “Las manufacturas llevadas hasta en su mayor delicadeza; fomentado el algodón hasta sus últimas operaciones; refinada, en fin, la industria hasta el último ápice; ved aquí, señores, los fondos para mantener un mundo entero, y para que este mundo, con recíproca reacción, reanime la universalidad de los trabajos públicos”.²¹⁶

En definitiva, una vez más se hacía presente la eterna lucha entre lo apolíneo y lo dionisiaco, entre lo idealizado y la real. De un lado cobraba fuerza el impulso hacia la armonía, la belleza, el equilibrio y la medida; y del otro, el impulso incesante por vencer las necesidades, alcanzar el dinero o el poder y triunfar sobre la incertidumbre y lo espontáneo. El predominio de una u otra posición, a su vez incidía en la contraposición entre dos modos radicalmente distintos de entender el trabajo: por una parte, como desmontaje permanente de las estructuras opresivas, que provienen ya sea de la naturaleza o ya sea de las instituciones, leyes, costumbres e intereses; y por otra, como construcción de mejores alternativas de bienestar, disfrute y felicidad, tanto para las personas como para sus sociedades.

Los vientos de independencia y libertad que se hacían presente en la Audiencia no fueron ajenos a este conflicto, generado por estos dos impulsos, que dado su poder y su fuerza bregaban por hacer del trabajo el espacio de la creatividad y el placer, de las horas de gusto por la tarea cumplida y los productos creados y construidos; pero también de la lucha y el esfuerzo por romper las cadenas, necesidades y otras ataduras en que nos tenía envueltos la Corona y el poder español.

En todo caso, dramático se expresaba este proceso de “liberación”, cuando se contrastaba el mundo del trabajo con las formas de dominación que se habían consolidado con relación al indígena. Entonces los discursos perdían su magia, la retórica caía y lo que se revelaba eran las condiciones en que los indios trabajaban en los obrajes, en las mitas, en las minas, en las ha-

ciendas y en la calle, incluidos hasta sus niños, quienes también fueron sometidos al trabajo desde temprana edad. Para los indios el trabajo no era más que castigo, hasta físico, pues nunca faltaron los “latigazos, en su cuerpo desnudo, por los que tenían que dar gracias a Dios o el recibir chispas de fuego en su cuerpo, resultado del frotamiento de dos pedazos de yezcas de magüey, así como soportar la prisión y el hambre. Pero, el peor de los castigos que debían soportar es que les cortaran el pelo”.²¹⁷

“Desatarse” o “liberarse” de tantas claras y sutiles formas de opresión era tarea del presente; pero también era necesario crear lo más pronto posible, en el futuro más cercano, a través de la revisión de las formas coloniales de trabajo, las condiciones necesarias para la felicidad de las personas y de los pueblos: fuentes de trabajo, nueva tecnología, una legislación conforme a la utilidad e intereses de los individuos y la comunidad e instituciones a su servicio,... La felicidad pública debía ser el objeto del esfuerzo humano o trabajo y, a su vez, el objetivo o norte de sus acciones.

De la ciudad

Pero esta compleja visión del quehacer humano, se relacionaba con otro tema capital para Erophilia, como era el de la ciudad.

La Capital de la Audiencia: su conformación, su historia, su crecimiento, sus riesgos era uno de sus temas favoritos. La laboriosidad de los quiteños, la belleza de su arte, de sus edificaciones, de sus artesanías y de su ingenio, la variedad de sus etnias constituyeron para Erophilia motivo de sano orgullo. Con entusiasmo exaltaba las obras de Miguel de Santiago: las luces y las sombras, los colores y las líneas de perspectiva, de sus primorosos cuadros; de Cortez, su habilidad en la tabla y el lienzo; de Caspicara, sus insuperables esculturas sobre el mármol y la madera; de Nicolás Javier de Goríbar, sus profetas de la Compañía, de Fernando Rivera o Hernando de la Cruz, famoso por sus lienzos sobre el infierno y la resurrección.²¹⁸ En esos años dorados, entre 1779 y 1787, se exportaron, sólo por el puerto de Guayaquil, 264 cajones de cuadros y estatuas de la Escuela Quiteña de pintura y escultura, lo cual permitió brillar fuera de las fronteras de la Audiencia, en Bogotá, Panamá, Lima, México y España hasta las obras de autores menores como Francisco Albán, An-

tonio Astudillo, los Cortés y Alcocer. A estas glorias, posteriormente, ya entrada el siglo XVIII se sumó Manuel Samaniego.²¹⁹

La ciudad decía ella que es su lugar, su guarida y su tarea por excelencia; era su “sueño” y su hogar; la ciudad constituía una de las principales obras que podía levantar la praxis humana. Si miramos al pasado, decía, desde antes del Incario, hasta nuestros días, el manejo del espacio ha sido concebido, en forma reiterada, como obra trascendente. Al interior de los límites de una ciudad, más que levantar o construir casas o edificios, lo que tomaba cuerpo era la formación del hombre mismo y de sus etnias, de su historia, sus familias, su felicidad y bienestar. “Nos vamos a la ciudad para vivir bien, y nos quedamos porque se vive bien”.²²⁰

En efecto, en las casas, plazas, iglesias, capillas, calles, recoletas y monasterios de Quito, “todos llenos de numerosas y espléndidas obras de esculturas, pintura, orfebrería, ornamentos, libros”, .. que décadas antes habían logrado su momento de máximo apogeo y construcción, se plasmó y adquirió forma todo tipo de empresa para los quiteños, desde aquellas de naturaleza física, regidas por la arquitectura, las artesanías y las ingenierías; pasando por las de compra, venta y enriquecimiento, muy propias de la economía y el mercado; como también aquellas de carácter social o político, cuyo lugar de debate era el Cabildo, en la Plaza Grande; hasta arribar a las de naturaleza lúdica, que se hacían presente en la ciudad a través de sus parques de recreación, de su espléndido paisaje andino, de su intenso sol en verano, de sus densas granizadas de marzo y abril y de sus nevados, o las de carácter educativo, cultural o religioso, de sus universidades, iglesias y colegios que proliferaron en esas décadas y que no podían faltar en la ciudad y menos en Quito, ya que sintetizaban y llevaban a su máxima expresión a todas las anteriores empresas humanas.²²¹

Erophilia gastó parte de su vida y especialmente la década de los noventa en el Centro Histórico, lugar de sus diarias actividades de la vida cotidiana como de sus esforzados sueños. A finales de los ochenta y a lo largo de los noventa pagó su deuda a la ciudad, al jugar un rol protagónico en el reclamo de preservación y atención a los edificios, iglesias y plazas de la ciudad, que si bien era pequeña en ese entonces, en cuanto a población, no más de cuarenta mil habitantes, albergaba un sorprendente número de plazas y templos

construidos en los años de bonanza de la economía de la Audiencia. En esta forma dio inicio a una incipiente conciencia sobre la necesidad de protección y conservación de las edificaciones históricas y a una más dinámica y participativa gestión capaz de proponer nuevos mecanismos de desarrollo de la ciudad.²²²

Como solía decir su hermano, refiriéndose a esa etapa de vacas gordas: “En los años de 37, 39 y 40 de este siglo, os hallabais opulentos. Vuestras fábricas de Riobamba, Latacunga y las interiores de Quito, os acarrearón desde Lima el oro y la plata. Desde el tiempo de la conquista, los fondos que sirvieron a su establecimiento, sin duda fueron muy pingües; pues que las casas de campo de Chillo, Pomasqui, Cotocollao, Iñaquito, Puembo, Pifo, Tumbaco y todos los alrededores; los edificios de la Capital, sus templos públicos, sus pórticos, sus plazas, sus calles, sus fuentes están respirando magnificencia, y denotando que la riqueza de aquellos tiempos, había traído y puesto en ejercicio el gusto de la arquitectura y la inteligencia del artífice perito; las ricas preseas que hasta hoy se conservan en las arcas de algunas casas ilustres, muestran la pasada opulencia; finalmente, la extracción de dinero por la vía de Guayaquil, Lima y Cartagena, hace ver que Quito es un manantial oculto, casi inagotable de preciosos metales”.²²³

La necesidad de cuidar e incluso restaurar algunos edificios del Centro Histórico venido a menos por los temblores y terremotos que frecuentemente solían afectar a la ciudad, y especialmente por el de 1797 que no dejó más que ruinas y despoblación en las provincias, anteriormente tan florecientes de Riobamba, Guaranda, Ambato, Latacunga e Ibarra, dio pie a Erophilia para lanzar una especie de cruzada a favor de la ciudad.²²⁴ Con unción propuso la ejecución de las obras que había que emprender para proteger a la treintena de edificios religiosos afectados. El sismo ocasionó estragos en las iglesias de “San Agustín, Santo Domingo, San Francisco, La Merced, el Sagrario, la Catedral, el Carmen Alto, y Santa Clara, siendo lo más grave la caída parcial de la torre de Santo Domingo y de la Capilla del Robo, daños en las torres de San Agustín y la Merced”.²²⁵ Además, hubo daños a los lienzos del presbiterio de la iglesia de la Compañía, a la Biblioteca de la Merced, a los cuadros de La Regla de Miguel de Santiago y de La Conversión de S. Agustín de Luis Cadena, a la Casa de los Siete Patios, a la casa de Gobierno y de La Moneda, a la pla-

za de San Francisco, a los retablos y maderas policromadas de algunos edificios públicos, a las fachadas y atrios de residencias de la calle de las Siete Cruces, etc.

En otras palabras, en carne propia sintió Erophilia a la ciudad, en sus múltiples manifestaciones y creaciones maltrecha, afectada no solo en aquellas que eran producto del obrar o fabricar cosas visibles y tangibles, sino también aquellas con que las personas y los grupos sociales protegían su bienestar, organizaban su descanso y trazaban su destino en aquellos años y dejaban grabado en sus muros, en sus marchas de protesta, plazas y edificios, manifestaciones de lo mejor y lo peor de sí mismos. “La ciudad es, decía, el mayor espectáculo a nuestro alcance, el majestuoso desfile al que nos hemos acostumbrado por la resignación y el hábito, pero al que es hora de admirar porque es el único que nos incluye. La ciudad es la empresa humana por en la que participamos, nos guste o no. La ciudad es un espejo en el que se refleja lo mejor y lo peor de los quiteños”.²²⁶ Su núcleo central, rico por la gran diversidad social, arquitectónica y un gran equipamiento de valor simbólico y de identificación social la convierte en un centro no solo histórico-urbano, sino también étnico y cultural; además vinculado con las potencialidades paisajistas y de miradores naturales hacia el Cotopaxi, Ilinizas, Cayambe, Antizana,... desde el Panecillo, el Itchimbía y Guápulo.²²⁷

Por esta dimensión humana con que Erophilia contemplaba a la ciudad, esta se le presentaba como polifacética y llamaba a que sea vista y comprendida como el refugio o la cueva que requería el hombre para vivir en bienestar y de forma placentera, por disponer en ella de las condiciones necesarias para compartir con sus vecinos, construir sus sueños y disfrutar de la vida. La ciudad era un referente de los encuentros y desencuentros de la diaria existencia; parte de la historia de cada uno, a través de sus anécdotas, espacios compartidos, eventos vividos y sensaciones despertadas. Al caminar por sus calles se podía reconstruir la historia y la felicidad de cada uno o perderse en el olvido.

Por supuesto, también la ciudad podía ser vista como espacio político en cuanto polis; como espacio geográfico en cuanto urbe; como espacio educativo, en cuanto el lugar de cultura y formación del hombre e incluso como escenario propicio al amor, el riesgo, la aventura, la felicidad, el arte y la belle-

za, dimensiones todas ellas y otras más que insistía había que rescatar, ya que se estaban “olvidando” y perdiendo en medio del hacinamiento de una ciudad que crecía día a día y cuya destrucción equivalía a perder parte de la historia de su vida.

Por estas y otras razones Erophilia previno contra el crecimiento caótico de la Capital. La corriente migratoria procedente del campo - en donde ya no había cómo sobrevivir, por efectos de la aguda crisis de fin de siglo -, impulsada por la desesperación comenzó a ubicarse en los barrios periféricos e incluso en las quebradas, en las lomas, sin los servicios básicos. Tarea urgente era velar por la conformación de la ciudad, que corría riesgos de fealdad y de crecimiento informal y excesivo.

También, por eso pidió que el Centro sea visto como un organismo vivo y dinámico integrado a la ciudad, con una doble misión: la de dar cabida a las funciones urbanas que la expansión creciente de la ciudad demandaba y la de proteger su patrimonio edificado, su legado cultural. Además, como centro de referencia e identidad, la ciudad debía convertirse en un espacio participativo, con diversidad de funciones, sujetos y potencialidades que no debían reducir el concepto de conservación de su Patrimonio a una obra “artística monumental” o a un movimiento casi de exclusividad de una “elite cultural”.

Con fuerza, insistió en la necesidad de superar la mentalidad religiosa dominante que había dirigido la configuración y arquitectura de la ciudad, bajo una sola dimensión. Se había menospreciado el pasado y la riqueza indígena e igualmente la arquitectura civil, y en especial la residencial que había quedado relegado a un segundo plano. El crecimiento de la ciudad, las nuevas casas que se estaban erigiendo en las parroquias de San Sebastián y San Blas, en las entradas sur y norte, la presencia de los indígenas que se estaban estableciendo “extramuros” de la ciudad, los vecinos mestizos que se habían asentando en San Roque, San Marcos y Santa Bárbara, reclamaban de Quito una nueva arquitectura.

De la naturaleza humana

Otro aspecto en íntima relación con el concepto de trabajo y el de ciudad, entendidos estos como espacios de construcción de lo humano y de li-

bertad y liberación, era el concepto de la “naturaleza humana”, con el cual, a su vez, se aludía a la dignidad de las personas, a los derechos humanos, a la libre expresión, a la libertad de cultos, al libre comercio, a la propiedad, al derecho a gobernarse o a ser elegido y elegir,... que dieron pie a encendidas polémicas en las últimas décadas del siglo, por la misma violación en que cayeron buena parte de ellos, por la acción de las infinitas formas de vejación de los derechos humanos en que cayeron los representantes de la Corona.

Ante tema tan decisivo tampoco permaneció neutral Erophilia. Cayó a su modo, en la polémica, sea por las diversas interpretaciones a que se prestaba el tema, sea por la confrontación con las tesis de la tradición cristiana a que condujo este debate. Más aún, Erophilia se solazaba cuando frente a un clérigo o a un egresado de los colegios y confradías católicas destrozaba aquella tradición bíblica que habla de la naturaleza humana como eterna e inmutable, por cuanto el hombre habría sido formado “a imagen y semejanza” de su Creador.

Según una tradición clásica griega, decía ella, que un dios, supremo artesano o demiurgo, teniendo ante su vista el universo de los modelos o arquetipos eternos, fue poniendo orden al caos, y, a la vez, creando todos los seres vivos, animales y plantas. Pero, y esto era lo polémico, una vez que el Demiurgo echó mano de todos los modelos de que disponía para llevar adelante la creación, y cuando notó que no había aún creado a un viviente que fuera capaz de comprender la belleza y la inmensidad del cosmos, así como de dar razón de él, se encontró con que el arsenal de paradigmas o modelos se había agotado. Y todavía más, no sólo no quedaba ni uno solo disponible, sino que ya no había “lugar” o “sitio” en el mundo y que de aquellas habilidades que se les había dotado a cada uno de los animales para procurar la vida, no restaba ninguna disponible. “Todo estaba distribuido y lleno” en la escala de los seres vivientes. Se vio, pues, necesitado de crear desde la nada a aquel ser, el que fue precisamente, el ser humano. Lo creó sin condicionamientos módicos, sin una naturaleza a priori. Y ni siquiera lo hizo “a imagen y semejanza” suya, sino que le dio “un aspecto propio” y lo destinó, o tal vez lo condenó a ser “artífice – creador de sí mismo” y no disponer de modelos; vale decir, le delegó el acto creativo, le facultó a darse las formas que a bien tuviese. En definitiva, el ser humano es el único ser antropoplástico, no sujeto a forma previa, nacido como un nuevo Proteo, que había de inventar los modelos so-

bre los cuales llevaría a cabo su construcción, como artesano o demiurgo de sí mismo.²²⁸

Con la propuesta del hombre como ser multiforme o antropoplástico, como demiurgo, entraron al debate no solo los clérigos sino también una serie de abogados, regidores, oidores y hombres de letras, que vieron amenazados tanto su modelo como sus teorías monárquicas y teocráticas por los nuevos vientos sobre los derechos del hombre, el contrato social, lo naturaleza inalienable de las personas, base de la sociedad moderna e ilustrada. Sometida al fuego de la posición regalista, *Erophilia*, salió inevitablemente un tanto maltrecha.

En efecto, de un lado estaban quienes defendían una centenaria tradición. La idea del Derecho Natural y de los Derechos Humanos, que si bien cobró inusitada fuerza a partir de la Revolución Francesa, “era un legado del pensamiento griego y también del cristiano. Nos remonta a la filosofía lustrada y a Francisco de Victoria; y más lejos a Santo Tomás de Aquino; y más lejos aún a San Agustín y a los Padres de la Iglesia e incluso a Cicerón, a los estoicos, a los grandes moralistas de la antigüedad y a sus grandes poetas, a Sófocle, en particular a *Antígona*, la heroína eterna del Derecho Natural, que los antiguos llamaban Ley no escrita, y que es el nombre que mejor le cuadra”.²²⁹

Sin desconocer los aportes de la teoría del derecho natural moderno, que independizó al Derecho de su fundamentación religiosa, al separarlo de la Ley eterna o divina como fuente última de explicación, quedaban sin embargo algunas limitaciones que *Erophilia* juzgaba necesario dilucidar. *Erophilia* se mostraba contraria a aquella imagen del hombre que considera a éste como una esencia fija, constituida de una vez para todas y polemizaba con quienes reducían la naturaleza humana a una estructura preestablecida o hecha, especie de materia o modelo terminado al cual había que acoplarse.

La naturaleza humana, por el contrario, explicaba *Erophilia*, más que algo dado de una vez por todas e inmutable era una “construcción”, el resultado de un proceso activo más que pasivo de permanente hacerse y de interminable gestarse. Lo distintivo en el hombre era ese impulso que le permitía crearse y recrearse a sí mismo y desde sí mismo. El hombre es un dios, que puede excederse a sí mismo; solo él tiene una naturaleza tal que puede ponerse por debajo o por encima de ella.²³⁰

El carácter explosivo de estas discusiones, a primera vista intrascendentes o anodinas, las vivieron en carne propia, años después, los discípulos de su hermano Eugenio, la segunda generación ilustrada. Entonces fue que valoraron su riqueza e importancia.

Por 1779, en su primera obra: "El Nuevo Luciano de Quito", a propósito de la poesía, Eugenio Espejo expuso su concepto sobre "naturaleza", "conocimiento natural" y "razón natural". Por conocimiento natural, señaló que no se debía entender el conocer referente tan solo al ámbito del puro ser físico o biológico, en oposición al conocer de las realidades de carácter humano, tan bien bautizadas de espirituales, sino más bien un origen o fundamento de verdad. Para los ilustrados, era "natural" toda realidad física o espiritual, terrenal o celestial, subjetiva u objetiva, interna o externa, siempre y cuando fuese capaz de fundar de manera inmanente su razón de ser o explicación de sí misma; es decir, si era capaz de explicarse en forma independiente de cualquier recurso a revelaciones trascendentes, místicas o mágicas. La ciencia ilustrada se negó a reconocer como principio de coherencia o fundamentación de una realidad, lo suprahistórico o lo sobrenatural".²³¹

Más aún, las ilustradas creían que el retraso y la barbarie eran hijas de la religión, procedían directamente del dogmatismo religioso. Con la declinación de la fuerza de los credos y conventos se daría paso a la luz, bajarían los odios, la intolerancia, la inquisición y la quema de brujas.²³²

Con el tiempo, su hermano Eugenio avanzó más en esta dilucidación y trató hasta de salvar la posible contradicción que parecía establecerse entre el mundo de la ciencia y el de la fe, a base del principio de autonomía y respeto que debía guardarse entre diferentes campos. Esta clara separación de fronteras la exigió a la poesía y a la religión, y años después lo hizo extensivo a otros campos, como el de la economía, la belleza, la física y las ciencias, en general. Sus amigos y alumnos, menos de dos décadas más tarde, extendieron aún más los límites de estos conceptos, al aplicarlos y reclamarlos para el campo de la política, con lo cual dieron muerte a la teoría del derecho divino de los reyes y a la larga al sistema colonial español.²³³ El discurso político había sentado las bases para el proceso independentista que se vivió luego.

De los conceptos de filosofía

Reconocida fue Erophilia por su capacidad para cautivar o provocar a los hombres tanto por su atractivo físico como por su comportamiento. Sus recursos, el de su cabeza, su cuerpo y su corazón se fundían en una forma de ser especial, que ella supo utilizar con maestría, cuando un mundo de tradiciones y valores se derrumbaba y otro comenzaba a emerger.

A estas y otras conflictivas cualidades de Erophilia, habría que añadir su capacidad para dar ánimo a sus amigos y amores en los peores momentos. Pese a la profunda crisis que agitaba el entorno impulsó a muchos a escribir, a desenmascarar la hipocresía y la corrupción, a desarmar los fundamentos y a diseñar e implementar nuevos programas y sistemas, a preparar manifiestos y proclamas, sean estas políticas o de gestión y administración de la Audiencia, a iniciar empresas y proyectos educativos, a disfrutar de la vida en las peores circunstancias, a vencer la pusilanimidad, a perder el miedo a hablar. Era tal su vitalidad, su forma de encontrar salidas inesperadas, de analizar los problemas, de reaccionar ante las pruebas y los obstáculos, de plantear las preguntas que los muros del desánimo y el temor, la tónica de aquellos tiempos, se resquebrajaban a su paso.

Manuela, la amiga de la sabiduría y el amor, en la práctica supo sostener e impulsar a la vida en los peores momentos. Ella acompañó al movimiento ilustrado en sus más dramáticas horas, cuando este era perseguido, diezmado, acorralado, se desangraba por los cuatro costados y de sus últimas reservas no se hacía más que escuchar las peores informaciones. Fue tarea de gigantes mantener el ánimo y avizorar un futuro que no parecía construirse ni de inmediato ni en línea recta.

Pero de donde brotaba la fuerza para conseguir que la vida se sostenga en las peores circunstancias, más aún en esos años de fracaso y pesimismo. Para algunos, el secreto encanto de Erophilia radicaba en su capacidad para provocar el asombro, la **"admiración"**²³⁴ y la perplejidad en una y mil circunstancias, por una parte; y, por otra, en su marcado **escepticismo** ante las más variadas fórmulas y discursos.

Cuando formulaba preguntas, cuando dejaba caer interrogantes, cuando cuestionaba a su interlocutor, sus palabras golpeaban como el granizo al

chocar contra el suelo en las tardes de invierno de Quito. Con una dureza que no ofendía, el amigo se veía obligado a repensar o dar las vueltas a sus planteamientos; el desconocido a reconocer su sorpresa o declarar la incompreensión de los argumentos. En algunas ocasiones, para quienes eran ininteligibles sus respuestas la reacción fue un tanto traumática: se cerraban en banda en su caparazón y recurrían más bien a los consabidos argumentos de autoridad o a atacar a la familia Espejo, rememorando rumores que se orientaban no tanto a sopesar los argumentos, cuanto a cuestionar a la persona, a través del viejo truco de desprestigiar su vida privada, referirse a su origen humilde, a sus ancestros indígenas, a su vida disoluta, a sus bajas pasiones,...

El contraste entre las fórmulas trilladas y la juventud de las propuestas de Erophilia, era un llamado a tomar en cuenta la riqueza de las situaciones. Era hábil para escudriñar y distinguir en coyunturas complejas a los actores, niveles, procesos, componentes, funciones y más elementos de la realidad. Era su arma despertar la curiosidad, la extrañeza, la admiración e incluso la perplejidad ante las cosas más sencillas que nos rodean. Esa era su mágica forma de entender la filosofía, como un instrumento para enfrentar la vida, para orientarse en medio de la tempestad, para curarse de las heridas. Esa era su fórmula, aunque reconocía otras y creía que cada autor, cada escuela, cada periodo tenía su propia forma de enfrentar la vida y de filosofar. Los diferentes conceptos que tienen los diferentes filósofos encerrarían aspectos comunes y otros que los distinguían, por eso era necesario asumirlos a todos e inscribirlos como diversos mapas de una misma región.²³⁵

Así, por ejemplo, en alguna ocasión propuso examinar cómo percibe el mundo un niño que ve y cómo lo percibe una niña que no puede ver, lo cual permitió que broten situaciones de contraste que enriquecieron la percepción o conocimiento de dichos mundos.²³⁶

El carácter alternativo que exigía al pensamiento, también lo vi brillar al tratar asuntos incluso desgastados por el uso y abuso que hacía la gente de ciertos temas, como el de la corrupción. Este fenómeno afloró en forma dramática e incluso espectacular, dados los bochornosos escándalos vividos a finales de la Colonia e inicios de la República. Era la comidilla de todos los días y brillaban entonces algunas figuras con nombre propio: Barreto y Vallejo, astutos cobradores de impuestos, que se levantaron el santo y la moneda a cos-

ta de la sangre y sudor de los indígenas de Chimborazo; García del Río, el Crnl. Uscátegui y el Cmdt. Mota, Pedro Calisto de Arteta y los escándalos del mismísimo Presidente Flores una vez iniciada la República²³⁷

Pero la corrupción, decía Erophilia, no es solo un fenómeno de individuos o familias. La corrupción también es una tupida red, que tiene que ver con la ineficiencia de los aparatos de control y seguridad, con el obsoleto sistema jurídico vigente, con la carencia de sistemas de control de la Casa de la Moneda, etc. En pocas palabras, la impunidad en las más altas esferas y las coimas y raterías de primera y de tercera constituyen un pequeño ejército o mafia de intereses muy bien organizados al interior de la Audiencia.

Además decía que la visión individualista de los problemas no busca más que chivos expiatorios a fin de que no se toquen las causas y no se alteren las estructuras y sus procesos. No cabe “olvidar” esa tupida red de personas e intereses que se apoyan y se reemplazan mutuamente. Especialmente para la administración de sus fondos, de la doble contabilidad de sus empresas, haciendas y propiedades disponen de testaferros, que lavan el dinero mal habido y son compensados con altos salarios, lazos y favores afectivos y otras jugosas ventajas. Si alguien es descubierto, de inmediato otro, prestaba su nombre, ocupaba su lugar y termina por hacer lo mismo.

También presento una perspectiva sui generis de la disciplina, el respeto a las costumbres y normas, el sentido de autoridad y hasta el verticalismo que caracterizaba a aquellos tiempos. Para Erophilia, ni los defensores de la anarquía y ruptura de las normas y reglamentos, ni quienes propugnaban el radical sometimiento al orden establecido, tenían razón. A más de uno de sus amigos le insistió en que la Audiencia estaba plagada de ambos tipos de personas, tan indisciplinadas las unas como las otras y propensas a infligir las normas y no responder más que a sus intereses, no siempre muy santos. Además, dada la crisis general que se vivía, los principios y normas eran violados permanentemente, tanto por lo de arriba como por los de abajo.

Para Erophilia, si se quería derrumbar las normas u oponerse a ellas, lo primero que había que hacer era conocerlas, para demostrar su inconsistencia o su función meramente represiva. En otros términos, antes de decir si es o no es necesaria cierta norma o reglamento, era preciso determinar las ventajas y desventajas de su aplicación. Las normas no tenían por que quedar es-

tablecidas de una vez por todas, cual esencias eternas; las normas debían ser funcionales a determinada realidad y eso es lo que tocaba examinar a fin de afirmar o negar el valor de las mismas.

Además, no cabía progreso, ni en las personas ni en los pueblos, sin disciplina, no la impuesta por otros, sino aquella que brota de uno mismo. La autodisciplina tampoco podía ser depuesta u olvidada, si queríamos ser una “Nación adulta”, si queríamos avanzar hacia el progreso y nuestro bienestar. “El conocimiento propio es el origen de nuestra felicidad”.²³⁸

Esta forma sorprendente y asombrosa de enfrentar cualquier tipo de hechos o de interrogar a las personas y a los acontecimientos, y de someterles siempre al filtro de una radical “insatisfacción inquisitiva”,²³⁹ proceder poco usual o al revés de lo que comúnmente hacen la mayoría de los mortales, era su fuerte y conducía hacia una radical inversión de las tesis vigentes. Ella decía no cuando la mayoría se inclinaba por el sí; criticaba cuando otros aplaudían y explicaba los acontecimientos y trastocaba los criterios de modo tan inusitado que sorprendía hasta a los sabios y ancianos experimentados de la Audiencia. En pocas palabras diríamos que vivía el mundo al revés y por eso mismo lo vivía llena de asombro y admiración. Además, había aprendido, sistemáticamente, a dudar de los criterios, normas y consejos establecidos, no solo en el orden social o político, que ella había cuestionado desde niña, sino incluso en el científico como también en el ético, moral y religioso.

Por todo ello, Erophilia insistía tanto en que no perdamos el interés y la curiosidad por las cosas y las personas, especialmente por aquellas que tenemos más cerca, aunque parezca que ellas ya nada nuevo pueden aportarnos. Se quejaba de que hayamos perdido la costumbre de contemplar asombrados y perplejos lo que nos rodea, de darnos cuenta de las diferencias, de percibir los contrastes o matices, de dudar de tantas fórmulas trilladas, que terminaban en un callejón sin salida. “Hace ya tanto tiempo, decía, que no asomamos al mundo que nos rodea con la mirada fresca de los que lo están descubriendo todo por primera vez; que posiblemente hemos olvidado el impacto que ese descubrimiento nos provocó. Todos nuestros sentidos han sido troquelados en un largo proceso de aprendizaje y han ido perdiendo la flexibilidad que les permita dejarse sorprender a cada instante o en cada lugar”²⁴⁰. Se ha perdido la capacidad de caminar en el césped, de nadar en un río, de disfrutar de la lluvia.

Por otra parte, el afán por presentar más preguntas e interrogantes que respuestas también se respaldaba en la experiencia de que el discurso vigente no presentaba dudas sino más bien recetas, autores “solemnes”, pensadores y dogmas consagrados que el tiempo había acumulado; soluciones clásicas que, según ella, habían cercado al conocimiento y no permitían respirar. Para los jóvenes esos mensajes habían perdido sentido. El discurso “blancardo”²⁴¹, lleno de pompa, sutilezas y fanfarronadas, de las autoridades de aquel entonces, de los maestros de la universidad, de los clérigos y de los políticos y educadores sonaba hueco, vacío y repetitivo; escondían intereses protervos y juegos de poder que debían ser desenmascarados, “olvidados” y superados.

La clave de su discurso era más bien la pregunta, la duda metódica, más allá de las respuestas. Según ella, la pregunta era la forma o la fórmula que permite crear un nuevo mundo; el camino adecuado para alcanzar la reconstrucción de la Provincia; la ruptura con el discurso oficial, con el ideario colonial. Era necesario que la educación de los hijos, la vinculación con los hombres, el arte, todas las esferas de la realidad sean concebidas en forma diversa a la usual.

Solo entonces, a partir de la “admiración”, y de la formulación de interrogantes o del descubrimiento de un problema, era posible iniciar la marcha hacia lo decisivo: desencadenar la reflexión, el análisis, el interés por inquirir o investigar; solo entonces, decía que se podría conseguir personas capaces de pensar por sí mismas de una forma crítica y creativa; capaces de razonar solidariamente en el marco de una comunidad en la que se tiene en cuenta el pensamiento de los demás sin necesidad de buscar un consenso que muchas veces perjudica.

En buena medida, estas observaciones de finales de la época colonial no pierden hoy actualidad. La pregunta es la clave. Con un agravante, que la crítica contemporánea al discurso vigente, también se afina en el hecho de que el discurso moderno se ha vertido y se vierte, predominantemente, a través de textos escritos, de palabras trazadas, manuales y fórmulas que se amparan en la tinta.

Lastimosamente, la palabra escrita, con todos sus méritos y riqueza, recorta en cierto sentido al evento y petrifica a la vida y al movimiento. Solo el instante, cargado de movimiento, imagen y sonido lleva a la acción, a lo que

“es”, más que a lo que “debe ser”. El instante es la realidad con toda su inestabilidad y crudeza, que la palabra no siempre logra copar y conquistar. En otros términos, al instante, a lo efímero, en más de una ocasión petrifican y matan las fórmulas, lo planificado, el macro discurso.²⁴²

En los límites de asombro también solía situar Erophilia **al escepticismo** y hasta se vanagloriaba de ser una contumaz escéptica. Juzgaba que sin desconocer el valor de la admiración y del asombro, en el nacimiento de la reflexión científica y filosófica, se requería de un ingrediente más, del escepticismo, incluso frente a los resultados de la misma ciencia, que dada su abundante e ilimitada producción también requería de duda y cuestionamiento. En la actualidad, decía, es muchas veces tan duro romper con los prejuicios de los hombres de ciencia como con los procedentes del ámbito religioso.

¿Acaso el formidable desarrollo del conocimiento y de la ciencia y de la técnica, que ha sido capaz de llevar al hombre a lugares remotos, que ha dado victorias definitivas contra la enfermedad, que ha criado instrumentos para acabar con la pobreza y el atraso en que viven miles de seres humanos, no se ha mostrado todavía incapaz de ganar batallas equivalentes en el dominio de la justicia, la moral, los derechos humanos, la paz, la solidaridad? ¿Qué progreso es este, que permite que buena parte de la humanidad siga todavía sin salir del salvajismo, la miseria y la barbarie?²⁴³

Este escepticismo aún ante los resultados y las glorias de la ciencia, se basaba en la ruptura con esa concepción de la ciencia parecida o cercana a un credo religioso más que a la ciencia misma. Según los profesores de la universidad, la actividad y la producción científica no eran más que la aplicación estricta de los principios de la razón y de la búsqueda de la verdad. Los hombres de ciencia y los profesores de las universidades de San Gregorio y de Santo Tomás eran una especie de dioses, que daban forma a un saber “verdadero, objetivo y completo”, que aplicaban desapasionada y desinteresadamente sus conocimientos y aseguraban el despliegue y el triunfo inevitable de la Razón a través de la utilización de los métodos e instrumentos confiables de la ciencia.

Para Erophilia, por el contrario, esta visión romántica y retórica de la ciencia y del quehacer científico era deleznable, “sospechosa”, ya que partía de un concepto de ciencia válido para todas ellas, presupuesta un tanto cues-

tionable. Así, por ejemplo, la exigencia de certezas tanto para los principios como para los enunciados científicos y también la concepción de la verdad y del conocimiento objetivo de las cosas, no tenía garantía absoluta. No se podía seguir atribuyendo a la ciencia la capacidad de proporcionar un conocimiento objetivo, frío y completo de la realidad. Dicho de otra manera, toda la semántica, la gnoseología y la metafísica que presuponía la ciencia antigua, debía abandonarse porque había caducado todo aquello que sostuvo, a lo largo de los siglos, a la ciencia aristotélico - tomista.²⁴⁴

El escepticismo de Erophilia, a su vez, estaba cercano de un **“pesimismo – optimista”**, paradójica fórmula que ella supo acuñar. Cuando se le preguntaba por el carácter contradictorio de su tesis, respondía: “Solo si se es pesimista se puede entender hasta donde se ha llegado o descendido, y desde ese conocimiento se puede decir que hay muchas cosas que cambiar y se puede construir propuestas y alternativas. El optimista ve las cosas como si fueran a mejorar por sí mismas; en el fondo el optimista desecha la acción y pone en otras fuerzas – aparatos del Estado, empresa privada, dioses, fortuna, etc.- la solución de la realidad, y esto es de mediocres o débiles. El pesimista sabe donde está parado y sabe que solo su acción, a partir del diagnóstico más desconsolador, puede cambiar la realidad, y así solo piensan los dioses”.²⁴⁵

De la ciencia

En la Audiencia de Quito, el paso de la ciencia medieval a la moderna, además de lento e interminable, fue lleno de sobresaltos, sudor y lágrimas, en medio de avances y retrocesos que obligaban, una y otra vez, a retomar las causas de la modernidad que en algunas ocasiones se abandonaba e incluso se excluían de la enseñanza universitaria por el vano intento, de las fuerzas conservadoras, de reimplantar la ciencia tradicional.

Los historiadores calculan que transcurrieron no menos de cinco o seis décadas, desde que se lanzó la primera piedra contra el vetusto edificio de la ciencia aristotélica - tomista hasta su caída final. Pocas instituciones sobrevivieron y se resistieron tanto a los vientos de la modernidad e ilustración, como la universidad, que incluso en las primeras décadas de vida republicana y hasta

mediados del S. XIX seguía defendiendo y difundiendo los viejos patrones medievales, si no en todas las áreas al menos en algunas como Derecho, Ciencias de la Naturaleza, Física, Estética, Teología, etc.

En esta larga y tediosa batalla de ruptura epistemológica habría que situar de un lado a quienes en las aulas de San Gregorio, junto a la Plaza Central de la ciudad, como Marco de la Vega, 1745 - 1748, Joaquín Alvarez 1747 -1750, Pedro Garrido, 1750- 1753, se manifestaron reticentes a aceptar la nueva ciencia, especialmente la nueva física. Junto a ellos actuó una abigarrada hueste de corifeos celestiales, obispos y monjas, que no descansaron y se afanaban por defender lo indefendible, aplaudir las tesis ya insostenibles, difundir la literatura caduca o elaborar manuales obsoletos pero enjundiosos por su número de páginas. En el Archivo Nacional de Historia reposan textos de clase de esta laya, de más de 300 folios cada uno.

No faltaron quienes trataron de contemporizar con las nuevas corrientes pero manteniendo el espíritu y las principales tesis de la ciencia antigua. Tal fue el caso de Francisco Xavier de Aguilar, 1753 - 1756, quien pretendió integrar lo principal de la nueva corriente, pero sin abandonar el sistema de Ptolomeo, inclinándose más bien a la propuesta de Ticho Brahe, en un claro esfuerzo por conciliar las Escrituras con la Nuova Scienza.

Con Juan Bautista Aguirre, 1756 - 1758, “personaje mayor en nuestras letras nacionales” y con Juan de Hospital 1759 - 1762, se abrieron definitivamente grietas considerables en el proceso de ruptura del edificio aristotélico - tomista, que en adelante fueron difíciles de cerrar. El primero trató innumerables cosas nuevas, como no lo había hecho ninguno de sus predecesores. El curso de Aguirre es una verdadera enciclopedia de nombres y opiniones que revela los conocimientos ingentes de su autor, tanto de los clásicos como modernos. El segundo, Juan de Hospital, 1759 - 1762, fue el último profesor de quien consta que difundió, consolidó y llevó aún más adelante las conquistas de sus predecesores, al defender el sistema copernicano a base de la ley de la gravedad, que sostienen que cualquier cuerpo celeste en movimiento elíptico no puede encontrar su centro, en otro cuerpo celeste menos pesado que él mismo. Tesis por la cual quedaron refutados el sistema ptolemaico y el ticono.²⁴⁶

Más de todos ellos, la figura clave para la reorientación de los estudios tradicionales hacia las nuevas concepciones epistemológicas fue Juan Mag-

nín, el “precursor de la ciencia moderna en la Audiencia de Quito”, a quien le tocó explicar al detalle y defender los conceptos base de la nueva física, ciencia que sirvió de punta de lanza para la ruptura del edificio aristotélico - tomista.

Entre esos conceptos, esquemas y categorías que revolucionaron la física de aquel entonces y que sirvieron para trastocar la comprensión de otras ciencias y realidades, cabe destacar los debates sobre el movimiento, el vacío, la gravedad, la creación y conformación del universo; además de la fundamentación de categorías filosóficas claves para el desarrollo del pensamiento moderno: *res cogitans* - *res extensa*, autoconciencia y autodeterminación, método científico, etc.²⁴⁷

En cuanto a los textos anónimos de los primeros cursos que al respecto se dieron en la universidad, constan en ellos, por ejemplo, explicaciones gráficas de los sistemas en disputa: Ptolomeo, Ticho Brahe y Copérnico; tablas con el aparato matemático y geométrico necesario para mediaciones de astronomía y hasta dibujos correspondientes a experimentos al vacío. Además, la universidad contó en esos años con la visita de los geodésicos franceses a diferentes actos académicos, y les entregó, “de parte de la Universidad, una Tesis doctoral y su dedicatoria, ambas grabadas en una placa de plata, con una Minerva acompañada de Genios figurados por niños, que jugaban con los símbolos de las ciencias matemáticas y físicas, objeto de las diferentes actividades de la Academia”. Además, según La Condamine, durante más de siete años en América Española, no pasó tiempo más agradable que aquel en que estuvo hospedado en la residencia de la Universidad.²⁴⁸

Tampoco hay que olvidar que a introducción de Descartes al pensum de estudios, supuso avances y retrocesos. Muchos miembros de la Compañía de Jesús fueron amigos de Descartes y uno de ellos, el P. Mesland, simpatizó y propagó personalmente por América su doctrina, aunque con algunos reparos. Los superiores jesuitas, en diferentes reuniones, revisaron el sistema copernicano, elaboraron catálogos de proposiciones que no debían sostenerse bajo ningún concepto en sus aulas y en algunos casos llegaron hasta a prohibir, no solo el sistema cartesiano sino también los sistemas atomistas propugnados por Maignan, Saguens y Tosca.

De la nueva física

Pero fueron finalmente, los profesores jesuitas que detentaron la cátedra a partir de 1740, hasta su expulsión por la Pragmática de Carlos III, en 1767, quienes terminaron por consolidar el amplio movimiento filosófico y también científico, ya de claro cuño moderno, racionalista y un tanto ilustrado.

En este ambiente les tocó desarrollar a los hermanos Espejo: Eugenio, Pablo y Manuela, al igual que a la mayoría de sus amigos, sus mejores años de estudio, lectura y autoformación.

Para una mejor comprensión del nuevo marco epistemológico valga examinar al menos una de esas categorías, la del **"movimiento"**, clave del nuevo edificio de las ciencias. "En 1632 apareció en Florencia el "Diálogo concierne a los dos más grandes Sistemas del Mundo, escrito por Galileo, libro que pasa por marcar el nacimiento de la física moderna. Este libro de efectos teóricos inmensos se estructuró como un diálogo entre tres personajes: el primero, Salviati, portavoz de Galileo y defensor del nuevo "Gran Sistema del Mundo" (el de Copérnico y Galileo); a continuación Sagredo, espíritu abierto y libre de prejuicios, representa al hombre honesto, al que Galileo quiere convencer; finalmente, Simplicio, que viene de la tradición escolástica y aristotélica (el segundo "Gran Sistema del Mundo"), cabeza difícil de cambiar.²⁴⁹

El diálogo que marca la entrada en escena de la física en el sentido moderno del término, es el siguiente: "Salviati: el movimiento es movimiento y actúa (literalmente "opera") como movimiento solo en cuanto está en relación con las cosas que le son privadas, pero en lo que concierne a las cosas que participan todas igual, su acción es nula (literalmente: no opera en nada) y es como si no estuviera; por eso las mercaderías de que va cargado un navío no se mueven en la medida en que al dejar Venecia pasan por Corfú, Creta, Chipre y van a Alepo; pero Venecia, Corfú, Creta, Chipre, etc, permanecen quitas y no se mueven con el navío. Pero para las balas (balones o pelotas) cajas y otros bultos de que está cargado y lleno el navío y con relación al navío en sí, el movimiento de Venecia a Siria es como inexistente y no cambia en nada sus relaciones mutuas; y esto ocurre porque el movimiento es común a todos ellos porque todos participan de él por igual; y si entre las mercaderías que se

encuentran en el navío una de las balas se separa de una caja, aunque sea una sola pulgada, esto sería un movimiento mayor, en relación con la caja, que el viaje de dos millas que juntos hicieron”.²⁵⁰

Este célebre texto pasa por el acta de nacimiento de la física en tanto ciencia, en clara ruptura con la física de Aristóteles considerada como pre-científica, y dio pie a Magnin, en su obra: *Descartes Reformado*”,²⁵¹ para asumir el “movimiento” como la piedra capital del nuevo edificio y fijar la importancia para la nueva física de tal concepto. “Vale la pena - decía -, seguir tratando con cierta holgura lo relativo al movimiento, materia de la anterior proposición (se refiere a la quinta) ya que es la realidad más general y dominante de la naturaleza y según los principios de la doctrina de Descartes, el maravilloso y constante autor de tantísimas acciones y como una especie de pequeño dios creado”.²⁵²

En segundo lugar, Magnin insistió en contrastar la nueva concepción con la antigua, lo que le permitió resaltar el carácter propio de la nueva filosofía, aquel rasgo que la distinguía claramente de la anterior concepción y le otorgaba su recia personalidad. Faltando esta perspectiva, era obvio que no era factible penetrar en el flamante edificio. La radicalidad de este punto de partida alcanza su clímax, al afirmar Magnin que habiéndose destruido el fundamento anterior, se ha venido abajo todo el edificio peripatético, como él expresamente lo reconoce, con las consiguientes tensiones que generó este tipo de rupturas entre sus colegas. “Los cartesianos, decía, no pueden ser rebatidos por la vía ordinaria ni por los principios peripatéticos, ya que cuanto en éstos tiene fuerza irrefragable, nada significa para aquellos autores, que han destruido los fundamentos en que éstos se apoyaban, y han establecido otros nuevos, nuevos conceptos, nuevas definiciones, nuevas razones formales, con un modo de considerar la naturaleza de las cosas enteramente distinto, poniendo más atención y examinando la realidad en sí misma y tal como es de hecho, que en las palabras y definiciones”.²⁵³

La orientación hacia el análisis de la realidad “tal como es de hecho” supuso olvidar los sistemas conceptuales tradicionales de explicación de los fenómenos físicos, que se afincaban en el manejo de fantasmagorías, principios, conceptos y términos por demás vagos y estériles, como los de “cualidades substanciales”, esencias, afinidades, espíritus, virtudes, apetencias...

Magnin reforzó esta orientación al rechazar la tendencia escolástica a la discusión y palabrería: “Si vamos a explicar cada cosa solo recurriendo a las palabras y a las distinciones de que se echa mano en las cátedras, caeremos en el grupo de los lógicos que lanzan a diestra y siniestra, como más les conviene, una serie de palabras, como “realmente” y “formalmente”, “adjetivamente” y “sustativamente”, “per se” y “per accidens” y otras, y creen que todo lo tienen sabido, al paso que los físicos tienen sus dudas y los metafísicos confiesan abiertamente que no saben nada. De ahí mi temor, al oír los términos de los adversarios: “potencia” y “acto”, nos quedemos en meras palabras, sin penetrar en la sustancia de las cosas”.²⁵⁴

Erophilia, asumió radicalmente esta orientación a los hechos, hacia la observación de los fenómenos. Ella compartía y disfrutaba del nuevo enfoque y se preguntaba: “¿Cuándo se juzga, que el hombre ha llegado al momento de poner en ejercicio a su razón? Es sin duda en los años de su puericia; y cuando a las impresiones que recibe por los sentidos las desenvuelve, las califica, las designa por lo que valen, en una palabra, las discierne y clasifica en un orden y grado que hagan constar, que él les dio acogida señalada en su espíritu, y lugar preminente en su observación. Así es que de la serie, y sucesión metódica de las observaciones, dimana una colección diremos así, orgánica de conocimientos, y de ellos el sistema magnífico y brillante de ciencias y artes”.²⁵⁵ En otras palabras: la observación no es el mero conocimiento sensorial de las cosas, sino las “ideas” que desde la sensación nos formamos de ellas; y no podrá ser de otro modo en cuanto que la ciencia, aun cuando tenga su punto de partida en la sensibilidad, es tarea de razón”.²⁵⁶

Aplicada la nueva lógica de estudio de los fenómenos, al caso del movimiento, éste que para los unos era una “cualidad” inherente a las cosas mismas, para los otros no era ni cualidad ni accidente sino una mera “relación”, en virtud de la cual es fácil entender cómo un cuerpo pueda decirse que está en movimiento y al mismo tiempo inmóvil. “La razón es esta: que todo aquello que se mueve, lo hace con relación a otra cosa que se considera como inmóvil, y aun cuando sean muchos los cuerpos que se mueven al mismo tiempo, siempre ponemos nuestra atención en algo fijo, siendo esta la única manera de concebir la naturaleza del movimiento”.²⁵⁷

Cabe añadir que la crítica de Magnin al sistema conceptual escolástico, a los accidentes, al igual que a las cualidades y más términos peripatéticos, no

se presenta como un elemento accesorio o casual sino más bien permanente, que alcanza en algunos momentos hasta el nivel polémico; tal es su trascendencia que toda la proposición sexta está dedicada a estos aspectos. “Es cosa harto cierta, como he dicho, que no existen los accidentes físicos como los entienden los peripatéticos; y en esto coinciden con nosotros no solamente los atomistas, sino también los peripatéticos modernos y muchos otros. Pero no voy ahora a probar esta aserción, sino que la doy por supuesta, y ya sabemos que los accidentes físicos no son algo necesario, y que no hay que multiplicar los entes sin necesidad, ni se debe admitir nada que no pueda concebir la mente: y no se puede entender cómo puedan ser materiales sin ser materia. Por lo demás, para rechazar de plano estos y los demás accidentes que admiten los adversarios, debería bastar una sola razón, a saber la de vernos libres de tantas especies puramente imaginarias, ininteligibles e inútiles y que se contradicen mutuamente así en el aire y en los objetos como en nuestra propia imaginación y fantasía”.²⁵⁸

Otro efecto de la nueva formulación, que hizo sentir su trascendencia de inmediato en múltiples aspectos de la realidad, y que Erophilia recogió sabiamente, tuvo que ver con la idea de relatividad, ya que todo cambio posible de lugar comenzó a explicarse a partir de diferentes elementos: por el movimiento de los objetos, por el movimiento de quien los contempla o por ambas cosas a la vez, con lo cual la indicación del punto central de las coordenadas se convirtió en dato necesario para juzgar acerca de un fenómeno concreto de movimiento.

Se puede aclarar un poco más tan discutidos temas, sirviéndonos de un ejemplo de Magnin: “ocurre como con una nave que se aleja del puerto: se dice que la nave se mueve, pero que el que va sentado en ella no se mueve; pero como forzosamente hay que llegar a comprobar que también él se mueve, porque es parte de aquel conjunto, y no puede moverse el todo sin que se muevan sus partes, arguyo con todas las de ley: se mueve el todo; luego se mueven también todas sus partes”.²⁵⁹

Otra consecuencia de la nueva conceptualización del movimiento es que brindó a Magnin la oportunidad para exponer el método científico, racionalista deductivo, aspecto que, como es conocido, captó la atención del pensamiento en los comienzos de la edad moderna, haciendo que prácticamen-

te ninguno de los grandes pensadores de la época dejara de preocuparse por encontrar un nuevo camino que condujera al descubrimiento de nuevos conocimientos. Baste recordar a Francis Bacon, quien publica en 1620 su obra "Novum Organum" o el mismo Descartes quien edita en 1637 su célebre "Discurso del Método", obras en las que se insiste en la importancia que tiene el método para el descubrimiento de la verdad y se lamenta la escasez de conocimientos auténticos logrados por la humanidad, debido principalmente a la falta de un método seguro.²⁶⁰

El primer paso de este método o su condición de posibilidad era, según Espejo, "el conocimiento de lo propio, origen, a su vez, de nuestra felicidad". Por eso insistía, "... en que se acuerden que Descartes, para simplificar las relaciones de las cosas, quiso empezar la serie de las verdades conocidas, por esta que es evidente: Yo pienso: luego existo, luego tengo ser", "fórmula que antepone de modo claro la existencia a la esencia".²⁶¹

La historiografía tradicional ha dibujado una especie de divorcio entre el mundo de las ideas y el de las cosas sensibles, entre lo "objetivo" y lo "subjetivo", sea porque confirió a los objetos y los problemas físicos un peso determinante en el proceso del conocimiento – realismo -, sea porque adjudicó a la elaboración conceptual un carácter prioritario – idealismo -.

Erophilia criticó esa manía de ver en forma monista determinado problema. Entre empirismo—positivismo y racionalismo—idealismo los debates eran eternos. Aun en el caso del racionalismo cartesiano, esta tajante separación de fronteras, por su misma simplificación, no era suficiente para explicar el interesante proyecto ilustrado. En el modelo racionalista deductivo, las relaciones entre lo abstracto y lo concreto no se afincan en el desconocimiento y mucho menos en el desprecio de uno de los polos, sino más bien en una forma específica de integración de uno y otro nivel, integración asuntiva por la cual los hechos y observaciones suministradas por la experiencia, alcanzan una rigurosa delimitación y determinación a partir de hipótesis o leyes generales, en forma similar a lo que acontece en la geometría, que, como decía Descartes, fue el método que le inspiró.

No cabe duda que la ciencia de la época moderna comenzó remitiéndose a la fuente originaria de la experiencia de los sentidos, pero relativamente pronto llevó de nuevo al espíritu al postulado del análisis matemático, en el

que el concepto encontraba una nueva valoración. “Se reconoce, dice un autor, resueltamente y sin la menor reserva, que toda investigación debe ir precedida por un concepto ideal y general de la realidad, aunque es ciertamente, la observación y sólo ella la llamada a decidir si en el mundo de la percepción sensible que nos rodea hay realmente contenidos que corresponden a aquel primer postulado ideal y si, por tanto, es posible una ciencia exacta. (...) Quien se empeñe en desglosar el pensamiento de aquella necesaria relación se hallará prisionero de un mundo de apariencias vacuas, ni más ni menos que quien se atenga exclusivamente a las sensaciones, viendo en ellas el único testimonio valedero”.²⁶²

Otro principio general, importante en el debate sobre el movimiento, tuvo que ver con la cantidad, siempre igual o constante, desde la creación del universo, del movimiento, que la ciencia posterior ha mostrado que se transforma, a través de variadas metamorfosis, sin jamás destruirse.

Por este camino arribó Magnin, una vez más, al planteo humanista que, desde lo fundamental de su postura católica, trataba de dar razón autónoma del mundo, particularmente de la explicación científica, sin recurrir al amparo permanente de lo religioso para absolver los retos de la naturaleza y la ciencia. Contra quienes acuden precipitadamente a supuestas actuaciones de Dios para dar fácil respuesta a los problemas filosóficos o científicos, “indigno de un filósofo”, opone la figura del fundador de la filosofía moderna, quien se resistía a recurrir sin más directamente a Dios en su omnipotencia, como si El solo, sin ningún intermedio o instrumento, obrara en todas las cosas.

Por otra parte, quienes así pensaban no habían logrado comprender el meollo del debate, que no radicaba en la negación o afirmación de la relación del mundo con Dios, sino en la existencia de leyes o estructuras generales en la naturaleza que permiten explicar sus fenómenos. “Pero no es este el problema, prosigue Descartes: lo que se indaga es si además de aquella primera causa necesaria de todas las cosas y además de los espíritus que son sus ministros, existe otra causa general, creada, pero que será única, simple y, en lo posible, inmutable, a la que deban referirse y subordinarse todas las demás cosas?”²⁶³

Sobre esta clara delimitación de fronteras entre las disciplinas de la fe y las de la razón, avanza la reflexión de Magnin hacia aspectos epistemológicos

capitales para el desarrollo de la ciencia ilustrada. Baste recordar la ley de economía racional: “Non sunt multiplicanda entia sine necessitate”, y la exigencia de verificación o probabilidad: “Non est admittendum quod non demonstratur”, pues, como dice un autor, “Solamente lo que se garantiza a través de una explicación demostrativa que no deja lugar a otra posibilidad según el modelo de la prueba matemática, puede admitirse como afirmación filosófica o (científica), y dentro de esto todavía se han de excluir los elementos que no sean absolutamente necesarios para la demostración”.²⁶⁴ Magnin juzgó esto realizable, al igual que Descartes, estableciendo un principio físico de valor universal, señalando un primer principio en la naturaleza, “ya se lo llame ley natural, fuerza o apetito innato, ya también gravitación universal, (...) o cualquier otra cosa, por una parte; y por otra, asignando a lo propuesto el carácter de hipótesis, “oportuna y útil para explicar un problema”, pero que solo a partir de las razones a posteriori, en términos actuales a través de la experimentación y verificación científica, encontrará su aval definitivo.

Otra línea de aporte provino de la nueva metodología de descripción de los fenómenos naturales. Así por ejemplo, la animación de los astros y en especial del sol, deja de concebirse en Magnin como la de un ser vivo, para ser vista más bien como el resultado de fuerzas centrífugas, centrípetas y de rotación, medibles y parte del orden del universo, convertido ya en un orden matemático, similar al de un gran reloj, que el pensamiento humano podía captar a través de observaciones y mediciones rigurosas, establecidas sistemáticamente con el instrumental matemático y la experimentación y verificación científica de que habían dado ejemplo, por esos mismos años, en la Audiencia de Quito, los miembros de la Misión Geodésica Francesa.

La explicación del movimiento del corazón y las arterias, apoyada en lo fundamental en los descubrimientos de Guillermo Harvey, 1578—1657, constituye otra prueba más de la fuerza del nuevo sistema demostrativo; y las reglas sobre la mecánica que propugnaba el método cartesiano en el campo de la óptica, aspecto también desarrollado profusamente por Magnin al tratar las relaciones entre el ángulo de incidencia y el ángulo de refracción, que la escolástica no había logrado descifrar, constituye un ejemplo más entre los abundantes testimonios que presenta Magnin sobre la nueva metodología de análisis de los fenómenos naturales.

Pedro Vicente Maldonado, el jesuita Hospital, el obispo José Calama, José Dávalos, Joaquín Rodríguez y su Hijo Miguel Antonio, Eugenio Espejo y su cuñado José Mejía, a quienes se sumaron con el tiempo decenas de colegas, abogados y profesores de la universidad fueron los portadores de este nuevo fuego sagrado. Coronó todos estos esfuerzos, la declaratoria, por el Consejo universitario, en forma terminante, de no dar curso a la solicitud del Provincial de los Dominicos y del Prior de la Provincia y Convento Máximo de Predicadores de Quito, que exigía se imponga la doctrina tomista., en la ya secularizada universidad.

Un amigo de Espejo consignó en el debate lo siguiente: “¿Quién puede dudar lo que ha ganado esta Facultad desde Santo Tomás al siglo presente? ¿Por qué pues se escandalizan los Padres que en estas materias se niegue la autoridad del Angélico Doctor, que ni creía que hubiese antípodas en el mundo, y aun se tomen para la enseñanza pública otros autores más ilustrados en esto, que el Santo, y más útiles por el acopio de conocimientos científicos de la naturaleza? ¿Quién ignora que para la inteligencia de la verdadera Física se necesitan más que principios matemáticos, de los que jamás habló el Santo Doctor?”²⁶⁵

De las ciencias naturales

Retomó el “fuego Sagrado”, años más tarde, más que en el campo de la física, en el de las ciencias naturales, José Mejía Lequerica, quien introdujo en el plan de estudios de la Universidad, por vez primera, la cátedra de Botánica y ha sido considerado como el iniciador de esta ciencia en el Ecuador.²⁶⁶

En Junio de 1803, Caldas ponderó, en elogiosos términos, la trascendencia de la obra de Mejía al introducir en el plan de estudios la Botánica: “Solo a Quito, dijo, pertenece el honor de haberla puesto en manos de su ilustre juventud y hecho de ella un ramo de la educación pública. Todos los pueblos de la Nueva Granada oirán con asombro esta feliz revolución, este noble atrevimiento del joven Mejía. Ah señores, es preciso una alma grande y emprendedora, un espíritu vasto y atrevido, para elevarse sobre sus compatriotas, para arruinar con una mano las preocupaciones y sustituir en su lugar los conocimientos útiles que hacen el apoyo y la esperanza de la sociedad. Esto es lo

que acaba de verificar a nuestros ojos este joven digno de mejor fortuna y acreedora a un eterno reconocimiento. Ilustre juventud que actualmente os educáis bajo tan sabio preceptor, felicitaos, dad gracias a la Providencia por haber nacido en tiempos tan felices. Recoged y conservad con cuidado las semillas preciosas de la ciencia que acabáis de recibir de su mano. Tal vez ahora no conocéis toda la extensión del beneficio que se os acaba de hacer; día llegará en que asombrados con el tesoro de luces que poseéis, que apreciados por todas partes, establecidos en los mejores puestos del Estado, os acordéis que todos esos bienes han sido dimanados de la educación sabia que merecisteis en vuestros primeros años. No lo dudéis: Mejía acaba de echar los fundamentos de vuestra felicidad".²⁶⁷

Mejía, el esposo de Manuela, fue una especie de pionero en dos campos de las ciencias: en filosofía y en botánica. Dentro de la filosofía sus aportes fueron valiosos, ya que después de haber ganado la Cátedra de Filosofía, en 1800, trató de implantar de nuevo la corriente ilustrada y especialmente la enseñanza de la nueva física.²⁶⁸

En cuanto a la botánica, consta que en Julio de 1803 ya dirigió a uno de sus discípulos, a Manuel Espinosa y Ponce, en la elaboración de los "Acer tos y Dedicatorias" que se pronunciaron en el acto académico realizado en honor de don Celestino Mutis, el célebre botánico español que levantó en Nueva Granada un monumento a las ciencias naturales con sus notables estudios sobre la flora americana.

El acto en mención coronó los esfuerzos que Mejía venía realizando a través de la docencia e investigación en el campo de las ciencias naturales, esfuerzo que se concretó en su obra: "Plantas Quiteñas", "la primera obra sobre la flora nacional, escrita por un nativo, siguiendo los lineamientos de la botánica moderna"²⁶⁹. Además, Mejía envió a Mutis las descripciones, con sus esqueletos y láminas, de nuevos géneros y nuevas especies, una de ellas el género Espejoa, en homenaje a su maestro y cuñado, Eugenio Espejo y varios Cuadernos con descripciones botánicas. En aquella época, según Caldas, "desde que Mejía recibió consejos científicos de parte de Mutis, no piensa, no habla, no respira sino botánica"²⁷⁰

En el desarrollo de esta afición por la Botánica y en el florecimiento de las ciencias naturales en Quito rol importante jugaron las sólidas relaciones de

amistad que Eugenio Espejo y, especialmente, Mejía entretejieron con Mutis y con Caldas. En cuanto a la labor de Caldas en la Audiencia, esta fue notable. “El nombre de Caldas, dice Salvador Lara, ocupa también lugar de importancia en la historia de la ciencias en el Ecuador” y González Suárez resumió así su actividad científica en el Ecuador: “Recorrió toda la meseta interandina, desde el Nudo de Huaca, al Norte, hasta las montañas de Loja, al mediodía de la Presidencia de Quito; rebotando en entusiasmo se ocupó de cumplir su comisión (el encargo de Mutis de estudiar la flora de la región andina equinoccial y principalmente la comarca de Loja); practicó observaciones astronómicas, examinó la comarca donde nacen las Quinas, levantó planos geográficos, trazó cartas y derroteros y regresó a Bogotá llevando un riquísimo herbario de la flora andina ecuatorial”.²⁷¹

De esta época de expediciones a los montes y despoblados, a buscar y dar nombre a las plantas, data una anécdota que la solía narrar Eugenio Espejo y consta en una carta que este dirigiera a Luis Andramuño, el 5 de Junio de 1785. Refiriéndose a quien años más tarde sería su cuñado, Espejo narra la afición de Mejía al té de guantug, quien “... había vuelto con mayor furor a sus antiguas costumbres, y que habiendo tomado voluntariamente y de suyo guantug, había experimentado sus efectos y quedado un loco mudo, ó cuando más de responder sí ó no, y no como Cristo nos enseña. Avíseme por su vida qué hay en esto, que me duele; si es verdad, por tan funesto accidente; si es mentira, por ver el conato de algunas gentes, que quieren arruinar su nombre y reputación de talentos, juicio y cultura literaria, tal vez porque está de opositor”.²⁷²

Figura también señera en esta labor fue Anastasio Guzmán y Abreu, quien murió en las cercanías de Baños, víctima de su curiosidad científica. Este botánico español fue piedra clave para el despertar de la afición de Mejía por las ciencias naturales y le confirió el siguiente certificado: “yo el infraescrito profesor Práctico de Farmacia, Galénica y Clínica, recibido y revalidado en Sevilla, Puerto de Santa María, Guayaquil y Quito, Catedrático, que fui de Botánica en la Real Sociedad Médica de Sevilla, etc., certifico en la forma que puedo, debo y ha lugar en Derecho, que habiendo venido a esta ciudad el año pasado de ochocientos uno para ejercitar en ella la Farmacia y Clínica y continuar mis descubrimientos en los tres ramos de la Historia Natural, a sa-

ber, Mineralogía, Zoología y Botánica, arrebatado el doctor don José Mejía de su ardiente deseo de saber, solicitó mi amistad casi en el primer año de mi llegada, y desde aquel momento se sujetó enteramente a mi dirección y enseñanza en las facultades ya referidas, sin perder desde entonces hasta hoy la ocasión más mínima de aprovecharse de mi trato, operaciones y escritos, acompañándome a mis peregrinaciones y haciendo otras por sí, en las que ha descubierto y descrito varios géneros y especies nuevas de vegetales, cuidando siempre de inquirir sus virtudes y usos para el alivio de los enfermos y la ilustración de su patria, con cuyo fin se halla también trabajando los nuevos sistemas botánicos, que pueden contribuir a los progresos de la ciencia de la Flora, a que más se ha aplicado. Es cuanto puede afirmar en obsequio de la verdad. Quito, 13 de Mayo de 1804.²⁷³

Pocos años después, en mayo de 1807, Manuela de Santa Cruz y Espejo, presentó un escrito ante el Alcalde Ordinario de Quito, en que afirmaba que su esposo “cuidaba de la mantención y vestuario” de don Anastasio Guzmán, a quien José Mejía había acompañado en muchas expediciones botánicas a Otavalo, Cocaniguas, etc, trabajando juntamente con él en escribir y recoger plantas y demás producciones naturales; como también en coordinarlas y denominarlas con igual esmero y trabajo”.

Manuela también aseveraba que Anastasio Guzmán y Abreau, “satisfecho de los conocimientos científicos de Mejía y confiado en el amor que éste le profesaba, le donó y cedió sus papeles para que Mejía cuidara de coordinar la obra según los principios y fundamentos que le había comunicado y le diese a la luz pública”²⁷⁴

En todas estas batallas Manuela participó directamente. Su colaboración estuvo vinculada especialmente con la batalla que dio su esposo por modernizar la enseñanza de las ciencias naturales. “José Mejía fue un hombre con una ejemplar inclinación para la Ciencia, siendo de los primeros en investigar la naturaleza ecuatoriana con teorías y métodos apropiados.”²⁷⁵

Cuando en 1813 falleció su esposo en Cadiz, víctima de la fiebre amarilla, Manuela inició de inmediato el reclamo ante los tribunales de las obras de Guzmán, quien vivió y residió por algún tiempo en Quito, en el hogar de los Espejo. Manuela “Declaro que Don Anastasio Guzmán, natural que fue de los reinos de España, vivió por algún tiempo y mientras residió en este lugar

(Quito), a expensas de mi marido y las mías, por su demasiada pobreza, (acompañándole) aún en las Expediciones que hacía a los Montes y Despeñados, a buscar Específicos proporcionadas a la Botánica, a que era aficionado; en cuyos descubrimientos tuvo también mi marido la paciencia de acompañarlo; y que a mayor abundamiento, tuvo parte mi marido con los apuntes y dibujos de Botánica, como inteligente que fue en esta facultad".²⁷⁶

Este reclamo también le sirvió a Manuela para revivir estrechas relaciones de trabajo que se tejieron entre ella y los portadores del fuego sagrado: José Mejía, Anastasio Guzmán, Celestino Mutis, Francisco José de Caldas, Juan Pío Montufar, Humboldt y Carlos Montufar.

Seguramente ella participó en muchas de las interminables reuniones en que su hermano y su equipo debatían y aclaraban los conceptos básicos de la nueva ciencia, discusiones decisivas para construir las nuevas teorías. Además, seguramente ella también colaboró en la preparación de toda la logística que demandaba ese pequeño pelotón de iluminados; ella dio ánimo o les reclamaba en sus momentos de desánimo y en más de una ocasión debió haberles exigido tomar posición sin amilanarse.

Las cartas de Celestino Mutis al Presidente de la Audiencia de Quito, Villalengua y de éste a Espejo o las de Mutis a Juan Pío Montufar, el 26 de Julio de 1787, a fin de contar con la ayuda de Eugenio Espejo para poder formar la flora de Quito, dan testimonio de la activa participación de Manuela en la construcción de las ciencias naturales en Quito.

Eugenio Espejo, el 3 de noviembre de 1787, presentó al Presidente de la Audiencia, una queja por la violencia con que fue tratada su hermana, cuando un piquete de soldados, por la mitad de la plaza mayor de Riobamba, en claro día, procedió a arrestarlo y a secuestrar todos sus papeles, buscados hasta en el aposento de su hermana y aún en las arcas reservadas de ella.²⁷⁷

Si a la labor de Mejía, de Guzmán y de Caldas, pese a los conflictos y distanciamientos, unimos la inconmensurable producción de Humboldt, quien visitó América entre 1799 y 1804 y desarrolló su labor en Ecuador entre 1801 y 1802, el resultado final fue un extraordinario avance en el campo de las ciencias naturales. El servicio de Humboldt al desarrollo de las ciencias fue inconmensurable. Humboldt midió las alturas del Chimborazo, del Tungurahua, Carihuairazo y los Altares. "Aparte de los problemas vulcanológicos y

mineralógicos dio a conocer los fenómenos relacionados con la influencia de las diferentes altitudes en la vegetación y en las condiciones físicas de la atmósfera, además de su acción fisiológica en el hombre. Ilustrados por dibujos y croquis, aparecen en los “Aspectos Pintorescos de las Cordilleras” y en sus Diarios, nuestros volcanes, los castillos incaicos de Callo e Ingapirca, sobresaliendo los ejemplares de botánica equinoccial, que estudio de consuno con Bonpland. De Quito conservó y expresó el mejor recuerdo. Apreció la riqueza de su arte y sus bibliotecas y ponderó la belleza de su paisaje. En Sentir de Humboldt, “la provincia de Quito es una de las regiones más admirables, preciosas y pintorescas del mundo”.²⁷⁸

Lastimosamente, a pesar del apoyo de Caldas, de Guzmán, la autoridad de Mutis y la visita de Humboldt, los padres de familia de la Universidad se escandalizaron porque el novato profesor, José Mejía, enseñaba a la juventud el valor de las plantas en vez de las excelencias de los silogismos.²⁷⁹

Capítulo VI

LA VIDA COTIDIANA

Las bodas

En julio de illo tempore, se casaron dos jóvenes, hijos de amigos de la familia Espejo. La novia solicitó a Manuela que sea la madrina e intervenga en algún momento de la fiesta dirigiendo unas palabras. Manuela no solo aceptó el reto sino que además ofreció, como parte del agasajo, dirigir la preparación de la comida de homenaje, a partir de un menú que era parte de la herencia culinaria de los ancestros y que ya casi se había olvidado por el paso de los años y lo tedioso de su preparación.

En la ceremonia religiosa, que fue de primera, hubo tres lecturas. La uan fue tomada del libro del Génesis y relata una historia bellísima, todavía hoy fascinante, sobre las raíces u origen de la mujer. “Yahvéh Dios formó del suelo todos los animales del campo y todas las aves del cielo y los llevó ante el hombre para ver cómo los llamaba, y para que cada ser viviente tuviese el nombre que el hombre le diera. El hombre puso nombres a todos los ganados, a las aves del cielo y a todos los animales del campo, mas para el hombre no encontró una ayuda adecuada. Entonces Yahvéh Dios hizo caer un profundo sueño sobre el hombre, el cual se durmió. Y le quitó una de las costillas, rellenando el vacío con carne. De la costilla que Yahvéh Dios había tomado del hombre formó una mujer y la llevó ante el hombre. Entonces este exclamó: “Esta vez sí que es hueso de mis huesos y carne de mi carne. Esta será llamada varona, porque del varón ha sido tomada” Por eso deja el hombre a su padre y a su madre y se une a su mujer, y se hacen una sola carne”.²⁸⁰

La segunda lectura pintó a la “mujer perfecta” a través de un poema del libro de los Proverbios:

“Una mujer completa ¿quién la encontrará?

Es mucho más valiosa que las perlas
En ella confía el corazón de su marido,
y no será sin provecho.

Le produce el bien, no el mal
todos los días de su vida.

Se busca lana y lino
y lo trabaja con manos hacendosas.

Es como nave de mercader
que de lejos trae su provisión.

Se levanta cuando aún es de noche
da de comer a sus domésticos
y órdenes a su servidumbre.

Hace cálculo sobre un campo y lo compra;
con el fruto de sus manos planta una viña.

Siente que va bien en su trabajo
no se apaga por la noche su lámpara

Alarga su palma al desvalido,
y tiende sus manos al pobre.

(...)

Se viste de fuerza y dignidad
y se ríe del día de mañana.

Abre su boca con sabiduría,
lección de amor hay en su lengua.

Está atenta a la marcha de su casa,
y no come pan de ociosidad.

Se levantan sus hijos y la llaman dichosa;
su marido, y hace su elogio:

“¡Muchas mujeres hicieron proezas,
pero tú las superas a todas!”

Engañosa es la gracia, vana la hermosura,
la mujer inteligente, esa será alabada.

Dadle del fruto de sus manos
y que en las puertas la alaben sus obras”²⁸¹.

La lectura del evangelio que escogió el sacerdote para esta ocasión fue el capítulo sexto de San Matero, sobre la indisolubilidad del matrimonio: “Y se le acercaron a Jesús unos fariseos que, para ponerle a prueba, le dijeron: “¿Puede uno repudiar a su mujer por un motivo cualquiera?”. El respondió: “¿No habéis leído que el Creador, desde el principio, los hizo varón y hembra, y que dijo: Por eso dejará el hombre a su padre y a su madre y se unirá a su mujer, y los dos se harán una sola carne? De manera que ya no son dos, sino una sola carne. Pues bien, lo que Dios unió no lo separe el hombre.”²⁸²

El sermón recorrió más o menos los andariveles conocidos. El señor cura insistió en el pacto de fidelidad que debían mantener los jóvenes esposos, especialmente la mujer; en la necesidad de la procreación, meta última del matrimonio; en las dificultades del matrimonio y el compromiso de mantener la llama del hogar siempre prendida, a pesar de las adversidades que nunca faltan; en el ejemplo de amor en que debían convertirse los nuevos esposos para sus conocidos y amigos; en la educación de los hijos,... Le pidió a la novia que vea a su novio como el “príncipe azul” en que ella había soñado, como el hombre y el compañero ideal que Dios le había dado para su realización como mujer. Al novio le pidió ver en la novia a la madre de sus hijos y a la compañera ideal. Terminó haciendo un llamado a todos los asistentes a fin de que coadyuven a la felicidad de los novios.

Cuando avanzó la tarde, los novios solicitaron a Manuela que hable. Recordaron que corrían un riesgo, pero que lo habían asumido conscientemente. Sabían que el contraste entre lo que habían escuchado, a la mañana, en la iglesia y lo que diría Erophilia podía ser conflictivo, romper los esquemas vigentes y escandalizar sobre todo a los suegros, amigos y más familiares, de parte y parte. Pero valía la pena escuchar a Manuela sobre tema tan delicado. En todo caso, la apuesta dio buenos resultados, más entre la joven generación, que entre los mayores que más bienes mostraron reparos. Uno de los asistentes, con espíritu de secretario, tomó nota de la intervención de la madrina, que reproducimos pese a su difícil legibilidad, ya que el polvo de los años ha afectado al papel original.

Según el secretario, Erophilia comenzó narrado dos concepciones diametralmente diferentes sobre las relaciones entre el hombre y la mujer. La primera, la más conocida e incluso usada frecuentemente por civiles y religiosos

cuando se refieren al matrimonio, constaba en el famoso Banquete de Platón, donde Aristófanes relata una historia bellísima, todavía hoy fascinante, sobre la esencia del amor; visión esta bastante parecida a la bíblica que se había leído a la mañana. “Cuenta que los hombres eran originalmente seres esféricos; pero habiéndose comportando mal, los dioses los cortaron en dos. Ahora, cada una de estas dos mitades, que habían formado parte de un ser vivo completo, va buscando su complemento. Este es el que cada hombre es, en cierto modo, un fragmento de algo; y eso es el amor: que en el encuentro se cumple la esperanza de que haya algo que sea el fragmento complementario que nos reintegre. Esta profunda parábola de encuentro de las almas y de afinidades electivas puede transferirse a la experiencia de lo bello en el arte o al matrimonio.²⁸³

La segunda concepción comprende al hombre y a la mujer como una especie de rompecabezas, en que se requiere que diversas piezas concurren a llenar los múltiples vacíos y a través de experiencias, elementos, circunstancias o personas se pueda construir la totalidad. Una sola pieza no es suficiente aunque ella se acoplara a la perfección. El hombre o la mujer, por su misma naturaleza y por su carácter creador no encontraría sosiego mientras esos múltiples vacíos no sean llenados. En la vida al igual que en un rompecabezas cada persona aporta, ningún hombre es igual a otro, cada pieza es especial, brilla en alguna dimensión, es única, pero nunca abarcará ella exclusivamente a la totalidad del conjunto. Ambos, por ejemplo, podrían trabajar mejor cuando llevan adelante varios proyectos a la vez, establecen sus ámbitos de privacidad, cultivan diversos espacios. Si se dedican a una sola cosa se agostarán, oprimidos por el aburrimiento.

Pero lo audaz de esta segunda propuesta, era la idea, según la cual, de todos los seres de la creación, el hombre y la mujer serían el único ser que no encontraría sosiego con ninguno de los entes creados, porque ninguno lograría llenar a plenitud todas sus demandas y necesidades. El hombre y la mujer estarían llamados a experiencias múltiples en todos los campos; a encuentros y contactos diversos más que exclusivos. ¿Por qué a las mujeres se les había convencido sobre la posibilidad de que una sola experiencia, una sola persona, un solo tipo de talante era suficiente para ellas? ¿Podía un solo mortal, seguramente perfecto en alguna dimensión, satisfacer todas las diversas y ricas

facetas de una mujer? ¿Existe el príncipe azul! ¿Debía la mujer renunciar a conocer y enfrentar a hombres con diversas cualidades, que escondían diversos tesoros y eran capaces de realizar las más diversas empresas y enriquecer las más complejas demandas?

Atónitos los invitados a la fiesta escucharon las dos bellísimas concepciones del matrimonio y algunos no dejaron de alarmarse, especialmente, por la segunda versión, que insinuaba que las personas son propensas, por su misma naturaleza, más a la poligamia que a la monogamia.

El matrimonio y sus dilemas

Manuela, además, avanzada la tarde, en un círculo más pequeño de jóvenes, aprovechó la ocasión para conversar sobre el modelo y el papel de la mujer en la sociedad colonial. Con los ojos también muy abiertos, los más jóvenes le escucharon poner reparos a las principales “virtudes” en las que se ponía énfasis generalmente en la vida matrimonial, que a ella le parecían prácticamente risibles, como era el caso del llamado a la humildad y a la obediencia, de parte de la mujer; a la sujeción del propio juicio al ajeno, el del esposo y por ende a no tener criterio propio; así como también a despreciar y rechazar el cuerpo y sus sentidos o tener que cumplir con los deberes domésticos con alegría y sin enfado, como vocación propia de la mujer. A través de la valoración de la “mortificación” y del sentido de culpa, del relegamiento de sí mismas, de la sujeción a un rol prefijado, se intentaba construir una determinada manera de ser femenina, propia de un ser débil y pasivo, y que ella repudiaba.²⁸⁴

Según *Erophilia*, el matrimonio, en los nuevos tiempos, tendría que marcar una ruptura con los moldes antiguos y avanzar entre los más diversos escollos, entre Schilla y Caribdis, bajo el riesgo permanente de dar contra uno de los acantilados y naufragar.

¿Cuál misma era su propuesta, al examinar institución tan compleja como esta? ¿Qué mismo le fascinaba del matrimonio y de los hombres? ¿Qué sucedería con esta institución a futuro? Ella misma se juzgaba valiosa no tanto por su belleza cuanto por su inteligencia y astucia. La inteligencia también era un don que debían cultivar las mujeres. Encontraba tal placer en penetrar

y derribar los laberintos intelectuales que suelen anidar en la cabeza de los hombres; en conversar y desbaratar sus construcciones y defensas; en discutir con ellos y vencerlos; en hacerles patente la limitación de sus ideas, que el intercambio apasionado de la conversación y discusión era una forma de seducirlos y ser seducida, como ella solía decir.

Siempre le fascinó las cosas maravillosas que los hombres podían planificar, idear, expresar, escribir o diseñar. Como que el fuego de su cerebro y las excitaciones mentales que provocaban las discusiones o las controversias le apasionaban más que otras cosas. Más aún, juzgaba que frente a la inteligencia y frente al “genio” quiteño que lo abraza todo, todo lo penetra, a todo lo alcanza”, el contacto físico y la pasión eran secundarios, una especie de retroceso a lo primitivo y animal.²⁸⁵ En lugar de hombres a quienes besar y de cuerpos a los cuales palpar, perseguía el descubrimiento de sus mentes, valores y cerebros. Le encantaba la vida intelectual y eso le provocaba grandes emociones. Lo importante era las discusiones, los planteamientos, la luz de los proyectos.

Además, esta especial valoración de los hombres le dotó de un instrumento muy eficaz para incluso superarlos y no rendirse ni ceder su espacio privilegiado, el de su libertad. Solía decir que el placer máximo de una mujer radicaba no tanto en el matrimonio cuanto en su libertad y que ello era infinitamente superior a todo contacto o amor. Según ella, constituía una falla histórica el que las mujeres no hayan enseñado a sus hijas e hijos que hay algo mejor, algo más elevado: la libertad y la privasidad bella y pura de una mujer.

Por otra parte, se quejaba de que la mayoría de las mujeres no se hayan percatado de este principio elevado, que incluso les permitía apoderarse de un hombre sin entregarse realmente a él, sin caer en sus manos y poder. ¿Por qué no podía la mujer incluso utilizar eso del sexo para adquirir superioridad sobre los hombres? Lo único que tenían que hacer era retraerse en la relación sexual, y dejar que él concluyera y se desfogase sin necesidad de llegar por su parte al punto álgido: podía entonces, la mujer, prolongar la unión y conseguir su orgasmo y momento culminante mientras él le servía de instrumento de su satisfacción. La mujer podía dar su consentimiento al hombre sin entregar su ser interno y libre; la mujer se podía apoderar de un hombre sin entregarse realmente. ¿Por qué no se podía utilizar a los hombres, hacer de

ellos compañeros y usarlos y servíselos en forma parecida a como ellos lo habían hecho con la mujer, por siglos de siglos?²⁸⁶

Más aún, los hombres habían sobrevalorado a tal grado el contacto físico y habían aprendido a sacarle provecho, que hasta lo habían convertido en asunto de conquista y de seguridad personal, de autoafirmación y de propiedad y hasta les servía para medir su grado de éxito. A través de una mujer bella ganaban aplausos y admiración; de una mujer de noble cuna ascenso social, y una mujer rica les servía para atesorar fortuna y lucirla como propia. Por otra parte, a través de la mujer habían desarrollado un fuerte sentido de exclusividad y hasta de propiedad. Todos sus instintos y capacidades se volcaban hacia esa meta: dominar y disfrutar de la apropiación de una mujer y a través de mil subterfugios ponerla a su orden y servicio, especialmente el sexual. Otro tipo de placer no lograban vislumbrar y por eso, en gran medida, se habían embrutecido. Este sentido de propiedad o exclusividad era el que estaba a la raíz de la mayoría de comportamientos. Por ejemplo, las habían transformado en “amas de casa”, listas y preparadas para responder a sus más mínimos deseos y necesidades: preparar su ropa, su comida, su descanso y estar atentas a los más mínimos deseos de su amo y propietario.

Esta apropiación alcanzaba su clímax cuando eran víctimas de los celos, que por regla general les atormentaban hasta llegar a desesperarles. Cuando una mujer entraba en tratos con otro varón e incluso cuando no era más que un lance sin trascendencia, el temor a perder el éxito alcanzado, a perder su posesión privada, los convertía en fieras capaces de destrozar y atacar a biar. Tal vez nada les enfurecía más y no había pérdida mayor para los hombres que cuando un amor les abandonaba. Además, provocar celos a los hombres era la manera más efectiva de tenerlos a los pies, aunque paezca contradictorio.

En todo caso, parecería que Erofilia, la amiga del amor, nunca logró desarrollar ambos polos, que ella nunca comprendió que la vida mental, el verdadero conocimiento provenía no solo de la mente o el cerebro sino también del corazón, del cuerpo, del estómago y las vísceras. Parecería que terminó atrapada en un concepto limitado de la razón, del arte y del amor; una especie de racionalidad ilustrada, hoy diríamos instrumental.

Avanzada la tarde la conversación creció en interés y los jóvenes hasta dejaron de bailar, rodearon a Manuela y le formularon mil preguntas de la más

diversa naturaleza: ¿Cómo comportarse ante un varón de determinado temple? ¿Por qué soportar ciertos comportamientos? ¿Por qué la mujer no tenía acceso a determinadas profesiones, lugares y trabajos? ¿Qué hacer en uno u otro caso?...

Manuela juzgó que había cuatro paradojas o disyuntivas a que se reducían la mayoría de preguntas y a las que se vería abocada toda flamante pareja, tarde o temprano, y que vistas por separado, conducirían a puertos diferentes, a callejones sin salida, a contradicciones insalvables, pero que asumidas permitirían superar las paradojas a primera vista insolubles.

Así, por ejemplo, las nuevas parejas, en el tiempo que estaba por venir, incluida la esposa, tendrían que enfrentar el mundo del trabajo y más en la dura circunstancia que atravesaba la Audiencia en aquellos tiempos. La mujer, según Erophilia, debía, cada vez más, abrir y empujar las puertas laborales que le habían sido cerradas. Pero también la mujer requería dar chance al disfrute del hogar, del tiempo, del ocio, en el buen sentido de este término, en lo que tiene de creatividad, alegría y placer, y, lo más difícil, compartir el trabajo, sus cargas y productos, sus dificultades e ilusiones con el esposo, a fin de crecer conjuntamente.

¿Cómo dedicar tiempo al hogar y al trabajo? ¿Lo uno no implicaba el abandono de lo otro? En todo caso, decía Manuela, en la sociedad del futuro se corre el riesgo de que en una de las tareas más importante de las personas: en su trabajo, en su vida profesional, la pareja no se encuentre y cada uno, por separado, avance en su desarrollo incluso personal, con el consiguiente riesgo de que se produzcan desniveles que terminen distanciándolos. A futuro, buena parte de las separaciones serían ocasionadas por el divorcio entre el mundo del trabajo y el mundo de la pareja, sea el de la mujer o el del esposo.

La segunda aporía que desarrolló Erophilia tenía que ver con el círculo familiar, la vida de hogar, los intereses familiares y la apertura de la pareja a otras relaciones y a la vinculación con la comunidad. En este aspecto los flamantes esposos corrían el riesgo de volcarse a una u otra esfera en detrimento de la otra. La dedicación a la casa, por ejemplo, especialmente de la mujer, con el connatural encierro de ella en los quehaceres domésticos, era el camino más directo a la esclavitud, a la cortedad de miras, a la chismografía y con

el tiempo al tedio y al aburrimiento. También, en adelante, cada vez más la mujer dejaría de quedar reducida a las cuatro paredes de su casa. Se requería que la mujer participe en la vida familiar y de amigos de su pareja, en sus tareas profesionales y en las públicas, en la acción social o política y que incluso extienda su educación, pese a que en algunas instituciones educativas, aún le estaba expresamente prohibido a la mujer inscribirse o asistir. Tardó mucho tiempo para que la mujer tenga acceso a las profesiones liberales.

La apertura del hombre o de la mujer hacia otras perspectivas podía estrellarse con la carga que los hijos y la vida de hogar solía acarrear, especialmente para la mujer. Entonces era cuando la reproducción se convertía en el objetivo principal y otros retos, placeres y tiempos quedaban pospuestos.

Una tercera disyuntiva provenía, según ella, del carácter de una sociedad cada vez más dinámica, en la que los contactos que tienen hombres y mujeres, las posibilidades que se les abren, las propuestas que reciben son múltiples, que parecerían afectar la estabilidad del matrimonio.

Otro dilema o disyuntiva, cuyo equilibrio también observó Erophia difícil de conseguir, provenía del papel de amiga y esposa o de amigo y esposo, inherentes al matrimonio, que cada pareja estaba llamada a cumplir. Fácilmente se podía terminar rompiendo ese delicado equilibrio, inclinando el fiel de la balance hacia un lado más que hacia el otro, y entonces las sujeciones y el sentido posesivo pasaba a pesar más y se perdía el candor de la libertad que una verdadera amistad encierra. Entonces perdía fuerza el diálogo, la compañía, la privacidad, los espacios propios y exclusivos de cada uno y se imponía más bien la rutina, el cansancio y el agostamiento.

El tema del tedio fue en el que más se explayó Erophia, ya que según ella era la mayor enfermedad de la vida matrimonial y estaba muy ligado con la opresión propia del aburrimiento, frente a la novedad, la innovación, la negación del pasado y sus rutinas, la afirmación de lo distinto, las nuevas experiencias y sus múltiples atractivos. Erophia en carne propia había sufrido y sufría el peso de una ciudad aún poco moderna, de ritmo lento, sin mayor aceleración del tiempo, en ocasiones, “triste, nublada, lluviosa y deprimida”, con pocos espacios para lo nuevo y para ese deseo generalizado por lo diverso a lo rutinario; una ciudad, además, anclada en una doctrina de seguridad y de certezas, y en un pensamiento abstracto y generalizador, que a través de no-

ciones fundamentales, como la idea de sustancia, causalidad, libertad y verdad se aferraba a estructuras y esencias eternas, que conferirían tranquilidad, porque ofrecían una especie de punto firme sobre el que apoyarse.

A comienzos de siglo, Humboldt había dicho que “La ciudad de Quito, es bella, pero el cielo es allí triste y nublado, las montañas vecinas ofrecen poca verdura y el frío es más considerable. (...) A pesar de estos horrores y peligros de que les ha rodeado la naturaleza, los habitantes de Quito son alegres, vivos, amables. Su ciudad respira voluptuosidad y lujo, y quizás en ninguna parte reina un deseo más decidido y general de divertirse. Así es como el hombre se acostumbra a dormirse apaciblemente al borde de un precipicio”.²⁸⁷

Detrás del tedio, también estaba en juego un ideal de vida ordenada y anodina, sin riesgos, sin lucha, sin búsqueda de superación y sin muerte. Y por lo tanto también sin carencias y sin deseos: un océano de mermelada sagrada, una eternidad de aburrimiento. Solo una vida así, decía Erophilia, puede introducir el ideal tonto de la seguridad garantizada, de las reconciliaciones totales, de las soluciones definitivas. Nuestro problema, decía, no consiste solamente o principalmente en que no seamos capaces de conquistar lo que nos proponemos, sino en la forma en que nos proponemos alcanzarlo; nuestra desgracia no está tanto en la frustración de nuestros deseos, como en la forma misma de desear. Deseamos y queremos mal. En lugar de desear una relación humana, inquietante, compleja y perecible, que estimule nuestra capacidad de luchar y nos obligue a cambiar, deseamos un idilio sin sombras y sin peligros, un nido de amor y por lo tanto, en última instancia, un retorno a la seguridad. En vez de desear una sociedad en la que sea realizable y necesario trabajar arduamente para hacer efectivas nuestras posibilidades, deseamos un mundo de débiles satisfacciones, con soluciones venidas de arriba, con recetas de la Iglesia o de la Corona; una monstruosa sala cuna de abundancia y soluciones pasivamente recibidas. En lugar de desear una filosofía llena de incógnitas y preguntas abiertas, queremos poseer una doctrina global, capaz de dar cuenta de todo, revelada por espíritus que nunca han existido o por caudillos llamados desgraciadamente a orientar.²⁸⁸

La belleza

Obviamente, una crítica frontal y global al sistema ético vigente, especialmente a la moral ascética y conventual, en más de una ocasión generó disgustos y sinsabores, no solo por el cuestionamiento y la duda que trataba Erophilia de inculcar acerca de valores acendrados en muchas personas, sino también por la molestia que solía mostrar ante quienes aún defendían las fórmulas tradicionales, que pese a su obsolescencia y agotamiento ella veía reiteradamente emerger y coartar la posibilidad de apertura hacia lo nuevo.

Se requería, según Erophilia, una crítica permanente, que luchase por abrir nuevos derroteros, adelantarse al tiempo, no solo en área social, sino también en lo personal, en las nuevas manifestaciones de los valores éticos y morales, en la reconceptualización de lo bello, del espacio y del tiempo e incluso en la construcción de inéditos parámetros para el trato entre hombres y mujeres, para el cuidado de sus cuerpos y para sus nuevas formas de amar y relacionarse.

Pero de todas las críticas, rumores y censuras, su forma de concebir y aplaudir la belleza y el disfrute de la misma, fue la que desató mayor polvareda. Manuela representaba una ruptura no solo con los criterios vigentes sino también con los gustos de la época, troquelados por la estética religiosa, lo cual fue motivo de aislamiento, soledad y tensión, ya que hirió, tanto a las mujeres apergaminadas de su medio, a los infaltables machistas y hasta a los clérigos defensores del “ascetismo”, que según ella tenían horror a los placeres y habían convertido en odioso y criminal todo disfrute proveniente de los sentidos y de la imaginación.

Su preferencia por lo concreto y por lo sensible le sirvió para llamar la atención a quienes concentraban su atención en lo conceptual y abstracto, sobre la importancia de también asumir el mundo “olvidado” de los sentidos y la sensibilidad. Con palabras de su hermano Eugenio, insistió en la necesidad de que “poetas, políticos, historiadores, el hombre público y el privado y el hombre de genio procedan a rescatar la sensibilidad y sus propiedades para su propia instrucción y gobierno”. Su hermano Eugenio había afirmado que “El filósofo, ora sea que dirija a los jóvenes en el arte de razonar; ora sea el investigador de las verdades sensibles, en el gran círculo de la naturaleza; ora

sea el que descubra aquellas y las abstractas, limitado a la esfera del espíritu humano; ora sea que admire las perfecciones del sumo bien; ora sea que anuncia las nociones de la verdadera felicidad, que patentice, por principios el fin del hombre, el filósofo, digo, debe seguir respectivamente los pasos de la sensibilidad".²⁸⁹ Para Erophilia, en lo que aparentemente es algo particular, coyuntural y pasajero, mera experiencia sensible, como puede ser una puesta de sol, un cuerpo hermoso o la imponentia de nuestros nevados, había algo que, de pronto, a la vista de su belleza, nos detiene y nos transforma.

Esta devoción a la expresión sensible, a sus secretos encantos y belleza se manifestaba, por ejemplo, en su exaltación de la laboriosidad de los quiteños, de la belleza de su arte, de sus edificaciones, de sus artesanías y de su ingenio, que constituían para Erophilia motivo de sano orgullo y reflexión. Con entusiasmo exaltaba la creatividad que resplandecía en las obras de Miguel de Santiago, Caspicara, Cortez, Samaniego, ...²⁹⁰

Por supuesto, el nuevo concepto de belleza suponía una ruptura con los cánones tradicionales. Su hermano Eugenio había expuesto años antes la doctrina del **"buen gusto"**, adscrita a la cual desarrolló las tesis sobre el **"bello espíritu"** y la **"crítica literaria"**; y no hizo más que describir los nuevos parámetros sobre los cuales habría de levantarse, en el futuro, para distinguirse del pasado, la moderna expresión cultural. En otros términos, el paso de un barroco ciertamente pervertido y exagerado, que Espejo denominó "blancardo", que tenía las mismas pretensiones y vuelos del "gerundianismo" del maestro Isla y que fue motivo de múltiples burlas por parte de los ilustrados por el gusto por lo recargado y excesivo en la expresión, el cultivo de las hipérbolas desmesuradas, distantes de toda verosimilitud, como también de lo "brillante"; y la moderna retórica orientada más bien por la claridad y la razón, sinónimos de una nueva eficacia cognoscitiva, más cercana de lo neoclásico que de lo clásico mismo y del hablar directo y claro y el atender a los pensamientos y a su sustancia, más que a las palabras y a los adornos.²⁹¹

Pero la ruptura con el gusto de la época, tarde o temprano, terminó por escandalizar. En *Primicias de la Cultura de Quito*, sutilmente deslizó la tesis sobre el carácter intrínsecamente a-social y a-moral de lo bello y de la sexualidad humana; sobre su autonomía de todo otro género de consideraciones o normas moralistas. Lo bello se decía que no valía por sí mismo, no era autó-

nomo y tenía que estar sometido a otros tribunales; el arte no era autosuficiente, sin referencia a un fin y sin esperar utilidad alguna. Eugenio, en *Primicias* se había inclinado por lo contrario: “Ver que un objeto es acabado, o que cuando menos, se acerca a la perfección, poder percibir su belleza, permitir que su primor haga en los órganos del sensorio la debida impresión; persuadirse o dejarse arrastrar de aquel convencimiento íntimo, que logra ese mismo objeto en el sentido interno, y tratar de darle acogida, esto es ser sensible. Parece que en el carácter de la sensibilidad se recopilan muchas, o quizás todas aquellas bellezas integrantes que forman la cabal hermosura de un bello espíritu. Un espíritu que sea dotado de ella, en grado eminente, no puede resistirse a los encantos de lo bello. Le halla siempre agradable, persuasivo y señor de sus afectos favorables”.²⁹²

Para *Erophilia* la bondad y la belleza pertenecían a hemisferios diferentes y no había por qué confundir esos mundos y menos aún hacerlo al uno dependiente del otro. El goce de lo bello producía una satisfacción desinteresada. En alguna ocasión señaló que se había “olvidado” que “Lucifer fue un ángel bello” y a través de esa metáfora intentaba argumentar sobre la necesidad de separar la esfera moral, de la del conocimiento y de la estética. La verdad, especialmente la que arrojaban las ciencias de la naturaleza, en pleno florecimiento en esa época, no agotaba ni a la estética ni a la moral.²⁹³ La ciencia no era el único camino de contacto con la verdad o con la realidad.

Esta consideración de la belleza y del placer en el diseño de una vida auténticamente humana no se la perdonaron nunca. Según ella, la belleza y el placer permitía experimentar con mayor o menor plenitud la afirmación de la vida, su pujanza exuberante e indomable, pero también su rara delicadeza y verdad, no apta para todos los paladares.²⁹⁴

En definitiva, nos habíamos acostumbrado, en forma excesiva, a otorgar a la filosofía y a la ciencia la posibilidad única de alcanzar la realidad y su verdad, negando otras vías de acceso; en otros términos, el modelo de conocimiento de las ciencias de la naturaleza se había impuesto derrumbando muchos árboles del complejo bosque del conocimiento humano. El acercamiento a la realidad por la sensibilidad, el corazón, los mitos, los cuentos, la poesía y el mismo placer y sus impulsos, habían sido puestos de lado y la razón imperial había terminado atrofiando estas otras vías de acceso.

Por otra parte, el placer y la belleza para ella no parecían estar demasiado ligados al sexo. Disfrutaba viendo una mujer bella, joven, niña o mayor, al igual que prestaba atención al cuerpo bien formado de un hombre. No ocultaba sus reacciones ante lo uno como ante lo otro y en ninguno de los dos casos asociaba la belleza con la posesión sexual. Además, el prototipo de mujer u hombre bello no estaba ligado a los modelos y patrones tradicionales ni a los gustos de las elites. Más bien ella disfrutaba más con modelos propios o cercanos a nuestra realidad. Descubría belleza y admiraba a los cuerpos bien proporcionados de las mujeres y de los hombres, sean estos de mestizos, indígenas, morenos, blancos, rubios o mulatos. Los sofisticados modelos o prototipos, sean de corte inglés o francés estaban fuera de sus gustos o preferencias.

Todo esto también implicó una ruptura con la inveterada costumbre de encasillar la realidad en compartimentos y de separarla en polos opuestos: blanco o negro; bueno o malo; muerte o vida; dolor o placer. ¿Por qué imperaba el dualismo, las dicotomías, los dilemas y las disyuntivas?, se preguntaba Manuela. ¿Por qué para los españoles la realidad es en blanco o negro, mientras en otros pueblos ella es ploma? ¿Por qué para unos, un polo es bueno y otro malo o visciverza, cuando para otros pueblos, como el indígena la realidad se presenta más compleja y más rica? ¿Por qué los adultos pensaban y actuaban como niños simplones?

Todo esto también implicó una ruptura con la tradición educativa de niños y jóvenes, a quienes, en aquel entonces, se le enseñaba que había que atravesar a la brevedad posible el reino de este mundo hacia uno de perfección y felicidad absolutas, a través del sacrificio y la renuncia u "olvido" de una serie de bienes de este mundo, bautizado como valle de lágrimas. Lo bello según los cánones clericales estaba más allá de este mundo y sustancialmente unido a lo bueno, a lo moral.

Por el contrario, para Erophilia el placer de los sentidos, el disfrute del cuerpo, el culto a la comodidad, los perfumes y el buen comer, el alejamiento del dolor no debían ser considerados como especie de infracciones o pecados, signos de la debilidad de la carne. Disfrutaba y su cara se llenaba de esplendor al comer, también le gustaba la lluvia y el frío, y permanentemente protestaba contra esas doctrinas que habían escindido al hombre entre el bien

y el mal, entre la verdad y el error, entre lo permanente y lo mudable, entre la paz y sus pasiones, por cuanto terminaban dejándolo exhausto, agotado por el esfuerzo titánico de querer alcanzar un mundo ideal y perfecto, un suelo firme o absoluto, a costa de renunciar o separarse de su tierra y abjurar del presente y la riqueza de los eventos.

En la formación artística de Erophilia jugaron papel clave, entre otros, los artistas y constructores de la época e incluso los del siglo anterior. Miguel de Santiago, Cortez, Caspicara, Manuel Samaniego, Nicolás Javier de Goríbar, Fernando Rivera y tantos otros pintores y escultores que enriquecieron la Escuela Quiteña. Ellos le enseñaron a distinguir entre la pintura y arquitectura academicista de los manuales, en buena medida levantada bajo los parámetros de la arquitectura española, sus necesidades, sus materiales y sus gustos y la que silenciosamente se había venido labrando en la vida colectiva de nuestros pueblos, mezcla de sentidos autóctonos, ambiente serrano y resabios españoles. La arquitectura de “lo propio”, síntesis de aportes de la más diversa naturaleza, pero encardinados por el contexto, el paisaje andino, sus volcanes y nevados, las demandas y necesidades del medio y de sus hombres y etnias. Ellos le enseñaron a observar las diferencias, decodificar lo oculto a primera vista y ellos le dirigieron hacia una de sus más preciadas observaciones: el mestizaje entre lo ibérico y lo americano que se reflejaba en los cuadros, artesanías, retablos, iglesias, plazas y edificios.

En la misma línea habría que situar el impacto que en ella causó Miguel de Santiago, quien décadas antes tuvo la osadía de proponer una pintura nueva, que integró la naturaleza, el medio, los materiales de la zona, las tradiciones y dio como resultado una “estilo propio” y bellamente encantador. La búsqueda de lo propio en países volcados a la moda extranjera de última hora, francesa y española básicamente, era remar contra corriente. En filosofía, en historia, en literatura, en arquitectura y en otras múltiples formas de expresión, nuestros países, al igual que los esclavos, vivían como idos, fuera de sí, sometidos a patrones extraños.

Pero la inclinación de Erophilia por el arte no nació de la noche a la mañana. Tuvo sus horas de prueba y maduración. En un primer momento ella quiso dedicarse a la medicina, siguiendo el ejemplo de su padre y hermanos, quienes más bien trataron de disuadirle, dado el escaso margen que a la vida

privada permitía la atención, a la hora que sea, a los enfermos. Además, para la mujer, en ese entonces, la profesión médica estaba vedada. En aquel tiempo aún existían profesiones para los hombres y para las mujeres. Fue precisamente ella quien trató de mostrar lo absurdo de dicha clasificación, las bases de tales prejuicios y los comportamientos que respaldaban tales conductas. ¿Por qué no podía la mujer pintar, estudiar, curar, litigar,... ser apta para el diseño arquitectónico o el domino del espacio?

La Correspondencia

En un baúl, más bien mediano, encontré una serie de documentos, cartas, recibos, informes, certificados, mensajes, misivas y más papeles de difícil clasificación. Me llamó la atención un sobre marcado como “Correspondencia Intima” y juzgué que había dado con la clave de explicación de tantos secretos indescifrables de Erophilia. Revisada con la mayor meticulosidad, el resultado no dejó de ser sorprendente. Se trataba de cartas, cuidadosamente ordenadas, que ponen de manifiesto la alta valoración que tuvo Manuela de los borradores de correspondencia que le había hecho llegar su discípula más que amiga: Manuela Sáenz.

No he podido determinar, con precisión, cómo llegaron a manos de Manuela Espejo las cartas íntimas de Manuela Saéñz a Bolívar y de este a su “adorada Manuelita”. Más aún, a más de un estudioso he oído hablar de que no pasan de ser cartas apócrifas, falsas, inventadas hace poco, si bien sus creadores se tomaron la molestia de buscar papel del siglo pasado para hacerlo. Esta correspondencia parece que no tiene una garantía total, pero como no me interesa su verosimilitud si no más bien su cercanía a lo que es posible que haya acontecido, prefiero reproducir algunas de ellas, que reflejan en buena medida el drama de la mujer en esos tiempos, como también en el presente, especialmente entre los principios religiosos y los principios morales.²⁹⁵

Manuela Saéñz ha sido víctima de los más diversos enfoques y desenfoces a lo largo de la historia y no han faltado quienes a partir de criterios moralistas han tratado de disminuir su figura, de llenarla de agravios, de recortar su dimensión histórica y reducirla a una mera mesalina, cortesana, amante del Libertador. Fácilmente se olvida el intenso amor que se profesaron, que

ella compartió con él “sueños” e “ilusiones” y que ella salvó a Bolívar de varios atentados, que luchó como cualquier soldado en batallas libertarias decisivas, que mantuvo correspondencia con las principales figuras del ejército libertador, que recibió títulos y visitas que la honran, que mantuvo su posición y criterios con valentía inigualable, a lo largo y ancho de su existencia. Como siempre, se tiende a sobrevalorar lo menos importante en perjuicio de lo sustantivo.

Manuela Espejo, avanzada ya en edad, en la década de los veinte, cuando floreció el encuentro y el amor entre Manuela Sáenz y Simón Bolívar parece que supo valorar la dimensión y entereza de su compatriota y vecina. Su niñez, como la de sus hermanos Pablo y Eugenio, se desarrolló a pocos metros de la plaza de Santo Domingo, en la Maldonado, entre Rocafuerte y Morales, relativamente cerca de la casa de los Sáenz, quienes vivieron en la segunda casa, en el sentido sur – norte, de la Guayaquil, entre Rocafuerte y Bolívar, casa que daba a la plaza de Santo Domingo y no había más que cruzar parte de la plaza y bajar una media cuadra por la Maldonado para dar con la casa de la otra Manuela.²⁹⁶

No es una conjetura, sin mayor fundamento, suponer que Erophilia haya admirado a quien como ella vivió de las rupturas que hubo que enfrentar en la sociedad almidonada de aquel entonces, de los valores por los que se tuvo que luchar y de las contradicciones y dilemas que supuso intentar remover los prejuicios de la sociedad colonial en contra de la mujer.

Cuartel General de Guaranda, 3 de julio de 1822

*A la distinguida dama
Señora Manuela Sáenz*

Apreciada Manuelita:

Quiero contestarte, bellísima Manuela, a tus requerimientos de amor que son muy justos. Pero he de ser sincero para quien, como tú, todo me ha dado. Antes no hubo ilusión, no porque no te amara Manuela y, es tiempo de que sepas que antes amé a otra con singular pasión de juventud, que por respeto nunca nombro.

No esquivo tus llamados, que me son caros a mis deseos y a mi pasión. Solo reflexiono y te doy un tiempo a ti; pues tus palabras me obligan a regresar a ti, porque sé que ésta es mi época de amarte y de amarnos mutuamente.

Solo quiero tiempo para acostumbrarme, pues la vida militar no es fácil ni fácil retirarse.

Me he burlado de la muerte muchas veces, y ésta me acecha delirante a cada paso.

Qué debo brindarte: ¿un encuentro vivo acaso? Permíteme estar seguro de mí, de ti y verás querida amiga quien es Bolívar al que tú admiras. No podría mentirte. ¡Nunca miento! Que es loca mi pasión por ti. Lo sabes. Dame tiempo.

Bolívar.

Cuartel General Pasto, a 30 de enero de 1823

Mi adorada Manuelita:

Recibí tu apreciable que regocijó mi alma, al mismo tiempo que me hizo saltar de la cama; de lo contrario ésta hubiera sido víctima de la provocada ansiedad en mí.

Manuela bella, Manuela mía, hoy mismo dejo todo y voy, cual centella que traspasa el universo, a encontrarme con la más dulce y tierna mujercita que colma mis pasiones con el ansia infinita de gozarte aquí y ahora, sin que importen las distancias. ¿Cómo lo sientes, ah? ¿Verdad que también estoy loco por ti?...

Tú me nombras y me tienes al instante. Pues sepa usted mi amiga, que yo estoy en este momento cantando la música y tarareando el sonido que tú escuchas. Pienso en tus ojos, tu cabellos, el aroma de tu cuerpo y la tersura de tu piel y empaco inmediatamente, como Marco Antonio fue hacia Cleopatra. Veo tu etérea ante mis ojos, y escucho el murmullo que quiere escaparse de tu boca, desesperadamente, para salir a mi encuentro.

Espérame, y hazlo, ataviada con ese velo azul y transparente, igual que la ninfa que cautiva al argonauta.

Tuyo.

Bolívar.

Catahuango, a febrero 12 de 1823

A Su Excelencia

General Simón Bolívar

Simón:

A más de encontrarme condenada por mis parientes en Quito, la suerte al revés en mi matrimonio (siempre supe desde el principio que sería así), usted me incómoda con el comportamiento de usted, de sus sentimientos que son desprendidos de toda realidad.

¿Dice usted que me piensa, me ama, me idolatra? ¿Cree usted que este destino cruel puede ser justo? ¡No! ¡mil veces no! ¿Quiere usted la separación por su propia determinación, o por los auspicios de lo que usted llama honor? La eternidad que nos separa solo es la ceguera de su determinación de usted, que no lo ve más. Arránquese usted si quiere su corazón de usted, pero el mío ¡No! Lo tengo vivo para usted, que si lo es para mi toda mi adoración, por encima de todos los prejuicios.

Suya,

Manuela

Cuartel General del Lima, a 13 de Sep. De 1823

A la señora

Manuela Sáenz

Mi buena y bella Manuelita:

Profunda preocupación tiene mi corazón, a más de mi admiración por tu valentía al enfrentar sola al anatema de la luz pública, en detrimento de tu honor y de tu posición.

Se que lo haces por la causa de la Libertad, a más que por mí mismo, al disolver, con la intrepidez que te caracteriza, ese motín que atosigaba el orden legal establecido por la República, y encomendado al General Solom en Quito.

Tú has escandalizado a media humanidad, pero solo por tu temperamento admirable. Tu alma es entonces la que derrota los prejuicios y las cos-

tumbres de lo absurdo; pero Manuela mía, he de rogarte: prudencia, a fin de que no se lastime tu destino excelso en la causa de la libertad de los pueblos y de la República. Prefiero que vengas a Lima, a fin de hacerte cargo de la secretaría de mi archivo personal, así como los demás documentos de la Campaña del Sur.

Con todo mi amor

Bolívar

Ica, 20 de abril de 1825 ()*

Mi bella y buena Manuela:

Cada momento estoy pensando en ti en el camino que te ha tocado. Y veo que nada en el mundo puede unirnos bajo los auspicios de la inocencia y del honor. Lo veo bien y gimo de tan horrible situación: por ti, porque tú debes reconciliarte con quien no amas; y yo, porque debo separarme de quien idolatro hoy más que nunca jamás. Al arrancarme de tu amor y de tu posesión, se me ha multiplicado el sentimiento de todos los encantos de tu alma y de tu corazón divino, de ese corazón sin modelo.

Cuando tú eras mía, yo te amaba más por tu genio encantador, que por tus atractivos deliciosos. Pero ahora, ya me parece que una eternidad nos separa porque mi propia determinación me ha puesto en el tormento de arrancarme de tu amor y de tu corazón justo que nos arrancamos el alma que nos da la existencia, dándonos el placer de vivir. En lo futuro tú estarás sola, aunque al lado de tu marido. Yo estaré solo en medio del mundo. Solo la gloria de habernos vencido será nuestro consuelo. El deber nos dice que ya no seamos culpables. No, no lo seremos más.

Tu amante

Bolívar

Cuartel General en Ica, a 26 de abril de 1825

Mi adorada Manuelita:

Mi amor, marchó hoy con destino al Alto Perú, a Chuquisaca, lleno de proyectos que son mi ilusión de crear una nueva República. Y por lo tanto la

demanda ha de ser mucho trabajo que realizar con la dirección de la Providencia y donde alcanzaré lo más grande de mi gloria, que me tiene pensando en ti a cada momento en que tu imagen me acompaña a todo lado, haciendo de ideas vivas el palaciego almíbar de mi vida y mis labores

Sin embargo, soy preso de una batalla interior entre el deber y el amor; entre tu honor y la deshonra, por ser culpable de amor. Separamos es lo que indica la cordura y la templanza, en justicia! odio obedecer esas virtudes!

Soy tuyo de alma y corazón,

Bolívar

Lima, a mayo de 1825

A.S.E. General Simón Bolívar

Muy señor mío:

Recibí su apreciable que disgusta mi ánimo por lo poco que me escribe; además que su interés por cortar esta relación de amistad que nos une al menos en el interés de saberlo triunfante de todo lo que se propone. Sin embargo yo le digo: no hay que huir de la felicidad cuando ésta se encuentra tan cerca. Y tan solo debemos arrepentirnos de las cosas que no hemos hecho en esta vida.

Su excelencia sabe bien cómo lo amo. Suya ¡con locura!

Usted me habla de la moral, de la sociedad. Pues bien sabe usted que todo eso es hipócrita, sin otra ambición que dar cabida a la satisfacción de miserables seres egoístas que hay en el mundo.

Dígame usted: ¿Quién puede juzgarnos por amor? Todos confabulan y se unen para impedir que dos seres se unan; ¿Por qué S.E. y mi humilde persona no podemos amarnos? Si hemos encontrado la felicidad hay que atesorarla. Según los auspicios de lo que usted llama moral, ¿debo entonces seguir sacrificándome porque cometí el error de creer que amaré siempre a la persona con quien me casé? Usted mi señor lo pregona a cuatro vientos: "El mundo cambia, la Europa se transforma, América también"... ¡Nosotros estamos en América! Todas estas circunstancias cambian también. Yo leo fascinada sus memorias por la Gloria de usted. ¿Acaso compartimos la misma? No las ha-

bladurías, que no importunan mi sueño. Sin embargo, soy una mujer decente ante el honor de saberme patriota y amante de usted.

Su querida a fuerza de distancia

Manuela

*Tunja, Cuartel General, junio 16 de 1825
A la dulce, muy dulce y adorada Manuelita*

Mi amor:

Sé que tú tienes mucha disposición hacia mí y que has aprendido todas las artes de la estrategia en el amor. Esto ha creado una deliciosa intimidad de pensamiento y afectos mutuos, que son ahora par mí un grato motivo de felicidad. ¿Sigues siendo la joya sagrada y sensual llena de encantos y atributos de belleza? Pues bien querida amiga, yo sigo pensando y gozando de mi imaginación, aunque sé que no ignoras la magnitud de tu sacrificio si resuelves venir acá. Sí yo invito. ¡Viva el amor en el raso y la seda, las camas mullidas con blandos colchones, los terciopelos rojos, las alfombras, la gloria de ver una mujer más linda que Cleopatra, ejerciendo todo el poder de sus encantos sobre mis sentidos; el ludibrio de rasgar tus vestidos sin importar su costo, deshaciendo al mismo tiempo tu laborioso peinado de tocador.

Me atraen profundamente tus ojos negros y vivaces que tiene el encantamiento espiritual de las ninfas; me embriaga sí, contemplar tu hermoso cuerpo desnudo y perfumado con las más exóticas esencias, y hacerte el amor sobre las rudimentarias pieles y alfombras de campaña.

Todo esto es una obsesión, la más intensa de mis emociones ¿Qué he de hacer? Tu ensoñación me envuelve en el deseo febril de mis noches de delirio. La moral, como tú dices, en este mundo es relativa; la sociedad que se gestó y ha surgido en esa desastrosa época de colonialismo es pernicioso y farsante; por eso no debimos actuar, como tú bien dices, sino al llamado de nuestros corazones.

Soy tuyo de alma,

Bolívar

La Paz, 29 de septiembre de 1825

A Manuela la bella

Mi adorada Manuelita:

¡Vale más un grano de cebada que un hombre ansioso en espera del amor! Porque este es un derecho de nostalgia. Yo que me jacto de tranquilo, ¡estoy en penumbras de mi desasosiego! Solo pienso en ti, nada más que en ti y en todo lo que tienen de deliciosas tus formas. Lo que siempre está en mi mente atormentada por tus bellos recuerdos, es la imagen de lo que imagino en perenne favor de tu amor y el mío.

¡Tú solamente existes en el mundo para mí! Tu prístina pureza y rocío tutelar es como un ángel que da ánimo necesario a mis sentidos y mis deseos más vivos. Por ti sé que voy a tener la dicha inmensa de gozar los placeres de este y del otro mundo (el del amor), porque desde el principio supe que en ti existe todo lo que yo ansío en mis más caros anhelos.

No tildes mi actitud de indiferente y poco detallista al igual que la falta de ternura. Mira que esta distancia de un sitio a otro de que tú y yo estamos, solo sirve para alimentar en mayor escala el fuego creciente de nuestras pasiones. Al menos a mi me aviva la delicia de tus recuerdos.

Olvida esa catarata de inválidas sospechas sobre mi fidelidad hacia ti, que solo van a envejecer tu ánimo y descarriar tus buenos deseos. Recapacita en todo lo que tú no puedes negarme, aun a través de la distancia, y hazlo por mi veneración hacia ti.

Contéstame, al menos ésta que lleva la fiebre de mis palabras. Ya me cansé de hacerlo yo sin tus respuestas. ¡Oh! ingratitud indolente. ¡Hazlo a favor de una orden expresa de tu más fino adversario en los campos del amor! Si no, atiende al próximo "Consejillo de guerrilla". Por indisciplina e insubordinación, al faltar acatamiento a una orden superior.

Para la más bella y adorada de mis oficiales, "Manuela la quisquillosa"
Soy tuyo de corazón

Bolívar

*Bogotá, julio 29 de 1828*²⁶

Simón mi hombre amado:

Estoy metida en la cama por culpa de un resfrío; pero esto no disminuye mi ánimo en salvaguardar su persona de toda esa confabulación que está armando Santander.

¡Dígame usted! Que por esto pesqué el resfrío; por asistir a una cita. Supe esta tarde, a las 10, los planes malvados contra su Ilustre persona, que perfeccionan Santander, Córdoba, Crespo, Serena y otros, incluidos seis ladinos incluso acordaron el santo y seña.

Estoy muy preocupada, y si me baja la fiebre voy por usted, , que es un desdichado de su seguridad.²⁷

Manuela

Cuartel General Pasto, a enero 9 de 1823

Mi querida Antonia:

(Confidencial)

Recibí con infinita satisfacción tu apreciable del 6 de Noviembre del 22, que motiva mi conciencia. Además, me halaga el que tanto te preocupes por mí; créeme que me siento muy contento de saberme aún inquirido por tal preocupación, además de calmar tu curiosidad.

La pregunta que me haces la contesto así: Esta señora no dará más un motivo para habladurías, pues no se lo merece. Su mayor pecado ha sido el fervor que, como patriota, se ha desbordado en atenciones para conmigo. Bien sé que me obligo a mí mismo al intentar separar mis sentimientos de mis actos; pero ¿qué hago con esta loca emoción que me incita a verla de nuevo?

Aceptarla en mi destino parece ser la respuesta ineludible; pues ella en su afán de alma muy superior: culta, desprovista de toda intención de ambición, de un temperamento viril, además de femenina.

Ella abandonó su hogar para brindarnos a la causa, y a ti, querida hermana, todo lo que su genio tiene en aras del bien común. Enérgica cuando se

lo requiere, desdobra en infantil ternura cuando su noble corazón se lo pide; orgullosa, porque le viene de la sangre, yo la he aceptado por la comprensión nuestra y su hábil descaro de imponerme su amor. Tú dirás que me he excedido en este retrato; pero, en honor a la verdad, no cabe más que apreciar.

Para calmar tu preocupación te diré que esta señora no empaña mis virtudes; pues lejos de toda pretensión mis Generales la respetan como si fuera mi esposa, y en los círculos sociales su presencia hace con su señorío el respeto que merecemos.

Las miserables habladurías que te han llegado como noticia, me han lastimado profundamente por la delicadeza y finura de tu espíritu, y porque sé de tu celo con que quieres a tu hermano y deseas mi bien.

Yo diría que nunca antes me he sentido tan seguro de mí mismo como ahora, que confidencialmente te hago esta declaración. ¡Simón se encuentra enamorado! ¿Qué te parece? No es un jolgorio; ¡es Manuela la bella!

Dispensa mi efusividad. Pronto tendrás más noticias mías, se que desees mi felicidad. La tengo ahora.

Tu afecticísimo hermano

Bolívar

*Lima a 14 de abril de 1825
A.S.E. General Simón Bolívar
Muy señor mío:*

Sé que ha partido con usted mi única esperanza de felicidad. ¿Por qué, entonces, le he permitido escurrirse de mis brazos como agua que se esfuma entre los dedos? En mis pensamientos estoy más que convencida de que usted es el amante ideal, y su recuerdo me atormenta durante todo el tiempo.

Encuentro que satisfaciendo mis caprichos se inundan mis sentidos, pero no logro saciarme, en cuanto a que es a usted a quien necesito; no hay nada que se compare con el ímpetu de mi amor. Comprar perfumes, vestidos

costosos, joyas, no halagan mi vanidad. Tan solo sus palabras logran hacerlo. Si usted me escribiera con letras diminutas y cartas grandotas, yo estaría más que feliz.

Mis labores no terminan nunca, pues empieza una y no termina y ya tengo otra empezada. Confieso que estoy como embotada y no logro hacer nada. Dígame qué debo hacer, pues no atino ni una, y todo por el vacío de usted aquí.

Si usted me dijera venga, yo iría volando ¡así fuera al fin del mundo!
Su pobre y desesperada amiga,

Manuela

Carta de amor póstuma de Manuela a Bolívar

PAITA

Simón:

Mi amor: Mi Simón triste y amargado. Mis días también se ven rodeados por una huraña soledad, llena de la nostalgia hermosa de su nombre.

También miro y retoco el color de los retratos que son testimonio de un momento aparentemente fugaz. Las horas pasan impávidas ante la inquietud ausente de sus ojos que ya no están conmigo; pero que de algún modo siguen abiertos, escrutando mi figura.

Conozco al viento, conozco los caminos para llegar a mi Simón; pero yo sé que aun así no puedo responder a ese interrogante de tristeza que ponen las luces en su rostro, y su voz que ya no es mía, ya no me dice nada.

Manuela

Carta de Manuela a su esposo Jaime Thorne

1829

¡No, no, no, no más, hombre “por Dios” ¡Por qué me hace usted faltar a mi resolución de no escribirle? Vamos, ¿qué adelante usted sino hacer pasar por el dolor de decirle mil veces que no? Usted es bueno, excelente, inimitable; jamás diré otra cosa sino lo que es usted. Pero, mi amigo, dejar a Usted

por el general Bolívar es algo; dejar a otro marido sin las cualidades de usted sería nada.

Y usted cree que yo, después de ser la predilecta de Bolívar, y con la seguridad de poseer su corazón, preferiría ser la mujer de otro, ni del Padre, ni del Hijo, ni del Espíritu Santo, o sea de la Santísima Trinidad? Yo sé muy bien que nada puede unirme a Bolívar bajo los auspicios de lo que usted llama honor. ¿Me cree usted menos honrada por ser el mi amante y no mi marido? 1Ah1, yo no vivo de las preocupaciones sociales.

Déjeme usted en paz, mi querido inglés. Hagamos otra cosa. En el cielo nos volveremos a casar; pero en la tierra, no.

¿Cree usted malo este convenio? Entonces diría que es usted muy descontentadizo. En la patria celestial pasaremos una vida angelical, que allá todo será a la inglesa, porque la vida monótona está reservada a su nación, en amor se entiende; pues en lo demás ¿quiénes más hábiles para el comercio? El amor les acomoda sin entusiasmo; la conversación, sin gracia; la chanza sin risa; el saludar, con reverencia; el caminar, despacio; el sentarse, con cuidado. Todas estas son formalidades divinas; pero a mí, miserable mortal, que me río de mi misma, de usted y de todas estas seriedades inglesas, etcétera, ¡que mal me iría en el cielo! Tan mal como si fuera a vivir en Inglaterra o en Constantinopla, pues, los ingleses me deben el concepto de tiranos con las mujeres, aunque no lo fue usted conmigo, pero sí más celosos que un portugués. Eso no lo quiero yo. ¿No tengo buen gusto?

Basta ya de chanzas, formalmente y sin reírme, con la sinceridad, verdad y pureza de una inglesa, digo que no me juntaré más con usted. No, no y no,... Usted anglicano; y yo atea. Es el más fuerte impedimento religioso El que yo estoy amando a otro, es mayor y más fuerte. ¿No ve usted con que formalidad pienso? No me cuadra vivir sobre la tierra condenada a Inglaterra perpetua.

Formalmente, sin reírme, y con toda la seriedad de una inglesa, digo que no me juntaré jamás con usted. Su invariable amiga.

*Manuela.*²⁹⁷

Unas breves notas de Erophilia cerraban esta correspondencia. Según ella, pocos encuentros reflejaban tan fielmente el drama que envuelve a una

pareja cuando la una defiende el amor, “el llamado del corazón”, como base última de la moral y la ética, y la otra se siente envuelta en los lazos de los escrúpulos y temores ante la fuerza de la vida y la pasión; cuando “no hay nada que se pueda comparar con el ímpetu del amor”²⁹⁸.

En el un caso, según Erophilia, se era preso de una batalla interior entre el deber y el amor; entre el honor y la deshonra, tal como se percibía Bolívar, “por ser culpable de amor”. Por eso él juzgaba que: “separarnos es lo que indica la cordura y la templanza, en justicia! odio obedecer esas virtudes!”. En semejante tragedia, toca inclinarse entre las tenazas del amor y el deber, por el deber.

La tensión, los escrúpulos y la desesperación entonces invade y destruye a la persona. “Cada momento estoy pensando en ti en el camino que te ha tocado. Y veo que nada en el mundo puede unirnos bajo los auspicios de la inocencia y del honor. Lo veo bien y gimo de tan horrible situación: por ti, porque tú debes reconciliarte con quien no amas; y yo, porque debo separarme de quien idolatro hoy más que nunca jamás. Al arrancarme de tu amor y de tu posesión, se me ha multiplicado el sentimiento de todos los encantos de tu alma y de tu corazón divino, de ese corazón sin modelo. En lo futuro tú estarás sola, aunque al lado de tu marido. Yo estaré solo en medio del mundo. Solo la gloria de habernos vencido será nuestro consuelo. El deber nos dice que ya no seamos culpables. No, no lo seremos más”.

Según Erophilia, Manuela Sáenz, por el contrario, no se habría sentido acorralada por los dictados y normas matrimoniales vigentes; ella se sentía con la suficiente fuerza para enfrentar sola “al anatema de la luz pública”; y desde esa perspectiva no se percibía ni deshonrada ni menos honrada por ser la amante de Bolívar y no de su marido. “¿Me cree usted menos honrada por ser él mi amante y no mi marido? ¡Ah!, yo no vivo de las preocupaciones sociales”.

Mas si ella no vivía ni de las preocupaciones sociales, ni del qué dirán, “ni de las habladurías, que no importunan su sueño”, tampoco se alimentaba de los tradicionales criterios del honor ni ellos le atormentaban: “¿Quiere usted la separación por su propia determinación, o por los auspicios de lo que usted llama honor?”; tampoco en ella había sombra alguna de teodicea. Su alma tenía la fuerza suficiente para derrotar los prejuicios, las creencias y las costumbres de lo absurdo.

Por otra parte, Bolívar se daba cuenta de la diferencia de criterios con que vivía Manuela, del diverso talante moral que le caracterizaba. “La moral, como tú dices, en este mundo es relativa; la sociedad que se gestó y ha surgido en esa desastrosa época de colonialismo es perniciosa y farsante; por eso no debemos actuar, como tú bien dices, sino al llamado de nuestros corazones”. “Profunda preocupación tiene mi corazón, a más de mi admiración por tu valentía al enfrentar sola al anatema de la luz pública, en detrimento de tu honor y de tu posición”.

Finalmente, ¿podía haber tribunal más alto para juzgarlos que el propuesto por Manuela Sáenz? “Dígame usted: ¿Quién puede juzgarnos por amor? Todos confabulan y se unen para impedir que dos seres se unan; ¿Por qué S.E. y mi humilde persona no podemos amarnos? Si hemos encontrado la felicidad hay que atesorarla. Según los auspicios de lo que usted llama moral, ¿debo entonces seguir sacrificándome porque cometí el error de creer que amaré siempre a la persona con quien me casé? Sin embargo yo le digo: no hay que huir de la felicidad cuando ésta se encuentra tan cerca. Y tan solo debemos arrepentirnos de las cosas que no hemos hecho en esta vida”.

Los indios

Entre 1786 y 1787 Manuela permaneció en Riobamba, acompañando a su hermano Eugenio en esa especie de destierro a que terminó sometido por el peso de sus acusadores. Mas en esa ciudad rápida y fácilmente se desencadenó la tormenta. Los Espejo se vieron envueltos en aguda polémica, tan conflictiva como eterna, ya que sus coletazos se hicieron sentir a lo largo de una década y su golpe último logró encerrar a Eugenio en la cárcel y finalmente, en diciembre del 95, acorralarlo entre los brazos de la muerte.

La polémica que Manuela tuvo que compartir, al acompañar a su hermano a una provincia que tenía el más alto porcentaje de indígenas de todo el callejón interandino y de toda la Audiencia, no solo tuvo que ver con enemigos de carne y hueso, sino también con los representantes de una lacerante realidad, ante la cual no era posible cerrar los ojos. En Chimborazo, prácticamente la totalidad de la fuerza de trabajo era india y de cada diez habitantes siete eran indios, ya sea naturales, vagabundos, forasteros, tributarios, ga-

ñanes, conciertos o caciques y sobre todos ellos se ensañó la depresión, ese fin de siglo. En las comunidades, sobre todo en las ubicadas en los páramos más altos, los niños eran víctimas de la sarna, de las diarreas y de enfermedades de los bronquios; difícilmente podían sobrevivir a la mala alimentación, a los vientos helados, a la llovizna, a los días nublados.

¿Qué pasó en Chimborazo? ¿Qué hizo que esos años fueran decisivos y trágicos para Manuela?

Los curas de la zona, ante denuncias que se formularon en su contra, en un Informe presentado por Ignacio Barreto, Alcalde Ordinario y Comisionado principal de la Real cobranza de tributos, solicitaron a Eugenio proceda a su réplica y defensa. El, elaboró un Informe pormenorizado sobre la situación de los indios, que bautizó con el nombre de: "Defensa de los Curas de Riobamba", que resultó explosivo y disgustó a más de uno, que sintió peligrar la fuente de sus prebendas e ingresos. Según Erophilia, no se trataba más que de una defensa, bastante bien fundamentada, de los indios, amenazados por Ignacio Barreto, a la sazón alcalde ordinario y colector principal de impuestos reales y por un grupo de funcionarios de la burocracia imperial o "dorada", a los que pronto se sumaron quienes a partir de la expulsión de los jesuitas, 1767, se hicieron de buena parte de sus haciendas y más propiedades, gracias a un crédito otorgado, por el mismo Estado, a muy bajo interés, al 3%. Entre los nuevos terratenientes sobresalieron Calixto Muñoz, Pedro Ante, Agustín Valdivieso, Ignacio Soto, Juan Chica, Juan García, Miguel de Olmedo, Pedro Arteta, y el mismo Marqués de Selva Alegre.²⁹⁹

Los Espejo encontraron la oportunidad no solo para defender a los curas de los Barreto, que les acusaban y censuraban por la extorsión que ejercían a los indígenas, al incentivar una "multiplicidad de fiestas que celebran los indios en las Iglesias parroquiales, sus anexos y aun en Oratorios privados de las Haciendas", sino además, para analizar y describir la riqueza del mundo indígena y producir uno de los más omnicomprendidos estudios que al respecto se han escrito, y a su vez una de las más sólidas denuncias, que según un autor bien podría haberse denominado más que Defensa de los Curas de Riobamba, "Defensa de los Indios de América".³⁰⁰ También se aprovechó la oportunidad para saldar viejas cuentas, particularmente con José Miguel Vallejo, quien lo había traicionado a Eugenio y vendido a las autoridades en

1783, en su primera prisión y, además, para desenmascarar a la aristocracia de la región: los Barreto, Chiriboga, Cubero, Darquea, Vallejo, Andrade, Rengifo, Marcos de León, Villarroel, Velasco y más encopetados e inicuos representantes del poder y desorden de la Provincia.

Nosotros, decía Erophilia, refiriéndose a los Espejo, creíamos que era un absurdo, dada la pobreza y miseria en que se debatían los indios, gravarles aún más de impuestos, meta última de los nuevos mecanismos, ágiles y eficientes, que la moderna administración de la Corona creó esos años, para la extracción de los ya escuálidos recursos, que aún quedaban en manos de los indígenas. Tampoco tenía sentido ampliar el número de indios tributarios, incluyendo a jóvenes y viejos que no estaban ni en edad ni en condiciones de aportar.

Ambas políticas, la intensiva y la extensiva, no eran conducentes más que a la extrema explotación, por un lado; y, por otro, al enriquecimiento de un puñado de administradores de tributos, codiciosos y brutales, corregidores y otros funcionarios de esa jaez, como José Miguel Vallejo, Darquea, José Chiriboga, Cyro de Vida y Torres,... que amasaban fortunas “cobrando dos y tres veces a los indios cojos, mancos y estropeados, exonerados por esas lesiones enormes o por motivo de haberse pasado de la edad de tributar; extorciendo el dinero de los jovencitos que aún no habían tocado la raya de los años designados por la Ley para dicha paga (...) sacándolo de las viudas cuyos maridos murieron debiendo uno o dos tercios, o haciéndoles trabajar a los indios en hilados y otras cosas más, sin pagarles el premio correspondiente”.³⁰¹

Además, la Audiencia pasaba un momento de postración suma, en parte por la quiebra de sus minas y de su industria textil; en parte por la nueva maquinaria administrativa moderna que organizaron los Borbones y que aumentó significativamente los ingresos en las Cajas Reales, hasta dejar prácticamente sin circulante a la Audiencia; en parte porque disminuyó el comercio e intercambio de bienes con los Virreinos de Lima y Santa Fe, o por efecto de una ancestral paradoja: las desigualdades, de todo tipo, entre un grupo muy reducido de peninsulares y criollos y la inmensa mayoría de aquellos que con suma dificultad podían llevar el pan a la mesa.

Si a todo esto se añadía el flagelo de las epidemias, el trabajo en las mitas, las viruelas, la disminución de la población indígena, la dominación direc-

ta de los hacendados sobre los indios y hasta los terremotos, como el de 1797 que dejó más de 10.000 muertos y grandes cantidades de ceniza que impidió cultivar las tierras durante un largo período, era fácil comprender el malestar generalizado que se vivía.

Para Erophilia los males de la Audiencia no estaban en los indios. Ellos más bien eran una fuerza llena de energía, entusiasmo e innovación. Los indios de Alangasí, por ejemplo, contaba su hermano, comerciaban con Barba-coas, Chocó, Citará y toda la provincia de Popayán y retornaban a Quito con escudos y doblones, monedas que eran de las pocas que se podía ver, en estos tiempos, en la Audiencia.³⁰²

Las raíces de las contradicciones y limitaciones de la Audiencia eran otras, que se podía apreciar hasta en la mesa de ricos y pobres, como años antes lo había mostrado Eugenio: “Así sucede en esta ciudad (Quito) en lo que mira a los vaivenes: la gente de alguna comodidad, come con abundancia: la rica presenta en su mesa sin mucha diligencia, afán, ni costo, manjares exquisitos y capaces de lisonjear la gula de aquellos mismos que se jactan de haber comido con esplendidez en Europa. Pero la gentalla esta que parece tener el alma de lodo por su inopia; no se atreve a gastar el infeliz medio real que coje en pan, sino que para hacer más durable su socorro, lo expende en harina de cebada. De esta desigualdad de condiciones resulta estas monstruosidades de parecer una tierra fértil y al mismo tiempo estéril”.³⁰³

Tampoco para los Espejo los males tenían como raíz la naturaleza de los indios. Como había escrito su hermano Eugenio: “La imbecilidad de los indios no es imbecilidad de razón de juicio ni de entendimiento, es imbecilidad política, nacida de su abatimiento y pobreza, semejante a la que, con más villana adulación, manifestaba el senado a presencia de Tiberio. Así los indios, lo que tienen es timidez, cobardía, pusilanimidad, apocamiento, consecuencias ordinarias, en las naciones conquistadas. Querer suponer a los indios rústicos, salvajes, divorciados de la común luz natural, pronto por eso a hacer fiestas sin discernimiento, elección ni gusto acerca de ellas, es el error de gentes que no saben su idioma, sus usos y costumbres, y es un absurdo político, filosófico y aún teológico, el mayor que pueda escogitarse, y es un oprobio de la humanidad pensar así”.³⁰⁴

Pero el tema de la “humanidad del indio”, sobre lo cual se había debatido desde el principio del Descubrimiento y la Conquista y no había logrado

solución ni en las primeras décadas de la República, chocaba con la visión de otros grupos. Para los peninsulares, había que atornillar aún más y para los funcionarios de gobierno, para los “señores de la tierra”, para los Barreto y Vallejo, la visión de Erophilia y su grupo era poco realista, exagerada y hacían demasiadas concesiones a la pereza, a la ociosidad, a la abundancia de fiestas y a la falta de vigor en el trabajo de que daban prueba los indios. Además, olvidaba que el conseguir extraer un mayor monto de ingresos fiscales era uno de los principales objetivos de todo el proceso de modernización que pusieron en marcha los Borbones. No podía desarrollarse la Audiencia con impuestos y aranceles tan bajos. “Todos los representantes del Rey en las colonias: los Visitadores Generales, los presidentes y los intendentes, sabían que este, con el mantenimiento del orden, era el principal criterio por el cual las autoridades metropolitanas iban a juzgar su gestión. No es de extrañar pues que el presidente José García León y Pizarro se vanagloriase de haber enviado en cuatro años la suma de 1. 017.300 pesos, mientras que su antecesor, el presidente Diguja, en siete años, había recaudado tan solo 713.351 pesos”.³⁰⁵

Para los Barreto, también hacía falta impulsar las políticas de modernización iniciadas por los Borbones. Seguir el ejemplo de José García León y Pizarro, quien suprimió a corregidores y asentistas –cargos cuyos detentores estaban entre los más corruptos – y los reemplazó por un nuevo funcionario público, el administrador, cuya ganancia era un tanto por ciento de lo recaudado (3%). La nueva burocracia, con claros incentivos, logró en pocos años triplicar los ingresos. Los Barreto también pedían abrirse al ingreso de los efectos y productos del viejo continente, más baratos y de mejor calidad; aprovechar la cancelación del sistema de flotas y su reemplazo por los navíos de registro, mucho más rápidos y económicos; liberalizar el comercio, romper el monopolio del Estado, suprimiendo los estancos de productos claves del mercado: sal, naipes, pólvora, quina, aguardiente,...

Mas lo importante era resaltar que tales políticas, pese a su racionalidad y a sus visos de apertura y modernización, no hicieron más que agudizar la crisis, profundizar las contradicciones entre la sociedad americana y la metrópoli y vaciar a la Audiencia de recursos. Cada día entraba menos por el comercio y salía más numerario para beneficio del Tesoro Real; se cerraban los obrajes y la crisis de las manufacturas trajo consigo hasta una considerable dis-

minución no solo de los puestos de trabajo sino también de la misma población urbana. Los indios, por ejemplo, que a mediados de siglo habían ido a trabajar a los obrajes urbanos en un número superior a 20.000, para 1781 no eran más de 5.810.³⁰⁶

Manuela, en Riobamba, vivió y compartió esa lacerante y conflictiva realidad que era el mundo indígena y quedó envuelta en esa lucha de intereses, impotente ante ese sistema de explotación, mas o menos tolerado por todos. En adelante y por varias décadas, tendría que enfrentar a esa aristocracia terrateniente y a sus sutiles formas de protección de su poder.³⁰⁷

En el enfrentamiento judicial se reveló el trasfondo de un conflicto que todos querían ocultar. María Chiriboga acusó a Eugenio Espejo de “haber injuriado gravemente su honor, el de su padre y el de otras personas de igual clase, en unas Cartas o libelos infamatorios y denigrativos llamados Riobambenses”, en estos términos: “... hallándome injuriada en lo más vivo del honor por las atroces calumnias contenidas en el sangriento infamatorio libelo de que hago representación en la forma en que conviene a la vindicta pública y a la seguridad de la fama común, más que a mi propia satisfacción, se averigüe y castigue al Autor de un delito que a más de turbar la quietud de los ciudadanos logra una especie de inmortalidad en sus consecuencias, dilatando el perjuicio más allá de la vida de los ofendidos y transmitiendo su ignominia a la posteridad más remota.”³⁰⁸

1787- 89 fueron años de interrogatorios, de aclaraciones, de respuestas y denuncias. Manuela tuvo que prestar atención y defenderse, contra cerca de 40 testigos, convocados a fin de enaltecer a los enemigos de Eugenio, por la “nobleza de su origen y abolengo” y denigrar de su familia por su humilde origen; menoscabar la carrera y ejercicio profesional de su hermano; ver menguar su honor, por la siembre de dudas sobre su fe y moralidad, y mermar la credibilidad de sus escritos por el carácter calumnioso y denigrante de sus obras para las más distinguidas familias de la Provincia.³⁰⁹

Se conserva el cuestionario que presentó Xavier Dávalos, Alcalde del Barrio de San Marcos, a nombre de Dña. María Chiriboga y Villavicencio, en la causa iniciada contra Eugenio Espejo, por el “infamatorio libelo” que hizo y divulgó en gravísima ofensa del honor de familias condecoradas en la villa de Riobamba, Cuenca y Loja.

El 21 de Abril de 1789 se presentó el cuestionario de doce preguntas y una lista de cerca de treinta personas que se juzgaba necesario sean interrogadas. El 27 de mismo mes se insistió ante el juez comisionado para que arbitre las medidas pertinentes, pues se temía que ninguno acceda fácilmente a declarar contra Eugenio Espejo, por miedo a su pluma y sus secretas relaciones con personas de poder.

- 1 Primeramente si saben que su familia es notoriamente noble, y emparentada con las más distinguidas de esta Provincia.
- 2 Si la dicha de mi parte, su Padre y Deudos, han merecido siempre la mayor aceptación por su arreglado procedimiento.
- 3 Si por el contrario, el dicho Eugenio Espejo, es de bajísima, y obscura extracción.
- 4 Si en profesión médica ha procedido con notable y muy perjudicial abuso, como el de haberle tomado seis cientos pesos al cura de Punín a más de cuantiosos obsequios por una levísima curación. Digan los otros casos que supiesen de igual naturaleza.
- 5 Si con el motivo de inficionarle al Rvdo. Párroco, tuvo el atrevimiento de inficionarle una criada para su fin torpe.
- 6 Si saben que su desenfrenada lascivia ha ocasionado muchos escándalos y los dio en dicha villa con la concubina que condujo a esta ciudad.
- 7 Si ha sido notado de genio audaz, y maldiciente y que presumiendo de sabio, no se ha detenido en proferir palabras que han horrorizado a los oyentes, y retenía con escándalo libros prohibidos. Digan y expresen lo que en el particular hubieren sabido y oído.
- 8 Si el mismo Espejo después de recibidos muchos beneficios del Dr. Dn. Luis Andrade, Cura y Vicario de dicha villa, y provisor que ha sido de este obispado, se excedió insultando gravemente en un escrito calumnioso a nombre de Dña. María Flores.
- 9 Si este mismo Espejo escribió y dio a luz al famoso libelo con el título de Cartas Riobambenses, vulnerando el honor de mi parte, digan si las han visto y en cuyo poder con lo demás que supieren.
- 10 Si saben que también fue autor del siniestro informe a nombre del Cabildo de dicha villa contra don Vicente Montesdeoca, protector partidario de ella, y si ha hecho otros libelos infamatorios, expresando jun-

tamente si es cierto que convencida la falsedad del memorando informe, fueron multados los capitulares que lo suscribieron.

- 11 Si saben que a nombre de los curas de la misma villa, hizo un papel denigrativo con nombre de Defensa.
- 12 Ultimamente, si les consta y saben que siempre fue conocido y notado de artificioso, y estafador en el ejercicio de su facultad médica, y tenido por voraz y calumnioso.

Los “invitados” a declarar vinieron de varias partes de toda la Provincia.

NOMBRE	CARGO	FECHA	LUGAR
1. Don Joaquín Guerrero	Alcalde de segundo voto	27-04-1789	Riobamba
2. Don José del León Otajola	Regidor	sin fecha	
3. Don Vicente Zambrano	Capitán	28-04-1789	Riobamba
4. Don Pedro Velasco y Vallejo	Administrador del Real ramo de Tributos	sin fecha	
5. Don Manuel Villarroel		sin fecha	
6. Don Francisco Xavier Dávalos	Regidor	29-04-1789	
7. Don José Valencia	Notario Público	30-04-1789	
8. Don Luís de Nájera		sin fecha	
9. Don Miguel Alvarez del Carro		sin fecha	
10 Don Baltazar Paredes		02-05-1789	
11 Don Félix de Velasco		sin fecha	
12 Doña María Dávalos		sin fecha	
13 Dr. Gabriel Moncayo	Presbítero	04-05-1789	
14 Don Ramón Puyol	Administrador de Correos	sin fecha	
15 Don Julián Mejía		sin fecha	
16 Don Juan de Velasco	Presbítero de Riobamba	sin fecha	
17 Rvdo. Fernando Andrade	Religioso	05-05-1789	
18 Dr. Joaquín Arrieta	Clérigo Presbítero	sin fecha	
19 Don Francisco Falconí		sin fecha	
20 Don Pedro Lucas de Larrea		sin fecha	
21 Don Félix Venegas de Córdoba	Regidor Perpetuo	06-05-1789	Riobamba
22 Don Francisco Belarde		sin fecha	
23 Don Alfonso Feijóo	Alcalde de Primer voto	sin fecha	
24 Fray. Ramón Valencia	Religioso Franciscano	sin fecha	
25 Fray. Baltazar Meza		sin fecha	
26 Fray. Francisco Lagraña		sin fecha	
27 Dr. Manuel Mateu y Aranda	Abogado de la	28-11-1789	Latacunga
Real Audiencia			
28 Dn. Miguel Crespo	Guayaquileño	12-01-1790	Riobamba
29 Don Sancho de Escobar	Cura de Zámbriza	28-01-1790	Quito

Los velorios

En este campo, la igual que en otros muchos de la vida cotidiana, *Erophilia* presentó divergencias que se prestaron a discusión. Además, por tocar el tema sagrado de los muertos, el resentimiento se hizo más agudo. Ancestrales costumbres: largos velorios, repique de campanas, luto, misas, coronas fúnebres, ligas de caridad, notas de pésame y más actos de protocolo y comportamiento ante los difuntos se levantaron ferozmente contra quien amenazaba su paz y continuidad.

La muerte, sin lugar a dudas, marca una línea de separación entre presente y futuro, entre razón y voluntad, libertad y necesidad, antítesis que el hombre en la Colonia pretendió resolver en la orgánica unidad de un sistema religioso.³¹⁰ Pero la muerte y la angustia que ella genera, el estado emocional que se vive cuando toca a nuestras puertas, a las de nuestros familiares, amigos o conocidos, no hace más que desnudarnos de todos nuestras ilusiones y afanes; arrojarnos al desgano, a la pérdida de sentido, al sin sentido de la vida y de nuestros proyectos. El mundo como tal, en su conjunto se cae y deja de sernos valioso o significativo, al igual que nuestras ilusiones y sueños. ¡Qué importancia puede revestir o podemos otorgar a algo cuando asistimos a la muerte de un ser amado, al derrumbe de su vida!³¹¹ Entonces es más bien la angustia, el estado que nos invade, al darnos cuenta de la vaciedad y de la debilidad de la vida, al perder importancia nuestras más queridas tareas y al perder ímpetu la existencia toda. Es como que nos expulsaran del paraíso. Es una experiencia de desarraigo, de falta de fundamentos, metas y piso.

Visión tan triste y negativa de la existencia y de la muerte no iba con *Erophilia*. Las fórmulas que se suelen usar en estas circunstancias revelaban, más allá del carácter vacío y formal de muchas de ellas, el predominio y sobrevaloración asignada a la muerte más que a la vida. También la música, las flores, el color y todo el escenario y decoración tan propia de los velorios, de hasta una semana cuando el muerto era “notable”, de que se tenía costumbre en esos tiempos, estaban cargados con los signos de la oscuridad y lo mortecino más que de la vida. Las consabidas frases de pésame también eran agobiantes: Irreparable pérdida. Descansa en paz. Lo siento mucho. Es una lástima. Es una tragedia. Acompañándole en este dolor,...

Además, para Erophilia, lo terrible en este difícil enfrentamiento con la muerte era el apuntar a resolver el conflicto entre vida y muerte, a través de perspectivas que ocultaban y disminuían la fuerza de la vida. Dos de ellas eran muy utilizadas en la cultura da la Audiencia y a ellas apelaban la mayoría de las gentes cuando expresaban su condolencia. Por una parte, señalaban a los deudos un consuelo, un horizonte final alagador: “El difunto descansa ya en paz”; “ya era hora de que termine tanto sufrimiento”; “goza ya de la paz del Señor”; “está ya disfrutando de los bienes celestiales”; “ahora su presencia es más profunda pues nos acompaña espiritualmente”; por otra, esas y otras fórmulas de pésame no hacían más que reflejar una visión de la vida pero solo de sus limitaciones, por lo cual había que superar este valle de lágrimas que es la existencia; poner termino a las enfermedades, las penas y más dolencias que agobiaban a los mortales. Doble y sutil mecanismo para superar a este mundo de dolor y de penas.

El otro mecanismo, también muy usado en esos tiempos, era trasladar a los muertos a un mundo especial. La muerte, en esta segunda perspectiva, es percibida como lugar de conciliación y de perfección. Predomina la nostalgia e ilusión de trasladarse a horizontes cerrados, sosegantes, perfectos, en que la felicidad anida para siempre y coinciden necesariamente con lo que es estable, eterno, verdadero, permanente y fijo. En el fondo, es la apelación final a los poderes “eternizadores” y trascendentes de las religiones, entendidas como medicina contra la muerte. Es una apelación a un fundamentum absolutum et inconcussum, un ofrecimiento de inmortalidad y felicidad permanente.³¹²

En ambos casos se ocultaban las manifestaciones más vitales; se desvanecía la capacidad de disfrute de la vida, se convertía en llanto y en tragedia un hecho natural. Eran, en definitiva, una forma de paliar lo que se pierde; una especie de premio consuelo que se entrega a los deudos.

Por eso Erophilia, más bien juzgaba que las “pérdidas irreparables” no eran algo tan negativo o azaroso, sino la certidumbre que invadía la vida, haciéndole descubrir a uno lo mejor de sí misma. Las personas de temple debían estar, en cada momento, como un fruto maduro, listos para enfrentar su destino. Lo inauténtico consistía en hacer depender la existencia y la vida de un futuro incierto, aunque hermoso; de una “esperanza” que había de ser alcan-

zada en un momento posterior, a condición de posponer el presente y asumir la vida como algo transitorio, deleznable.

Por otra parte, trasladar la vida a después de la muerte era un autoengaño, una forma de no enfrentar la existencia. En el velorio de uno de sus amigos, cuando más de uno se quejaba de las “injusticias de la vida”; de lo absurdo que significaba se haya privado de vida a una persona, en lo mejor de sus años, a los más cercanos les dijo que lamentaba que aún no se logre descubrir el mensaje de vida que transmitía esa muerte. La muerte es más bien posibilidad de vida y de una vida más auténtica, porque obliga al hombre a desplegar todas sus máximas potencialidades, a vivir los eventos de cara a la nada que se tiene al frente, a cada instante. La muerte o la destrucción, la pérdida de todo e incluso de los seres queridos podía ser fuente de vida. Quien no tiene nada que perder no teme a la vida, más bien la disfruta y la vive con la mayor intensidad posible, porque sabe que el mañana no depara nada seguro.³¹³

También llamó la atención cuando en algún velorio, ante una vida joven, no más de 17 años, que fue arrancada de los suyos por un accidente, más que llorar su “irreparable pérdida” o quejarse de las “injusticias de la vida” y apelar al cielo, al destino o a la fatalidad, obviedades que no dicen nada, lo que hizo fue agradecer por los momentos de felicidad y disfrute que esa joven le había dado, por lo agradable de su compañía, por la risa y la felicidad compartida, por los hermosos momentos vividos, y que incluso la solidaridad demostrada en esos días a sus familiares podía ser asumida como parte de la vida, como los brazos que se extendían para seguir adelante.³¹⁴ En otra ocasión, manifestó que pocos habían tenido la oportunidad de vivir con la persona que acababa de fallecer, pero que ella tuvo la suerte de compartir días y avatares con una mujer brillante, que amaba la vida, que luchó por no perder un instante del hilo del día a día, que enseñaba a amar la existencia, que nunca vegetó, que supo subsistir con hidalguía y dar ejemplo de fuerza y vitalidad.

Erophilia veía las cosas al revés. Era una persona poco dramática, dispuesta a mantener una relación aún menos tensa con la propia mortalidad. Ella estaba liberada de las rémoras metafísicas y de costumbres ancestrales. Según ella, no había por qué mirar con tanto pesimismo a la muerte, ella era parte de la vida y había que aprender a mirarla de frente. Además, por la pro-

funda relación de la muerte con la vida, y por ser parte de ella, vivir bien también exigía morir bien. Alternativamente luminosa y sombría la vida y la muerte, hacían del presente una esfera en donde ambos elementos debían confluir, unirse cual dos mitades, inseparables, como acontece con la acción y la contemplación, el placer y el dolor, la muerte y la vida.³¹⁵

La palabra y los discursos

De esta época data su especial repugnancia por las declaraciones y discursos de las autoridades de gobierno y de todo tipo, quienes a través de la palabra y los sermones no solo escondían viles intereses, sino que además destilaban engaño, doble intención y abuso de la palabra, de sus posibilidades, significados y promesas. Algunos de ellos, como el Presidente de la Audiencia, pese a su talante bonachón, no dejaban de traducir en algunas ocasiones dosis de cólera y prepotencia, directamente proporcional a su falta de argumentos. Era la ira mal contenida, propia del discurso de los de arriba, con frecuencia vacío, lleno de contradicciones y violencia.

Un buen ejemplo del uso y abuso de la palabra, era el manoseo del mundo de los “principios”, de los “valores” y “buenas intenciones” para proteger protervos intereses, moneda corriente en aquellos años, en que las autoridades civiles, educativas, militares, judiciales y religiosas se había acostumbrado a hablar y discursar sobre lo que debería ser, incluso con elocuencia y sentimiento, hasta en forma airada en algunas ocasiones, a fin de promover el que “olviden” los quiteños lo que acontecía en este mundo y se refugien en un cielo ideal, rosado, que impedía mirar la turbia realidad y transformarla.

Los interminables discursos y conversaciones contra la corrupción eran un buen ejemplo de como la palabra podía actuar cual adormidera. Según Erophilia, les complacía a los quiteños, les deleitaba, eran adictos y propensos a esa música celestial de los discursos y la retórica ampulosa, a ese doble discurso al que se recurría para reforzar mezquinos objetivos. ¿Quién podía ser tan ingenuo de creer a ciertos defensores y adalides de la honradez y de los principios? ¿Quiénes eran los beneficiarios de este tipo de retórica? Les cuesta a los quiteños, decía Manuela, descubrir detrás de las promesas y las recetas milagrosas a los beneficiarios: determinados personajes, con capacidad in-

cluso histriónica y uñas muy largas, que hasta solían rasgarse en público las vestiduras ante el más mínimo caso de soborno o ratería. Esos personajes, envueltos en grandes peculados no hacían más que distraer la atención del pueblo. Ironía de la vida, muchas veces los más corruptos son los más exaltados defensores de la moralidad pública.

En la disolución de la sociedad colonial, hasta las instituciones más representativas amparaban, de inicio a fin, a veces en forma descarada, sin ambages ni tapujos, al juego del poder y a la violencia. Incluso la Iglesia estaba más al servicio del poder y la Corona que al servicio de sus hijos, especialmente de los más necesitados.

También indignó a Manuela, en esos infernales días de finales de la Colonia, que los principales representantes de su Majestad no solo hacían tabla rasa de todas las doctrinas, leyes y principios; no solo se llenaban la boca de propuestas y ofrecimientos que no tenían otra función que engatusar a los incautos, sino que con máximo cinismo aducían que no era factible gobernar la Provincia respetando el Código de Indias o los principios básicos de una vida racional, ni vivir bajo la protección del Derecho, ya que nuestra naturaleza era tumultuosa y proclive al caos y a la corrupción y, por ende, era necesario aplicar mano dura, alargar las penas, aumentar los castigos,...

Si el discurso imperial, por su misma naturaleza, estaba cargado de poder y violencia, qué decir de este cuando se expandía por la Provincia, por la boca de sus representantes: presidentes, cobradores de impuestos, jueces, regidores, abogados, secretarios, oidores,.... El lazo entre el discurso de los gobernantes con la prepotencia y la ira, así como la ligazón de las instituciones con el poder se revelaba entonces intrínsecamente perverso, sea por su violencia, sea por su afán por imponer determinadas verdades e intereses o por su desconocimiento de lo particular y específico de estas tierras y personas. ¿Quién podía confiar en las autoridades o en sus instituciones? ³¹⁶

Mas el uso fraudulento de la palabra contrastaba con los esfuerzos de Manuela. Ella, la primera periodista de la Audiencia de Quito, la primera mujer que se atrevió a escribir en público, la primera que enfrentó a su medio con la palabra, a su vez fue de las primeras víctimas del silencio y de la prensa. Su columna no pudo mantenerse mucho tiempo.

La cocina

También, en el mismo baúl, encontré anotaciones sobre cocina, arte en el cual es posible que Manuela haya logrado habilidades especiales. Juzgo que vale la pena reproducir algunas de ellas.

Me llamo la atención, especialmente, una lista de requerimientos de licores, condimentos y más aderezos que habrían sido utilizados en una comida de homenaje a unos novios que Erophilia, en su calidad de madrina, habría organizado, a los pocos meses de declarada la segunda independencia, allá por 1823, cuando Manuela se acercaba ya a los 70 años, en ese entonces tenía, exactamente, 66.

En esa época los licores de moda eran la ginebra, el coñac, la champañá, el vino de Bordeaux, el moscatel y el resoli, un licor al parecer italiano, que se preparaba ya en Quito y era un aguardiente anisado. Entre los condimentos, aliños y más aderezos consta el maní, el anís, el ajonjolí, el café, el té, la canela de Ceilán, el comino, el cacao, las pasas, el orégano, el azafrán, el clavo, la pimienta,... ¿Qué se utilizó en esa ocasión?, no se describe.

El puchero era el potaje obligado de los convites criollos. Lo substancioso de este plato venía dado por las carnes con que se lo preparaba. Podía utilizarse carne de ternera, de gallina, de borrego, pernil, pavo, pato y hasta róbalo, un pescado especial, que se transportaba en canoa hasta la célebre Bodeguita de Yaguachi y luego en mula hasta las ciudades del interior.

Consta en las comidas de homenaje que se dieron al Libertador en esos años, tanto en Quito como en Cuenca, el puchero como el plato principal. No se sabe cuánta gente asistió a las dos mesas y refrescos que se prepararon en honor a Bolívar y su comitiva, pero se calcula, por el volumen de ingredientes y la cantidad de botellas, platos, fuentes, servilletas, vasos, cucharas y tenedores utilizados, que pudieron haber asistido, en Cuenca, con los invitados locales, al rededor de 300 personas. Para esa ocasión se preparó: 1 ternera, 50 gallinas, 2 borregos, 8 libras de garbanzos, frutas, 4 borregos horneados, 4 pernils, 12 lenguas secas, 3 puercos, 40 pollos, 4 pavos, 4 lechones, 6 patos, 4 cabritos y 2 arrobas de róbalo. Además, se sirvió mote – dos y media fanegas de maíz blanco - y arroz. Se ofrecieron como postre helados y galletas de almidón con ajonjolí. Quizás, también se sirvió dulces de higos y

de peras y quimbolitos. Avanzada la tarde, puede haberse ofrecido tamales, con esencia de café, de Zaruma.³¹⁷

Los helados de paila era tarea por demás laboriosa, pero “Quito era famoso por los exquisitos helados y las bebidas que hacen sus habitantes; cuando se ofrece una merienda o una cena a un gran número de personas, se considera que servir helados es una delicadísima manera de mesa. Estos helados son por lo general preparados por las monjas, quienes, con este propósito, tienen moldes de peltre con la forma de diferentes frutas; dichos moldes son en dos piezas, unidas con cera y se las junta; en una pequeña abertura que hay en un extremo se vierte el licor, un líquido preparado con el jugo de la fruta que el molde intenta imitar; cuando está lleno, se cierra el agujero con cera, y el molde se coloca en un montón de hielo quebrado con sal, y se lo deja allí hasta que el licor se congele; entonces, la dos partes del molde se separa y el contenido sólido se pone un plato; de este modo se hace que los helados sean imitaciones perfectas de piñas, naranjas, melones, higos y otras frutas”.³¹⁸

La nieve tocaba traer de algunos de los nevados. En el caso de Cuenca, la nieve se llevó del Chimborazo, con un alto costo ya que solo por el flete se cobró 15 pesos, suma considerable, en ese tiempo, si se piensa que 50 gallinas costaban 12 pesos. Los bloques de hielo se envolvía en paja y seguramente se utilizaba también la sal a fin de que no se derritan demasiado pronto.³¹⁹

La comida del diario, algunos de sus platos, permanecen hasta la actualidad. Sobresalía el arroz de cebada, que se preparaba con trozos de carne de cerdo, hojas de col, ajo machacado, al mismo tiempo. Luego se añadía las papas y, por último, se agregaba un refrito de cebollas blancas ahogado con leche.³²⁰ También eran viandas muy estimadas el locro, el ornado, el caldo de gallina, el sancocho, el chulco o caldillo de huevos, el pescado seco, los tamales y las humitas. En la clase media y alta no faltaban los domingos y días de fiesta golosinas como higos, quesadillas, esencia de café, frutas, buñuelos, empanadas, comeibebe, dulces, pasteles y golosinas encarameladas o secas.

Se servían estos potajes, en la clase alta, en vajilla de plata, con cubiertos de plata; en los grupos medios se utilizaba vajilla de cerámica, blanca con adornos o dibujos al filo en azul, verde o dorado; confeccionada por hábiles

manos de artesanos de Cañar y Azuay. Básicamente era comida criolla hispánica, con marcada presencia del maíz y la papa. Se comentaba que alrededor de cuarenta y seis tipos diferentes de pasteles y platos se hacían con el maíz y treinta y dos de la papa, sin contar muchos otros en los cuales se mezclaban ambos cultivos.³²¹ La comida nativa aún permanecía pospuesta y las viandas y la moda francesa llegaron mucho más tarde.

El juego

En determinadas circunstancias uno no sabía si Erophilia había aprendido a establecer o no diferencias entre el juego y la realidad, entre lo indeterminado y lo objetivo o seguro, entre lo pasajero o transitorio y lo permanente, entre la aventura y el amor; si ella no era más que una mujer víctima de sus caprichos e intereses fugaces o de respuestas vitales, espontáneas, sin cálculos mayores. Pero ella insistía en la tesis de que la vida era un juego, un carnaval; que la existencia estaba marcada por el azar y la incertidumbre y por eso podía ser entendida como una opción relámpago en un escenario con múltiples alternativas, como acontece en el juego. Tal vez su alta valoración de las fiestas, de las diversiones, de lo lúdico en general y, especialmente, del momento y la aventura, hizo que sea propensa a jugar y correr riesgos.

¿Qué mejor forma, decía, de aproximarse a la realidad que la dinámica propia del juego? ¿Qué mejor forma de enseñar a los niños los números, que jugar con ellos a las barajas, los dados, los bolos o el billar? ¿Qué mejor forma de enseñarles habilidades y destrezas que participar con ellos en juegos deportivos, “mascaradas”, volantines, cometas o papelotes? ¿Qué mejor forma de enseñar a hablar y a expresarse que tomar parte en espectáculos como el carnaval, el teatro y la fiesta, las maromas o el circo?

Según ella y en esto tuvo una talentosa anticipación a las teorías de algunos autores, el lenguaje, la comunicación, la política, las relaciones personales, la mímica y la expresión, el amor,... no son más que un juego o al menos se construyen y reconstruyen como un juego, con múltiples posibilidades. Por supuesto, se requería valentía para vivir bajo la tensión del azar, la incertidumbre y los riesgos propios de quien apuesta a la vida a cada instante y pone toda su tensión, adrenalina y esfuerzo por abrirse a ella en todo momento

y estar presto a sus susurros en cada coyuntura que le presente el día a día. ¿No procede así el jugador? ¿No es esta una forma de tomar muy en serio la vida? El jugador ni corre ni se esconde en mil explicaciones y subterfugios ante los retos de la apuesta. En el juego se diluye la seguridad y se imponen las decisiones y las acciones en medio del azar, la incertidumbre, la inseguridad y hasta el humor.

En el juego, decía, se vuelve a sentir la vida: su inestabilidad y su fuerza. El buen jugador, en su juego no tiende a un final tranquilo; no le interesa ganar o perder, no busca seguridades sino seguir jugando, arriesgar, hacer caso a sus propias reglas e intuiciones. En otros términos, el límite del juego para ella no radicaba ni en el triunfo ni en el placer de la victoria o de la derrota sino en la posibilidad de experimentar la agitación y vehemencia de la vida y en el seguir jugando. Ella decía que no juega ni para ganar ni para disfrutar sino por alimentar y sostener el impulso a vivir, para revivir la tensión del momento supremo; por la vitalidad que despierta el juego en cada ocasión.

El único límite era el otro con quien se jugaba y las reglas que se habían acordado, libremente, respetar entre los jugadores. Solo bajo esa perspectiva, la vida toda: el lenguaje, la educación, la acción política, el comer o el vestirse,... estaban gobernados por reglas, aunque en su base tales parámetros y normas eran temporales, gratuitas, puestas o creadas por hombres y mujeres particulares y únicos para determinadas coyunturas, y por eso al menos diferentes a los principios y normas tradicionales, con que se intentaba controlar la riqueza de la existencia. La vida, decía, se empobrece, pierde interés, cuando la apuesta máxima en el juego de la existencia, esto es, la vida misma, no es arriesgada y se cae en la rutina, en las reglas y el tedio, en la ilusión de aferrarse a esencias, principios y estructuras estables, eternas.

Tal vez, como efecto de la crisis, de las desgracias y dramas que se escuchaban a lo largo y ancho de la Audiencia y ante la incertidumbre y la desconfianza generalizada, se hizo famosa una canción que la tarareaban los jóvenes, al son de la guitarra, entre trago y trago: "La vida es un carnaval" y claro que lo había sido, lo era y lo será.

"Todo aquel que piense que la vida es desigual,
Tiene que saber que no es así,
Que la vida es una hermosura,

Hay que vivirla.

Todo aquel que piense que está solo y que está mal,
Tiene que saber que no es así,
Que en la vida no hay nadie solo
Y siempre hay alguien.

Todo aquel que piense que la vida siempre es cruel,
Tiene que saber que no es así,
Que tan solo hay momentos malos
Y todo pasa.

Todo aquel que piense que esto nunca va a cambiar
Tiene que saber que no es así,
Que al mal tiempo buena cara
Y todo cambia.

Carnaval es para reír,
No hay que llorar, para gozar.
Carnaval es para disfrutar,
Hay que vivir cantando,
Carnaval, la vida es un carnaval,
No hay que llorar, todos podemos cantar.
Carnaval, Ay señores, hay que vivir cantando.
Carnaval, todo aquel que piense que la vida es cruel,
Carnaval, nunca estará solo,
Hay que vivir cantando,
Dios está con él.

El coro o estrofa que se repetía era:

¡Ay!, no hay que llorar,
Que la vida es un carnaval
Es más bello vivir cantando.

¡Ay!, no hay que llorar,
Que la vida es un carnaval
Y las penas se van cantando.

Para aquellos que se quejan tanto,
Para aquellos que solo critican,
Para aquellos que usan las armas,
Para aquellos que nos contaminan,
Para aquellos que hacen la guerra
Para aquellos que viven pecando,
Para aquellos que nos maltratan,
Para aquellos que nos contagian”³²²

¡Ay!, no hay que llorar,
Que la vida es un carnaval.
Es más bello vivir cantando.

En más de una ocasión se la vio a Erophilia romper la cansina monotonía de los días, entregándose a la tensión, alegría y creatividad propia de uno de los juegos más utilizados en aquellos tiempos: las mascaradas (comparsas),³²³ que si bien las disfrutaban sobre todo los mayores, ella trataba que también los menores aprendan su deleite y vivacidad.

Las mascaradas, en definitiva, no eran otra cosa que la puesta en escena, casi siempre, de acontecimientos, personajes, hechos históricos más o menos recientes, rumores, burlas, noticias, críticas a la autoridad, interpretación de papeles y profesiones, para cuyo efecto lucían los actores de vistosos trajes y máscaras y transformaban en escenario a la propia calle o ambiente en que representaban su comparsa. En Quito, “esta diversión tuvo gran predicamento por parte de la población, tanto blanca como indígena. Desde el día de los Inocentes hasta Reyes se sucedían una tras otra” las comparsas, seguramente por el deseo innato de los individuos y de los grupos por interpretar papeles que reproducían la vida, los deseos e intereses en juego en la Audiencia.³²⁴

Otros juegos de la época que disfrutaba y describía Erophilia al detalle eran la carrera competitiva de caballos, las cañas, las sortijas o anillas, la pelea de gallos, la pelota denominada tiempos después pelota “nacional”, las bochas, los fuegos artificiales y otra serie de diversiones y habilidades de salón como el billar, los naipes, los dados, el barato o las apuestas.

Cuando se le pidió a Erophilia una explicación mayor sobre los trasfondos que escondía el juego, les respondió organizando una mascarada con

adolescentes, que en el esplendor de la vida dieron muestras de ingenio. Convocados los jóvenes del barrio, les contó que en Quito se veía florecer todo tipo de artes, desde los que daban muestra los mercaderes, relojeros, oropeleros, tintores, torneros, silleros, pasando por los librereros, joyeros, panaderos, confiteros, zapateros, sastres, tapiceros, plateros, ladrilleros, abogados, curas, médicos, hasta llegar a los escultores, pintores, herreros, ebanistas, boticarios, tejedores y pintores. Luego ofreció un premio a quienes, con los materiales que consiguiesen, en forme inmediata, hiciesen la representación de una de esas profesiones.³²⁵

La mascarada resultó un éxito sorprendente. Erophilia tuvo que entregar premios no solo a quienes presentaron las artes que florecían a maravilla en Quito, sino también a los grupos que escogieron tomar del pelo a las principales autoridades e hicieron motivo de risa y mofa a lo más augusto y sagrado, desde el Rey y sus representantes, hasta sus aliados: obispos, abogados, profesores,...

En otra ocasión, cuando se le insistió a Erophilia sobre mayores explicaciones, sobre los trasfondos del juego, lo comparó con la vida y sin titubeos recordó una carta que le habría escrito a su esposo, en vísperas de su viaje a España. Manuela le pidió a Mejía que no la abriese de inmediato, de ser posible cuando deje Guayaquil. Mejía no resistió la curiosidad y al abandonar Riobamba, al comenzar el ascenso de la cordillera, en medio del esfuerzo de las mulas, la niebla y la lluvia se humedecieron sus ojos. “Creo que he jugado bien. El juego requiere de personas que, aunque fuere una vez en la vida, decidan saltar barreras, apostar a la nada, jugar,... por jugar. Y para ello, es necesario de tiempos. Las apuestas se dan ese momento y no otro, se lo toma o se lo deja. La sabiduría está en aceptar el reto en ese tiempo, para ese momento. Lo demás,... nadie lo sabe. El que pierde llorará, igual por un tiempo, el que gana llorará, también por un tiempo,... Para iniciar un nuevo juego que hará, entre llanto y llanto, un espacio parecido al paraíso. Eso es todo. El presente es lo único que existe realmente. Romper el encanto, es acercarse al término de la burbuja y tan solo, con un pequeño roce de los dedos, toparla. Y ya está, transportados a una nueva burbuja que existirá hasta que un dedo desaprensivo o tal vez visionario la destruya. La necesidad de oxígeno y de juego es más fuerte que el encanto de la burbuja, ¿no es cierto? Los seres tenemos un límite de dignidad y orgullo y ese es precisamente el único que puede sal-

varnos de la destrucción. En unos, el límite se encuentra más lejos; en otros, está casi al empezar el juego. Depende de como ha sido lanzada la burbuja, del aliento que se puso y de la ilusión que impulsó a soplarla. Así de simple. Y el momento llegó, explotó en mil colores iguales a los de su creación. Nada de arrepentimientos. Su término fue tan bello como su nacimiento. Ya podemos ser amigos y unir esfuerzos en un sueño común: el trabajo.

Solo queda un consejo de buenos jugadores: no apuestes si no estás en el tiempo de juego, en el tiempo de la vida. Si buscas seguridades y placeres tranquilos, no juegues. Allí solo queda el espacio para lo cotidiano, lo suave y aterciopelado que te hace dormir y, a veces soñar. Las sensaciones desatadas, la adrenalina llevada a extremos, el trueno y el relámpago están para los jugadores, tan solo. Buen viaje, aprendiz de marinero; buen juego, aprendiz de jugador; buen amor, aprendiz de la vida. Mi viaje ha terminado y fue un buen viaje, mi juego ha terminado y fue un buen juego, mi amor ha terminado, jugué a la vida".³²⁶

Capítulo VII DE LA SOBREVIVENCIA

El último y el primer día

En el patio de atrás de la casa de los Espejo jugueteaban, a media mañana, Manuela y algunas hijas de sus amigos. Un buen rato escucharon los cuentos de la abuela Manuela, nietas de Morales, de Ante, de Salinas, de Quiroga, Ascázubi, Saa,... No se sabe cuál de ellas, a medio día, hizo un aparte con Manuela.

La adolescente preguntó acerca de lo mejor que Manuela había hecho en tantos años de existencia. La respuesta fue tan rápida como un relámpago, no hizo falta navegar en la memoria, mirar hacia atrás a las generaciones decapitadas, a las inolvidables jornadas de la Independencia, al mal inicio de la República, ni al triste final de sus hermanos y esposo,... “Lo mejor has sido tú”, fue la respuesta de Manuela. La joven aún no sabía cuan importante había de ser en el futuro. Se tomaron de la mano y caminaron juntas, por un buen momento. Sus amigas las vieron salir de la casa y alejarse. Era el “eterno retorno”, que se cumplía una vez más. Una nueva Manuela, con toda su riqueza y tragedia, había nacido. Era el mediodía y el sol de Quito no permitía que se levante sombra alguna.

NOTAS

Prólogo

- 1 Cfr. Octavio Paz, LOS HIJOS DEL LIMO, España, SEIS BARRAL Edt.1981, Pg. 91.
- 2 Baste recordar Las Cartas Riobambenses y, especialmente, la Carta escrita al editor del periódico Primicias de la Cultura de Quito, sobre los defectos del número dos, suscrita por Erophilia, según algunos, en la vida real, la hermana de Eugenio Espejo: Manuela. Así como también otra serie de referencias al papel de la mujer en la Audiencia tanto en el Nuevo Luciano como en el Marco Porcio Catón y la Ciencia Blancardina.
- 3 Cfr. Carlos Paladines, Aporte de Juan Montalvo al pensamiento liberal, Quito, Edt. Fundación Friedrih - Nauman, 1988, Pg. 30.

Capítulo I

- 4 Según unos autores Manuela nació en 1753, según otros en 1757. No existe documento alguno sobre su muerte. Carlos Freile indica: "La última noticia que tenemos es que todavía vivía en Quito en 1829. Cfr. EUGENIO ESPEJO Y SU TIEMPO, Quito, Edc. Abya-Yala, 1997, Pg. 43.
- 5 Cfr. Fernando Jurado, CASAS DEL QUITO VIEJO, (Tomo 1), Quito, Colección Medio Milenio, 1992. Pgs. 120 - ss.
- 6 Cfr. Carlos Freile, Op. Cit. Pg. 42.
- 7 Silvana Larrea, "Una vida entre libros", Quito, Rev. DINERS, Nro. 210, Nov. 1999, Pg. 26.
- 8 Primicias de la Cultura de Quito, Nro. 3, Pg. 45.
- 9 Idem. Pgs. 16 - 38 - 39 - 44- 46 - 65
- 10 Cfr. Arturo Roig, HUMANISMO EN LA SEGUNDA MITAD DEL SIGLO XVIII, Quito, Biblioteca básica del pensamiento ecuatoriano, Vol. 19, Edt. Corporación Editora Nacional, 1983, Pg. 147.
- 11 Primicias,... Pg. 49
- 12 Idem. Pg. 60
- 13 Cfr. Carlos Freile, Op. Cit, . pg. 39. Al respecto también puede consultarse, Carlos Paladines, ESPEJO, CONCIENCIA CRITICA DE SU EPOCA, Op. Cit. Pg. 166.

- 14 Primicias,... Pg. 59.
- 15 Idem,... Pg. 76.
- 16 Cfr. Pío Jaramillo Alvarado, LOS PROFETAS DE GORÍBAR, Quito, Edt. Casa de la Cultura Ecuatoriana, 1950. Pg. 25. También puede consultarse, Jorge Salvador Lara, Op. Cit, Pg. 146.
- 17 Primicias,... Pgs. 74 - 75.
- 18 Cfr. D.H. Lawrence, El AMANTE DE LADY CHATETERLEY, Barcelona, Edt. Bru-guera, 1980, Pgs. 47 - 48.
- 19 Primicias,... Pg. 65.
- 20 Idem, Pg. 73 - 74.
- 21 Cfr. Arutro A. Roig, HUMANISMO EN LA SEGUNDA MITAD DEL S. XIX, Op. Cit. Pg. 90.
- 22 Angélica Peñafiel, Retratos, inédito, Marzo del 2000.
- 23 Cfr. Eugenio Espejo, PRIMICIAS DE LA CULTURA DE QUITO, Quito, Imp. Del Ministerio de Gobierno, 1944, Pg. 49.
- 24 Idem. Pg. 49.
- 25 Idem, Pg. 48-
- 26 Cfr. Catherine Aubier - Josanne Delangre, ASTROLOGÍA CHINA, España, Pla-za y Janes Editores, 1981, Pgs. 101 - ss.
- 27 Idem, Pg. 226.

Capítulo II

- 28 Cfr. Carlos Paladines, "El pensamiento económico, político y social de Eugenio Espejo, en: EUGENIO ESPEJO: CONCIENCIA CRÍTICA DE SU EPOCA, Quito, Edt. Universidad Católica, 1978, Pg. 198, .
- 29 En estos tiempos recuerdo que aconteció algo parecido. Alguna ministra y al-gún presidente juzgaron que era parte de su acertada política dedicar para el pago de la deuda externa porcentajes increíbles, que oscilaban entre el 60% y el 70% del presupuesto.
- 30 Primicias,... Pg. 180.
- 31 Idem. Pg. 199.
- 32 Idem. Pg. 200.
- 33 Idem. Pg. 136.
- 34 Cfr. Galo René Pérez, SIN TEMORES NI LLANTOS, Vida de Manuelita Sáenz, Quito, Ediciones del Banco Central del Ecuador, 1997, Pg. 25.
- 35 Letra de Milton Tadeo.
- 36 Cfr. Inés del Pino - Hugo Yepes, Apuntes para una historia sísmica de Quito, En: SERIE QUITO: CENTRO HISTORICO DE QUITO: PROBLEMÁTICA Y PERSPECTIVAS, Quito, Edt. Dirección de Planificación del I. Municipio, 1990.

- Pg. 82.
- 37 Cfr. George Steiner, EN EL CASTILLO DE BARBA AZUL, Aproximación a un nuevo concepto de cultura, España, Edt. Gedisa, 1998, Pg. 95.
- 38 Jorge Salvador Lara, APUNTES PARA LA HISTORIA DE LA CIENCIA EN EL ECUADOR, Quito, Edt. Instituto Panamericano de Geografía e Historia, 1978, Pg. 42.
- 39 Alicia Loaiza, Documento de trabajo, Quito, 1999.
- 40 William Bennet Stevenson, NARRACION HISTORICA DESCRIPTIVA DE VEINTE AÑOS DE RESIDENCIA EN SUDAMÉRICA, En: LA REVOLUCION DE QUITO, 1809 - 1822, Selección, Estudio Introductorio y Notas, Jorge Salvador Lara, Quito, Edt. Corporación Editora Nacional, 1982, Pg. 67.
- 41 Cfr. Concepción León Carrera, "Eugenio Espejo: Ilustración y visión del indio", Mémoire de Maîtrise, Université de Paris X - Nanterre, 1995, Pg. 68.
- 42 Jürgen Habermas, "Modernidad versus postmodernidad", en COLOMBIA EL DESPRESTAR DE LA MODERNIDAD, Bogotá, Edt. Foro Nacional, 1991.
- 43 Cfr. George Steiner, Op. Cit, p. 101. También puede consultarse Gianni Vattimo, La sociedad transparente, Barcelona, Ediciones Paídos, 1990, Pgs. 75 y 97.
- 44 Idem. Pgs, 31 - 32.

Capítulo III

- 45 Cfr. Carlos Paladines, "El pensamiento económico, político y social de Eugenio Espejo, Art. Cit.
- 46 Cfr. Concepción León Carrera, Doc. Cit, Pgs. 5 y ss.
- 47 Idem. Pg. 43. También puede consultarse, Carlos Paladines, "Los Estatutos de la Sociedad de Amigos del País", en: EUGENIO ESPEJO y el pensamiento precursor de la independencia, Quito, Edc ADHILAC, 1992, Pgs. 133 - ss, .
- 48 W. B. Stevenson, Narración histórica y descriptiva de veinte años de residencia en Sudamérica, Op. Cit, Pg.72.
- 49 Pedro Fermín Cevallos, HISTORIA DEL ECUADOR, desde su origen hasta 1845, T. III, Guayaquil, Imprenta de la Nación, 1868, Pgs. 18 y 19.
- 50 Carlos Paladines, PENSAMIENTO PEDAGOGICO ECUATORIANO, Estudio Introductorio, p. 60. Quito. Edt. Corporación Editora Nacional y Banco Central del Ecuador, Vol 33, 1988.
- 51 Cfr. Jorge Villalba, LAS PRISIONES DEL DOCTOR EUGENIO ESPEJO, 1783 - 1787 - 1795., Pg.30, Quito, Edc. De la Pontificia Universidad Católica del Ecuador. 1992.
- 52 Philip Louis Astuto, EUGENIO ESPEJO (1747 - 1795) Reformador ecuatoriano de la Ilustración, México, Fondo de Cultura Económica, 1969, Pg. 67.

- 53 Citado por Galo René Pérez, SIN TEMORES NI LLANTOS, Vida de Manuelita Sáenz, Quito, Ediciones del Banco Central del Ecuador, 1997, Pg. 51.
- 54 Algunas partes del texto han sido tomadas de una intervención radial de César Alarcón Costa, Domingo, 27 de Julio de 1999.
- 55 Cfr. Diario El Comercio, 11 de Agosto de 1999.
- 56 Idem. Sección editorial, martes 20 de Junio de 1999.
- 57 Cfr. Carlos Freire, EUGENIO ESPEJO Y SU TIEMPO, p. 43, Quito, Edc. Abya-Yala, 1997.
- 58 Cfr. Carlos Freire, La figura de Eugenio Espejo en el juicio puesto por su hermana Manuela al Presidente Luis Muñoz de Guzmán, (documento de trabajo, Pg.5)
- 59 Idem. Pg. 19.
- 60 Carlos Freire, EUGENIO ESPEJO Y SU TIEMPO, Op. Cit. Pg.. 43.
- 61 Carlos Freile, Op. Cit. Pg. 39.
- 62 Cfr. Ricardo Palma, TRADICIONES PERUANAS COMPLETAS, Pgs. 1276 - 1287, Madrid, Edt. AGUILAR, 1968.
- 63 Cfr. Hernán Malo González, PENSAMIENTO UNIVERSITARIO ECUATORIANO, pp. 173 - 74, Quito, Biblioteca Básica del Pensamiento Ecuatoriano, Vol. 14, s.f.
- 64 Cfr. Carlos Paladines, SENTIDO Y TRAYECTORIA DEL PENSAMIENTO ECUATORIANO, Quito, Edt. Banco Central del Ecuador, 1990, Pgs. 91 - 92. También puede consultarse mi trabajo sobre "Ilustración francesa e ilustración ecuatoriana", en NACION, ESTADO Y CONCIENCIA NACIONAL, Quito, Jorge Núñez Edt., 1992. Pgs. 53 - ss.
- 65 Cfr. Carlos Paladines, EL PENSAMIENTO PEDAGOGICO ILUSTRADO, Op. Cit, Pgs. 139 - ss, Adición a los Estatutos de la Universidad de Santo Tomás, formada por el Sr. . Presidente, Vice -Patrono Real, Barón de Carondelet, 1800.
- 66 Eugenio Espejo, Primicias,... Pg. 30
- 67 Eric Beerman, "Eugenio Espejo y la Sociedad Económica de Amigos del País, de Quito, pg. 18; también puede consultarse, Carlos Paladines. "Los Estatutos de la Sociedad de los Amigos del País, En: EUGENIO ESPEJO Y EL PENSAMIENTO PRECURSOR DE LA INDEPENDENCIA, Quito, Edt. Jorge Núñez, Edc. ADHILAC, 1992, Pg. 133 - ss.
- 68 Philip Louis Astuto, Op. Cit. Pg. 68,
- 69 Jurado, Aguilar, Moreno, Op. Cit. Pg. 111.
- 70 Cfr. Roberto Andrade, HISTORIA DEL ECUADOR, Primera Parte, Quito, Corporación Editora Nacional, 1982, Pg. 187
- 71 Carlos Paladines, PENSAMIENTO ILUSTRADO ECUATORIANO, Op. Cit. Pg. 350.
- 72 Idem. Pg. 351.

- 73 Pedro Fermín Cevallos, RESUMEN DE LA HISTORIA DEL ECUADOR, pg. 42, Guayaquil, Imprenta de la Nación, 1886.
- 74 Roberto Andrade, Op. Cit. Pg. 198.
- 75 Juan León Mora, CANTARES DEL PUEBLO ECUATORIANO, T. I, Quito, Edt. ARIEL, Pgs. 31 – 35.
- 76 W. B. Stevenson, Narración histórica y descriptiva de veinte años de residencia en Sudamérica, Op. Cit, Pg 77 - ss
- 77 Pedro Fermín Cevallos, Op. Cit. 74
- 78 W. B. Stevenson, Op. Cit. Pg. 83.
- 79 Carlos Paladines, PENSAMIENTO ILUSTRADO ECUATORIANO, Estudio Introductorio, Pgs. 59 – ss.
- 80 Cfr. Jorge Salvador Lara, El retrato del Dr. Antonio Ante sobre su participación en la Independencia de Quito, Boletín de la Academia Nacional de Historia, Vol. LXIV, Enero – Diciembre, 1981, Pgs. 183 – ss.
- 81 Idem. Pg. 193.
- 82 Jurado, Aguilar, Moreno, Op. Cit. Pg. 101.
- 83 Cfr. Pedro Moncayo, El Ecuador de 1825 a 1875, 1er.Tomo. Quito, Edt. Casa de la Cultura Ecuatoriana, 1979, p.271.
- 84 Cfr. Juan Carlos Machado, Carta a su padre, Quito, 19 de febrero del 2000.
- 85 Pedro Fermín Cevallos, Op. Cit. Pg. 21.
- 86 Cfr. Emmanuel Kant, ¿Qué es la Ilustración?
- 87 Cfr. Isaac Barrera, PROCERES DE LA PATRIA, LECTURAS BIOGRAFICAS, Quito, Edt. Ecuatoriana, 1939, Pgs. 121 – ss.
- 88 Idem. Pg. 128.
- 89 Isaac Barrera, HISTORIA DE LA LITERATURA ECUATORIANA, S. XIX, Pg. 13, Quito, Editorial Ecuatoriana, 1950. Jorge Salvador Lara, QUITO, Madrid, Edt. MAPFRE, 1992, Pg.184.
- 90 W. B. Stevenson, Op. Cit. Pg. 86.
- 91 Cfr. Arturo A. Roig, “Figuras y símbolos de nuestra América”, Quito, Documento de trabajo, PUCE, Pg. 4.
- 92 Cfr. Jorge Salvador Lara, Compilador. LA REVOLUCION DE QUITO, 1809 – 1812, Op. Cit, Pg. 111 y 187.
- 93 Roberto Andrade, HISTORIA DEL ECUADOR, Op. Cit. Pgs. 274 275.
- 94 Cfr. Galo René Pérez, Op. Cit. Pg. 123.
- 95 Cfr. Arturo Andrés Roig, “Palabras leídas con motivo del décimo aniversario del secuestro y posterior asesinato del Prof. Mauricio López”, en Rev. PROMETEO, Nro. 19. Universidad de Guadalajara, Año 3, Sept. Dic. 1987.
- 96 Simón Bolívar, Carta de Jamaica, México, Edt. Universidad Nacional Autónoma de México, 1978, Pgs. 10-11.
- 97 Cfr. Alfonso Montalvo Zumárraga, “La crisis de la subjetividad y su contexto, Una aproximación”, Trabajo de Clase, Quito, PUCE, 1993.

- 98 Cfr. Rafael Quintero, "El Estado Colonial", en: NUEVA HISTORIA DEL ECUADOR, Vol. 5, Quito, Corporación Editora Nacional, 1989, Pgs. 23 – 25.
- 99 Cfr. Gianni Vattimo, INTRODUCCIÓN A NIETZSCHE, Barcelona, Edc. Península, 1990, Pgs. 12 y 13.
- 100 Juan Carlos Machado, Carta Cit. Pg. 2.
- 101 Cfr. Gianni Vattimo, Op. Cit. Pg. 104.
- 102 Idem. Pg. 61 y 64.
- 103 Cfr. Sosa Ernesto, Filosofía en serio y libertad de espíritu, en: Congreso Internacional,... Op. Cit. Pg. 391.
- 104 Cfr. Gianni Vattimo, "Destinación de la metafísica. Destinación de la violencia. Art. Cit. Pg. 413; LA SOCIEDAD TRANSPARENTE, Op. Cit. pgs 84 – 87.
- 105 Gianni Vattimo, ETICA DE LA INTERPRETACION, Pg. 167. También puede verse, Davidson Donal, Epistemología y verdad, en: Congreso Internacional Extraordinario de Filosofía, Argentina, Universidad Nacional de Córdoba, 1987, Pg. 163.
- 106 Cfr. D.H. Lawrence, Op. Cit. Pg. 59
- 107 Carlos Paladines, PENSAMIENTO ILUSTRADO ECUATORIANO, Estudio Introductorio, Pgs. 59 – ss.
- 108 Jürgen Habermas, "Modernidad versus postmodernidad", en: COLOMBIA EL DESPERTAR DE LA MODERNIDAD, Bogotá, Edt. Foro Nacional, 1991.
- 109 Freddy Alvarez González, EL CASTIGO DE APRENDER, APRENDER COMO CASTIGO, Quito, Edt. Efímera, 1999, Pg. 96.
- 110 Gianni Vattimo, INTRODUCCIÓN A NIETZSCHE, Barcelona, Op. Cit. Pgs. 14 y 28.
- 111 Freddy Alvarez, Op, Cit. Pg. 54.
- 112 Idem, Pg. 106.
- 113 Cfr. Sergio Jerez R, "Perspectiva antropológica de una educación en valores", en Rev. Pensamiento, Vol 18, Santiago de Chile, Pontificia Universidad Católica de Chile. Julio de 1996, Pg. 87 – ss.
- 114 Cfr. Gianni Vattimo, INSTRODUCCIÓN A NIETZSCHE, Op. Cit. Pg.. 115.
- 115 Gianni Vattimo, ETICA DE LA INTERPRETACION, Pg. 11.
- 116 Cfr. Juliana González, "Ética y psicoanálisis", en CONCEPCIONES DE LA ÉTICA, Op. Cit, Pgs. 230 – ss.

Capítulo IV

- 117 Primicias de la Cultura de Quito, No. 2, Febrero 2 de 1972. Quito. Imp. del Mtrio. De Gobierno, 1944, Pg. 45.
- 118 Idem. Pg. 45
- 119 Idem. Pg. 44

- 120 Ibidem.
- 121 Idem. Pp. 44 – 45.
- 122 Ibidem.
- 123 Cfr. Eduardro Estrella, JOSE MEJÍA, primer botánico ecuatoriano, Quito, Edc. ABYA – YALA, 1988. En esta obra se reproducen 7 cartas de Mejía a Celestino Mutis, entre agosto de 1803 y febrero de 1806.
- 124 Idem. P. 46.
- 125 Idem. P. 47.
- 126 Idem. P. 50.
- 127 Cfr. Alexandra Ayala Marín, “Preguntar es un derecho ciudadano”, En: Diario Hoy, página editorial, Quito, viernes 6 de Agosto de 1999.
- 128 Primicias de la Cultura de Quito, Op. Cit. Pg. 49.
- 129 Libro de Casamientos: Tomo 6to. Folio 88, vta.; Archivo de El Sagrario de Quito, Ecuador.
- 130 Cfr. Neptañí Zúñiga, JOSE MEJIA, Quito, Talleres Gráficos Nacionales, 1947, Pg. 67.
- 131 Cfr. Alfredo Flores y Caamaño, DON JOSE MEJIA LEQUERICA EN LAS CORTEZ DE CADIS DE 1810 A 1813, Buenos Aires, Casa Editorial MAUCCI, 1913, Pg. XXXIV.
- 132 Neftalí Zúñiga, MEJIA MIRABEAU DEL NUEVO MUNDO, Quito, Talleres Gráficos Nacionales, 1947, Pg. 177.
- 133 Cfr. Isaac Barrera, ENSAYO DE INTERPRETACIÓN HISTÓRICA, Introducción a los acontecimientos del 10 de Agosto de 1809, . Quito. Edt. Casa de la Cultura Ecuatoriana, 1959, Pg. 167.
- 134 José María Vargas, HISTORIA DE LA CULTURA ECUATORIANA, II tomo, , Quito, Edc. Clásico Ariel, Nro. 83. S.f. Pg. 168.
- 135 Citado por Neftalí Zúñiga, Op. Cit. Pg. 192.
- 136 Benjamín Pereira Gamba, El Dr. José Mejía Lequerica, Rev. Iris, 6ta. Entrega, Quito, Imp. del Pueblo, Oct. 1861, Pg., 96, Neftalí Zúñiga, Op. Cit. Pg. 232.
- 137 Cfr. Simón Espinosa, “Primeros en Sidney”, Diario Hoy, 17 de septiembre del 2000, Pg. 9ª.
- 138 Francisco Correa Bustamante, JOYEL MUSICAL, Guayaquil, Edt. Arquidiocesana Justicia y Paz, 1992, Pg.. 436.
- 139 José Laso R, “¿Existen “los mutantes”?”, Diario Hoy, 16 de septiembre del 2000, Pg. 4A
- 140 Benjamín Pereira Gamba, El Dr. José Mejía Lequerica, Art. Cit. Pg. 97.
- 141 José Mejía, Epistolario, en: Boletín de la Academia Nacional de Historia, Vol. XXXV, Enro – Junio 1986, Nro. 87, pg. 117.
- 142 Epistolario de José Mejía, Pg. 119.
- 143 Idem. Pg. 118
- 144 Aldredo Flores ty Caamaño, Op. Cit. Pg. XXXV

- 145 Cfr. Isaac Barrera, Op. Cit. Pg. 171.
- 146 Cfr. Willam Stevenson, Op. Cit. Pg. 72.
- 147 Benjamín Pereira Gamba, Art. Cit. Pg. 95.
- 148 Cfr. Carlos Paladines, PENSAMIENTO ILUSTRADO,... Op. Cit. Pg. 55 - ss.
- 149 Alfredo Flores y Caamaño, Op. Cit. Pg. XXXVIII
- 150 Idem. Pg. XXXIX
- 151 Eric. Beerman, Art. Cit. pg. 20.
- 152 Alfredo Flores y Caamaño, Op. Cit. Pg. XXXV
- 153 Alfredo Flores y Caamaño, Op. Cit. Pg. XXXVII.
- 154 Manuela Espejo, Primicias de la Cultura de Quito, Nro. 3, 2 de Febrero de 1792, Pgs. 48 - 49,
- 155 Epistolario de José Mejía, Guayaquil, Febrero 28 de 1806. Boletín de la Academia Nacional de Historia, Vol. XXXV, Nro. 87, Enero - Junio, 1986.
- 156 Manuela Espejo, Primicias, Pg. 44.
- 157 Cfr. Fernando Savater, "Vitalismo", En: CONCEPCIONES DE LA ETICA, pg. 297, Madrid. Edt. Trotta, 1992. También puede consultarse, Jürgen Habermas, "Acerca del Uso Etico, Pragmático y Moral de la Razón Práctica, en: Rev. FILOSOFIA, Pg. 7 - ss, Universidad de los Andes, Venezuela, Abril, 1990.
- 158 Cfr. John Stuart Mill, BENTHAM, Madrid, Edt. Tecnos, 1993, Pg. 46.
- 159 Primicias de la Cultura,... Pg. 18.
- 160 Primicias de la Cultura,... Pg. 78.
- 161 Citado por Esperanza Guisán, "Utilitarismo", En: CONCEPCIONES DE LA ETICA, Madrid, Edt. Trota, 1992, pg. 280.
- 162 Cfr. Gianni Vattimo, INTRODUCCION A NIETZSCHE, Op. Cit. Pg. 64.
- 163 Baruc Espinosa, Etica, Escolio XLV.
- 164 Cfr. Arturo Roig, HUMANISMO EN LA SEGUNDA MITAD DEL SIGLO XVIII, Op. Cit. Pg. 39.
- 165 José María Vargas, HISTORIA DE LA CULTURA ECUATORIANA", II. Tomo, Quito, ARIEL, Edtrs. s.f. Pg.148.
- 166 Primicias,... Pgs. 16 y 17.
- 167 Primicias, .. Pg. 16.
- 168 Jeremías Bentham, TRATADO DE LOS SOFISMAS POLITICOS, Argentina, Edt Rosario, 1944, Pg. VIII
- 169 Cfr. Germán Marquín Argote, "Benthamismo y antibenthamismo en Colombia", p. 9. (documento mimeografiado).
- 170 Cfr. Mi trabajo: Elementos para el análisis de El Quiteño Libre, Quito, 1988, a editar por el Departamento de Cultura del Banco Central del Ecuador, Pgs. 23 - 24. Pedro Moncayo, El Ecuador de 1825 a 1875, Quito, Edt. Casa de la Cultura Ecuatoriana, 1979, p.228.
- 171 Idem, p. 24.
- 172 Cfr. Esperanza Guisán, Art. Cit, pp. 274 - 277.

- 173 Friedrich Nietzsche, HUMANO, DEMASIADO HUMANO, Citado por Gianni Vattimo, INTRODUCCIÓN A NIETZSCHE, Op. Cit, Pg. 64.
- 174 Fernando Savater, ETICA PARA AMADOR, Barcelona, Edt. ARIEL, Pg. 185.
- 175 Gianni Vattimo, INTRODUCCIÓN A NIETZSCHE, Op. Cit, Pg. 21.
- 176 José Luis Arangueren, Op. Cit, Pgs. 31 – ss.
- 177 Jeremías Bentham, TRATADOS DE LEGISLACIÓN CIVIL Y PENAL, Madrid, Edt. Nacional, 1981, Pg. 28.
- 178 John Stuart Mill, Op. Cit, Pg.48.
- 179 Germán Marquín Argote, “Benthamismo y atibenthamismo en Colombia”, Pg. 10.
- 180 Cfr. Gianni Vattimo, INTRODUCCION A NIETZSCHE, Op. Cit. Pgs. 62 y 115.
- 181 Primicias,... Op. Cit. Pg. 37.
- 182 Cfr. Jeremías Bentham, TRATADOS DE LEGISLACIÓN CIVIL Y PENAL, Op. Cit. Pg. 29-30.
- 183 Idem, 30.
- 184 Primicias,... . Pgs. 77 y 78.
- 185 Idem. Pg. 78.
- 186 Ibidem.
- 187 Cfr. Arturo Andrés Roig, TEORIA Y CRITICA DEL PENSAMIENTO LATINOAMERICANO, México, Fondo de Cultura Económica, 1981, Pgs. 198 – 208, .
- 188 Esperanza Guisá, Art. Cit. p. 276.
- 189 Gianni Vattimo, INTRODUCCIÓN A NIETZSCHE, Op. Cit, Pg. 68.
- 190 Idem. Pg. 70.
- 191 Cfr. Dante Alighieri, LA DIIVINA COMEDIA, el infierno, Quito, Edt. Libresa, 1993, Pgs. 45 – ss. y 183 – ss.
- 192 Idem, pg., 275.
- 193 John Stuart Mill, Op, . Cit, pg. 19.
- 194 Cfr. Juan Magnin, DESCARTES REFORMADO, Quito, Biblioteca San Gregorio, Universidad Católica – Banco Central del Ecuador, en preparación, Pg. 71 –72 y 147.
- 195 Germán Marquín Argote, Art. Cit. Pg. 22.
- 196 John Stuart Mill, Op. Cit. Pg. 20.
- 197 Jeremías Bentham, TRATADO DE LOS SOFISMAS POLITICOS, p. 4, Argentina, Edt. Rosario, 1944.
- 198 Germán Marquín Argote, “Benthamismo y atibenthamismo en Colombia”, Art. Cit. Pg. 17
- 199 Idem.
- 200 Pedro Moncayo. Op. Cit. P. 230
- 201 Cfr. Jeremías Bentham, Tratados de legislacion civil y penal, Madrid, Edt. Nacional, 1981, Pg. 27.
- 202 Idem. Pg. 23.

- 203 Idem, Pg. 27.
204 Cfr. Jeremías Bentham, TRATADO DE LOS SOFISMAS POLITICOS, Argentina, Edt. Rosario, 1944.
205 Cfr. Pedro Moncayo, Op. Cit. P. 230
206 Primicias,... Pgs. 18 – 20.
207 Cfr. Carlos Paladines, Elementos para el análisis de El Quiteño Libre, Julio 1988, a editarse por el Centro de Investigación y Cultura del Banco Central del Ecuador.
208 Cfr. Concepción León, Tesina Cit. Pgs. 14 – ss.

Capítulo V

- 209 210 Cfr. Arturo Andrés Roig, “El “regreso a la naturaleza” como liberación en el mundo antiguo”, En: Revista Latinoamericana de Filosofía, Bs. As. Vol. XVII, Nro. I (Otoño 1991). Pgs. 99 – ss,
211 Primicias,... Pg. 59
212 Idem. Pg. 49.
213 José Luis Arangueren, ETICA DE LA FELICIDAD Y OTROS LENGUAJES, Madrid, Edt. Tecnos, 1992, Pg. 52.
214 Cfr. Arturo Andrés Roig, “El “regreso a la naturaleza” como liberación en el mundo antiguo”, Pgs.. 103 – ss
215 Idem.
216 Primicias,... Op. Cit. Pg. 83.
217 Jorge Juan y Antonio de Ulloa, NOTICIAS SECRETAS DE AMERICA, Pg. 121. Citado por Concepción León Carrera.
218 Cfr. Eugenio Espejo, Primicias,... Pg. 76.
219 Cfr. Pío Jaramillo Alvarado, LOS PROFETAS DE GORÍBAR, Quito, Edt. Casa de la Cultura Ecuatoriana, 1950. Pg. 25. También puede consultarse, Jorge Salvador Lara, Op. Cit, Pg. 146.
220 Referencia a Aristóteles, citado en Deutschland, Rev. de política, economía y ciencias, Nro, 4/2000. Agosto – Septiembre, Pg. 30.
221 Cfr. Alfonso Ortiz, “Arquitectura monumental del Centro Histórico de Quito”, en: SERIE QUITO, Centro histórico de Quito, problemática y perspectivas, Edt. Dirección de Planificación del I. Municipio de Quito, 1990, Pg. 141.
222 Cfr. Dora Arízaga, “Una rápida visión histórica a las intervenciones en el Centro Histórico de Quito”, Trabajo inédito, Quito, Pg. 4.
223 Idem. Pg. 64.
224 Cfr. Carlos Paladines y otros, ESPEJO CONCIENCIA CRÍTICA DE SU EPOCA, Quito, Edt. Universidad Católica del Ecuador, 1978, Pg. 136.
225 Inés del Pino – Hugo Yépez, Art. Cit. Pg. 82

- 226 Citado por Dora Arízaga, El FONSAL como modelo de intervención en el Centro Histórico de Quito, En: EL FONDO DE SALVAMENTO DEL PATRIMONIO CULTURAL 1992 - 1996, Edt. Distrito Metropolitano de Quito, 1996, Pg. 13.
- 227 Cfr. Dora Arízaga, Art. Cit. Pgs. 15 y 19.
- 228 Cfr. Arturo Andrés Roig, "Las morales de nuestro tiempo y las necesidades a partir de la lección de Pico de la Mirándola y Fernández Pérez de Oliva. Documento mimeografiado, 1998, Pg. 2.
- 229 Rodolfo Agoglia, LA FILOSOFIA DEL DERECHO DE HEGEL, Quito, Edt. Banco Central del Ecuador, 1993, Pg. 38.
- 230 Cfr. Arturo Andrés Roig, TEORIA Y CRITICA DEL PENSAMIENTO LATINOAMERICANO, México, Fondo de Cultura Económica, 1981, Pgs. 198 - 208, .
- 231 Carlos Paladines y otros, ESPEJO CONCIENCIA CRÍTICA DE SU EPOCA, Op. Cit. Pg. 210.
- 232 Cfr. George Steiner, Op. Cit. Pgs. 68 - 69.
- 233 Carlos Paladines y otros, ESPEJO CONCIENCIA CRÍTICA DE SU EPOCA, Op. Cit. Pg. 211.
- 234 Es un lugar común afirmar que con el THAUMAZEIN nació la Ciencia y la Filosofía. Y la Ciencia y la Filosofía morirán el día en que el Hombre deje de estar "intrigado", "admirado " por la cosas. "En virtud del thaumázein, decía Aristóteles, los hombres comenzaron a filosofar y siguen filosofando". Cfr. Hernán Malo González, PENSAMIENTO FILOSOFICO, Quito, Corporación Editora Nacional, 1989, Pg. 68.
- 235 Cfr. Ernst Tugendhat, "Panorama de conceptos de filosofía", en METODOS EN FILOSOFÍA, Rev. Cuadernos de Filosofía, Bogotá, Universidad de los Andes, Nro. 1 - 2, enero - junio, 1984, Pg.6.
- 236 Matthew Lipman, PIO Y MECHAS, Novela del programa "Filosofía para Niños", Estudio Introductorio, Diego Antonio Pineda, Bogotá, 1998. (Documento de trabajo).
- 237 Cfr. Carlos Paladines, "Elementos para el análisis de El Quiteño Libre", Quito, a editar por el Centro de Investigaciones del Banco Central del Ecuador, 1988, Pg. 20.
- 238 Primicias,... Op. Cit. Pg. 20.
- 239 Cfr. Hernán Malo, Op. Cit. Pg. 68.
- 240 Idem, Estudio Introductorio.
- 241 Así denominó su hermano Eugenio, en el Nuevo Luciano, al discurso vigente en la Audiencia. Cfr. Carlos Paladines, PENSAMIENTO PEDAGOGICO ILUSTRADO, Quito, Ediciones UPS, 1996, Pgs. 25 - 27.
- 242 George Steiner, EN EL CASTILLO DE BARBA AZUL, Aproximación a un nuevo concepto de cultura, España, Edt. Gedisa, 1998, Pgs. 146 y ss.
- 243 Mario Vargas Llosa, "El diablo en la lechería", Diario El comercio, Domingo, 5 de Septiembre de 1999. Sección A.5.

- 244 Cfr. Ricardo Gómez, LAS TEORIAS CIENTIFICAS, Desarrollo, Estructura, Fundamentación, Buenos Aires, Edt. El Coloquio, 1976, Pgs. 62 – 63. También puede consultarse Gianni Vattimo, INTRODUCCION A NIETZSCHE, Op. Cit. Pgs. 47 – 60.
- 245 Cfr. Alicia Loaiza, documento de trabajo, Icam – Quito, 2000
- 246 Cfr. Ekkhart Keeding, “Las ciencias naturales en la antigua Audiencia de Quito: el sistema copernicano y las leyes newtoneanas”, Quito, Boletín de la Academia Nacional de Historia, Nro. 122, Junio -. Diciembre de 1973.
- 247 Un desarrollo pormenorizado sobre estas categorías conceptuales puede consultarse en “Juan Magnin: El Precursor de la filosofía moderna en la Audiencia de Quito”, Estudio Preliminar, Carlos Paladines. Obra a editarse por el Centro Cultural del Banco Central del Ecuador.
- 248 Charles - Marie de La Condamine, DIARIO DE VIAJE AL ECUADOR,... Pgs. 124 y 14.
- 249 Cfr. Françoise Balibar, GALILÉE, NEWTON LUE POUR EINSTEIN, ESPACIO ET RELATIVITÉ, Francia, Presses Universitaires de France, 1984.
- 250 Idem. pg. 10.
- 251 Cfr. Juan Magnin: El Precursor de la filosofía moderna en la Audiencia de Quito, pg. 30 – ss.
- 252 Juan Magnin, DESCARTS REFORMADO, Quito, Obra a editarse por el Centro Cultural del Banco Central del Ecuador, Pg. 111.
- 253 Idem, Pg. 87 – 88.
- 254 Idem, Pg. 24.
- 255 Eugenio Espejo, Primicias de la Cultura,... Pg. 17.
- 256 Arturo A. Roig, “Eugenio Espejo y los comienzos y recomienzos de un filosofar latinoamericano”, En: EUGNEIO ESPEJO Y EL PENSAMIENTO PRECURSOR DE LA INDEPENDENCIA, pg. 214, Edt. Jorge Núñez, Quito, FONCULTURA, 1992.
- 257 Idem. Pg. 89.
- 258 Idem. Pg. 111.
- 259 Idem. Pg. 89.
- 260 Cfr. Renato Descartes, Reglas para la dirección del Espíritu, Regla IV: el método es necesario para la investigación de la verdad, Edt. Porrúa, México, 1977, Pg. 100; Etienne Gilson, Modern Philosophy, Descartes to Kant, Random House, New York, 1967, The Method, Pgs. 54–ss.
- 261 Eugenio Espejo, Primicias de la Cultura,... Pg. 20, . También puede consultarse Arturo A. Roig, “Eugenio Espejo y los comienzos y recomienzos de un filosofar latinoamericano”, Art. Cit. Pg. 212.
- 262 Cfr. Ernst Cassirer, EL PROBLEMA DEL CONOCIMIENTO, México, Edt. Fondo de Cultura Económica, 1965. Pg. 359.
- 263 Idem. Pg. 93.

- 264 Las relaciones entre Juan Magnin y los Geodésicos franceses fue resaltada por el mismo La Condamine en su *Journal du voyage fait par ordre du roi a L'Equateur, servant d'introduction historique a la mesure des trois premiers degre's du me'ridien*, Pgs. 188—ss. De l'imprimerie Royale, Paris, 1751. También puede verse en el Extracto del diario de Observaciones hechas en el viaje de la Provincia de Quito al Pará, por el Río de las Amazonas, Pgs. 24 – 25. Edc. Facsimilar, Banco Central del Ecuador, 1986. Al respecto también puede consultarse Julio Tobar Donoso, *La Iglesia moderadora de la nacionalidad, Las Instituciones del período hispánico, especialmente en la presidencia de Quito*, La Prensa Católica, Quito—Ecuador, 1953, Pg. 359.
- 265 Cfr. Carlos Paladines, *PENSAMIENTO ILUSTRADO ECUATORIANO*, Op. Cit. Pg. 198.
- 266 Cfr. Eduardro Estrella, JOSE MEJÍA, primer botánico ecuatoriano, Quito, Edc. ABYA – YALA, 1988. En esta obra se reproducen 7 cartas de Mejía a Celestino Mutis, entre agosto de 1803 y febrero de 1806.
- 267 José María Vargas, Op. Cit. Pg.108.
- 268 Eduardo Estrella, Op. Cit. Pg. 23.
- 269 Idem. Pg. 27.
- 270 José María Vargas, Op. Cit. Pg. 108.
- 271 Jorge Salvador Lara, Op. Cit. Pg. 51.
- 272 Samuel Guerra, ¡Eugenio Espejo y sus cartas desde el “exilio”, en: *CULTURA, Revista del Banco Central del Ecuador*, Vol. IV, Nro. 10, Mayo – Agosto, 1981, Pg.234.
- 273 Cfr. José María Vargas, Op. Cit, Pgs. 108 – 109.
- 274 Idem. Pg. 109.
- 275 Eduardo Estrella, Op. Cit. Pg. 29.
- 276 Ibidem.
- 277 Jorge Villalba, *LAS PRISIONES DEL DOCTOR EUGENIO ESPEJO, 1783 – 1787 – 1795*. Quito, Edc. De la Pontificia Universidad Católica del Ecuador, 1992, Pg. 77.
- 278 José María Vargas, Op. Cit. Pg. 105.
- 279 Cfr. mi estudio sobre *EL PENSAMIENTO ILUSTRADO ECUATORIANO*,... pg. 53 - ss

Capítulo VI

- 280 BIBLIA de Jerusalén, Bélgica, Edt. Descleé de Brouwer, 1967, Pgs. 12 – 13.
- 281 Idem. Pg. 853.
- 282 Idem. Pg. 1330.
- 283 Hans – Georg Gadamer, *LA ACTUALIDAD DE LO BELLO*, Barcelona, Edt. Pai-

- dós, 1991, Pg. 84.
- 284 Cfr. Ana María Goetschel, MUJERES E IMAIGNARIOS, Quito en los inicios de la modernidad, Quito, Edt. ABYA-YALA, 1999, Pgs. 107 – 108.
- 285 Idem. Pg. 58.
- 286 Idem. Pgs. 7 y 8.
- 287 Jorge Salvador Lara, APUNTES PARA LA HISTORIA DE LA CIENCIA EN EL ECUADOR, Quito, Edt. Instituto Panamericano de Geografía e Historia, 1978, Pg. 42.
- 288 Cfr. Estanislao Zuleta, ELOGIO DE LA DIFICULTAD Y OTROS ENSAYOS, Cali, Edt. Fundación Estanislao Zuleta, 1998, Pgs. 9 – 10.
- 289 Primicias,... Pg. 36
- 290 Cfr. Primicias,... Pg. 76.
- 291 Cfr. Carlos Paladines, Juicio a Espejo, Estudio Introductorio, Quito, a editarse por el Banco Central del Ecuador.
- 292 Idem. Pg. 39.
- 293 Cfr. Marc Sherringham, INTRODUCCION Á LA PHILOSOPHIE ESTHÉTIQUE, Paris, Edt. Payot, 1992, Pgs. 269 – ss.
- 294 Cfr. Varios Autores, CONCEPCIONES DE LA ETICA, Op. Cit. Pg. 306.
- 295 Tomado de Manuel Espinosa Apolo, SIMON BOLIVAR Y MANUELA SAENZ, CORRESPONDENCIA INTIMA, Quito, Edt. Centro de Estudios Felipe Guamán Poma, 1996. Todas las cartas que se adjuntan a este texto han sido tomadas de esta obra.
- 296 Cfr. Jurado, Aguilar, Moreno, CASA DEL QUITO VIEJO, Quito, Edt. Talleres de José Miguel Rodríguez, 1992, Pg. 106.
- 26 En este día precioso, Manuela ha descubierto el complot para asesinar a Bolívar, el mismo que será frustrado por ella tanto el 1 de Agosto como el 25 de septiembre.
- 27 Manuela tenía su residencia en una casa cercana al Palacio de San Carlos; Todas las cartas que se adjuntan a este texto han sido tomadas de dentro de la misma ciudad de Bogotá.
- 297 Ricardo Palma. Op. Cit. pg. 1011. Algunas expresiones del texto de Palma se han introducido en esta carta tomada de la compilación de Manuel Espinosa Apolo.
- 298 En este acápite, lo que va entre comillas son citas de Bolívar o de Manuela, algunas textuales y otras con alguna leve adaptación, pero a base de lo publicado en las cartas que reproduce este libro.
- 299 Concepción León Carrera, Tesina Cit. Pg. 29.
- 300 Cfr. Richard Renaud, “Sur la vision de idens d’Amerique par un métis éclairé du XVIIIe sicle: Eugéneo Espejo. Association des Professeurs de Langues vivantes de L’enseignement Public, Paris, LXXXe, Annes. Nro. 1-2, 1977.
- 301 Eugenio Espejo, DEFENSA DE LOS CURAS DE RIOBAMBA, Escritos de Espejo,

- T. III, Quito, Imprenta Municipal, 1912, Pg. 184.
- 302 Idem. Pg. 175.
- 303 Citado por Concepción León, Tesina Cit. Pg. 18.
- 304 Eugenio Espejo, DEFENSA DE LOS CURAS,... Pgs. 226. El tema de la "humanidad del indio" puede verse en las Pgs. 213, 147-148, 98, 170,...
- 305 Idem, Pgs. 13 y 29.
- 306 Concepción León, Op. Cit. Pg. 17.
- 307 Anotaciones al texto del Juicio a Eugenio Espejo: la primera publicación del Juicio o de buena parte del Juicio la hizo Alberto Muñoz Vernaza, en Cuenca, en el periódico "El Progreso", números 83-87, del 10 de diciembre de 1887 al 21 de enero de 1888. También dio a conocer las Cartas riobambenses, ocho si bien él habla de diez, y anota que el manuscrito de donde las tomó constaba de 71 folios, rotulados así: "Testimonio íntegro de los Autos en que Dña. María Chiriboga Villavicencio, mujer legítima del Cap. de Milicias de la Villa de Riobamba, Dn. Siro de Vida y Torres, se queja y acusa en forma al Dr. Eugenio de Santa Cruz y Espejo, por haberle injurado gravemente su honor, el de su padre y el de otras Personas de igual clase, en unas Cartas o libelos infamatorios y denigrativos llamados Riobambenses". Cfr. Archivo de la Casa de la Cultura, núcleo del Azuay.
- 308 Juicio a Espejo: Petición de María Chiriboga, por la que le acusa al Dr. Eugenio Espejo, por haberle injuriado gravemente su honor en unas cartas o libelos infamatorios y denigrativos.
- 309 Cfr. Carlos Paladines, "El pensamiento económico, político y social de E. Espejo, en ESPEJO CONCIENCIA CRITICA DE SU EPOCA, Op. Cit. Pg. 235.
- 310 Rodolfo Agogliá, SENTIDO Y TRAYECTORIA DE LA FILOSOFIA MODERNA, Quito, Edt. Universidad Católica. 1979, Pg. 53.
- 311 Cfr. Gianni Vattimo, LA SOCIEDAD TRANSPARENTE, Barcelona, Edc. Paidós, 1989, Pg. 140.
- 312 Idem, Pg.132
- 313 Cfr. Alfonso Montalvo Zumárraga, Desde Gianni Vattimo, La crisis de la subjetividad y su contexto, Una aproximación, Trabajo de Clase, Quito, PUCE, 1993.
- 314 En el velorio de Martha Elvira Samaniego, Loja, Septiembre del 2000.
- 315 Octavio Paz, "La búsqueda del presente", en COLOMBIA EL DESPERTAR DE LA MODERNIDAD, Cali, Edt. Foro Nacional, 1991.
- 316 Cfr. Gianni Vattimo, "Destinación de la metafísica. Destinación de la violencia", Tomo I, Córdoba, Congreso Internacional Extraordinario de Filosofía, 1987, . Pgs. 415 y 416.
- 317 Cfr. Julio Pazos, ARTE DE LA MEMORIA, Quito, PARADISO Edtrs. 1998, Pgs. 69 y 153.
- 318 William Bennet Stevenson, NARRACION HISTORICA Y DESCRIPTIVA DE 20 AÑOS DE RESIDENCIA EN SUDAMÉRICA, Quito, Ediciones Abya-Yala, 1994,

- Pg. 424.
- 319 Julio Pazos, Op. Cit. Pg. 70.
- 320 Idem, Pg. 137.
- 321 William B. Stevenson, Op. Cit. Pg. 424 - 425.
- 322 Tomado de CD. Discos Fuentes, Nro. 6. Celia Cruz, La vida es un carnaval, 1999.
- 323 Cfr. Ángel López Cantos, JUEGOS, FIESTAS Y DIVERSIONES EN LA AMERICA ESPAÑOLA, España, Edt. MAPFRE, 1992, Pgs. 191 - ss.
- 324 Idem. Pg. 195.
- 325 Cfr. Ximena Romero, QUITO EN LOS OJOS DE LOS VIAJEROS, El siglo de la Ilustración, Quito, Edt. Abya - Yala, 1999, Pg. 127.
- 326 Alicia Loaiza, trabajo inédito, Quito, 1999.

